

¿CONOCE LAS VERDADES FUNDAMENTALES DE LA FE CRISTIANA?

Aquellos que deseen internarse profundamente en la fe, pueden comenzar su viaje en estas páginas. Sproul retira la teología de los estantes polvorientos de las bibliotecas teológicas y, en un lenguaje claro y sencillo, expone más de cien doctrinas principales. Ofrece a sus lectores un entendimiento básico de la fe cristiana, despertando amor por la verdad eterna, requisito fundamental para alcanzar la madurez en Cristo. Se encuentran aquí los conceptos bíblicos que todo cristiano debe conocer, desarrollados en explicaciones con un firme respaldo teológico pero escritos de tal manera que todos los podamos entender.

Sproul utiliza analogías cotidianas e ilustraciones de la vida contemporánea que hacen este libro interesante, informativo, y fácil de leer.

EL AUTOR

R. C. Sproul es teólogo, pastor, maestro, y presidente de la junta de Ligonier Ministries. Es graduado del *Westminster College*, del Seminario Teológico de Pittsburg, y de la Universidad Libre de Amsterdam. En la actualidad, Sproul es profesor de Teología Sistemática en el Seminario Teológico Reformado, en Orlando, y el Seminario Juan Knox, en Fort Lauderdale, Florida.

**EDITORIAL
UNILIT**

Producto: 491043

Categoría: Referencia

/ Ayudas pastorales

ISBN 0-7899-0251-6



9 780789 902511

UNILIT
LAS GRANDES DOCTRINAS DE LA BIBLIA / R. C. SPROUL



R. C. SPROUL

LAS GRANDES DOCTRINAS DE LA BIBLIA



LAS DOCTRINAS BÍBLICAS EXPLICADAS
Y ORGANIZADAS PARA FACILITAR SU USO A LOS
PASTORES Y OBREROS CRISTIANOS

CONTIENE UN ESTUDIO PROGRAMADO POR LA
FACULTAD LATINOAMERICANA DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS



LAS GRANDES DOCTRINAS DE LA BIBLIA

por R. C. Sproul



TABLA DE CONTENIDO

Prefacio	v	IV. JESUCRISTO	83
Introducción	vii	25. La deidad de Cristo	85
I. LA REVELACIÓN	1	26. La subordinación de Cristo	87
1. La revelación divina	3	27. La humanidad de Cristo	89
2. Paradojas, misterios y contradicciones	7	28. La no pecaminosidad de Cristo	93
3. La revelación general inmediata y mediata	11	29. El nacimiento virginal	95
4. Revelaciones especiales y la Biblia	15	30. Jesucristo como el Unigénito	97
5. La ley de Dios	17	31. El bautismo de Cristo	101
6. Los profetas de Dios	19	32. La gloria de Cristo	103
7. El canon de la Escritura	21	33. La ascensión de Cristo	105
8. Interpretando la Biblia	25	34. Jesucristo como el mediador	109
9. Interpretaciones privadas	29	35. El oficio triple de Cristo	111
II. LA NATURALEZA Y LOS ATRIBUTOS DE DIOS	31	36. Los títulos de Jesús	113
10. La incomprendibilidad de Dios	33	V. EL ESPÍRITU SANTO	119
11. La triple unidad de Dios	37	37. La deidad del Espíritu Santo	121
12. La preexistencia de Dios	39	38. La personalidad del Espíritu Santo	123
13. La omnipotencia de Dios	41	39. El testimonio interno del Espíritu Santo	125
14. La omnipresencia de Dios	45	40. La iluminación del Espíritu Santo	127
15. La omnisciencia de Dios	47	41. El bautismo del Espíritu Santo	129
16. La santidad de Dios	51	42. El Espíritu Santo como el Consolador	133
17. La bondad de Dios	53	43. El Espíritu Santo como Santificador	135
18. La justicia de Dios	57	VI. LOS SERES HUMANOS Y LA CAÍDA	137
III. LAS OBRAS Y LOS DECRETOS DE DIOS	61	44. El conocimiento de uno mismo y el conocimiento de Dios	139
19. La creación	63	45. Los seres humanos creados a imagen de Dios	143
20. La providencia	67		
21. Los milagros	71		
22. La voluntad de Dios	75		
23. La alianza	79		
24. El pacto de las obras	81		

Publicado por
Editorial Unilit
Miami, FL 33172
en coedición con LOGOI, Inc.

© 1996 por LOGOI, Inc.
Miami, FL 33186

Traductora: Marcela Robaína

Título original en inglés: *Essentials truths of the Christian faith*
© 1992 por R.C. Sproul
Publicado por Tyndale House Publishers, Inc.
Wheaton, Illinois

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción, total o parcial, de esta obra, por cualquier medio, visual o auditivo, sin autorización escrita de los editores.

Producto 491043
ISBN 0-7899-0251-6
Impreso en Colombia
Printed in Colombia

- 46. Los seres humanos como cuerpo y alma 145
- 47. Los seres humanos como carne y espíritu 149
- 48. Satanás 153
- 49. Los demonios 157
- 50. El pecado 159
- 51. El pecado original 163
- 52. La depravación humana 167
- 53. La conciencia humana 171
- 54. El pecado imperdonable 173
- 55. El sincretismo 177

VII. LA SALVACIÓN 179

- 56. La salvación 181
- 57. La predestinación 185
- 58. La predestinación y la condenación 189
- 59. El llamado eficaz 193
- 60. El nuevo nacimiento 195
- 61. La expiación 199
- 62. La expiación determinada 201
- 63. El libre albedrío 205
- 64. La fe 209
- 65. La fe salvífica 213
- 66. La justificación por la fe 217
- 67. La fe y las obras 219
- 68. El arrepentimiento 221
- 69. El mérito y la gracia 223
- 70. La perseverancia de los santos 225
- 71. La certeza de la salvación 229
- 72. El estado intermedio 233
- 73. La resurrección final 237
- 74. La glorificación 239

VIII. LA IGLESIA Y LOS SACRAMENTOS 241

- 75. Los apóstoles 243
- 76. La iglesia 245
- 77. La marcas de una iglesia verdadera 247

- 78. La excomunión 249
- 79. Los sacramentos 251
- 80. El bautismo 253
- 81. La Cena del Señor 255
- 82. La transustanciación 259
- 83. El día de reposo 263
- 84. Los juramentos y los votos 265

IX. LA ESPIRITUALIDAD Y LA VIDA CONTEMPORÁNEA 269

- 85. El fruto del Espíritu 271
- 86. El amor 275
- 87. La esperanza 277
- 88. La oración 279
- 89. El antinomianismo 281
- 90. El legalismo 285
- 91. La función triple de la ley 287
- 92. El percepciónismo 289
- 93. El gobierno civil 291
- 94. El matrimonio 295
- 95. El divorcio 297

X. LOS TIEMPOS POSTEROS 301

- 96. El anticristo 303
- 97. La segunda venida de Cristo 305
- 98. El reino de Dios 307
- 99. El cielo 309
- 100. La visión beatífica 313
- 101. El infierno 317

- Notas 321
- Índice de citas bíblicas 323

Cómo establecer un seminario en su iglesia 331

Cómo hacer el estudio 333

Guía del estudio 337

Manual para el facilitador 371

Hoja de calificaciones 405

PREFACIO

Orlando, Julio, 1992. Cada cristiano es un teólogo. Siempre estamos aprendiendo sobre los temas relativos a Dios. No todos somos teólogos en el sentido profesional o académico, pero sí somos teólogos, para bien o para mal. Y no se trata de ningún asunto menor el serlo "para mal". La segunda carta de Pedro nos advierte que las herejías destruyen al pueblo de Dios y son blasfemias cometidas contra Dios. Son destructivas porque la teología alcanza todas y cada una de las dimensiones de nuestras vidas.

La Biblia declara que como el hombre piense en su corazón, así será el hombre. Esta declaración puede resultar extraña. Es casi como si el escritor bíblico cometiera una equivocación. Parece estar confundiendo la mente con el corazón. Lo usual es que asociemos los pensamientos con la mente y los sentimientos con el corazón. Por lo tanto, ¿qué puede querer significar cuando dice que un hombre *piensa* en su *corazón*? La frase *pensar en el corazón* se refiere a una reflexión meditada. Muchas ideas son barajadas fugazmente por nuestra mente sin penetrar nunca en nuestros corazones. Aquellas ideas que nos atrapen en nuestro fuero más íntimo, sin embargo, serán las ideas que darán forma a nuestras vidas. Somos lo que pensamos. Cuando nuestros pensamientos son corruptos, nuestras vidas también lo serán.

Todos sabemos que hay personas que pueden recitar los credos sin cometer ninguna equivocación y pasar los cursos de teología con las más altas calificaciones mientras viven vidas sin Dios. Una teología sólida y cierta no es condición suficiente para vivir una vida piadosa. Pero es de todos modos un requisito para una vida piadosa. ¿Cómo podemos *hacer* la verdad sin antes *comprender* lo que es la verdad?

Ningún cristiano puede eludir la teología. Todos los cristianos tienen una teología. La cuestión, entonces, no se trata sobre si deseamos tener una teología. Eso ya debe ser dado por hecho. El fondo de la cuestión es: ¿contamos con una teología *sólida* y *cierta*? ¿Abrazamos una doctrina verdadera, o acaso una falsa?

Este libro no se trata de un libro de texto sobre teología formal. Es una introducción para los laicos sobre las doctrinas fundamen-

tales del cristianismo. Para comprender el mensaje de la Biblia es necesario que primero comprendamos los conceptos utilizados para transmitir este mensaje. Por lo tanto, el propósito de este libro será el de introducir al lector en los conceptos claves que juntos conforman el mensaje bíblico.

Cada concepto es expuesto en porciones breves, muy digeribles. Se agregan referencias bíblicas sugeridas para dar más cuerpo al tratamiento esquemático de cada concepto. Se trata de un libro básico y elemental. Ha sido diseñado para ser simple pero no simplista. He intentado cristalizar en unas pocas páginas la esencia de los conceptos teológicos, cada uno de los cuales podría ser desarrollado en sendos volúmenes independientes para entenderlos cabalmente.

Quienes lean y estudien este libro no se convertirán en expertos en teología. Pero se familiarizarán con los conceptos claves que constituyen el marco de una teología a gran escala. Espero que este libro motive a quienes lo lean para realizar un estudio más profundo de teología, una empresa para toda la vida.

Deseo agradecer a Wendell Hawley de Tyndale House por haber sugerido esta empresa, a Donna Mack por preparar el manuscrito, a David Freeland por su ayuda con las gráficas, y a mi hijo, R. C., por su capacidad editorial.

INTRODUCCIÓN

En la década de los ochenta, la organización Gallup realizó un estudio masivo y completo sobre la religión en los Estados Unidos de América. Aunque los indicadores y las tendencias más marcadas de este estudio fueron publicadas y evaluadas en diversas revistas, las montañas de información que se recogieron no se hicieron públicas. George Gallup entregó esta información a *Christianity Today*, quienes a su vez seleccionaron a algunos pocos teólogos para que examinaran y evaluaran el significado de la información. Yo me encontraba en ese pequeño grupo que tuvo el privilegio de analizar la totalidad de la información.

Los resultados del estudio son tan aterradores como reveladores. Entre los elementos más significantes estaban los siguientes: (1) más de sesenta millones de estadounidenses afirmaron haber tenido una experiencia de conversión personal, y (2) un porcentaje extraordinariamente alto de estadounidenses dijeron que creían que la Biblia era la Palabra de Dios.

Como contrapartida a estas afirmaciones, sin embargo, estaba la revelación clara de que los estadounidenses, aun en el caso de *evangélicos*, eran desgraciadamente ignorantes del contenido de la Escritura y todavía más ignorantes de la historia del cristianismo y la teología cristiana clásica. Posiblemente lo más alarmante fuera el tomar conciencia de que la masa de personas que dicen tener una fe bíblica inciden poco y nada sobre las estructuras y valores de la cultura estadounidense. Por ejemplo, algunos estudios recientes sobre la ética sexual y el tema del aborto sugieren que la diferencia entre el comportamiento de cristianos evangélicos y los que no lo son es insignificante. En otras palabras, el mensaje transparente de estos estudios es que la “fe” cristiana produce una pequeña diferencia o ninguna diferencia en la vida de las personas y en la cultura estadounidense. La medida en que estos estudios sean un reflejo exacto de la realidad es un tema para el debate.

¿Cómo es esto posible? Una explicación viene pronto a nuestras mentes. Es posible que muchos de los que dicen haber tenido una experiencia de conversión estén equivocados o mintiendo sobre su conversión. Sin embargo, si solo la mitad de los

que afirman haber tenido un nuevo nacimiento son efectivamente regenerados, debemos llegar a la conclusión de que los Estados Unidos ha experimentado un avivamiento más extendido que el Gran Avivamiento.

Si dicho avivamiento ha tenido lugar, debemos preguntarnos entonces por qué hay tan poca evidencia de su impacto sobre la cultura. Parecería ser que tuvimos un enorme avivamiento sin prácticamente ninguna transformación de nuestras costumbres y en nuestra vida. Es más, la discrepancia que surge entre el avivamiento y la transformación en nuestras vidas sería la mayor en la historia del cristianismo. Dicho avivamiento es mera ficción. Es espurio. No se trata de la verdadera fe bíblica que ha sido “resucitada”.

Una perspectiva más optimista sobre esta anomalía sería la que explicamos a continuación. La razón principal por la que observamos tan poca evidencia del impacto de este avivamiento sobre la vida y la cultura es porque todavía es demasiado temprano para discernirlo. Las millones de personas que han nacido de nuevo están todavía en su infancia espiritual. Cuando alcancen una madurez espiritual sin duda que entonces se sentirá su impacto sobre la nación.

En la cultura secular, los adolescentes tienden a tener un poderoso impacto en la formación de valores, pero no tan grande como el impacto de aquellos adultos que ocupan posiciones de poder y de influencia. Los niños, sin embargo, no ejercen prácticamente ningún impacto sobre la formación de valores culturales. Su voz no es escuchada, salvo cuando lloran pidiendo más leche. Los niños no han desarrollado su pensamiento y sus habilidades hasta alcanzar un nivel que haga que sus familias o la comunidad que los rodea busquen su consejo. Deben madurar, deben convertirse en mayores de edad, antes de ocupar puestos de liderazgo dentro de sus familias y comunidades.

Nuestra esperanza es que quienes permanecen en una infancia espiritual finalmente crezcan en madurez y produzcan un fuerte impacto sobre la familia, la comunidad, la nación y el mundo. Hasta el momento esto no ha sucedido. Puede ser que nunca suceda. Pero para que un avivamiento y un cambio de vida verdaderamente espiritual tengan lugar es necesario superar varias barreras. Y comprenderlas es crucial para el cristiano.

A continuación expongo algunas breves notas sobre diez causas que nos desvían de la meta cristiana de madurez espiritual.

Las presentaré por separado, definiéndolas a cada una en particular.

Causa 1: El error de la fe como la de un niño

En algunos círculos cristianos el llamado bíblico a tener una fe como la de un niño ha sido elevado a un ideal espiritual que distorsiona radicalmente el significado bíblico de la fe. El Nuevo Testamento describe el adoptar cierta fe como la de un niño como una virtud. Jesús dijo que “el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Marcos 10:15).

¿Pero de qué se trata esta fe como la de un niño? La palabra *como* sugiere algún tipo de analogía. La analogía es obvia. Del mismo modo que los hijos confían en sus padres y creen lo que sus padres les dicen, así también nosotros debemos confiar en Dios. La vida de un niño depende de la confianza que deposite en el cuidado de sus padres. Cuando un bebé que recién comienza a caminar se acerca con curiosidad a las llamas de una estufa, sus padres le dirán: “¡No!” No hay tiempo para explicar las leyes de la energía térmica, y además dichas explicaciones sofisticadas no serían entendidas por el niño.

Sin embargo, en la medida que los hijos comienzan a crecer, su capacidad para confiar en el liderazgo de sus padres comienza a desvanecerse. Poco tiempo después comenzarán a preguntar el porqué, y tarde o temprano, estarán en franco desafío.

Dicho desafío no tiene cabida en el reino de Dios. Los hijos de Dios deben permanecer siempre en esa actitud que caracteriza a un niño, maravillados por su Padre celestial y confiados en Él. Se trata aquí de un ejercicio apropiado de fe implícita. Dios merece nuestra confianza implícita. Sería una tontería y una imprudencia no confiar en Dios implícitamente. Dios en su totalidad es digno de confianza. El cristiano maduro nunca perderá esta fe similar a la de un niño.

Hay una diferencia muy grande sin embargo entre una fe *como* la de un niño y una fe *infantil*, aunque muchas personas en ocasiones las confundan entre sí. Una fe infantil se echa para atrás si tiene que aprender sobre Dios en profundidad. Rechaza la carne del evangelio y se aferra a una dieta únicamente de leche. Por dicho motivo, este cristiano infantil recibe una amonestación:

Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los

primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el elemento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal (Hebreos 5:12-14).

El llamado del Nuevo Testamento es a la madurez. El apóstol Pablo dice: “Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño” (1 Corintios 13:11). Pablo vuelve a diferenciar la forma en que hemos de permanecer como bebés y la forma en que hemos sido llamados a comportarnos como adultos. Dice: “Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar, sino sed niños en la malicia, pero maduros en el modo de pensar” (1 Corintios 14:20).

Causa 2: El temor al escepticismo teológico

La subcultura cristiana padece de una profunda desconfianza hacia la teología. En muchos casos esta aversión a la teología obedece a una desconfianza hacia los teólogos.

J. V. Langmead Casserley, el eminente apologeta anglicano, dedicó un capítulo entero de su libro *Apologetics & Evangelism* (“Apologética y Evangelismo”) al tema, “La traición de los intelectuales”¹. Casserley observó que la creciente desconfianza por parte del público cristiano hacia los teólogos ha sido provocada por el escepticismo radical hacia la Biblia y el cristianismo histórico que los eruditos del criticismo moderno manifiestan. Fueron los teólogos dentro de la iglesia los primeros en declarar que Dios estaba muerto. Los profesores de seminarios y profesores de facultades cristianas son las voces que más se escuchan atacando la confiabilidad de las Escrituras. A comienzos de este siglo el teólogo holandés Abraham Kuyper señaló que “la crítica bíblica se ha convertido en el vandalismo bíblico”.

Es indudable que muchos de los seminarios teológicos en los Estados Unidos se han convertido en ciudadelas del descreimiento. Los padres cristianos se sorprenden y se desconciertan cuando sus hijos regresan a sus hogares de las así llamadas facultades “cristianas” cargados con las dudas y el escepticismo que han aprendido de sus profesores. La reacción a esta traición teológica

teológica suele ser: “Si esto es a lo que conduce el estudiar teología, más vale abandonar cualquier intento”.

No hay duda de que la mala teología existe. No hay duda de que el estudio profundo de la teología expone al estudiante a la crítica escéptica. No hay duda de que mucho de lo que pasa por ser teología cristiana no es más que el mero intento del teólogo por justificar su propio descreimiento.

Sin embargo, debemos recordar que aunque la teología escéptica cunda por doquier en nuestras instituciones, su presencia no es nueva. Los principales opositores de Jesús durante su ministerio en esta tierra pertenecían a la clase clerical. Los teólogos en los días de Jesús odiaban la teología de Jesús. Pero el rechazar a toda la teología y a la educación teológica para evitar la mala teología es cometer un suicidio espiritual. Es el ejercicio de otro tipo de traición. Rechazar la teología es rechazar el conocimiento de Dios. Y esta no es una opción abierta para el cristiano.

Causa 3: El error de la creencia fácil

La creencia fácil es una forma moderna de antinomianismo, una antigua herejía. Afirma que una vez que una persona ha tomado una decisión por Cristo o ha orado para recibir a Jesús como su Salvador, ya no es necesario que lo acepte como Señor. No existe ningún tipo de requisitos legales que obliguen a ese cristiano.

Hay algunos pocos profesores cristianos, si realmente es que existen, que afirman que la persona que acepta a Cristo como Salvador no debería aceptarlo también como Señor. En lugar de hacer esto, animan a dicho “cristiano carnal” a convertirse en más espiritual y obediente. Pero se echan atrás antes de declarar que es necesario aceptar a Cristo como Señor para obtener la salvación. De hecho, insisten en que este requisito no es necesario para alcanzar la salvación. Permiten la realidad de un cristiano carnal.

Este tipo de antinomianismo está tan extendido en el mundo evangélico que hasta puede constituir una mayoría. La controversia de estos días sobre “señorío de Cristo” en la salvación se centra en esta cuestión.

Recientemente un pastor me habló sobre un hombre joven de su congregación que estaba usando drogas y viviendo una relación ilícita con su novia. El pastor intentó aconsejar a dicho joven con respecto a su estilo de vida. El hombre le contestó con naturalidad: “Está todo bien, pastor. Yo soy un cristiano carnal”.

Ser un cristiano significa ser un discípulo de Cristo, en el sentido bíblico de la palabra. Un discípulo es un “estudiante”. Se ha matriculado en la escuela de Cristo. El discípulo, como el nombre mismo así lo sugiere, ha sido llamado para seguir un estudio disciplinado de las cosas de Dios.

Causa 4: El neo-monasticismo

El movimiento monástico en la historia de la iglesia consistió en la glorificación del aislamiento de este mundo. Aquellas personas que huían hacia los claustros estaban buscando refugio de las influencias nefastas de esta sociedad maligna. El monasterio era un puerto seguro para quienes buscaban la pureza espiritual.

Hubo muchas personas que ingresaron en la vida monástica para seguir una vida de oración o de devoción espiritual. Para otros, fue una oportunidad para dedicarse al estudio en reclusión. Pero había un elemento en el monasticismo clásico que hoy está ausente en el neo-monasticismo: la devoción hacia la erudición teológica.

Cuando hablo sobre el neo-monasticismo, hago referencia a la tendencia presente en algunos evangélicos de “abandonar” este mundo. Estoy describiendo tanto una actitud como un estilo de vida. Se trata de un tipo de negación del mundo que implica muchísimo más que un rechazo a la mundanalidad. Implica un rechazo al mundo como el ruedo principal donde se desarrolla la actividad cristiana. Restringe la actividad del cristiano a un gueto espiritual. Incluye un rechazo voluntarioso del estudio de cualquier cosa que no sea claramente “evangélica”.

Recuerdo mi segundo año de vida cristiana. Estaba en mi segundo año en la facultad y durante una clase sobre filosofía occidental toda mi alma fue sacudida. El profesor estaba disertando sobre un ensayo escrito por San Agustín. La disertación abrió mi mente a todo un horizonte nuevo de entendimiento del carácter de Dios. Por ser un cristiano joven deseaba profundizar en mi fe. La obra de Agustín y de otros como él me parecía ser de enorme ayuda hacia ese fin.

Decidí cambiar de carrera para graduarme en filosofía en lugar de Biblia. Cuando hice dicho cambio fui casi expulsado del conjunto de evangélicos en nuestra universidad. Mis amigos estaban escandalizados por mi aparente apostasía. Perdí la cuenta de la cantidad de veces que me citaban el versículo de Colosenses

2:8, “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas”.

La reacción de mis compañeros me confundía tanto como me dolía. Había decidido estudiar filosofía para fortalecer mi conocimiento de Dios, no para debilitarlo. Aunque ya no estaba en el curso de Biblia, esto no significaba que había rechazado a la Biblia o que había dejado de estudiarla. No podía caber en mi cabeza cómo era posible estar preparados para evitar ser engañados por algo sin antes haber tomado conciencia sobre qué consistía ese algo. Mis estudios de filosofía secular sirvieron para acrecentar mi aprecio por las profundidades y las riquezas encerradas en las cosas reveladas en las Escrituras. Y además me proporcionaron un entendimiento de las herramientas cruciales para la tarea cristiana de apologetica. Nunca se cruzó por mi mente que debíamos abandonar al mundo para dejarlo en manos de los paganos.

El neo-monasticismo engendra la ignorancia —la ignorancia no solo de la cultura y de las ideas que conforman nuestra cultura, sino también la ignorancia de la teología. Demuestra más una falta de fe que una fortaleza de fe.

Los efectos del neo-monasticismo son catastróficos. Al tomar la retirada y no comprometernos con el mundo hemos sufrido la derrota por omisión. Nos agarramos la cabeza al contemplar la secularización de la cultura estadounidense y nos preguntamos cómo puede ser que haya sucedido.

Causa 5: El temor a las controversias

La teología engendra controversias. De esto no cabe la menor duda. Siempre que se estudie teología, inevitablemente surgirán discusiones a continuación. Todos deseamos mantener relaciones signadas por la paz y la unidad. También comprendemos que la Biblia nos prohíbe el ser contenciosos, el provocar divisiones, el ser discutidores, y el emitir juicios con ligereza. Debemos manifestar el fruto del Espíritu, el cual incluye la benignidad, la mansedumbre, la paciencia y la bondad.

Nuestro razonamiento entonces sigue este curso: si hemos de evitar el tener un espíritu discutidor y mostrar el fruto del Espíritu, entonces debemos evitar el estudio de la teología. Existe un axioma generalizado que expresa: “Nunca se debe discutir sobre religión ni política”. Este axioma ha sido elevado a un sitio de preferencia por la sencilla razón que las discusiones sobre religión

o política suelen generar más calor que iluminación. Estamos cansados de la caza de brujas, de la discusión de cosas menores, de las persecuciones, y hasta de las guerras que han comenzado por controversias teológicas.

Sin embargo, la controversia siempre acompaña al compromiso teológico. John Stott, en un libro titulado *Christ the Controversialist*² (“Cristo, el controversial”), afirmó algo que debería resultar obvio a cualquiera que lea la Biblia —la vida de Jesús estuvo envuelta en una tormenta de controversias. Los apóstoles, como antes también le había sucedido a los profetas, no podían pasar un día de sus vidas sin controversias. Pablo dijo que discutía todos los días en el mercado. Eludir la controversia es eludir a Cristo. Podremos tener paz, pero será una paz obscura y carnal mientras la verdad sea pisoteada en las calles.

Hemos sido llamados a evitar las controversias impías, *sin* Dios. Hemos sido llamados a tener controversias piosas, *con* Dios. Un aspecto positivo de las controversias cristianas es que los cristianos tienen la tendencia a discutir entre sí sobre teología porque comprenden que la verdad, especialmente la verdad teológica, tiene consecuencias eternas. Las pasiones afloran porque lo que está en juego es muy valioso.

Las controversias impías surgen con frecuencia no porque los combatientes sepan mucho sobre teología sino porque saben demasiado poco. No discernen la diferencia entre temas contundentes de disputa y detalles menores que nunca deberían ser motivo de división entre nosotros. Tenemos otra máxima: “Tener poco conocimiento sobre algo es muy peligroso”. El que se detiene a discutir nimiedades es el estudiante de teología inmaduro. Es el teólogo que todavía no terminó su entrenamiento el que rebosa confianza en sí mismo e insensibilidad, y el que es discutidor. Cuánto más uno se adentra en el estudio de la teología, uno más discernir cuáles son aquellos temas negociables y tolerables y cuáles son aquellos temas que demandan toda nuestra fuerza para defenderlos.

Causa 6: El espíritu antirracional de nuestra época

Creo que estamos viviendo en la época más anti-intelectual que haya conocido la historia del cristianismo. No quiero decir anti-académica, ni anti-tecnológica ni anti-científica. Por anti-intelectual entiendo *contra la mente*.

Vivimos en un período que es alérgico a la racionalidad. La influencia de la filosofía existencialista ha sido masiva. Nos hemos convertido en una nación sensual. Hasta nuestro propio idioma lo refleja. Mis estudiantes en el seminario repetidas veces se expresan del siguiente modo en sus exámenes: “Siento que está mal...” o “Siento que es verdad...” Siempre les tacho la palabra *siento* y la sustituyo por la palabra *pienso*. Hay una diferencia entre sentir y pensar.

En la fe cristiana hay una primacía de la mente. También hay una primacía del corazón en la fe cristiana. Sin duda que estas dos afirmaciones paradójicas parecen ser contradictorias. ¿Cómo es posible que existan dos primacías? Debe existir una que prime sobre la otra. Es obvio que no podemos tener dos primacías distintas al mismo tiempo y en la misma relación. Lo que ocurre es que cuando hablo de dos primacías distintas, quiero decir que son con respecto a dos temas distintos.

Con respecto a la primacía en cuanto a la *importancia*, el corazón viene primero. Si tengo la doctrina correcta en mi pensamiento pero no tengo el amor a Cristo en mi corazón, me he perdido el reino de Dios. Es extremadamente más importante que mi corazón esté bien delante de Dios que mi teología sea impecablemente correcta.

Sin embargo, para que mi corazón esté bien, existe una primacía del intelecto en término de *orden*. No puede haber nada en mi corazón que no haya estado primero en mi pensamiento. ¿Cómo es posible amar a un Dios o a un Jesús del cual no comprendo nada? Cuanto más llegue a comprender el carácter de Dios, más será mi capacidad para amarlo.

Dios se revela a sí mismo en un libro. Ese libro ha sido escrito en palabras. Transmite conceptos que deben ser comprendidos por la mente. Seguramente que algunas cosas permanecerán como misterios. Pero el propósito de la revelación de Dios es que la comprendamos con nuestras mentes para que pueda penetrar en nuestros corazones. Despreciar el estudio de la teología es despreciar aprender sobre la Palabra de Dios.

Causa 7: La seducción de la mundanalidad

Es bueno recordar que el primer desvío que Cristiano encontró en su camino al cielo en *El progreso del peregrino*, de John Bunyan, sobrevino cuando Cristiano fue seducido por el consejo del Sr.

Sabio Mundano³. El Sr. Sabio Mundano no se llamaba Sr. Falso Teólogo, si bien enseñaba una falsa teología.

Podemos entender cómo la mundanalidad nos seduce en términos de sensualidad, materialismo, hedonismo, y otros del mismo calibre. Pero una de las fuerzas seductivas más poderosas del mundo secular es la tentación a adoptar la idea sobre la verdad actualmente popular en la cultura estadounidense.

En su libro *The Closing of the American Mind* (“El cierre de la mente americana”⁴), Allan Bloom ha documentado cómo la educación moderna ha adoptado casi universalmente el relativismo como su epistemología vigente. La mente estadounidense se ha cerrado a la verdad objetiva que puede ser conocida racionalmente. El relativismo es en última instancia irracional. Decir que la verdad es relativa no tiene ningún sentido. Es una afirmación imposible de ser verdadera. La afirmación “Toda verdad es relativa” sería a su vez relativa y no tendría ningún valor como verdad.

Este marco mental, o mejor dicho, este marco mental anti-intelectual de la educación secular se ha infiltrado y casi conquistado al mundo evangélico. Los evangélicos se sienten sublimemente encantados al poder afirmar ambos polos de estas ideas contradictorias que les permite aceptar teologías radicalmente inconsistentes y mutuamente excluyentes.

Para ser más precisos, los evangélicos no llaman a esto relativismo o subjetivismo. Esta filosofía es bautizada y espiritualizada detrás de un fino velo de jerga religiosa. La “guía del Espíritu” se ha convertido en la licencia para una multitud de pecados epistemológicos. Las personas son “guiadas por el Espíritu” para llevar a cabo actos expresamente prohibidos por las Escrituras. Pero esta guía subjetiva puede tener más valor que las Escrituras porque la verdad es relativa. La afirmación de contradicciones irracionales (una redundancia) se justifica por apelaciones a un “orden superior de lógica” que se encuentra en la mente de Dios.

Si buscamos un entendimiento coherente, lógico, consistente, y racional de la Biblia, se nos acusa inmediatamente de adorar en el templo de Aristóteles. Como la filosofía del racionalismo ha sido con frecuencia hostil al cristianismo, huímos de cualquier cosa que remotamente se asemeje al racionalismo. Como el cristianismo tiene la verdad que la razón por sus propios esfuerzos especulativos no puede descubrir, suponemos que hasta la razón

misma es negociable.

El cristianismo no es racionalismo. Pero es racional. Puede contener la verdad más allá de lo que la razón pueda ser capaz de sondear. Pero es más que racional, no menos. Se trata de una virtud, no de una desventaja para buscar un entendimiento coherente de la Palabra de Dios.

La Palabra de Dios no es irracional. Fue diseñada para ser comprendida por la mente.

Causa 8: La sustitución pietista de la devoción por el estudio

¿Es posible que la lectura devocional de la Biblia sea un impedimento para el crecimiento cristiano? Si se convierte en un sustituto del estudio serio de la Biblia, contesto categóricamente que sí.

Debo hacer una concesión, sin embargo, y se trata de que no estoy totalmente seguro si entiendo la diferencia que existe entre la “lectura devocional de la Biblia” y el estudio bíblico serio. El estudiar la Biblia en serio es en sí un acto devocional. C. S. Lewis en cierta oportunidad señaló:

Este libro es algo así como un experimento. Su traducción está dirigida al mundo en su totalidad, y no solamente a los estudiantes de teología. Si tiene éxito, es posible que le sucedan otras traducciones de otros grandes libros cristianos. En un sentido, por supuesto, no es la primera traducción en este campo. En el mercado podemos encontrar traducciones de la *Theologia Germanica*, la *Imitación*, la *Escala de la Perfección*, y las *Revelaciones* de Lady Julian de Norwich, todas ellas muy valiosas si bien no todas con el mismo grado de altura académica. Pero conviene señalar que todos estos libros son de devoción y no de doctrina. Pero, ahora bien, el laico o el aficionado debe ser instruido además de ser exhortado. En los días que corren su necesidad de conocimiento es apremiante. Tampoco es mi intención admitir que exista ningún tipo de división marcada entre estos dos tipos de libro. Personalmente, tiendo a encontrar los libros doctrinales de mucha más ayuda en la devoción que los libros propiamente devocionarios, y me inclino a pensar que esta misma experiencia es compartida por muchos otros. Creo que muchas personas que encuentran que “no pasa nada” cuando se sientan, o se arrodillan, frente a un libro devocional, descubrirían que su corazón

comienza a cantar sin que nadie se lo pida mientras tratan de descifrar un pasaje difícil de teología, con una pipa entre sus dientes y sosteniendo un lápiz en sus manos⁵.

Hay muchas ayudas disponibles para las lecturas diarias devocionales. Aquellas personas que leen la Biblia todos los días durante quince o veinte minutos son una minoría. Aunque sin duda que quince minutos de lectura diaria de la Biblia es mejor que ninguna lectura.

El problema surge cuando pensamos que podemos sondear las profundidades de las Escrituras con un simple régimen de quince o veinte minutos diarios. Muy pocas disciplinas pueden ser dominadas con ese lapso de atención tan breve. Para crecer en el entendimiento maduro de la Palabra de Dios se requiere un esfuerzo más concertado que el que puede ser logrado por breves períodos de lectura devocional. La lectura devocional es un gran complemento al estudio en serio pero no constituye un sustituto a dicho estudio. Un estudio de las referencias bíblicas al final de cada capítulo de este libro, y el comentario que se hace de las mismas dentro de los capítulos, puede resultar un excelente comienzo para dicho estudio en serio.

Causa 9: La pereza

Karl Barth en cierta ocasión señaló que los tres pecados primarios y más básicos de la humanidad caída son el orgullo, la deshonestidad y la pereza. No estoy seguro que Barth estuviera en lo correcto al jerarquizarlos de esta manera, pero no cabe duda que son pecados severos sobre los que la Biblia tiene mucho que decir.

Si debido a nuestra naturaleza caída tenemos una inclinación pronunciada hacia la pereza, debemos estar en guardia para evitarla. No es para nada seguro el presuponer que el nuevo nacimiento nos libraré inmediata y completamente de ser perezosos. No nos curamos más instantáneamente de la indolencia que lo que nos curamos del orgullo o la deshonestidad.

La vida cristiana demanda un arduo trabajo. Nuestra santificación es un proceso en el que somos colaboradores de Dios. Contamos con la promesa de la ayuda de Dios en nuestra labor, pero su ayuda divina no anula nuestra responsabilidad para asumir el trabajo. “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor,

porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:12-13).

Esta ocupación no es algo que nos redunde en méritos o nos gane nuestra justificación. Es la obra que sigue a la justificación, la consecuencia de la fe. Los cristianos perezosos permanecerán siempre inmaduros porque no se dedican a un estudio diligente de la Palabra de Dios.

Con frecuencia suelo sorprender a mis estudiantes en el seminario cuando les digo que los errores teológicos son pecados. Este cargo les resulta demasiado fuerte ya que presuponen que no puede existir ninguna culpabilidad moral si alguien comete un error. Yo argumento que la razón primaria por la que malinterpretamos la Biblia no es porque el Espíritu Santo ha fracasado en su labor, sino porque nosotros hemos fracasado en llevar a cabo nuestra labor. No alcanzamos a amar a Dios con toda nuestra mente y descuidamos nuestra responsabilidad de dedicarnos a un estudio riguroso de las cosas de Dios.

Causa 10: La desobediencia

Es posible que no sea del todo exacto incluir a la desobediencia como una influencia causal independiente en nuestro fracaso para crecer en madurez, ya que está implícita en todas las demás. La enumeramos, entonces, como un resumen genérico de todas las demás.

Si bien hemos considerado un número de razones por las que los cristianos a veces descuidan el estudio de la teología, existen al mismo tiempo varias razones positivas importantes para embarcarnos en dicho estudio. Es imperativo que superemos cualquier tipo de obstáculos que se interpongan en nuestro camino mientras perseguimos diligentemente un entendimiento teológico en más profundidad.

La teología alimenta al alma

Para que el alma de una persona se inflame con la pasión por el Dios vivo, la mente de esa persona debe informarse primero sobre el carácter y la voluntad de Dios. No puede haber nada en el corazón que antes no haya estado en la mente. Aunque es posible tener una teología en la mente sin que ella nos traspase el alma, no puede traspasarnos el alma si antes no la aceptamos con la mente.

El entendimiento intelectual de la doctrina es una condición necesaria para el crecimiento espiritual. Sin embargo, no es una condición suficiente para dicho crecimiento. Una condición necesaria es una condición que debe estar presente para que un resultado buscado tenga lugar. Sin ella, el resultado sería imposible. Por ejemplo, el oxígeno es una condición necesaria para que haya fuego. Sin embargo, la simple presencia de oxígeno no es suficiente para garantizarnos que se produzca un fuego. Esto es una suerte para nosotros, ya que de lo contrario el mundo estaría en llamas si el oxígeno automáticamente produjera fuego. El oxígeno es por lo tanto necesario para producir fuego, pero en sí mismo no es suficiente para producir fuego. Del mismo modo que el oxígeno es necesario pero no alcanza con su presencia para prender un fuego, así también la doctrina es necesaria pero no suficiente para encender un fuego en nuestros corazones. Sin la operación de la gracia del Espíritu Santo en nuestros corazones, la sola presencia de la doctrina nos dejará helados, no importa cuán buena sea esta doctrina.

Dios nos manda a ser diligentes en el estudio

La segunda razón positiva para buscar un conocimiento de la teología es que Dios, que es el tema central de la teología, nos manda progresar en el entendimiento doctrinal. Debemos seguir la exhortación de Pablo de “dejar lo que era de niño” (1 Corintios 13:11) para poder seguir adelante hacia la meta del entendimiento cristiano. Con respecto a la malicia debemos ser como bebés, pero con respecto al entendimiento debemos buscar alcanzar la madurez de un adulto (1 Corintios 14:20). No haremos esto para convertirnos en arrogantes y estar orgullosos de nuestro propio conocimiento, sino para crecer en la gracia. Un entendimiento maduro es el fundamento para una vida madura.

Creer en el conocimiento de Dios es un gran gozo y un privilegio. Es algo que nos encanta. Pero es algo más que un privilegio; es también un deber. Dios nos manda crecer en la plenitud de Cristo. Consideremos el Shema del Israel del Antiguo Testamento:

Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando

en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas (Deuteronomio 6:4-9).

En el corazón de este mandamiento sagrado está el deber solemne de aprender la ley de Dios, de dominar su revelación. No se trata de una empresa alegre e informal. Dominar la Palabra de Dios es sumergirse profundamente en el estudio de la teología.

Debemos recordar al lector que es posible tener una teología buena sin tener una vida buena. Pero no es posible tener una vida buena si no contamos con una teología buena. En este sentido, la teología debe ser vista como una ciencia abstracta. Se trata de un asunto de vida o muerte, de un asunto de vida eterna o muerte eterna. La intención de este libro es ser una guía de viaje para recorrer los temas de vida o muerte que aparecen en el paisaje teológico.

Parte

I

La revelación

1

LA REVELACIÓN DIVINA

Todo lo que conocemos sobre el cristianismo nos ha sido revelado por Dios. *Revelar* significa “quitar el velo”. Implica el retirar la cubierta de algo que estaba oculto.

Cuando mi hijo estaba creciendo, desarrollamos una tradición anual para festejar su cumpleaños. En lugar de seguir el procedimiento normal de repartir los regalos, lo hacíamos mediante una modalidad que era nuestra versión casera del programa televisivo de entretenimientos “Hagamos un trato”. Escondía sus regalos en lugares secretos tales como un cajón, o debajo del sillón, o detrás de una silla. Luego le daba opciones: “Puedes tener lo que está en el cajón del escritorio o lo que está en mi bolsillo”. El juego alcanzaba su clímax cuando llegábamos al “gran trato del día”. Colocaba en fila a tres sillas que cubría con una manta. Cada manta ocultaba un regalo. Una de las sillas tenía un pequeño regalo, la segunda silla tenía su regalo más grande, y la tercer silla tenía una muleta que había utilizado cuando se fracturó la pierna a los siete años.

¡Por tres años consecutivos mi hijo eligió la silla que tenía la muleta! (Siempre terminaba permitiéndole canjear la muleta por el verdadero regalo.) Al cuarto año, él estaba resuelto a no elegir la silla con la muleta debajo de la manta. Esta vez oculté su regalo grande junto con la muleta y dejé que la punta de la muleta asomara por debajo de la manta. Al ver la punta de la muleta, evitó elegir esa silla. ¡Nuevamente lo había atrapado!

La diversión del juego consistía en adivinar dónde estaba escondido el tesoro. Pero se trataba únicamente de adivinar, de pura especulación. El descubrimiento del tesoro verdadero no podía concretarse hasta tanto la manta no hubiera sido retirada y el regalo quedara al descubierto.

Lo mismo sucede con nuestro conocimiento de Dios. La especulación ociosa sobre Dios es tarea para un tonto. Si deseamos conocerle en verdad, debemos confiar en lo que Él nos dice sobre sí mismo.

La Biblia nos indica que Dios se revela a sí mismo de diversas maneras. Despliega su gloria en la naturaleza y por medio de la

naturaleza. En los tiempos antiguos se reveló por medio de sueños y de visiones. La marca de su providencia está demostrada en las páginas de la historia. Se revela a sí mismo en las Escrituras inspiradas. Y podemos ver el zenit de su revelación en Jesucristo que se hizo hombre —lo que los teólogos denominan “la Encarnación”.

El autor de la epístola a los Hebreos escribe:

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo (Hebreos 1:1-2).

Si bien la Biblia habla de las “muchas maneras” en que Dios se ha revelado a sí mismo, debemos distinguir entre dos tipos principales de revelación —la general y la especial.

La revelación general se llama “general” por dos razones: (1) es general en cuanto a su contenido, y (2) ha sido revelada a un público en general.

El contenido general

La revelación general nos provee del conocimiento de que Dios existe. “Los cielos declaran la gloria de Dios”, nos dice el salmista. La gloria de Dios la vemos desplegada en la obra de sus manos. Este despliegue es tan claro y manifiesto que ninguna criatura puede dejar de apreciarlo. Nos revela la deidad y el poder eterno de Dios (Romanos 1:18-23). La revelación en la naturaleza no nos brinda una revelación completa de Dios. No nos brinda la información sobre Dios el Redentor que encontramos en la Biblia. Pero el Dios revelado en la naturaleza es el mismo Dios revelado en las Escrituras.

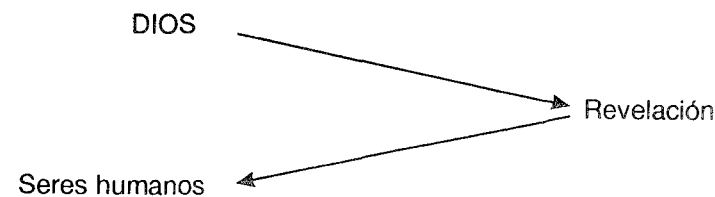
El público en general

No todas las personas en el mundo han leído la Biblia o escuchado la proclamación del evangelio. Pero la luz de la naturaleza brilla sobre cada uno en cualquier lugar y en cualquier tiempo. La revelación general de Dios tiene lugar todos los días. Él nunca se queda sin ningún testigo. El mundo visible es como un espejo que refleja la gloria de su Hacedor.

El mundo es el escenario de Dios. Él es el actor principal que aparece al principio y en el centro. No puede caer ningún telón

que oscurezca su presencia. De una simple mirada a la creación podemos saber que la naturaleza no es su propia madre. No hay nada de “madre” en la Madre Naturaleza. La naturaleza en sí misma no tiene ningún poder para producir ningún tipo de vida. En sí misma, la naturaleza es estéril. El poder para producir la vida reside en el Autor de la naturaleza —Dios. El sustituir la naturaleza como la fuente de vida es confundir a la criatura con el Creador. Cualquier forma de adoración de la naturaleza es un acto de idolatría y como tal le resulta detestable a Dios.

Debido a la fuerza de la revelación general, todos los seres humanos saben que Dios existe. El ateísmo consiste en la negación lisa y llana de algo que se sabe ser cierto. Por eso es que la Biblia dice: “Dice el necio en su corazón: No hay Dios” (Salmo 14:1). Cuando las Escrituras tratan de este modo al ateo, llamándolo “necio”, le están haciendo un juicio moral. Ser un necio en términos bíblicos no es ser de pocas luces o ser poco inteligente; es ser inmoral. Así como el temor de Dios es el principio de la sabiduría, la negación de Dios es el colmo de la necesidad.



El agnóstico, asimismo, niega la fuerza de la revelación general. El agnóstico es menos estridente que el ateo; no niega de manera tajante la existencia de Dios. Sin embargo, el agnóstico declara que no hay evidencia suficiente para decidirse por una cosa u otra con respecto a la existencia de Dios. Prefiere dejar su juicio en suspenso, dejar la cuestión sobre la existencia de Dios con un signo de interrogación. Sin embargo, a la luz de la claridad de la revelación general, la postura que asume el agnóstico no es menos detestable para Dios que la del ateo militante.

Pero para todo aquel cuya mente y corazón estén abiertos, la gloria de Dios es maravillosa de contemplar —desde los billones de universos en los cielos hasta las partículas subatómicas que componen la más pequeña de las moléculas. ¡Qué Dios increíble es este a quien servimos!

Resumen

1. El cristianismo es una religión revelada.
2. La revelación de Dios es Dios revelándose. Dios mismo quita el velo que nos impide conocerle.
3. No podemos llegar a conocer a Dios por medio de la especulación.
4. Dios, a lo largo de la historia, se reveló a sí mismo de diversas maneras.
5. La revelación general ha sido dada a todos los seres humanos.
6. El ateísmo y el agnosticismo se basan en la negación de lo que las personas saben que es cierto.
7. La necesidad se funda sobre la negación de Dios.
8. La sabiduría se funda en el temor de Dios.

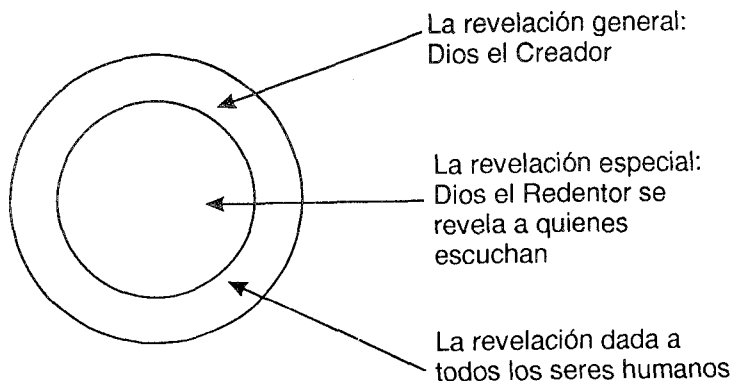
Pasajes bíblicos para la reflexión

Salmo 19:1-14

Efesios 3:1-13

2 Timoteo 3:14-17

Hebreos 1:1-4



2

PARADOJAS, MISTERIOS, Y CONTRADICCIONES

Diversos movimientos dentro de nuestra cultura contemporánea, tales como la “New Age”, las religiones orientales, y la filosofía irracional, han ejercido su influencia y conducido a una crisis de entendimiento. Ha surgido una nueva forma de misticismo que le otorga al absurdo el sello de la verdad religiosa. A nuestro entender, la máxima del budismo zen, “Dios es una mano aplaudiendo”, constituye una clara ilustración de este concepto.

Decir que Dios es una mano aplaudiendo suena como algo profundo. La mente conciente se confunde porque va a contramano de los patrones normales de pensamiento. Suena “profundo” e intrigante hasta que la analizamos cuidadosamente y descubrimos que en el fondo solo se trata de una afirmación carente de sentido.

La irracionalidad es un tipo de caos mental. Descansa sobre una confusión contrapuesta con el Autor de toda verdad que no es un autor de confusión.

El cristianismo bíblico es vulnerable a dichas cadenas de irracionalidad exaltada debido a su cándido reconocimiento de que existen muchas paradojas y misterios en la Biblia. Como las diferencias que marcan los límites entre las paradojas, los misterios y las contradicciones son débiles pero cruciales, es importante que aprendamos a distinguir cuáles son estas diferencias.

Cuando buscamos sondear las profundidades de Dios nos confundimos con mucha rapidez. Ningún mortal puede comprender a Dios exhaustivamente. La Biblia nos revela cosas sobre Dios, cosas que aunque somos incapaces de comprenderlas completamente sabemos que son verdades. No tenemos ningún punto de referencia humano, por ejemplo, para entender a un ser que es tres en persona y uno en esencia (la Trinidad), o a un ser que es una persona con dos naturalezas distintas, la humana y la divina (la persona de Cristo). Estas verdades, tan ciertas como puedan serlo, son demasiado “elevadas” para ser alcanzadas por nosotros.

Nos enfrentamos con problemas similares en el mundo natural. Sabemos que la gravedad existe, pero aunque no la entendemos, no por ello intentamos definirla en términos irracionales o

contradictorios. Casi todos estamos de acuerdo que el movimiento forma parte integral de la realidad, sin embargo, la esencia del movimiento en sí mismo ha dejado perplejos a los filósofos y a los científicos por milenios. La realidad tiene mucho de misteriosa y mucho que no podemos entender. Pero esto no se convierte en nuestra garantía para dar un salto al absurdo. Tanto en la religión como en la ciencia, la irracionalidad es fatal. En realidad, es mortal para cualquier verdad.

El filósofo cristiano Gordon H. Clark en cierta ocasión definió un paradoja como “un calambre entre las orejas”. El propósito de su definición era señalar que lo que muchas veces se denomina una *paradoja* no es nada más que un razonamiento descuidado. Clark, sin embargo, reconoció con claridad la función y el papel legítimo de las paradojas. La palabra *paradoja* proviene de la raíz griega que significa “parecer o aparecer”. Las paradojas nos resultan difíciles porque a primera vista “parecen” ser contradictorias, pero si las examinamos con mayor detalle podemos encontrarles la solución. Por ejemplo, Jesús dijo que “El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” (Mateo 10:39). Superficialmente, esto parece ser una afirmación del mismo tenor que la que dice que “Dios es una mano aplaudiendo”. Parece contener en sí una contradicción. Lo que Jesús intentó decir, sin embargo, fue que si alguien pierde su vida *en un sentido*, la encontrará *en otro sentido*. Como la pérdida y el hallazgo están en dos sentidos distintos, no hay ninguna contradicción. Yo soy al mismo tiempo un padre y un hijo pero, obviamente, no en la misma relación.

Debido a que la palabra *paradoja* ha sido muy frecuentemente entendida como sinónimo de contradicción, en algunos diccionarios ingleses ha sido ingresada como una segunda acepción al término *contradicción*. Una contradicción es una afirmación que viola la clásica ley de no contradicción. La ley de no contradicción afirma que no es posible que *A* sea *A* y *no-A* al mismo tiempo y en el mismo sentido. En otras palabras, algo no puede ser lo que es y no ser lo que es, al mismo tiempo y en el mismo sentido. Se trata de la ley más importante de todas las leyes de lógica.

Nadie es capaz de entender una contradicción porque una contradicción es *inherentemente no inteligible*. Ni siquiera Dios puede comprender las contradicciones. Pero sin duda que las puede reconocer por lo que en realidad son -meras falsedades. La

palabra *contradicción* proviene del latín “hablar en contra”. También se las conoce como una *antinomia*, que significa “contra la ley”. Si Dios hablara por medio de contradicciones carecería intelectualmente de leyes, tendría un doble discurso. Es un tremendo insulto y una blasfemia incluso el sugerir que el Autor de la verdad pudiera hablar con contradicciones. La contradicción es la herramienta de aquel que miente —el padre de las mentiras que desprecia la verdad.

Existe una relación entre los misterios y las contradicciones que fácilmente nos conduce a confundirlas entre sí. No podemos entender los misterios. No podemos entender las contradicciones. El punto de contacto entre los dos conceptos es su carácter de no inteligible. Los misterios no nos resultan claros ahora porque carecemos de la información o de la perspectiva para comprenderlos. La Biblia nos promete que, una vez en el cielo, estos misterios que ahora no podemos comprender serán explicados. Las explicaciones solucionarán los misterios del presente. Sin embargo, no hay ninguna explicación posible, ni en el cielo ni en la tierra, que pueda solucionar una contradicción.

Resumen

1. Una paradoja es una contradicción *aparente* que puede ser entendida si se la examina en detalle.
2. Un misterio es algo que ahora nos resulta desconocido, pero que puede ser resuelto.
3. Una contradicción es una violación de la ley de no contradicción. Una contradicción no puede ser resuelta, ni por los mortales ni por Dios, ni en este mundo ni en el porvenir.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 13:11

Mateo 16:25

Romanos 16:25-27

1 Corintios 2:7

1 Corintios 14:33

3

LA REVELACIÓN GENERAL INMEDIATA Y MEDIATA

Cuando era niño y mi madre me pedía que hiciera algo sin demora, siempre me daba las órdenes pautándolas con el adverbio *inmediatamente*. Decía: “Hijo, ve inmediatamente a tu dormitorio”.

Utilizaba la palabra *inmediatamente* para referirse a un acontecimiento en el tiempo que tiene lugar sin que transcurra ningún lapso de tiempo. En la teología el término *inmediato* significa algo distinto. Significa que algo sucede sin pasar a través de ningún tipo de medio, de cosa o de agente interventor. Se trata de una acción que tiene lugar sin intermediarios.

En la teología bíblica, se distinguen dos tipos de revelación general, aquella que ha sido comunicada por medio de un intermediario y aquella que es directa. Cuando hablamos de la revelación general mediata, nos estamos refiriendo a la revelación que ha sido transmitida a través de algo. Cuando los cielos nos revelan a Dios, se convierten en el medio o los medios a través de los cuales Dios despliega su gloria. En este sentido, todo el universo es un medio de revelación divina. La creación da testimonio sobre su Creador.

La Biblia nos dice que toda la tierra está llena de la gloria de Dios. Lamentablemente, con frecuencia no nos damos cuenta de la propia gloria que nos rodea. Tenemos la tendencia a vivir en la superficie de las cosas. Somos ajenos a las maravillas y el encanto que Dios nos provee en su gloriosa creación. Hemos perdido la sintonía. Hemos perdido el contacto. Las ideas religiosas no tienen ningún valor si no expresan algo real.

La sublime presencia de Dios está en todo lo que nos rodea. Sin embargo, con frecuencia somos sordos y ciegos. No entendemos su idioma. Para apreciar el aroma de las flores es necesario hacer algo más que detenerse. La flor contiene más que un dulce aroma o fragancia. Exhala la gloria de su Creador. Estamos en contacto con la revelación divina cuando somos concientes de la gloria de Dios en la naturaleza. La naturaleza no es divina. Pero la gloria de Dios llena la naturaleza y se nos revela en ella y por medio de ella.

Además de revelar su gloria indirectamente por medio de la creación, Dios también se revela a sí mismo directamente a la

mente humana. Esta revelación se llama la revelación general inmediata.

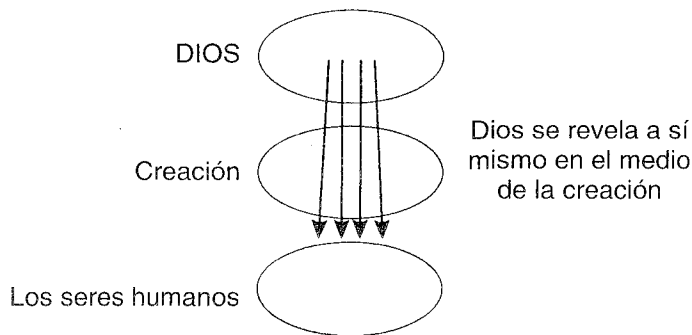
El apóstol Pablo habla sobre la ley de Dios que ha sido grabada en nuestros corazones (Romanos 2:12-16). Juan Calvino habló de un sentido de lo divino que Dios implanta en la mente de cada persona. Escribió:

Que existe en la mente humana, y por instinto natural, una determinada percepción de la Deidad, no puede ser cuestión de disputa, ya que Dios mismo... ha dotado a todos los hombres con alguna idea de su Divinidad, la memoria de la cual constantemente renueva y ocasionalmente expande¹.

Las culturas en todas partes atestiguan la presencia de algún tipo de actividad religiosa, confirmando así la naturaleza religiosa incurable en el género humano. Los seres humanos son religiosos en su parte más íntima. El carácter de dicha religión puede ser crasamente idolátrico; pero hasta la idolatría, y en realidad especialmente la idolatría, nos brinda la evidencia de este conocimiento innato que puede presentarse distorsionado pero nunca obliterado.

En lo más profundo de nuestras almas sabemos que Dios existe y que nos ha dado su ley. Intentamos reprimir este conocimiento para eludir cumplir con los mandamientos de Dios. Pero no importa cuánto tratemos, no podremos silenciar esta voz interior. Puede ser amordazada pero no puede ser destruida.

La revelación general mediata



Resumen

1. La gloria de Dios es evidente en todo lo que nos rodea. Ha sido *mediatizada* por la creación de Dios.
2. Los seres humanos son religiosos por naturaleza.
3. Dios implanta en todos los seres humanos un conocimiento innato de Él. En esto consiste la revelación general *inmediata*.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Salmo 19:1-14
 Hechos 14:8-18
 Hechos 17:16-34
 Romanos 1:18-23
 Romanos 2:14-15

La revelación general inmediata



4

LA REVELACIÓN ESPECIAL Y LA BIBLIA

Cuando Jesús fue tentado por Satanás en el desierto, reprendió al demonio con estas palabras: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Históricamente, la iglesia se ha hecho eco de la enseñanza de Jesús al afirmar que la Biblia es la *vox Dei*, la “voz de Dios” o el *verbum Dei*, la “Palabra de Dios”. Llamar a la Biblia la Palabra de Dios no significa sugerir que fue escrita por la propia mano divina de Dios o que nos cayó del cielo en un paracaídas. La Biblia misma dirige nuestra atención hacia muchos de sus escritores humanos. Si estudiamos la Escritura diligentemente, notaremos que cada uno de sus escritores humanos tiene su estilo literario propio, su vocabulario, su énfasis especial, su perspectiva, y otras características. Si la producción de la Biblia implicó el esfuerzo humano, ¿cómo es posible considerarla la Palabra de Dios?

A la Biblia se la llama la Palabra de Dios porque ella misma declara, y la iglesia lo cree, que los escritores humanos no escribieron simplemente sus propias opiniones, sino que sus palabras fueron inspiradas por Dios. El apóstol Pablo escribe: “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Timoteo 3:16). La palabra *inspiración* es una traducción de la palabra griega que significa “exhalado por Dios”. Dios exhaló la Biblia. De la misma manera que exhalamos el aire a través de nuestras bocas cuando hablamos, así la Escritura es Dios hablando.

Aunque la Escritura llegó a nuestras manos de las plumas de los autores humanos, la fuente *originaria* de la Escritura es Dios. Por eso es que los profetas podían anteponer a sus palabras este prefacio: “Así dijo el Señor”. Por eso es que Jesús pudo decir: “Tu palabra es verdad” (Juan 17:17), y “la Escritura no puede ser quebrantada” (Juan 10:35).

La palabra *inspiración* también dirige nuestra atención al proceso utilizado por el Espíritu Santo para *supervisar* la producción de la Escritura. El Espíritu Santo guió a los autores humanos para que sus palabras no fueran otra cosa que la palabra de Dios. No sabemos cómo supervisó Dios los escritos originales de la Biblia. Pero la inspiración no implica que Dios dictó sus men-

sajes a quienes escribieron la Biblia. El Espíritu Santo comunicó las propias palabras de Dios por medio de los escritores humanos.

Los cristianos afirman la infalibilidad y la inerrabilidad de la Biblia porque en última instancia Dios es el autor de la Biblia. Y como es imposible que Dios inspire falsedades, su palabra debe ser completamente cierta y confiable. Cualquier producto literario preparado normalmente por los humanos es factible de contener errores. Pero la Biblia no es un proyecto humano normal. Si la Biblia ha sido inspirada y supervisada por Dios, entonces no puede equivocarse.

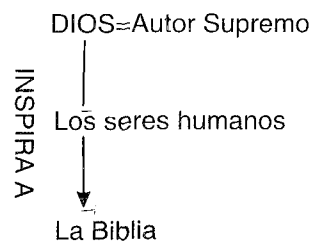
Esto no significa que las traducciones de la Biblia con las que contamos hoy en día no contengan errores, sino que los manuscritos originales eran absolutamente correctos. Tampoco significa que todas las afirmaciones contenidas en la Biblia sean verdaderas. El escritor del libro de Eclesiastés, por ejemplo, declara que “en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría” (Eclesiastés 9:10). El escritor estaba escribiendo desde una perspectiva de desesperación humana, y sabemos que su afirmación no es verdadera a la luz de otras partes de la Escritura. Pero hasta cuando nos revela los falsos razonamientos de un hombre desesperado, la Biblia nos dice la verdad.

Resumen

1. La inspiración es el proceso por el cual Dios ha exhalado su palabra.
2. Dios es la *fuentes* originaria de la Biblia.
3. Dios es el *supervisor* final de la Biblia.
4. Solamente los manuscritos originales de la Biblia no contenían ningún error.

Pasajes bíblicos para la reflexión

- Salmo 119
- Juan 17:17
- 1 Tesalonicenses 2:13
- 2 Timoteo 3:15-17
- 2 Pedro 1:20-21



5

LA LEY DE DIOS

Dios gobierna a su universo por la ley. La propia naturaleza funciona bajo su gobierno providencial. Las así denominadas leyes de la naturaleza son simples descripciones de la manera normal que Dios tiene de ordenar su universo. Estas “leyes” son expresiones de su voluntad soberana.

Dios no le rinde cuentas a ninguna ley fuera de sí mismo. No existen normas cósmicas independientes que obliguen a Dios a obedecerlas. Por el contrario, Dios es su propia ley. Esto quiere decir que Dios actúa de acuerdo con su propio carácter moral. Su propio carácter no es solo moralmente perfecto, sino que es el patrón estándar de la perfección. Su acciones son perfectas porque su naturaleza es perfecta, y Él siempre actúa de acuerdo con su naturaleza. Por lo tanto, Dios nunca es arbitrario, caprichoso o antojadizo. Siempre hace lo que es correcto.

Como criaturas de Dios, a nosotros también se nos exige que hagamos lo que es correcto. Dios nos exige que vivamos una vida de acuerdo a su ley moral, la cual nos ha revelado en la Biblia. La ley de Dios es el estándar de justicia y la norma suprema para juzgar el bien y el mal. Dios tiene la autoridad para imponernos obligaciones, para exigir nuestra obediencia, y exigir el compromiso de nuestras conciencias, porque Él es nuestro soberano. También tiene el poder y el derecho para castigar la desobediencia cuando violamos su ley. (El pecado puede ser definido como la desobediencia a la ley de Dios.)

Algunas leyes de la Biblia están directamente basadas en el carácter de Dios. Estas leyes reflejan los elementos transculturales y permanentes de las relaciones, tanto divinas como humanas. Otras leyes obedecieron a condiciones pasajeras de la sociedad. Esto significa que algunas leyes son absolutas y eternas, mientras que otras pueden ser anuladas por Dios por razones históricas, como las leyes ceremoniales y de dieta de Israel. Solo Dios puede abolir dichas leyes. Los seres humanos nunca tienen la autoridad para abolir la ley de Dios.

No somos autónomos. Es decir, no se nos permite vivir de acuerdo con nuestra propia ley. La condición moral de la huma-

nidad es la de heteronomía: vivimos bajo la ley de otro. La forma específica de heteronomía bajo la cual vivimos es la teonomía, o la ley de Dios.

Resumen

1. Dios gobierna al universo por leyes. La gravedad es un ejemplo de las leyes de Dios para la naturaleza. La ley moral de Dios está en los Diez Mandamientos.
2. Dios tiene la autoridad para imponer obligaciones a sus criaturas.
3. Dios actúa de acuerdo a la ley de su propio carácter.
4. Dios nos revela su ley moral a nuestras conciencias y en la Escritura.
5. Solo Dios tiene la autoridad para abolir sus leyes.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Exodo 20:1-17

Salmo 115:3

Mateo 5:17-20

Romanos 7:7-25

Gálatas 3:23-29

Autonomía= *Auto nomos*
Ley propia

Heteronomía= *Hetero nomos*
Ley de otro

Teonomía= *Theo nomos*
Ley de Dios

6

LOS PROFETAS DE DIOS

Los profetas del Antiguo Testamento fueron personas llamadas exclusivamente por Dios y a quienes Dios les entregó en forma sobrenatural sus mensajes para que nos los entregaran. Dios habló su palabra por medio de los labios y los escritos de los profetas.

La profecía implicaba tanto la predicción sobre el futuro (el *predecir*) como la exhortación y la proclamación presente de la palabra de Dios (el *proclamar*). Los profetas fueron dotados por el Espíritu Santo para que sus palabras fueran las palabras de Dios. Por eso es que los mensajes proféticos solían estar precedidos por la expresión: “Así dice el Señor”.

Los profetas fueron reformadores de la religión de Israel. Llamaron al pueblo a volverse a la adoración pura y a la obediencia a Dios. Aunque los profetas criticaron la manera como la adoración judía muchas veces se había degenerado y se había convertido en un simple ritual, no condenaron ni atacaron las formas originales de adoración que Dios había encomendado a su pueblo. Los profetas no fueron revolucionarios ni anarquistas religiosos. Su tarea consistía en purificar, no en destruir; en reformar, no en sustituir la adoración de Israel.

Los profetas también estaban profundamente preocupados por la justicia y la equidad social. Eran la conciencia de Israel, llamando al pueblo al arrepentimiento. También actuaron como los defensores del pacto de Dios. Ellos “entregaron citaciones a comparecer” a la nación ante el juez divino por violar los términos del pacto con Dios.

Los profetas hablaron con una autoridad divina porque Dios los había llamado específicamente para ser sus voceros. El profeta no era un cargo hereditario, ni tampoco eran elegidos para ocupar dicha función. Las credenciales de los profetas la constituían el llamado directo e inmediato de Dios unido al poder del Espíritu Santo.

Los falsos profetas fueron constantemente un problema en Israel. En lugar de transmitir los oráculos de Dios, relataban sus propios sueños y opiniones —diciéndoles a las personas únicamente lo que ellas deseaban escuchar. Los verdaderos profetas

fueron muchas veces perseguidos y rechazados por sus contemporáneos por rehusarse a comprometer la proclamación del consejo de Dios.

Los libros de los profetas suelen dividirse en los libros de los “profetas mayores” y los “profetas menores”. Esta diferenciación solo se refiere a la extensión de los escritos canónicos y no constituye ninguna referencia a la mayor o menor importancia de los profetas. Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel son conocidos como los profetas mayores porque fueron los que más escribieron; mientras que Amós, Oseas, Miqueas, Jonás, etc. son los profetas menores porque sus libros son más pequeños.

Los apóstoles del Nuevo Testamento también tuvieron muchas de las características de los profetas del Antiguo Testamento. Los apóstoles junto con los profetas son llamados el fundamento de la iglesia.

Resumen

1. Los profetas del Antiguo Testamento fueron agentes de la revelación divina.
2. La profecía implicaba la predicción sobre el futuro y la proclamación.
3. Los profetas fueron reformadores de la adoración y la vida israelita.
4. Solo quienes habían sido llamados directamente por Dios tenían la autoridad para ser sus profetas.
5. Los falsos profetas expresaban sus propias opiniones y le manifestaban a la gente solo lo que esta deseaba escuchar.
6. La división en profetas mayores y menores es una diferencia establecida en base a la extensión de sus escritos y no en base a su importancia.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Deuteronomio 18:15-22

Isaías 6

Joel 2:28-32

Mateo 7:15-20

Efesios 4:11-16

7

EL CANON DE LA ESCRITURA

Comúnmente pensamos en la Biblia como un solo gran libro. En realidad, es una pequeña biblioteca de sesenta y seis libros individuales. La reunión de estos libros constituye lo que llamamos el *canon* de la sagrada Escritura. El término *canon* proviene de la palabra griega que significa “vara de medir” o “metro”, “estándar”, o “norma”. Históricamente, la Biblia ha sido siempre el precepto autorizado para la fe y la práctica en la iglesia.

Con respecto a los libros incluidos en el Nuevo Testamento, los católicos y los protestantes están de acuerdo. Sin embargo, los dos grupos están en franco desacuerdo con lo que respecta a los libros que deberían ser incluidos en el Antiguo Testamento. Los católicos creen que los libros apócrifos deberían ser considerados canónicos, mientras que el protestantismo piensa lo contrario. (Estos libros apócrifos fueron escritos después que se completó el Antiguo Testamento y antes que se comenzara a escribir el Nuevo Testamento.) El debate con respecto a los libros apócrifos se centra en el tema más amplio sobre qué fue considerado canónico por la comunidad judía. Existe una contundente evidencia que los libros apócrifos no estaban incluidos en el canon palestino de los judíos. Por otro lado, parece ser que los judíos que vivían en Egipto habrían incluido a los libros apócrifos (traducidos al griego) en el canon alejandrino. Hay pruebas más recientes, sin embargo, que arrojan ciertas dudas a este respecto.

Algunos críticos de la Biblia aducen que la iglesia no contó con una Biblia como tal hasta casi principios del siglo quinto. Pero esto es una distorsión de todo el proceso de desarrollo canónico. La iglesia se reunió en concilios en varias ocasiones durante los primeros siglos para decidir sobre cuales libros pertenecían propiamente al canon. El primer canon formal del Nuevo Testamento fue creado por el hereje Marcio, quien produjo su propia versión expurgada de la Biblia. Para combatir a este hereje, la iglesia se vio obligada a declarar cuál era el contenido exacto del Nuevo Testamento.

Aunque la gran mayoría de los libros que hoy en día están incluidos en el Nuevo Testamento en su día claramente funciona-

ron con autoridad canónica desde que fueron escritos, hubo algunos pocos libros cuya inclusión en el canon del Nuevo Testamento fue motivo de discusión. Estos fueron Hebreos, Santiago, la segunda epístola de Pedro, la segunda y tercera epístola de Juan, Judas, y Apocalipsis.

Existieron además varios libros que rivalizaron para obtener esta posición canónica pero que no fueron incluidos. La gran mayoría de estos eran obras espurias escritas por herejes gnósticos del segundo siglo. Estos libros nunca recibieron una consideración seria. (Este es un punto clave que los críticos suelen pasar por alto cuando alegan que entre más de dos mil contendientes al canon se eligieron solo veintisiete. Y luego preguntan: “¿No es poco probable que se haya seleccionado a los veintisiete correctos?”) En realidad, son solo dos o tres libros los que no fueron incluidos luego de haber sido seriamente considerados. Estos fueron *1 Clemente*, *El Pastor de Hermas*, y *La Didaqué*. Estos libros no fueron incluidos en el canon de la Escritura porque no habían sido escritos por los apóstoles, y sus propios autores reconocieron que su autoridad estaba subordinada a la de los apóstoles.

Algunos cristianos están preocupados por el hecho de que haya habido un proceso histórico selectivo. Les molesta la pregunta: ¿cómo es posible saber que el canon del Nuevo Testamento incluye los libros que debería contener? La teología católica tradicional contesta esta pregunta apelando a la infalibilidad de la iglesia. La iglesia es vista entonces como “creando” el canon, y tiene así la misma autoridad que la propia Escritura. El protestantismo clásico niega el hecho de que la iglesia sea infalible y que la iglesia “haya creado” el canon. La diferencia entre el catolicismo y el protestantismo puede resumirse de la siguiente manera:

El punto de vista católico: El canon es una colección infalible de libros infalibles.

El punto de vista protestante clásico: El canon es una colección falible de libros infalibles.

El punto de vista crítico liberal: El canon es una colección falible de libros falibles.

Si bien los protestantes creen que Dios en su providencia ejerció su cuidado especial para asegurar que solo los libros apropiados fueran incluidos, no convirtió a la iglesia en sí misma

en infalible. Los protestantes, además, le recuerdan a los católicos que la iglesia no “creó” al canon. La iglesia reconoció, aceptó, recibió y se sujetó al canon de la Escritura. El término que la iglesia utilizó en los concilios fue *recipimus*, “Recibimos”.

¿Cuál fue el criterio utilizado para evaluar los libros? Las así llamadas evidencias canónicas incluían las siguientes:

1. Los libros deberían contar con la autoría o el respaldo apostólico.
2. Su autoridad debería haber sido recibida por la iglesia primitiva.
3. Deberían estar en armonía con los libros de los cuales nadie dudaba de su canonicidad.

Si bien en una etapa de su vida Martín Lutero cuestionó el carácter canónico de Santiago, más adelante cambió de parecer. No hay ninguna razón valedera para dudar de que los libros que actualmente están incluidos en el canon del Nuevo Testamento no son los que deberían estar allí.

Resumen

1. El término *canon* proviene del griego, y significa “norma” o “estándar”. Se utiliza la palabra canon para describir la lista autorizada de libros que la iglesia reconoce como la sagrada Escritura y, por ende, el “precepto” para su fe y su práctica.
2. Además de los sesenta y seis libros de la Biblia aceptados por los protestantes, los católicos también aceptan a los libros apócrifos como Escritura autorizada.
3. Para combatir la herejía, la iglesia reconoció la necesidad de declarar a cuáles libros se les había reconocido su autoridad.
4. Hubo algunos libros cuya inclusión en el canon fue motivo de disputa (Hebreos, Santiago, 2 Pedro, 2 y 3 Juan, Judas, y Apocalipsis), y otros libros cuya inclusión fue considerada pero que no fueron admitidos en el canon, entre los que se encuentran *1 Clemente*, *El Pastor de Hermas*, y *La Didaqué*.
5. La iglesia no *creó* al canon, simplemente *reconoció* a los libros que tenían las evidencias canónicas y que por lo tanto gozaban de autoridad dentro de la iglesia.
6. Las evidencias canónicas incluyen: (1) la autoría o el respaldo apostólico, (2) que la autoridad de dichos libros haya sido

reconocida por la iglesia primitiva, y (3) el estar en armonía con los libros que sin ningún tipo de duda formaban parte del canon.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Lucas 24:44-45
1 Corintios 15:3-8
2 Timoteo 3:16-17
2 Pedro 1:19-21
2 Pedro 3:14-16

8

INTERPRETANDO LA BIBLIA

Cualquier documento escrito debe ser interpretado si ha de ser entendido. Los Estados Unidos de América cuentan con nueve individuos extremadamente capacitados cuya tarea diaria consiste en interpretar la Constitución. Constituyen la Corte Suprema de dicho país. El interpretar la Biblia es una tarea muchísimo más solemne que interpretar la Constitución de los Estados Unidos de América. Demanda mucho cuidado y diligencia.

La Biblia misma es su propia Corte Suprema. La regla principal de la interpretación bíblica es “la sagrada Escritura es su propio intérprete”. Este principio significa que la Biblia ha de ser interpretada por la Biblia. Un pasaje oscuro en la Escritura puede ser aclarado por otro pasaje. Interpretar la Escritura con la Escritura significa que no podemos enfrentar un pasaje de la Escritura con otro pasaje. Cada texto debe ser entendido no solamente a la luz de su contexto inmediato sino también a la luz del contexto de la Escritura en su totalidad.

Además, entendido correctamente, el único método legítimo y válido para interpretar la Biblia es el método de la interpretación literal. Sin embargo, existe mucha confusión con respecto a la idea de la interpretación literal. La interpretación literal, en un sentido restringido, significa que hemos de interpretar a la Biblia *tal como ha sido escrita*. Un sustantivo ha de ser tratado como un sustantivo, un verbo como un verbo. Significa que todas las formas utilizadas en la escritura de la Biblia han de ser interpretadas de acuerdo con las reglas normales que gobiernan dichas formas. La poesía debe ser tratada como poesía. Los relatos históricos han de ser tratados como historia. Las parábolas como parábolas, las hipérbolas como hipérbolas, y así sucesivamente.

A este respecto, la Biblia ha de ser interpretada de acuerdo a las normas que gobiernan la interpretación de cualquier libro. En algunos sentidos la Biblia es muy distinta a cualquier libro que jamás haya sido escrito. Sin embargo, en lo que tiene que ver con su interpretación, ha de ser tratada como cualquier otro libro.

La Biblia no ha de ser interpretada de acuerdo con nuestros deseos y prejuicios. Debemos encontrar lo que en realidad dice y

cuidarnos de no forzar nuestros propios puntos de vista. El deporte de los herejes es buscar el respaldo de la Escritura para las falsas doctrinas que no tienen base alguna en el texto. Satanás mismo citó a la Escritura de manera no válida para tentar a Cristo al pecado (Mateo 4:1-11).

El mensaje básico de la Biblia es tan sencillo y claro que hasta un niño lo puede comprender. Sin embargo, para entender adecuadamente la carne de la Escritura se requiere de una cuidadosa atención y estudio. Algunos de los temas abordados por la Biblia son tan complejos y profundos que acaparan el esfuerzo perenne del académico más especializado.

Existen algunos pocos principios de interpretación que son básicos para cualquier estudio correcto de la Biblia. Entre ellos se encuentran los siguientes: (1) Los relatos narrativos deben ser interpretados a la luz de los pasajes “de enseñanza”. Por ejemplo, la historia de Abraham ofreciendo a Isaac en el monte de Moriah parecería sugerir que Dios no sabía que la fe de Abraham era verdadera. Pero las porciones didácticas de la Escritura reflejan con claridad que Dios es omnisciente. (2) Lo implícito debe ser siempre interpretado a la luz de lo explícito; y nunca lo explícito por lo implícito. En otras palabras, si un texto en particular parece implicar algo, no debemos aceptar como correcto lo que ese texto implica si dicha interpretación se contrapone a una afirmación explícita de otro lugar de la Escritura. (3) Las leyes de lógica gobiernan la interpretación bíblica. Si, por ejemplo, sabemos que todos los gatos tienen cola, no podemos deducir que algunos gatos no tienen cola. Si es cierto que algunos gatos no tienen cola, entonces no puede ser igualmente cierto que todos los gatos tienen cola. No se trata de un mero asunto de las leyes técnicas de la inferencia; se trata de un asunto de sentido común. Sin embargo, la gran mayoría de las interpretaciones erróneas de la Biblia han sido provocadas por deducciones no legítimas de la Escritura.

Resumen

1. La Biblia es su propio intérprete.
2. Debemos interpretar la Biblia literalmente —*como ha sido escrita*.
3. La Biblia debe ser interpretada como cualquier otro libro.

4. Las partes oscuras de la Biblia deben ser interpretadas a la luz de las partes más claras.
5. Lo *implícito* debe ser interpretado a la luz de lo *explícito*.
6. Las leyes lógicas gobiernan todo lo que pueda ser razonablemente deducido o concluido a partir de la Escritura.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Hechos 15:15-16

Efesios 4:11-16

2 Pedro 1:16-21

2 Pedro 3:14-18

9

LA INTERPRETACIÓN PRIVADA

Dos de los grandes legados de la Reforma fueron el principio de la interpretación privada y la traducción de la Biblia al lenguaje común del pueblo. El mismo Lutero trajo este tema a la luz. Cuando Lutero se apareció frente a la Dieta de Worms (un concilio que lo estaba acusando de herejía por causa de su enseñanza), declaró:

Si no se me convence con las Escrituras y claras razones -pues yo no acepto la autoridad ni del Papa ni de los concilios exclusivamente, ya que con frecuencia se han contradicho entre sí- mi conciencia está prisionera de la Palabra de Dios. Por tanto, no puedo ni quiero retractarme, porque hacer algo contra la conciencia no tranquiliza ni estaría bien. Dios mío, ayúdame. Amén¹.

La declaración de Lutero, y su subsiguiente traducción de la Biblia a su lengua materna, tuvo dos consecuencias. Primero, le retiró a la iglesia católica el derecho exclusivo de interpretación. A partir de entonces el pueblo no estaría a la merced de la doctrina de la iglesia, teniendo que aceptar la autoridad de la enseñanza tradicional o la de la iglesia en igualdad de condiciones que la Palabra de Dios. Segundo, puso la interpretación en manos del pueblo. Este cambio ha sido más problemático. Condujo a los mismos excesos que la iglesia católica quería prevenir —la interpretación subjetiva del texto que se aparta de la fe cristiana histórica.

El subjetivismo ha sido el gran peligro de la interpretación privada. Sin embargo, el principio de interpretación privada no significa que el pueblo de Dios tiene derecho a interpretar la Biblia como se le antoje. El “derecho” a interpretar la Escritura va junto con la responsabilidad para interpretarla *correctamente*. Los creyentes tienen la libertad para descubrir las verdades de la Escritura, pero no están libres para fabricar sus propias verdades. Los creyentes han sido llamados para entender los principios válidos de interpretación y para evitar el peligro de subjetivismo.

Al buscar un entendimiento objetivo de la Escritura no estamos reduciendo la Escritura a algo frío, abstracto y carente de

vida. Lo que estamos buscando es entender lo que dice la Palabra en el contexto, antes de encaminarnos a la tarea igualmente necesaria de ponerla en práctica en nuestras vidas. Una afirmación en particular puede tener numerosas aplicaciones personales posibles, pero solo puede tener un significado correcto. El derecho a interpretar la Escritura lleva consigo la obligación de interpretarla con exactitud. La Biblia no es una estatua de cera que puede ser moldeada y a la que puede darse la forma que mejor convenga a las opiniones del intérprete.

Resumen

1. La Reforma le brindó a la iglesia una traducción de la Biblia en el lenguaje común del pueblo, y le otorgó a cada creyente el derecho y la responsabilidad de la interpretación privada.
2. La tradición de la iglesia, si bien puede servir como una guía instructiva, no tiene la misma autoridad que la Escritura.
3. La interpretación privada no es una licencia para el subjetivismo.
4. El principio de interpretación privada lleva consigo la obligación de buscar la interpretación correcta de la Biblia.
5. Cada texto bíblico tiene múltiples aplicaciones, pero un solo significado correcto.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Nehemías 8:8
2 Timoteo 2:15
2 Timoteo 3:14-17
Hebreos 1:1-4
2 Pedro 1:20-21

Parte III

La naturaleza y los atributos de Dios

10

LA INCOMPREENSIBILIDAD DE DIOS

Durante un seminario en los Estados Unidos, un estudiante le preguntó al teólogo suizo Karl Barth: “Dr. Barth, ¿cuál ha sido lo más profundo que usted ha aprendido en su estudio de la teología?” Barth pensó por un momento y luego contestó: “Cristo me ama, bien lo sé, en la Biblia dice así”. Los estudiantes se rieron de su respuesta tan simplista, pero su risa se tornó algo nerviosa cuando pronto advirtieron que Barth lo había dicho muy en serio.

Barth dio una respuesta sencilla a una pregunta muy profunda. Al hacerlo estaba llamando la atención a por lo menos dos nociones fundamentalmente importantes. (1) En la más sencilla de las verdades cristianas reside una profundidad que puede ocupar las mentes de las personas más brillantes durante toda su vida. (2) Que aun dentro de la sofisticación teológica más académica nunca nos podremos elevar más allá del entendimiento de un niño para comprender las profundidades misteriosas y las riquezas del carácter de Dios.

Juan Calvino utilizó otra analogía. Dijo que Dios nos habla como si estuviera balbuceando. De la misma manera que los padres les hablan a sus hijos recién nacidos imitando el balbuceo de los bebés, así Dios cuando desea comunicarse con los mortales debe condescenderse y hablarnos con balbuceos.

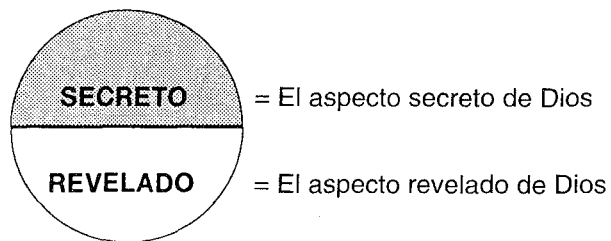
Ningún ser humano tiene la capacidad para entender a Dios exhaustivamente. Existe una barrera infranqueable que impide un entendimiento completo y exhaustivo de Dios. Somos seres finitos; Dios es un ser infinito. Y ahí radica el problema. ¿Cómo puede algo que es finito comprender a algo que es infinito? Los teólogos medioevales tenían una frase que se ha convertido en un axioma dominante en cualquier estudio de teología. “Lo finito no puede aprehender (o contener) a lo infinito.” No hay nada que resulte más obvio que esto, que un objeto infinito no puede ser introducido dentro de un espacio finito.

Este axioma contiene una de las doctrinas más importantes del cristianismo ortodoxo. Se trata de la doctrina de la *incomprensibilidad de Dios*. Este término puede no ser bien entendido. Puede sugerir que como lo finito no puede “aprehender” a lo

infinito, entonces es imposible llegar a conocer nada sobre Dios. Si Dios está más allá del entendimiento humano, ¿no sugiere eso que toda discusión religiosa no es más que mero palabrerío teológico y que entonces, como mucho, solo nos queda un altar a un Dios desconocido?

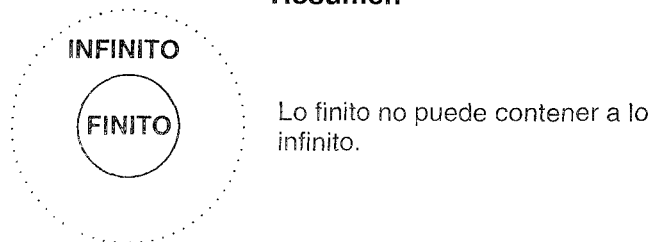
Por supuesto que esto no es la intención. La incomprendibilidad de Dios no significa que no sabemos nada sobre Dios. En realidad significa que nuestro conocimiento será parcial y limitado, que nunca podremos alcanzar el conocimiento total y exhaustivo de Dios. El conocimiento que Dios nos da sobre sí mismo mediante la revelación es verdadero y útil. Podemos conocer a Dios en la medida que Él decida revelarse a sí mismo. Lo finito puede “aprehender” a lo infinito, pero lo finito no podrá nunca contener a lo infinito en sus manos. Siempre habrá algo más de Dios que lo que podamos aprehender.

La Biblia expresa esto mismo de esta manera: “Las cosas



secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre” (Deuteronomio 29:29). Martín Lutero hizo referencia a los dos aspectos de Dios —el secreto y el revelado. Una porción del conocimiento divino permanece oculta a nuestros ojos. Trabajamos a la luz de lo que Dios nos ha revelado.

Resumen



1. Hasta las verdades cristianas más sencillas contienen un profundo significado.
2. Independientemente de lo profundo que pueda ser nuestro conocimiento teológico, siempre habrá mucho sobre la naturaleza y el carácter de Dios que seguirá siendo un misterio para nosotros.
3. Ningún ser humano puede tener un conocimiento exhaustivo sobre Dios.
4. La doctrina de la incomprendibilidad de Dios no significa que no podemos llegar a conocer nada sobre Dios. Significa que nuestro conocimiento está restringido, limitado por nuestra humanidad.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Job 38:1-41:34
 Salmo 139:1-18
 Isaías 55:8-9
 Romanos 11:33-36
 1 Corintios 2:6-16

La doctrina de la Trinidad nos resulta difícil y confusa. A veces hasta se ha pensado que el cristianismo enseña la noción absurda de que $1+1+1=1$. Resulta claro que esta es una ecuación falsa. El término *Trinidad* describe una relación de un Dios que es tres personas, y no una relación entre tres dioses. La Trinidad no significa un triteísmo, es decir, que hay tres seres que en su conjunto conforman un Dios. La palabra *Trinidad* se utiliza como un esfuerzo para definir la plenitud de la Deidad en términos de su unidad y su diversidad.

La formulación histórica de la Trinidad es que Dios es uno en esencia y tres en persona. Aunque esta fórmula es misteriosa y paradójica, no conlleva de modo alguno una contradicción. Con respecto a la esencia o el ser, se afirma la unidad de la Deidad; con respecto a la persona, se expresa la diversidad de la Deidad.

Si bien el término *Trinidad* no se encuentra en la Biblia, el concepto aparece en ella con claridad. Por un lado la Biblia declara de manera contundente la unidad de Dios (Deuteronomio 6:4). Por otro lado, la Biblia declara con claridad el carácter plenamente divino de las tres personas de la Deidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La iglesia ha rechazado las herejías del modalismo y el triteísmo. El modalismo niega la diferencia que existe entre las personas de la Deidad, afirmando que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son distintas maneras en que Dios se expresa a sí mismo. El triteísmo, por otro lado, falsamente afirma que existen tres seres que juntos constituyen a Dios.

El término *persona* no significa una diferencia en esencia sino una *subsistencia* diferente en la Deidad. Una subsistencia en la Deidad constituye una diferencia *real* pero no es una diferencia *esencial*, en cuanto a una diferencia en el ser. Cada persona subsiste o existe “bajo” la pura esencia de lo divino. La subsistencia es una diferencia dentro del mismo ser, no un ser o una esencia separada. Todas las personas de la Deidad comparten todos los atributos divinos.

También hay una diferencia en la función desarrollada por cada miembro de la Trinidad. El trabajo de la salvación es en cierto

sentido compartido por las tres personas de la Trinidad. Sin embargo, con respecto a la manera de actuar, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo operan de distinta forma. El Padre es quien inicia la creación y la redención; el Hijo es quien redime a la creación; y el Espíritu Santo regenera y santifica, operando la redención en los creyentes.

La Trinidad no se refiere a las partes de Dios, ni siquiera a los roles. Las analogías humanas, como las de un hombre que es un padre, un hijo y un esposo, son insuficientes para reflejar el misterio de la naturaleza de Dios.

La doctrina de la Trinidad no explica completamente el carácter misterioso de Dios. En realidad lo que hace es fijar los límites que no debemos traspasar. Define los límites de nuestra reflexión finita. Nos ordena ser fieles a la revelación bíblica de que Dios es uno en un sentido y tres en otro sentido.

Resumen

1. La doctrina de la Trinidad afirma la triple unidad de Dios.
2. La doctrina de la Trinidad no es una contradicción: Dios es uno en esencia y tres en persona.
3. La Biblia declara tanto la unicidad de Dios como el carácter divino del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.
4. La Trinidad se distingue por la obra asumida por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.
5. La doctrina de la Trinidad fija los límites de la especulación humana con respecto a la naturaleza de Dios.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Deuteronomio 6:4

Mateo 3:16-17

Mateo 28:19

2 Corintios 13:14

1 Pedro 1:2

12

LA PREEXISTENCIA DE DIOS

Cuando la Biblia declara que Dios es el Creador del universo nos está señalando que Dios mismo no ha sido creado. Existe una diferencia crucial entre el Creador y la creación. La creación tiene el sello del Creador y es testigo de su gloria. Pero esta creación nunca será digna de adoración. No es suprema.

Es imposible que algo se cree a sí mismo. El concepto de la autocreación es una contradicción de palabras, es una afirmación carente de sentido. Le solicito al lector que se detenga y reflexione un poco. Nada puede autocrearse. Ni siquiera Dios puede crearse a sí mismo. Para que Dios se creara a sí mismo debería haber sido antes que Él. Ni siquiera Dios puede hacer eso.

Todo *efecto* debe tener una *causa*. Esto es cierto por definición. Pero Dios no es un efecto. Él no tiene principio y por lo tanto no tiene ninguna causa precedente. Él es eterno. Él siempre ha sido o es. Él tiene, dentro de sí mismo, el poder de ser. No necesita de ninguna ayuda de recursos externos para seguir existiendo. Esto es lo que significa la idea de la preexistencia. Reconocemos que se trata de un concepto elevado y tremendo. No conocemos nada que se le parezca. Todo lo que percibimos en nuestro marco de referencia es dependiente y ha sido creado. No podemos entender cabalmente algo que sea preexistente.

Pero solo porque sea imposible (por definición) que una criatura sea preexistente no significa que sea imposible que el Creador sea preexistente. Dios, como nosotros, no puede crearse a sí mismo. Pero Dios, a diferencia de nosotros, puede ser preexistente. En realidad esto constituye la esencia misma de la diferencia que existe entre el Creador y la creación. Esto es lo que lo convierte en el Ser Supremo y en la *fuentes* de todos los demás seres.

El concepto de preexistencia no viola ninguna ley racional, lógica o científica. Es una noción racional válida. Por el contrario, el concepto de la autocreación viola la más básica de todas las leyes racionales, lógicas y científicas —la ley de la no contradicción. La preexistencia es un concepto racional; la autocreación es irracional.

La noción de que algo sea preexistente no es solo racionalmente *posible*, es racionalmente *necesaria*. Nuevamente, la razón

exige que si algo es, entonces debe haber algo que contenga dentro de sí mismo la capacidad de ser. De lo contrario no habría nada. Si no hubiese algo que existiera en sí mismo, nada podría existir.

Posiblemente la pregunta más antigua y más profunda sea: ¿Por qué hay algo en vez de nada? Una respuesta necesaria para al menos parte de la pregunta es porque Dios existe. Dios existe en sí mismo eternamente. Es el origen y la fuente del ser. Solo Él tiene, dentro de sí mismo, el poder de ser. Pablo declara que nuestra propia existencia depende del poder del ser de Dios: “Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:28).

Resumen

1. Todo efecto debe tener una causa.
2. Dios no es un efecto; Dios no tiene causa.
3. La autocreación es un concepto irracional.
4. La preexistencia es un concepto racional.
5. La preexistencia no es solamente posible sino que es racionalmente necesaria.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Salmo 90:2
Juan 1:1-5
Hechos 17:22-31
Colosenses 1:15-20
Apocalipsis 1:8

13

LA OMNIPOTENCIA DE DIOS

A todos los teólogos, tarde o temprano, un estudiante les planteará una pregunta que resulta ser un rompedero de cabeza. Esta pregunta tan antigua es la siguiente: ¿puede Dios crear una roca tan grande que no la pueda mover? A primera vista esta pregunta parece crear un cerco que encierra al teólogo en un dilema sin solución. Si contestamos que sí, entonces estamos diciendo que hay algo que Dios no puede hacer; no puede mover la roca. Si contestamos que no, entonces estamos diciendo que Dios no puede construir dicha roca. Cualquiera sea la respuesta que demos estamos forzados a establecerle límites al poder de Dios.

Este problema se asemeja a otro: ¿qué sucede cuando una fuerza irresistible se enfrenta con un objeto inamovible? Es posible concebir una fuerza irresistible. También es posible concebir un objeto inamovible. Lo que nos resulta imposible de concebir es la coexistencia de ambos. Si una fuerza irresistible se enfrentara con un objeto inamovible y el objeto se moviera, entonces no podría ser con propiedad llamado inamovible. Si el objeto no se moviera, entonces nuestra fuerza “irresistible” no podría ser llamada con propiedad irresistible. Vemos, entonces, que la realidad no puede contener a ambos —una fuerza irresistible y un objeto inamovible.

Volvamos ahora al tema de la roca inamovible. El dilema que se plantea aquí (como en el caso de la fuerza irresistible) es un *falso dilema*. Es falso porque se funda sobre una premisa falsa. Está suponiendo que la “omnipotencia” significa que Dios puede hacer cualquier cosa. Sin embargo, considerado como un término teológico, la omnipotencia no significa que Dios pueda hacer cualquier cosa. La Biblia nos señala varias cosas que Dios no puede hacer. No puede mentir (Hebreos 6:18). No puede morir. No puede ser eterno y a la vez haber sido creado. No puede actuar en contra de su naturaleza. No puede ser Dios y no ser Dios al mismo tiempo y en el mismo sentido.

La omnipotencia significa que Dios tiene el poder sobre su creación. No hay ninguna parte de la creación fuera del alcance de su control soberano. Por lo tanto, hay una respuesta correcta al dilema de la roca. El problema tiene solución. La respuesta es no.

Dios no puede construir una roca tan grande imposible de mover. ¿Por qué? Si Dios construyera dicha roca estaría creando algo sobre lo que no podría ejercer su poder. Estaría destruyendo su propia omnipotencia. Dios no puede dejar de ser Dios; no puede no ser omnipotente.

Cuando la Virgen María se vio confundida por la anunciación de Gabriel sobre la concepción de Jesús en su vientre, el ángel le dijo: “porque nada hay imposible para Dios” (Lucas 1:37). El ángel le estaba recordando a María la omnipotencia de Dios. Creo que hasta los ángeles son capaces de usar hipérboles. En un sentido restringido, el ángel estaba expresando una teología incorrecta. Pero en un sentido bíblico más amplio entendemos que el poder de Dios supera al de la criatura. Lo que para nosotros es imposible para Dios es posible. Decir que nada es imposible para Dios significa que Dios puede hacer cualquier cosa que sea su voluntad. Su poder no está limitado por limitaciones finitas. Nada o “ninguna cosa” puede restringir su poder. Sin embargo, su poder todavía está limitado por lo que él es. El pecado le es imposible porque uno no puede pecar si no lo desea. Dios no puede pecar porque nunca tendrá la voluntad de pecar. Job llegó al meollo de este asunto cuando dijo: “Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti” (Job 42:2).

Para el cristiano la omnipotencia de Dios es una enorme fuente de consuelo. Sabemos que el mismo poder que Dios desplegó al crear el universo está a su disposición para asegurarnos la salvación. Demostró su poder en el Éxodo de Egipto. Demostró su poder sobre la muerte en la resurrección de Cristo. Sabemos que ninguna parte de la creación puede frustrar sus planes para el futuro. No hay moléculas perdidas al azar en el universo que puedan destruir sus planes. Aunque los poderes y las fuerzas de este mundo amenacen con destruirlos, no tenemos por qué temer. Podemos descansar confiados en el conocimiento de que nada puede superar el poder de Dios. Dios es el Todopoderoso.

Resumen

1. La omnipotencia no significa que Dios puede hacer cualquier cosa. Dios no puede actuar en contra de su naturaleza.
2. La omnipotencia se refiere al poder, la autoridad y el control soberano que Dios ejerce sobre el orden creado.

3. La omnipotencia es una amenaza para los malvados, y es una fuente de consuelo para los creyentes.
4. El mismo poder que Dios exhibió en la creación lo demostró en nuestra redención.
5. No existe nada en el universo que pueda desbaratar los planes de Dios.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Génesis 17:1
 Salmo 115:3
 Romanos 11:36
 Efesios 1:11
 Hebreos 1:3

La proyección astral es una fantasía. Hay personas que dicen que pueden abandonar sus cuerpos y viajar a California o a la India y regresar sin utilizar trenes, aviones o barcos; pero cuando hacen estas afirmaciones, se han engañado a sí mismos o están engañando a otros. Incluso si el alma o el espíritu de una persona pudiera “proyectarse” de esta manera para peregrinar por el mundo, dichos viajes solo podrían incluir una parada por vez. Nuestros espíritus humanos son espíritus finitos y no pueden, ni nunca podrán, ser capaces de estar en más de un lugar al mismo tiempo. Solo un Espíritu infinito tiene la capacidad de la omnipresencia.

Cuando hablamos de la omnipresencia de Dios queremos decir que su presencia está en todo lugar. No hay ningún lugar donde Dios no esté. Sin embargo, como espíritu, Dios no ocupa ningún lugar, en el sentido que los objetos físicos ocupan el espacio. No tiene cualidades físicas que puedan ocupar el espacio. La clave para entender esta paradoja es pensar en términos de otra dimensión. La barrera que existe entre Dios y nosotros no es una barrera de espacio o tiempo. Encontrarse con Dios no implica un “lugar” adonde ir o un “momento” donde transcurrir. Estar en la presencia inmediata de Dios es traspasar el umbral de otra dimensión.

Hay otro segundo aspecto relacionado con la omnipresencia de Dios que solemos soslayar. La partícula “omni” se refiere no solo a los lugares donde Dios está, sino a cuánto de Dios está en un determinado lugar. Dios no solo está presente en todo lugar sino que Dios está plenamente presente en todo lugar. A esta característica se la llama su Inmensidad. Los creyentes en Nueva York disfrutaban de la plenitud de la presencia de Dios mientras que los creyentes en Moscú también disfrutaban de la misma presencia. Su Inmensidad no se refiere, entonces, a su tamaño, sino a su capacidad para estar plenamente presente en todo lugar.

La doctrina sobre la omnipresencia de Dios nos llena de asombro. Esta doctrina engendra reverencia en nosotros, pero además nos sirve de consuelo. Siempre podemos estar seguros de la atención exclusiva de Dios. No tenemos necesidad de hacer una

fila o solicitar una entrevista para estar con Dios. Cuando estamos en la presencia de Dios, Dios no está preocupado por los acontecimientos que están sucediendo del otro lado del planeta. Esta doctrina, sin embargo, no es ningún consuelo para los no creyentes. No hay ningún lugar donde puedan esconderse de Dios. No hay ningún rincón en el universo donde Dios no esté. Los malvados en el infierno no están separados de Dios, están separados de su benevolencia. La ira de Dios los acompaña constantemente.

David, que muchas veces alabó la gloria de la omnipresencia de Dios en los salmos, nos da un resumen poético de esta doctrina:

¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. (Salmo 139:7-10)

Resumen

1. Solo un Espíritu infinito puede ser omnipresente.
2. Dios no está limitado por el tiempo ni por el espacio. Su Ser trasciende el tiempo y el espacio.
3. La omnipresencia de Dios incluye su Inmensidad, que le permite estar presente en su plenitud en todos los tiempos y en todos los lugares.
4. La omnipresencia de Dios es un consuelo para el creyente y un motivo de terror para el no creyente.

Pasajes bíblicos para la reflexión

1 Reyes 8:27

Job 11:7-9

Jeremías 23:23-24

Hechos 17:22-31

15

LA OMNISCENCIA DE DIOS

Mi primer recuerdo sobre el concepto de omnisciencia está relacionado con mi entendimiento infantil sobre Papá Noel. Me dijeron que “estaba haciendo una lista y verificándola”. También pensé en el conejillo de Pascuas que vivía en nuestra buhardilla (fuera de temporada) y que podía vigilarme todo el tiempo.

La palabra *omnisciencia* significa “tener todo (*omni*) conocimiento (*ciencia*)”. Es un término que solo puede ser apropiadamente aplicado a Dios. Únicamente un ser que es infinito y eterno es capaz de conocer todo. El conocimiento de una criatura finita estará siempre limitado por un ser finito.

Dios, siendo infinito, es capaz de ser conciente de todas las cosas, de entender todas las cosas y de comprender todas las cosas. Nunca aprende nada ni adquiere nuevos conocimientos. El futuro así como el pasado y el presente le son completamente conocidos. Nada lo puede sorprender.

Como el conocimiento de Dios supera ampliamente nuestro conocimiento (es de un tipo más elevado), algunos cristianos creen que su pensamiento es *de un tipo* radicalmente distinto al nuestro. Por ejemplo, para los cristianos se ha convertido en un lugar común el afirmar que Dios opera con una lógica distinta a la nuestra. Este concepto es muy conveniente cuando encallamos en nuestra teología. Si nos encontramos afirmando ambos polos de una contradicción, podemos aliviar la tensión apelando a un orden de lógica de Dios distinta a la nuestra. Podemos decir con total tranquilidad: “Esto nos puede resultar contradictorio, pero no es contradictorio en la mente de Dios”.

Este tipo de razonamiento es fatal para el cristianismo. ¿Por qué? Si Dios tiene un orden de lógica diferente, por el cual lo que para nosotros es contradictorio para Él es lógico, entonces no tenemos ninguna razón para confiar en ninguna palabra de la Biblia. Cualquier cosa que nos dijera la Biblia podría significar exactamente lo contrario para Dios. En la mente de Dios hasta el mal y el bien podrían no ser contrarios, y el Anticristo podría hasta llegar a ser el Cristo.

El conocimiento superior de Dios le permite resolver misterios que a nosotros nos deslumbran. Pero esto está apuntando a una diferencia en el *grado* del conocimiento de Dios, no a una diferencia en el *tipo* de lógica que Él utiliza. Como Dios es racional, ni siquiera Él puede reconciliar las contradicciones.

La omnisciencia de Dios asimismo proviene de su omnipotencia. Dios no conoce todas las cosas por el simple hecho que Él ha aplicado su intelecto superior a un estudio diligente del universo y de todo su contenido. En realidad, Dios conoce todas las cosas porque Él las ha creado y por su voluntad existen. Como Soberano del universo, Dios controla al universo. Si bien algunos teólogos han intentado separar estas dos cosas, sería imposible que Dios conociera todo si no controlara todo, y sería igualmente imposible que Dios controlara todo si no conociera todo. Así como sucede con todos los demás atributos de Dios, son interdependientes, las dos partes necesarias para un todo.

La omnisciencia de Dios, del mismo modo que su omnipotencia y su omnipresencia, también se da con respecto al tiempo. El conocimiento de Dios es absoluto en el sentido que Dios siempre tiene conciencia de todas las cosas. El intelecto de Dios es distinto al nuestro en que Él no tiene que “acceder” a la información, como un computador accede y abre un archivo. Todo tipo de conocimiento está siempre directamente delante de Dios.

El conocimiento de Dios de todas las cosas es una espada de doble filo. Para el creyente este pensamiento le brinda seguridad —Dios mantiene el control, Dios comprende. A Dios no lo confunden los problemas que nos confunden a nosotros. Para el no cristiano, sin embargo, esta doctrina vuelve a enfatizar el hecho de que las personas no pueden esconderse de Dios. Sus pecados están expuestos. Como Adán, procuran esconderse. Sin embargo, no hay ningún rincón en el universo fuera del alcance de la mirada de Dios, de su amor y de su ira.

La omnisciencia de Dios es también una parte crucial de la promesa de Dios de traer la justicia a este mundo. Antes de que un juez pueda dar su veredicto justo es necesario que esté al corriente de todos los hechos. No hay ninguna evidencia que pueda ser encubierta del escrutinio de Dios. Cualquier circunstancia atenuante será conocida por Dios.

Resumen

1. *Omnisciencia* significa “todo conocimiento”.
2. Únicamente un Ser infinito puede poseer un conocimiento infinito.
3. Dios tiene un grado de conocimiento superior al de sus criaturas, pero se trata del mismo orden de lógica.
4. El atribuirle a Dios un tipo distinto de lógica es fatal para el cristianismo.
5. La omnisciencia de Dios se basa en su carácter infinito y en su omnipotencia.
6. La omnisciencia de Dios es crucial para el papel que desempeña como Juez de este mundo.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Salmo 147:5

Ezequiel 11:5

Hechos 15:18

Romanos 11:33-36

Hebreos 4:13

La primera oración que aprendí siendo un niño fue la sencilla oración de agradecimiento frente a los alimentos: “Dios es grande; Dios es bueno. Y le agradecemos estos alimentos”. Supongo que esta oración debería de rimar. Al menos, rimaba cuando la recitaba mi abuela que pronunciaba *food* (“alimentos”) de manera tal que rimara con *good* (“bueno”).

Estas dos virtudes asignadas a Dios en esta oración, la grandeza y la bondad, están comprendidas en una sola palabra bíblica, la *santidad*. Cuando hablamos de la santidad de Dios, estamos muy acostumbrados a asociarla casi exclusivamente con la pureza y la justicia de Dios. Sin duda que la idea de santidad contiene dichas virtudes, pero no constituyen el significado principal de la santidad.

La palabra bíblica *santo* tiene dos significados distintos. El significado principal es “lo apartado” o “lo otro”. Cuando decimos que Dios es santo, estamos llamando la atención a la profunda diferencia que existe entre Él y todas las demás criaturas. Se refiere a la majestad trascendente de Dios, a su augusta superioridad, en virtud de la cual Él es digno de todo nuestro honor, nuestra reverencia, nuestra adoración y nuestra alabanza. Él es “otro”, o es distinto a nosotros en su gloria. Cuando la Biblia habla de objetos santos, o de un pueblo santo, o de un tiempo santo, se refiere a objetos que han sido apartados, consagrados o hechos diferentes por la mano de Dios. El suelo que pisaba Moisés frente a la zarza que ardía era suelo santo porque Dios estaba allí, presente de una manera muy especial. Era la cercanía de lo divino que convertía a lo ordinario súbitamente en algo extraordinario, y a lo cotidiano en algo fuera de lo común.

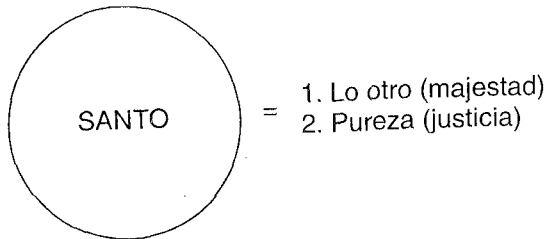
El segundo significado de *santo* se refiere a las acciones puras y justas de Dios. Dios hace lo que está bien. Nunca hace algo que esté mal. Dios siempre actúa de manera justa porque su *naturaleza* es santa. Podemos entonces diferenciar la justicia *interna* de Dios (su naturaleza santa) de la justicia *externa* de Dios (sus acciones).

Como Dios es santo, es grande y bueno al mismo tiempo. No hay maldad entremezclada con su bondad. Cuando somos llama-

dos a ser santos, no significa que hemos de compartir la majestad divina de Dios, sino que hemos de apartarnos de nuestra pecaminosidad normal como caídos. Hemos sido llamados a reflejar el carácter moral y la actividad de Dios. Hemos de imitar su bondad.

Resumen

1. La *santidad* tiene dos significados: (1) “lo otro” o “lo apartado”, y (2) “las acciones puras y justas”.



2. Hemos sido llamados a ser santos —a reflejar la justicia y la pureza de Dios.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Éxodo 3:1-6
1 Samuel 2:2
Salmo 99:1-9
Isaías 6:1-13
Apocalipsis 4:1-11

17

LA BONDAD DE DIOS

Quizás uno de los momentos más divertidos de esta vida sea cuando observamos como un pequeño perro o gato persiguen su propia sombra. En vano tratan de alcanzarla. Cuando se mueven, su sombra se mueve con ellos. Esto no sucede en el caso de Dios. Santiago nos dice: “Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17).

Dios nunca cambia. En Él no hay “sombra de variación”. Esto no está únicamente sugiriendo que Dios es inmaterial y que por lo tanto es incapaz de tener una sombra, sino que asimismo nos dice que Dios no tiene un “lado sombrío” en un sentido figurativo o moral. Las sombras sugieren oscuridad, y en términos espirituales la oscuridad sugiere maldad. Como no hay maldad en Dios, tampoco hay ningún indicio de oscuridad en Él. Él es el Padre de las luces.

Cuando Santiago agrega que no hay “sombra de variación” en Dios no alcanza con entender esto simplemente en términos del ser incambiable e inmutable de Dios. Se trata también de una referencia al carácter de Dios. Dios no es solo enteramente bueno, sino que es siempre bueno. Dios no sabe cómo ser otra cosa que no sea bueno.

La relación entre la bondad y Dios es tan estrecha que hasta los filósofos paganos como Platón equiparan la máxima bondad, el bien supremo, con Dios mismo. La bondad de Dios se refiere tanto a su carácter como a su conducta. Sus actos proceden de su propio ser. Dios actúa en base a lo que Él es. De la misma manera que un árbol corrupto no puede producir fruta incorrupta, tampoco un Dios incorrupto puede producir fruta corrupta.

La ley de Dios refleja su bondad. El que Dios sea bueno no es consecuencia de que Dios obedezca y pueda ser juzgado por alguna ley cósmica ajena a sí mismo, o debido a que Dios define la bondad de manera tal que pueda actuar sin estar sujeto a ninguna ley y por el solo poder de su autoridad le sea permitido declarar sus acciones como buenas. La bondad de Dios no es ni arbitraria ni caprichosa. Dios no obedece una ley, sino que la ley que

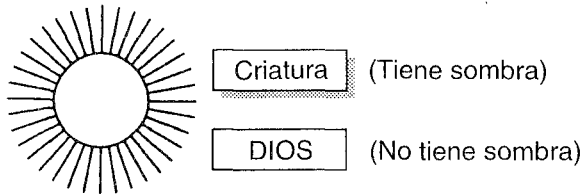
obedece es la ley de su propio carácter. Dios siempre actúa de acuerdo con su propio carácter, que es eterno, inmutable, e intrínsecamente bueno. Santiago nos enseña que todo lo bueno y lo perfecto provienen de Dios. Dios no es solo el estándar principal de bondad; es la Fuente de toda bondad.

Uno de los versículos más populares del Nuevo Testamento es el de Romanos 8:28. “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”. Este texto sobre la providencia divina es tan difícil de comprender como lo es de popular. Si Dios es capaz de hacer que todo lo que nos suceda redunde en nuestro bien, entonces en última instancia todo lo que nos suceda será bueno. Conviene resaltar aquí la expresión *en última instancia*. En el plano mundano nos pueden suceder cosas que sean maldad. (Debemos estar precavidos y no llamar al bien, maldad o a la maldad, bien.) Encontramos aflicción, miseria, injusticia, y otro montón de maldades. Sin embargo, Dios en su bondad trasciende todas estas cosas y hace que ellas ayuden para nuestro bien. Para el cristiano, *en última instancia*, no existen las tragedias. En última instancia, la providencia de Dios hará que todas estas maldades tan cercanas redunden para nuestro beneficio final.

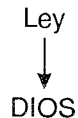
Martín Lutero comprendió muy bien este aspecto de la buena providencia de Dios cuando dijo que “si Dios me pidiera que comiera el estiércol de la calles, no solo lo comería sino que sabría que es para mi bien”.

Resumen

1. Las criaturas tienen sombra por causa de la oscuridad del pecado.



2. Dios no tiene un lado sombrío.
3. Dios no está bajo ninguna ley.



4. Dios es inseparable de la ley.

Ley / DIOS

5. Dios es su propia ley.



Pasajes bíblicos para la reflexión

Éxodo 34:6-7

Salmo 25:8-10

Salmo 100:1-5

Romanos 8:28-39

Santiago 1:17

La *justicia* es una palabra que escuchamos decir todos los días. La usamos en nuestras relaciones personales, en el trato social, con respecto a la legislación, y en ocasión de los veredictos de un tribunal. Pero aunque se trata de una palabra tan frecuentemente utilizada, ha confundido a los filósofos que buscan definirla con exactitud.

Muchas veces relacionamos y equiparamos la justicia con lo que se ha ganado o se merece. Hablamos de personas que reciben su justa retribución en términos de recompensas o castigos. Pero las recompensas no siempre son otorgadas en base al mérito. Supongamos que realizamos un concurso de belleza y declaramos que se otorgará un premio a la persona considerada la más bella. Si la “belleza” recibe el premio, no será porque hay algo meritório en ser bella. En realidad, se hará justicia cuando se le otorgue el premio al participante más bello. Si los jueces votan por alguien a quien no consideran la persona más bella (ya sea por razones políticas, o porque fueron sobornados) entonces el resultado del concurso será injusto.

Por este tipo de razones es que Aristóteles definió la justicia como “el dar a una persona su *merecido*”. Lo “merecido” puede estar determinado por obligaciones éticas o por algún acuerdo previo. Si una persona es castigada con mayor severidad que la requerida por su crimen, el castigo es injusto. Si una persona recibe una recompensa menor a la que es acreedor, entonces la recompensa no ha sido justa.

¿Cómo se relaciona entonces la misericordia con la justicia? La misericordia y la justicia son obviamente dos cosas distintas, aunque a veces se las confunda. La misericordia ocurre cuando a quienes actuaron mal se les da un castigo menor al merecido o una recompensa mayor a la que se han ganado.

Dios temple su justicia con misericordia. Su gracia es esencialmente un tipo de misericordia. Dios es misericordioso hacia nosotros cuando no nos castiga como nos correspondería y cuando recompensa nuestra obediencia aun teniendo en cuenta que le debemos obediencia y que por lo tanto no mereceríamos ninguna

recompensa. Dios siempre tiene la voluntad de ejercer su misericordia. No está obligado a ser misericordioso. Se reserva el derecho a ejercer su gracia de acuerdo con su voluntad. Por eso le dice a Moisés: “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca” (Romanos 9:15).

Las personas suelen quejarse de que Dios no es justo porque no distribuye su gracia o su misericordia a todos por igual. Nos quejamos de que si Dios perdona a alguien está entonces obligado a perdonar a todos.

Sin embargo, vemos claramente en la Escritura que Dios no trata a todos del mismo modo. Dios se reveló a Abraham de un modo como no lo hizo con los otros paganos en el mundo antiguo. En su gracia se le apareció a Pablo en el camino como no se le apareció a Judas Iscariote.

Pablo recibió la gracia de Dios; Judas Iscariote recibió su justicia. La misericordia y la gracia no son formas de justicia, pero no son actos de injusticia. Si el castigo de Judas hubiese sido más severo que el que merecía, entonces habría tenido motivos para quejarse. Pablo recibió la gracia, pero esto no significa que Judas tenga también derecho a recibir la gracia. Si la gracia debe ser *exigida* a Dios, si Dios *está obligado* a manifestar su gracia, entonces no estamos hablando de la gracia sino de la justicia.

Bíblicamente, la justicia se define en términos de rectitud. Cuando Dios es justo, está actuando con rectitud. Abraham le preguntó a Dios una pregunta retórica que tiene una sola respuesta obvia: “El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Génesis 18:25). De la misma manera, el apóstol Pablo hizo la misma pregunta retórica: “¿Qué pues diremos? ¿Qué hay injusticia en Dios? En ninguna manera” (Romanos 9:14).

Resumen

1. La justicia consiste en dar lo que se merece.
2. La justicia bíblica está relacionada con la rectitud, con actuar con justicia.
3. La injusticia cae fuera de la categoría de justicia y es una violación a la justicia. La misericordia también cae fuera de la categoría de justicia pero no es una violación a la justicia.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Génesis 18:25

Éxodo 34:6-7

Nehemías 9:32-33

Salmo 145:17

Romanos 9:14-33

Parte
III

Las obras y los
decretos de Dios

Todo lo que existe en el tiempo y el espacio tuvo un principio. Yo tuve un principio; todos tuvimos un principio. La casa en que vivimos ha tenido un principio. La ropa que vestimos ha tenido un principio. Hubo un tiempo en que nuestras casas, nuestra ropa, nuestros automóviles, nuestras lavadoras, y nosotros mismos, no existíamos. No eran, no existían. Nada puede resultar más obvio que esto.

Como estamos rodeados por cosas y personas que obviamente tuvieron un principio, nos vemos tentados a saltar a la conclusión de que *todo* tuvo un principio. Esta conclusión, sin embargo, podría ser un salto fatal al abismo de lo absurdo. Sería fatal para la religión. También sería fatal para la ciencia y la razón.

¿Por qué? ¿No dije en un comienzo que todo lo que existe en el tiempo y el espacio tuvo un principio? ¿No es acaso lo mismo que decir que todo tuvo un principio? De ningún modo. Resulta simplemente imposible lógica y científicamente que todo haya tenido un principio. ¿Por qué? Si todo lo que existe tuvo un principio, entonces debe haber habido un tiempo cuando nada existía.

Detengámonos un instante para reflexionar. Intentemos imaginarnos que nada existe. Absolutamente nada. No podemos ni siquiera concebir la nada absoluta. El concepto en sí mismo es la negación de algo.

Sin embargo, si dicho tiempo cuando nada existía fue, ¿qué habría ahora? Exactamente. ¡Nada! Si no había nada, entonces la lógica me obliga a deducir que siempre habrá nada. Ni siquiera es posible hablar de un “siempre” en que nada hubo.

¿Cómo podemos tener tanta certidumbre, en realidad, la más absoluta de las certezas, de que si no había nada entonces no habría nada ahora? La respuesta es sorprendentemente sencilla, a pesar de que hasta las personas muy inteligentes se tropiezan con este hecho tan obvio. La respuesta es sencillamente que no se puede extraer algo *a partir* de la nada. Una ley absoluta de la ciencia y de la lógica es *ex nihilo nihil fit* (de la nada, nada surge). La nada no puede producir nada. La nada no puede reír, cantar, llorar,

trabajar, bailar o respirar. Y de ningún modo puede crear. La nada no puede hacer nada porque nada es. No existe. No tiene absolutamente ningún poder porque no es.

Para que algo surgiera de la nada tendría que poseer el poder de la autocreación. Debería ser capaz de crearse a sí mismo, de traerse a la existencia. Pero esto es a todas luces un absurdo. Para que algo se cree o se produzca a sí mismo es necesario que *sea* antes de *ser*. Pero si algo ya es, no tiene necesidad de ser creado. Para crearse a sí mismo, algo debería ser y no ser, debería existir y no existir, al mismo tiempo y en el mismo sentido. Esto es una contradicción. Viola la más fundamental de todas las leyes científicas y racionales, la ley de la no contradicción.

Si es que sabemos algo, sabemos que si hoy algo existe, entonces, de algún modo, y en algún lugar, debe haber habido algo que no tuvo un principio. Soy consciente de que pensadores brillantes como Bertrand Russell, en su famoso debate con Frederick Copelston, argumentó que el universo presente es el resultado de una “serie infinita de causas finitas”. Postula una serie infinita, desarrollándose hacia la eternidad pasada, de cosas causadas causando otras por siempre. Lo que esta idea hace es simplemente replantear el problema de la autocreación hacia el infinito. Es un concepto fundamentalmente tonto. El hecho de que haya sido propuesto por personas inteligentes no lo hace menos tonto. Es peor que una tontería. Las tonterías pueden ser reales. Pero este concepto es lógicamente imposible.

Russell puede negar la ley de que nada surge de la nada, pero no puede refutarla sin cometer un suicidio mental. Sabemos (con certidumbre lógica) que si algo existe ahora, entonces debe haber algo que no tuvo un principio. La cuestión ahora se convierte en saber *qué* o *quién*.

Hay muchos académicos que creen que la respuesta a *qué* la hallamos en el universo mismo. Argumentan (como en el caso de Carl Sagan) que no hay necesidad de buscar más allá del universo para encontrar algo que no tenga un principio a partir del cual todo proviene. En otras palabras, no es necesario suponer que exista algo semejante a “Dios” que trascienda el universo. El universo, o alguna cosa dentro del universo, puede cumplir esta función perfectamente.

Hay un error muy sutil en este escenario. Tiene que ver con el significado del término trascendente. En filosofía y en teología

la idea de trascendencia significa que Dios está “sobre y más allá” del universo en el sentido de que Dios es un ser de orden superior a los otros seres. Solemos referirnos a Dios como el Ser supremo.

¿Qué es lo que convierte al Ser supremo en algo distinto de los seres humanos? Notemos que ambos conceptos tienen algo en común, la palabra *ser*. Cuando decimos que Dios es el Ser supremo, estamos diciendo que es un *tipo* de ser distinto a los seres ordinarios. ¿En que consiste precisamente esta diferencia? Lo llamamos *supremo* porque no tiene principio. Él es supremo porque todos los demás seres le deben su existencia a Él, mientras que Él no le debe su existencia a nadie. Él es el Creador eterno. Todo lo demás es la obra de su creación.

Cuando Carl Sagan y otros dicen que dentro del universo, y no por encima o más allá del universo, hay algo que no ha sido creado, simplemente están haciendo uso de sofismas para hablar sobre la morada del Creador. Están diciendo que lo que no fue creado vive aquí (dentro del universo), y no “allá afuera” (por encima o trascendiendo el universo). Pero esto todavía requiere la existencia de un Ser supremo. La parte misteriosa, a partir de la cual provienen todas las cosas creadas, todavía estará más allá y por encima de cualquier otra cosa de la creación en términos de *ser*. En otras palabras, todavía se requiere la existencia de un Ser trascendente.

Cuanto más indagamos sobre este “Creador dentro-del-universo”, más se asemeja a Dios. No ha sido creado. Crea todo lo demás. Tiene el poder intrínseco de ser.

Lo que resulta tan claro como el agua es que si algo ahora existe, entonces debe haber un Ser supremo que lo hizo existir. La primera afirmación de la Biblia es “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”. Este texto es fundacional para todo el pensamiento cristiano. No se trata solamente de una afirmación religiosa sino que es un concepto racionalmente necesario.

Resumen

1. Todo lo que existe en el tiempo y el espacio tuvo un principio.
2. De la nada no puede surgir algo. La nada, nada puede hacer.
3. Si no había nada, entonces ahora habría nada.
4. Ahora existe algo; por lo tanto, debe existir algo que no tuvo un principio.

5. Las cosas no se pueden crear a sí mismas porque esto implicaría que fueran antes de ser.
6. Si alguna “parte” del universo no ha sido creada, entonces esta “parte” es superior o trascendente a las partes que han tenido un principio.
7. Un ser que no ha sido creado es supremo (es un ser de un orden superior a los seres creados), independientemente de dónde esté su morada.
8. La *trascendencia* se refiere a un nivel de existencia, no a la geografía.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Génesis 1

Salmo 33:1-9

Salmo 104:24-26

Jeremías 10:1-16

Hebreos 11:3

20

LA PROVIDENCIA

En Rhode Island hay una ciudad importante llamada Providence (“Providencia” en castellano). Este nombre tiene algo de extraordinario. El nombre de la ciudad hace que nos demos cuenta del abismo que separa el pensamiento de nuestra sociedad actual del pensamiento de las generaciones pasadas. ¿A quién hoy día se le ocurriría llamar a una ciudad “Providencia”? La palabra de por sí suena pasada de moda y arcaica.

Cuando leo los escritos de los cristianos de siglos pasados me llama la atención la multitud de referencias a la providencia de Dios. Parece ser como si antes del advenimiento del siglo veinte los cristianos sintonizaban más con la providencia de Dios en sus vidas que lo que sucede ahora. El espíritu del naturalismo que entiende que todos los acontecimientos en la naturaleza están gobernados por fuerzas naturales ha hecho su impacto sobre nuestra generación.

La raíz del significado de la palabra *providencia* es “prever o ver de antemano”, o “proveer”. La palabra, como tal, no transmite el significado profundo de la doctrina de la providencia. La doctrina implica mucho más que el hecho de que Dios sea un espectador de los acontecimientos humanos. Conlleva más que una simple referencia a su previo conocimiento.

Los ministros de Westminster en el siglo diecisiete definieron la providencia de la siguiente manera:

Dios, el gran Creador de todas las cosas, sostiene, dirige, dispone y gobierna a todas las criaturas, acciones, y cosas, desde la más grande hasta la más pequeña, por su más sabia y santa providencia, de acuerdo con su previo conocimiento infalible, y el libre e inmutable consejo de su propia voluntad, para la alabanza de la gloria de su sabiduría, su poder, su justicia, su bondad y su misericordia¹.

Dios también sostiene lo que crea. El universo no solo depende de Dios para su origen, depende de Dios para continuar existiendo. El universo no puede ni existir ni operar por su propio poder. Dios tiene todo en su poder. Es en Él que vivimos, nos movemos y somos.

El punto central de la doctrina de la providencia es la importancia otorgada al gobierno de Dios sobre el universo. Él gobierna a su creación con absoluta soberanía y autoridad. Gobierna todo lo que acontece, desde lo más importante hasta lo más insignificante. No sucede nada que esté fuera del alcance de su gobierno providencial soberano. Él hace que caiga la lluvia y que brille el sol. Él hace que surjan los reinos y los hace caer. Él tiene contados los cabellos sobre nuestras cabezas y los días de nuestra vida.

Hay una diferencia crucial entre la providencia de Dios y el destino, la fatalidad o la fortuna. La clave de esta diferencia la encontramos en el carácter personal de Dios. El destino es ciego, mientras que Dios todo lo ve. La fatalidad es impersonal, mientras que Dios es un Padre. La fortuna no tiene voz, mientras que Dios puede hablar. No hay fuerzas impersonales y ciegas actuando en la historia de la humanidad. Todo acontece por la mano invisible de la Providencia.

En un universo gobernado por Dios no hay lugar para acontecimientos fortuitos. La casualidad no existe. La probabilidad es solo una palabra que utilizamos para describir las posibilidades matemáticas. Pero ni la casualidad ni la probabilidad intrínsecamente tienen ningún poder porque no son. La casualidad no es una entidad capaz de influenciar la realidad. La casualidad no es algo. Es nada.

Otro aspecto de la providencia es llamado la *concurrentia*. La concurrentia se refiere a las acciones coextensivas de Dios y los seres humanos. Somos criaturas con nuestra propia voluntad. Podemos provocar acontecimientos. Sin embargo, el poder causal que ejercemos es secundario. La providencia soberana de Dios trasciende nuestras acciones. Él cumple su voluntad a través de las acciones de las voluntades humanas, sin violar la libertad de dichas voluntades humanas. El ejemplo más claro de concurrentia que encontramos en la Escritura es el caso de José y sus hermanos. Aunque los hermanos de José incurrieron en una culpa verdadera por haber traicionado a su hermano, la providencia de Dios seguía actuando a través de su pecado. José le dijo a sus hermanos: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo” (Génesis 50:20).

La providencia redentora de Dios puede obrar incluso a través de las acciones más diabólicas. La ofensa más grande jamás

cometida por un ser humano fue la traición de Cristo por Judas. Sin embargo, la muerte de Cristo no fue un accidente histórico. Estaba en concordancia con el consejo determinado de Dios. El acto malvado de Judas hizo que sucediera lo mejor que haya sucedido en la historia, la Expiación. No es ninguna casualidad que ese día sea conocido históricamente como el Viernes “Santo”.

Resumen

1. Hoy en día no se cree generalmente en el concepto de la providencia divina.
2. La providencia implica la obra de Dios para sostener a su creación.
3. La providencia se refiere principalmente al gobierno de Dios sobre la creación.
4. A la luz de la providencia divina no hay cabida para fuerzas impersonales como el destino, la fatalidad o la casualidad.
5. La providencia implica la concurrentia por medio de la cual Dios obra su divina voluntad a través de la voluntad de sus criaturas.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Job 38:1-41:34

Daniel 4:34-35

Hechos 2:22-24

Romanos 11:33-36

A veces, cuando juego al golf con mis amigos (en un campo de golf que tiene un número elevado de lagunas de agua), hago un tiro equivocado y la pelota sale en dirección a una laguna, pero luego salta rozando la superficie del agua y se detiene del otro lado. Como soy un ministro, mis amigos se extrañan de dicho logro y comentan el hecho con expresiones tales como: “¡Es un milagro!” Como cualquier niño puede saberlo, no se requiere un milagro para hacer saltar una piedra sobre la superficie del agua. Tampoco se requiere de un milagro para hacer saltar una pelota de golf sobre el agua. Siempre y cuando la pelota tenga la trayectoria correcta y esté girando sobre sí misma, es un hecho sencillo.

El término *milagro* hoy se utiliza con demasiada ligereza. Por rutina decimos que ocurrió un milagro cuando se da un pase en profundidad en un partido, o se evita un accidente a último momento, o cuando contemplamos la belleza de una puesta de sol. Pero la palabra *milagro* puede ser utilizada de tres maneras distintas. La primera de ellas describe acontecimientos ordinarios, pero que nos causan una fuerte impresión. Nos referimos al nacimiento de un bebé, por ejemplo, como un milagro. Al hacerlo, estamos honrando a Dios por los detalles y la belleza de su creación. Nos quedamos asombrados de la majestad del cosmos al ver cómo Dios obra a través de los medios secundarios de las leyes naturales, las que a su vez son creaciones de Dios. En este sentido el término *milagro* se refiere a cosas ordinarias que apuntan a una causa extraordinaria, el poder de Dios.

La segunda manera en que utilizamos el término *milagro* es similar a la primera. Con frecuencia en la Escritura leemos como Dios obra a través de medios secundarios en el momento y el lugar más propicio. La estrella de Belén, por ejemplo, posiblemente tuvo una causa científica y natural. La extraordinaria alineación de un grupo de estrellas, o una supernova pueden haber sido la explicación de su luminosidad. Pero el reconocer esta posibilidad, sin embargo, no hace que el acontecimiento sea menos milagroso. La luz irradió su brillo en oportunidad del nacimiento de Cristo.

Le indicó a los magos el camino a Belén. La estrella es entonces un milagro de tiempo y lugar. Este milagro honra a Dios y a su manera de tejer el tapiz de la historia y, por lo tanto, debemos reconocer que el acontecimiento ocurrió de manera milagrosa.

En tercer lugar, los milagros se refieren a actos de Dios contrarios a la naturaleza. Este es el uso más técnico del término. Cuando Jesús convirtió el agua en vino o cuando levantó a Lázaro de entre los muertos, Dios estaba actuando por encima de sus leyes naturales. No hay explicación natural posible para estos acontecimientos. Sirven para convalidar a Cristo como el Hijo divino de Dios.

La Biblia utiliza varias palabras para encerrar el concepto contenido en la palabra *milagro*. La Biblia nos habla de señales, maravillas y prodigios. En el sentido más restricto, identificamos los milagros con la palabra bíblica *señales*. A los milagros se los llama señales porque como cualquier señal, apuntan hacia algo que es distinto a ellas, algo que es más significativo. Dios utilizó los milagros con sus agentes como prueba o confirmación de la revelación divina (Hebreos 2:3-4). Dios le otorgó a Moisés la capacidad de hacer milagros para que esto fuera la prueba de que Dios había enviado a Moisés. Del mismo modo, Dios autenticó a su Hijo por medio de las señales que Él hizo.

En la actualidad hay tres puntos de vista distintos de entender los milagros. El primer punto de vista es escéptico y niega la posibilidad de que los milagros hayan ocurrido alguna vez. El segundo punto de vista considera que los milagros ocurrieron en los tiempos bíblicos y que todavía ocurren hoy en día. Y el tercer punto de vista considera que hubo milagros verdaderos en la Biblia, pero que una vez que Dios terminó de establecer su revelación en la Escritura, dejó de realizar milagros. Según este punto de vista, Dios todavía obra en el mundo de manera sobrenatural pero no le otorga el poder de realizar milagros a los seres humanos.

Resumen

1. La Biblia nos habla de señales, prodigios y maravillas.
2. La Biblia registra distintos tipos de milagros.
3. Todos los milagros son acontecimientos sobrenaturales, pero no todos los acontecimientos sobrenaturales son milagros.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Éxodo 4:1-9

1 Reyes 17:21-24

Juan 2:11

Hebreos 2:1-4

Doris Day cantaba una canción popular llamada “(Lo) que será, será”. A primera vista, el tema de esta canción parece transmitir un tipo de fatalismo que es deprimente. La teología islámica frecuentemente dice con respecto a algún acontecimiento específico: “Así es la voluntad de Alá”.

La voluntad de Dios —su autoridad soberana sobre su creación y sobre todo lo que en ella hay— es un tema muy importante en la Biblia. Cuando nos referimos a la voluntad de Dios lo hacemos, por lo menos, de tres maneras distintas. El concepto más amplio se conoce como la *voluntad secreta, decretal, o soberana* de Dios. Los teólogos utilizan esta expresión para referirse a la voluntad de Dios por medio de la cual en su soberanía ordena todo lo que tiene lugar. Como Dios es soberano y su voluntad no puede verse frustrada, podemos tener la certeza de que nada sucede fuera de su control. Por lo menos, debe “permitir” que suceda lo que sucede. Pero incluso cuando Dios pasivamente permite que sucedan las cosas, *elige* permitir las en la medida que siempre tiene el poder y el derecho de evitar e intervenir en las acciones y los acontecimientos de este mundo. En la medida que permite que las cosas sucedan, “está disponiendo” de ellas en este sentido.

Aunque la soberana voluntad de Dios nos suele ser desconocida hasta que se haya cumplido, hay un aspecto de su voluntad que nos resulta muy claro —su voluntad *preceptiva*. Dios revela su voluntad por intermedio de su santa ley. Por ejemplo, es la voluntad de Dios que no robemos; que amemos a nuestros enemigos; que nos arrepintamos; que seamos santos. Este aspecto de la voluntad de Dios nos ha sido revelado en su Palabra y en nuestras conciencias, en las que Dios ha escrito su ley moral sobre nuestros corazones.

Sus leyes, ya sean las que encontramos en la Escritura o en nuestro corazón, tienen plena vigencia. No tenemos ninguna autoridad para violar su voluntad. Tenemos el poder o la capacidad de distorsionar la voluntad preceptiva de Dios, pero nunca tendremos el derecho de hacerlo. Tampoco es una excusa que nos disculpemos por pecar, diciendo: “(Lo) que será, será”. Puede ser

la voluntad soberana y secreta de Dios que se nos “permita” pecar, al disponer que su voluntad se cumpla por intermedio de los actos pecaminosos de la gente. Dios dispuso que Jesús fuera traicionado por instrumento de la traición de Judas. Pero esto no convierte al pecado de Judas en una traición menor o a Judas en menos malvado. Cuando Dios nos “permite” que transgredamos su voluntad preceptiva, no debemos entender este permiso en un sentido moral, de otorgarnos un derecho moral. Su permiso nos da el *poder* de pecar, pero no el *derecho* a pecar.

La tercer manera como la Biblia habla de la voluntad de Dios es con respecto a la *voluntad de disposición* de Dios. Esta voluntad nos describe la actitud de Dios. Nos define qué es lo que le agrada a Dios. Por ejemplo, Dios no se deleita en la muerte de los malvados, pero dispone o decreta la muerte de los malvados. El deleite supremo de Dios está en su propia santidad y justicia. Cuando Dios juzga al mundo, se deleita en reivindicar su propia rectitud y justicia, pero no se complace por haberse vengado, para decirlo de cierto modo, de los que debían recibir su juicio. Dios se complace cuando nosotros encontramos nuestro placer en la obediencia. Se disgusta, y mucho, cuando somos desobedientes.

Muchos cristianos se preocupan, y hasta llegan a obsesionarse, por encontrar la “voluntad” de Dios para sus vidas. Si la voluntad que estamos buscando es su voluntad secreta, oculta, o decretal, entonces nuestra búsqueda será infructuosa. El consejo secreto de Dios es un secreto que le pertenece. No le ha agradado darlo a conocer a nosotros. Lejos de ser una señal de espiritualidad, la búsqueda de la voluntad secreta de Dios es una invasión inexcusable a lo que es privativo de Dios. El consejo secreto de Dios no es asunto nuestro. Por eso es que la Biblia asume, en parte, una posición muy negativa con respecto a los adivinadores, la necromancia, y otras formas de prácticas prohibidas.

Debemos ser sabios y seguir el consejo de Juan Calvino cuando dijo: “Cuando Dios cierra su santa boca, dejo de insistir”. La verdadera señal de espiritualidad es la que encontramos en quienes buscan conocer la voluntad de Dios revelada en su voluntad preceptiva. Es la persona piadosa que medita en la ley de Dios de noche y de día. Mientras buscamos la “guía” del Espíritu Santo, es fundamental que recordemos que el Espíritu Santo nos guía antes que nada a la justicia. Hemos sido llamados a vivir nuestras vidas de acuerdo con cada palabra que salga de la boca de Dios.

La voluntad revelada de Dios deberá ser nuestra ocupación; incluso más, en realidad deberá consistir en la principal ocupación de nuestras vidas.

Resumen

1. La voluntad de Dios significa tres cosas:
 - (a) *La voluntad* decretal soberana es la voluntad por medio de la cual Dios hace que se cumplan todos sus decretos y ordenanzas. Esta voluntad es secreta hasta el momento en que acontezca.
 - (b) *La voluntad* preceptiva es la ley o los mandamientos revelados por Dios. Tenemos la capacidad de transgredirlos, aunque no el derecho.
 - (c) *La voluntad* de disposición describe la actitud o la disposición de Dios. Nos revela lo que le agrada a Dios.
2. El pecado humano cuenta con el “permiso” soberano de Dios pero no cuenta con su aprobación moral.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Juan 19:11
 Romanos 9:14-18
 Efesios 1:11
 Colosenses 1:9-14
 Hebreos 6:13-18
 2 Pedro 3:9

La estructura básica de la relación que Dios ha establecido con su pueblo es la alianza. Una alianza es algo así como un contrato. Si bien hay algunas similitudes entre las alianzas y los contratos, hay también algunas diferencias importantes. Se trata en ambos casos de acuerdos que crean compromisos. Los contratos suelen consolidarse a partir de dos posiciones negociadoras en igualdad de condiciones, y ambas partes están en libertad de no firmar el contrato. Una alianza también es un acuerdo. Sin embargo, las alianzas en la Biblia no suelen ser entre iguales. Por el contrario, siguen el patrón común de los tratados entre el soberano y sus vasallos, en la antigüedad del Cercano Oriente. Los tratados entre el soberano y sus vasallos (como se ve en el caso de los reyes Hititas) eran pactados entre un rey conquistador y el conquistado. No había ninguna negociación entre las partes.

El primer elemento de estos pactos es el preámbulo, que identifica a las partes respectivas. Éxodo 20:2 comienza diciendo: “Yo soy Jehová tu Dios”. Dios es el soberano; el pueblo de Israel son los vasallos. El segundo elemento es el prólogo histórico. Esta sección describe lo que el soberano (o el Señor) ha hecho para merecer la lealtad, como el haber liberado a los hebreos de la esclavitud en Egipto. En términos teológicos, esta es la sección de la gracia.

En la siguiente sección, el Señor detalla lo que exigirá de quienes están bajo su gobierno. En Éxodo 20, estas exigencias son los Diez Mandamientos. Cada uno de los mandamientos era considerado un compromiso moral asumido por toda la comunidad que hacía el pacto.

La parte final de este tipo de pacto detalla las bendiciones y las maldiciones. El Señor describe los beneficios que le corresponderán a los vasallos que acaten lo estipulado en el pacto. Encontramos un ejemplo de esto en el quinto mandamiento. Dios le promete a los israelitas que serán largos sus días en la Tierra Prometida si honran a sus padres. El pacto también describe las maldiciones que sobrevendrán si el pueblo no cumple con sus responsabilidades. Dios le advierte a Israel que no los liberará de culpa si no honran su nombre.

Este esquema básico es también evidente en las alianzas de Dios con Adán, con Noé, con Abraham, con Moisés, y en el pacto de Jesús con su iglesia.

En los tiempos bíblicos, las alianzas eran ratificadas con sangre. Era una costumbre para ambas partes de la alianza pasar entre animales despedazados, como prueba del acuerdo establecido en los términos de la alianza (véase Jeremías 34:18). Tenemos un ejemplo de este tipo de alianza en Génesis 15:7-21 en donde Dios le hizo determinadas promesas a Abraham, las que fueron ratificadas por el sacrificio de animales. Sin embargo, en este caso fue solo Dios el que pasó entre los animales divididos, indicando de ese modo que se estaba comprometiendo por medio de un juramento solemne a cumplir la alianza.

La nueva alianza, el pacto de la gracia, fue ratificada por el derramamiento de sangre de Cristo sobre la cruz. En el centro de esta alianza está la promesa de Dios de la redención. Dios no solo ha prometido redimir a todos los que confían en Cristo, sino que ha sellado y confirmado esa promesa con el más sagrado de todos los votos. Servimos y adoramos a un Dios que se entregó a sí mismo para nuestra plena redención.

Resumen

Los elementos de un pacto son los siguientes:

1. El preámbulo: identifica al soberano.
2. El prólogo histórico: describe la historia de la relación entre las partes.
3. Las cláusulas: se detallan los términos del pacto.
4. Los juramentos/votos: las promesas que comprometen a las partes a cumplir con los términos del pacto.
5. Las sanciones: las bendiciones y las maldiciones (las recompensas y los castigos) a ser ejecutadas por guardar o romper el pacto.
6. La ratificación: el sello del pacto con sangre; es decir, el sacrificio de animales o la muerte de Cristo.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Génesis 15	Jeremías 31:31-34	Hebreos 8
Exodo 20	Lucas 22:20	Hebreos 13:20-21

24

EL PACTO DE LAS OBRAS

Cuando Adán y Eva fueron creados, tenían una relación moral con Dios, su Creador. Le debían obediencia sin ningún derecho inherente a reclamar una recompensa o bendición por dicha obediencia. En su amor, misericordia, y gracia, sin embargo, Dios voluntariamente entró en una alianza con sus criaturas para agregar una promesa de bendición a su ley. No se trataba de una alianza entre socios en igualdad de condiciones, sino una alianza que descansaba en la iniciativa de Dios y en su divina autoridad.

El pacto original entre Dios y la humanidad fue un pacto de obras. En este pacto, Dios exigía una obediencia perfecta y total a su gobierno. Les prometió la vida eterna como bendición a la obediencia, pero amenazó a la humanidad con la muerte si desobedecía la ley de Dios. Todos los seres humanos desde Adán hasta la actualidad están ineludiblemente incluidos en este pacto. Las personas puede rehusarse a obedecer o incluso pueden hasta no reconocer la existencia de dicho pacto, pero no pueden escaparse de sus cláusulas. Todos los seres humanos están bajo una relación pactada con Dios, ya sea como transgresores de dicho pacto o como fieles cumplidores del mismo. El pacto de las obras es la base de nuestra necesidad de salvación (porque lo hemos violado) y nuestra esperanza de redención (porque Cristo ha tomado nuestro lugar y cumplido con las cláusulas del pacto).

Basta solo un pecado para transgredir el pacto de las obras y convertirnos en deudores incapaces de saldar nuestra deuda con Dios. El hecho de que nosotros, después de haber cometido aunque tan solo sea un pecado, tengamos alguna esperanza de ser redimidos se debe a la gracia de Dios, y únicamente a la gracia de Dios.

Las recompensas que recibiremos de Dios en el cielo son también actos de gracia. Son la coronación de Dios de sus propias dádivas de gracia. Si Adán hubiese sido obediente al pacto de las obras, solo habría alcanzado el mérito en virtud de haber cumplido lo pactado con Dios. Como Adán pecó, Dios, en su misericordia, instituyó un nuevo pacto de la gracia que hizo posible y vigente la salvación.

Hay solo un humano que cumplió el pacto de las obras. Esa persona fue Jesús. Su obra como el segundo o el nuevo Adán cumplió con todos los términos de nuestro pacto original con Dios. El mérito que logró al cumplirlo está disponible para todos los que confían en Jesús.

Jesús es la primer persona en entrar al cielo por sus buenas obras. Nosotros también podemos alcanzar el cielo por buenas obras —las buenas obras de Jesús. Se convierten en “nuestras” buenas obras cuando recibimos a Jesús por la fe. Cuando ponemos nuestra fe en Cristo, Dios nos acredita las buenas obras de Cristo en nuestra cuenta. El pacto de la gracia cumple con el pacto de las obras porque Dios gratuitamente asigna el mérito de Cristo en nuestra cuenta. Por la gracia, entonces, es que podemos cumplir con los términos establecidos en el pacto de las obras.

Resumen

1. Dios estableció un pacto de obras con Adán y Eva.
2. Todos los seres humanos están ineludiblemente comprometidos con el pacto de las obras establecido por Dios.
3. Todos los seres humanos han violado el pacto de las obras.
4. Jesús cumplió con el pacto de las obras.
5. El pacto de la gracia nos confiere los méritos de Cristo, que permiten satisfacer los términos del pacto de las obras.

Pasajes bíblicos par la reflexión

Génesis 2:17

Romanos 3:20-26

Romanos 10:5-13

Gálatas 3:10-14

Parte IV

Jesucristo

La fe en la deidad de Cristo es necesaria para ser un cristiano. Es una parte esencial del evangelio de Cristo del Nuevo Testamento. Sin embargo, en todos los siglos la iglesia se ha visto obligada a habérselas con personas que dicen ser cristianas mientras que al mismo tiempo niegan o distorsionan la deidad de Cristo.

En la historia de la iglesia ha habido cuatro siglos en los que la confesión de la deidad de Cristo fue un asunto espinoso y crucial *dentro* de la iglesia. Fueron los siglos cuarto, quinto, diecinueve y veinte. Como estamos viviendo durante uno de los siglos en que la herejía arremete contra la iglesia, es urgente que resguardemos la confesión de la iglesia sobre la deidad de Cristo.

En el Concilio de Nicea, en el año 325 d.C., la iglesia en oposición a la herejía arriana declaró que Jesús había sido engendrado, no hecho, y que su naturaleza divina era de la misma sustancia (*homousios*) que la del Padre. Esta afirmación declaró que la Segunda Persona de la Trinidad es una en sustancia con Dios el Padre. Es decir, el “ser” de Cristo es el ser de Dios. No es solo semejante a la Deidad, sino que *es* la Deidad.

La confesión de la deidad de Cristo surge de los múltiples testimonios del Nuevo Testamento. Como el Logos Encarnado, Cristo se nos revela no solo como siendo preexistente a la creación, sino eterno. Se nos dice que en el principio era *con* Dios y que también Él *era* Dios (Juan 1:1-3). Que sea *con* Dios requiere una diferencia personal dentro de la Divinidad. Que *sea* Dios requiere que esté incluido en la Divinidad.

En otros pasajes, el Nuevo Testamento le atribuye a Jesús términos y títulos que son claramente títulos divinos. Dios le otorga el título preeminentemente divino de *Señor* (Filipenses 2:9-11). Como Hijo del Hombre, Jesús dice ser el Señor del día de reposo (Marcos 2:28) y de tener autoridad para perdonar pecados (Marcos 2:1-12). Se lo llama el “*Señor* de la gloria” (Santiago 2:1) y acepta la adoración de Tomás cuando le confiesa “¡Señor mío, y Dios mío!” (Juan 20:28, véase Apocalipsis 22:8-9).

Pablo nos dice que en Él habita toda plenitud de la divinidad (Colosenses 1:19) y que Jesús es más alto que los ángeles, un tema

reiterado en el libro de los Hebreos. Adorar a un ángel o a cualquier criatura, no importa lo exaltada que sea, es violar la prohibición bíblica en contra de la idolatría. Los *Yo soy* del evangelio de Juan también son un testimonio de la identificación de Cristo con la Deidad.

En el siglo quinto, el Concilio de Calcedonia (451 d.C.) afirmó que Jesús era verdadero hombre y verdadero Dios. Las dos naturalezas de Dios, su humanidad y su divinidad, eran sin confusión, sin mutación, sin división y sin separación.

Resumen

1. La deidad de Cristo es una doctrina esencial para el cristianismo.
2. La iglesia ha tenido varias crisis heréticas con respecto a la deidad de Cristo en los siglos cuarto, quinto, diecinueve y veinte.
3. El Concilio de Nicea (325 d.C.) afirmó la deidad de Cristo, declarando que Él es de la misma sustancia o esencia que el Padre y que Él no es un ser creado.
4. El Nuevo Testamento afirma con claridad la deidad de Cristo.
5. El Concilio de Calcedonia (451 d.C.) declaró que Jesús era verdadero Dios.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Marcos 2:28
Juan 1:1-14
Juan 8:58
Juan 20:28
Filipenses 2:9-11
Colosenses 1:19

26

LA SUBORDINACIÓN DE CRISTO

¿Qué es un subordinado? En nuestro idioma resulta claro que ser un subordinado de alguien es estar “bajo” la autoridad de esa persona. Un subordinado no es un igual; un subordinado no goza de la misma jerarquía que su superior o superiora. El prefijo *sub-* significa “bajo” y *super-* significa “sobre” o “encima”.

Cuando hablamos de la subordinación de Cristo debemos hacerlo con mucho cuidado. Nuestra cultura equipara la subordinación con la desigualdad. Pero en la Trinidad todos los miembros son iguales en naturaleza, en honor y en gloria. Los tres miembros son eternos, preexistentes; participan de todos los aspectos y los atributos de la Deidad.

En el plan de Dios para la redención, sin embargo, el Hijo *voluntariamente* asume un papel subordinado al Padre. Es el Padre quien envía al Hijo al mundo. El Hijo en obediencia viene a este mundo para hacer la voluntad del Padre. Debemos tener mucho cuidado y tomar nota, sin embargo, que no se trata de una obediencia forzada. Como son iguales en gloria, el Padre y el Hijo son de una misma voluntad. El Padre desea la redención tanto como la desea el Hijo. El Hijo está ansioso por cumplir la obra de la salvación, tanto como el Padre está ansioso de que Él la cumpla. Jesús declaró que lo consumía el celo por la casa de su Padre (Juan 2:17) y que su comida y bebida era hacer la voluntad del Padre.

Por último, debemos señalar que la subordinación y la obediencia de Cristo no fue únicamente en el sufrimiento. El plan incluyó todos los aspectos de la obra de Cristo por nosotros y la glorificación final de Cristo. La Confesión de Westminster recoge la interrelación entre el propósito del Padre y la obra de Cristo:

Le complació a Dios, en su eterno propósito, el elegir y ordenar al Señor Jesús, su Unigénito Hijo, para ser el Mediador entre Dios y el hombre, el Profeta, el Sacerdote y el Rey, la Cabeza y el Salvador de Su Iglesia, el heredero de todas las cosas, y el Juez del mundo; a quien le dio desde la eternidad un pueblo, para que fuera su semilla, y para que en el tiempo Él lo redimiera, llamara, justificara, santificara y glorificara¹.

Al someterse a sí mismo a la perfecta voluntad de su Padre, Jesús hizo lo que nosotros no estábamos dispuestos a hacer, ni éramos capaces de hacer, por nosotros mismos. Obedeció la ley de Dios de manera perfecta. En su bautismo Cristo le dijo a Juan: “Porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mateo 3:15). Toda la vida y el ministerio de Jesús demuestran esta perfecta obediencia.

Al obedecer la ley de manera perfecta, Jesús logró dos cosas importantes. Por un lado, cumplió con los requisitos para ser nuestro Redentor, el Cordero sin mancha. Si Jesús hubiese pecado, no podría haber expiado sus propios pecados, mucho menos los nuestros. Por otro lado, su perfecta obediencia le mereció la recompensa prometida por Dios a todos quienes guardan su pacto. Mereció las recompensas del cielo que ahora las ha entregado a nosotros. Como el Subordinado, salvó a un pueblo que se había insubordinado.

EL PADRE=EL HIJO

Iguales en el ser
y en los atributos eternos

Resumen

1. Aunque Cristo es igual al Padre en términos de su naturaleza divina, está subordinado al padre en su papel en la redención.
2. La *subordinación* no implica ser “inferior”.
3. La subordinación de Cristo es voluntaria.
4. La perfecta obediencia de Cristo hizo que cumpliera los requisitos para llevar el pecado de su pueblo y ganarse las recompensas del cielo prometidas a los redimidos.

EL PADRE

El Hijo subordinado en
la economía de la redención

EL HIJO

Pasajes bíblicos para la reflexión

Juan 4:34
Filipenses 2:5-8
Hebreos 10:5-10

Juan 5:30
Hebreos 5:8-10

27

LA HUMANIDAD DE CRISTO

Que Dios el Hijo haya tomado sobre sí mismo una naturaleza humana real es una doctrina crucial del cristianismo histórico. El gran concilio ecuménico de Calcedonia, en el año 451 d.C. declaró que Jesús es verdadero hombre y verdadero Dios y que la humanidad y divinidad de Cristo están unidas sin confusión, sin mutación, sin división y sin separación, cada naturaleza conservando sus propios atributos.

La verdadera humanidad de Jesús ha sido atacada principalmente en dos formas. La iglesia primitiva se vio obligada a combatir la herejía del docetismo, que enseñaba que Jesús no había tenido un cuerpo físico real ni una verdadera naturaleza humana. Argumentaban que Jesús meramente “parecía” tener un cuerpo pero que en realidad era un ser fantasmal. Para contrarrestar esto, Juan declaró con total firmeza que aquellos que negaban que Jesús había verdaderamente venido en la carne eran del Anticristo.

La otra herejía rechazada por la iglesia consistió en la herejía monofisita. Según esta herejía Jesús no tenía dos naturalezas sino solo una, y esta naturaleza singular no era ni verdaderamente divina ni verdaderamente humana sino una mezcla de ambas. Se la llamaba una naturaleza “teo-antropomórfica”. La herejía monofisita implica una naturaleza humana deificada o una naturaleza divina humanizada.

Hay formas sutiles de la herejía monofisita que amenazan a la iglesia en cada generación. La tendencia es hacia el permitir que la naturaleza humana de Dios sea absorbida por la naturaleza divina, de manera tal que la humanidad de Jesús no tenga ninguna limitación verdadera.

Debemos distinguir entre las dos naturalezas de Jesús sin separarlas. Cuando Jesús tiene hambre, por ejemplo, vemos una manifestación de la naturaleza humana, no de la divina. Lo que se dice de la naturaleza divina o la naturaleza humana puede ser afirmado sobre la persona. Por ejemplo, en la cruz, Cristo, el Dios-hombre, murió. Esto, sin embargo, no significa decir que Dios pereció en la cruz. Aunque las dos naturalezas permanecen

unidas después de la ascensión de Cristo, es necesario que todavía diferenciemos ambas naturalezas en lo que respecta a la modalidad de su presencia entre nosotros. Con respecto a su naturaleza humana, Cristo ya no está entre nosotros. Sin embargo, con respecto a su naturaleza divina, Cristo siempre está entre nosotros.

La humanidad de Cristo fue como la nuestra. Se hizo hombre “por nuestra causa”. Compartió nuestra situación para actuar como nuestro Redentor. Se convirtió en nuestro sustituto, tomando sobre sí mismo nuestros pecados y sufriendo en nuestro lugar. También se convirtió en nuestro defensor, cumpliendo con la ley de Dios en nuestro lugar.

En la redención hay un intercambio en dos sentidos. Nuestros pecados son entregados a Jesús. Su justicia es entregada a nosotros. Él recibe el juicio que correspondía a nuestra humanidad imperfecta, mientras que nosotros recibimos la bendición que le correspondía a su humanidad perfecta. En su humanidad Jesús compartía las mismas limitaciones comunes a todos los seres humanos, excepto que Él era sin pecado. En su naturaleza humana Él no era omnisciente. Su conocimiento, aunque verdadero y exacto, no era infinito. Había cosas que desconocía, tales como el día y la hora de su regreso a la tierra. Por supuesto, en su naturaleza divina Él es omnisciente y su conocimiento no tiene límites.

Como un ser humano, Jesús estaba restringido por el tiempo y el espacio. Como cualquier otro ser humano, no podía estar en más de un lugar al mismo tiempo. Transpiró. Tuvo hambre. Lloró. Soportó el dolor. Era mortal, era capaz de sufrir la muerte. En todos estos aspectos Él era como nosotros.

Resumen

1. Jesús tuvo una naturaleza humana verdadera que estaba perfectamente unida a su naturaleza divina.
2. El docetismo dice que Jesús no tuvo un cuerpo físico verdadero.
3. La herejía monofisita implica deificación de la naturaleza humana, resultando su humanidad eclipsada por su deidad.
4. La humanidad de Cristo es la base de su identificación con nosotros.
5. Jesús llevó sobre sí nuestros pecados y nos imparte su justicia.
6. La naturaleza humana de Jesús tenía las limitaciones de cualquier ser humano normal, excepto que Él era sin pecado.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Juan 1:1-14

Gálatas 4:4

Filipenses 2:5-11

Hebreos 2:14-18

Hebreos 4:15

Cuando nos referimos a la no pecaminosidad de Cristo por lo general estamos haciendo referencia a su humanidad. Sería del todo innecesario afirmar la no pecaminosidad de la deidad de Cristo, ya que la deidad, por definición, no puede pecar ni peca. La doctrina sobre la no pecaminosidad de Cristo nunca ha sido campo de controversia fundamental. Ni siquiera los herejes más recalcitrantes de la historia la han negado.

La no pecaminosidad de Cristo no nos sirve solamente de ejemplo. Es fundamental y necesaria para nuestra salvación. Si Cristo no hubiese sido el “cordero sin mancha” no podría haber asegurado la salvación de nadie, y además tendría que haber necesitado un salvador para Él mismo. Los múltiples pecados que Cristo cargó en la cruz requerían un sacrificio perfecto. Ese sacrificio debería ser hecho por uno que no tenía pecado.

La no pecaminosidad de Cristo puede considerarse desde un punto de vista positivo y otro negativo. Negativamente, Cristo estaba completamente libre de cualquier transgresión. No quebrantó nada de lo establecido en la santa ley de Dios. Obedeció escrupulosamente todo lo que Dios ordenó. A pesar de su no pecaminosidad, Cristo igualmente obedeció la ley judía, sometiéndose a la circuncisión, al bautismo, y posiblemente hasta al sistema de sacrificios. Positivamente, Cristo estaba ansioso por obedecer la ley; estaba comprometido en cumplir la voluntad de su Padre. De Cristo se nos dice que lo consumía el celo por la casa de su Padre (Juan 2:17) y que su comida era hacer la voluntad de su Padre (Juan 4:34).

Una dificultad relacionada con la no pecaminosidad de Cristo está relacionada con el versículo de Hebreos 4:15: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”. Si Cristo fue tentado según nuestra semejanza, ¿cómo podría ser sin pecado? El problema se torna mayor aún cuando leemos Santiago 1:14-15, “sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido,

da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte”.

Santiago nos describe un tipo de tentación que surge de los deseos pecaminosos que existen dentro nuestro. Estos deseos ya son pecaminosos por naturaleza. Si Jesús fue tentado del mismo modo que somos tentados nosotros, esto parece estar sugiriendo que tenía deseos pecaminosos. Sin embargo, es precisamente hacia este asunto donde apunta el calificativo “pero sin pecado” del libro de Hebreos. Jesús tenía deseos. Pero no tenía ningún deseo pecaminoso. Cuando fue tentado por Satanás el asalto vino del exterior. Fue una tentación externa. Satanás trató de seducir a Jesús para que comiera durante su ayuno. Sin duda que Jesús tenía hambre físicamente, que deseaba comer. Pero no hay ningún pecado en tener hambre. Jesús deseaba comer; pero Jesús estaba comprometido a obedecer la voluntad de su Padre. No tenía ningún deseo de pecar.

Fue la no pecaminosidad de Jesús lo que lo habilitó para ser el sacrificio perfecto por nuestros pecados. Sin embargo, nuestra salvación requiere dos aspectos para la redención. No solo fue necesario que Jesús fuese nuestro sustituto y que recibiera el castigo que merecían nuestros pecados; también tuvo que cumplir con toda la ley de Dios de manera perfecta para asegurar el mérito que nos era necesario para recibir las bendiciones del pacto de Dios. Jesús no solo *murió* como lo perfecto por lo imperfecto, lo que era sin pecado por lo que era pecaminoso, sino que *vivió* la vida de perfecta obediencia exigida para nuestra salvación.

Resumen

1. La no pecaminosidad de Cristo es necesaria para nuestra salvación.
2. Jesús hizo la expiación como el Cordero sin mancha.
3. Cristo no fue tentado por sus deseos pecaminosos.
4. Jesús, por su perfecta obediencia, cumplió con la justicia (el mérito) que requeríamos para ser salvos.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 3:15 Romanos 5:18-21
2 Corintios 5:21 Hebreos 7:26
1 Pedro 3:18

29

EL NACIMIENTO VIRGINAL

La doctrina del nacimiento virginal de Jesús sostiene que el nacimiento de Jesús fue el resultado de una concepción milagrosa en la que la Virgen María concibió un niño en su vientre por el poder del Espíritu Santo, sin intervención de un padre humano. El nacimiento milagroso de Cristo nos está diciendo mucho sobre su naturaleza. El hecho de que haya nacido de una mujer demuestra que Jesús era verdaderamente humano y que se convirtió en uno de nosotros. La humanidad de Cristo, sin embargo, no era precisamente igual a la nuestra. Nosotros hemos nacido con el pecado original, Cristo no.

El nacimiento virginal también está relacionado con la deidad de Cristo. Si bien es posible que la Deidad se incorpore a este mundo de otra manera que no sea un nacimiento virginal, el milagro de su nacimiento nos demuestra la divinidad de Cristo. La anunciación del ángel Gabriel a María subraya este punto. Cuando le dijo a María que habría de tener un hijo, María estaba sorprendida: “¿Cómo será esto? pues no conozco varón” (Lucas 1:34).

La respuesta de Gabriel a María tiene un significado decisivo para nuestro entendimiento del nacimiento virginal: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Y momentos más tarde el ángel agregó: “porque nada hay imposible para Dios” (Lucas 1:37).

Fuera de la inseminación artificial, que es una variación moderna y no milagrosa de la concepción, no hay nada más regular y común en la naturaleza que la concepción de un bebé como resultado normal luego de una relación. Que una mujer que no ha tenido relaciones sexuales con un hombre quede embarazada no es solo un hecho biológico extraordinario sino que es claramente contrario a las leyes de la naturaleza.

Pero el hijo de María no fue generado por María misma. El “padre” del niño fue el Espíritu Santo. El Espíritu descendiendo sobre María y “cubriéndola con su sombra” nos recuerda la obra del Espíritu Santo en la creación original del mundo. Nos revela

que este niño será una creación especial porque su padre es Dios mismo.

Quienes no creen en el nacimiento virginal por lo general tampoco creen que Jesús es el verdadero Hijo de Dios. La doctrina del nacimiento virginal se convierte así en una doctrina divisoria de las aguas, separando a los cristianos ortodoxos de aquellos que no creen en la resurrección ni en la expiación.

Resumen

1. La Biblia enseña el nacimiento virginal claramente y sin ambages.
2. El nacimiento de Jesús de una mujer dirige nuestra atención a su humanidad y su venida como el nuevo o el segundo Adán.
3. El hecho de que Jesús haya nacido sin la intervención de un padre humano nos está indicando su naturaleza divina como el Hijo de Dios.
4. La negación del nacimiento virginal suele estar vinculada a la negación de los elementos sobrenaturales y milagrosos en la Escritura.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Isaías 7:10-16

Mateo 1:23

Romanos 1:3-4

1 Corintios 15:45-49

Gálatas 4:4

30

JESUCRISTO COMO EL UNIGÉNITO HIJO

La Biblia se refiere a Jesús como siendo “el unigénito del Padre” (Juan 1:14) y esto ha provocado mucha controversia en la historia de la iglesia. Como a Jesús también se lo llama “el primogénito de toda creación” (Colosenses 1:15), se sostiene que la Biblia enseña que Jesús no es divino, sino que se trata de una criatura exaltada.

Tanto los Testigos de Jehová como los Mormones niegan la deidad de Cristo apelando a estos conceptos. Es principalmente por causa de su negación de la deidad de Cristo que estos dos grupos son considerados sectas y no denominaciones cristianas propiamente dichas.

La deidad de Cristo fue un tema crucial de discusión en el siglo cuarto cuando el hereje Arrio negó la Trinidad. El principal argumento de Arrio en contra de la deidad de Cristo anticipaba los argumentos modernos de los Testigos de Jehová y los Mormones. Arrio fue condenado como hereje en el Concilio de Nicea en el año 325 d.C.

Arrio sostenía que la palabra griega traducida como el sufijo “*génito*” (en la palabra “unigénito” y “primogénito”) significaba “suceder”, “convertirse”, “comenzar a ser”. Lo que ha sido engendrado debe tener un comienzo en el tiempo. Debe ser finito en lo que respecta al tiempo, lo que es un signo de una criatura. Ser “el primogénito de toda creación” sugiere la jerarquía superior de todo lo creado, superior a los ángeles, pero siempre dentro del orden de lo creado, sin ascender a un orden superior. Adorar a una criatura, de cualquier tipo, constituye una idolatría. Ningún ángel ni ninguna otra criatura es digna de adoración. Arrio concibió el atribuirle la deidad a Jesús como un rechazo blasfemo del mono-teísmo bíblico. Arrio consideraba que Dios debía ser considerado “uno”, uno en esencia y uno en persona.

El Credo Niceno refleja la respuesta de la iglesia a la herejía arriana. Confiesa que Jesús “fue engendrado, no hecho”. En esta fórmula tan sencilla, la iglesia estaba celosamente protegiéndose de la idea de interpretar el sufijo “*génito*” (en la palabra “unigénito” y “primogénito”) como queriendo significar creado, o llevando implícita la idea de una criatura.

Algunos historiadores han censurado al Concilio de Nicea por haberse comprometido en defender una causa especial o requerir una gimnasia mental para eludir el significado liso y llano de la palabra griega traducida por el sufijo *génito* en la expresión “el primogénito de toda creación”. La iglesia, sin embargo, no huyó del significado primario de estos términos de una manera arbitraria. Había una base justificable para esgrimir el morfema *génito* con el calificativo “no hecho”.

En primer lugar, la iglesia estaba buscando entender estas expresiones dentro del contexto total de la enseñanza bíblica relacionada con la naturaleza de Cristo. Estando persuadida de que el Nuevo Testamento le asignaba claramente la deidad a Cristo, la iglesia se rehusaba a enfrentar una parte de la Escritura contra otra.

En segundo lugar, si bien el Nuevo Testamento había sido escrito en griego, muchos de sus conceptos y formas de pensamiento estaban cargados de significados hebreos. Los conceptos hebreos fueron transmitidos por el vehículo de la lengua griega. Este hecho de por sí ya nos está poniendo en sobreaviso con respecto a la tendencia a apoyarnos excesivamente sobre los matices del griego clásico. Del mismo modo que sería un error entender la palabra *logos*, tan cargada de connotaciones, que Juan utilizó para referirse a Jesús, exclusivamente con las ideas griegas asociadas a la utilización de ese término.

En tercer lugar, el morfema *génito* es utilizado de una manera especial en el Nuevo Testamento. En Juan 1:14 Jesús es llamado “el unigénito”. Nuevamente, en Juan 1:18 se lo llama “el unigénito Hijo”. Hay evidencia muy significativa en los manuscritos que sugiere que el griego original decía “el unigénito Dios”. Si este texto hubiese sido el aceptado, el debate ya habría sido superado. Sin embargo, si de todos modos tratamos el pasaje como diciendo “el unigénito Hijo”, todavía contamos con un calificativo crucial. Jesús es llamado el *unigénito* (*monogenais*). El prefijo *mono* es más fuerte en griego que el prefijo castellano *uni*. Jesús es absolutamente singular en su génesis. Ha sido engendrado de una manera única en su género. No hay nada ni nadie que haya sido engendrado en el mismo sentido en que fue engendrado Jesús. El hecho de que la iglesia pueda hablar sobre la génesis eterna de Cristo es un intento de hacer justicia a este factor. El Hijo procede eternamente del Padre, no como una criatura, sino como la Segunda Persona de la Trinidad.

El libro de Hebreos, que también hace referencia a Jesús como “engendrado” (Hebreos 1:5), es posiblemente la epístola que contiene la Cristología más elevada del Nuevo Testamento. El único libro del Nuevo Testamento que puede rivalizar con Hebreos a este respecto es el evangelio de Juan. Y es precisamente Juan que llamaba a Jesús “Dios” con total claridad. Es también Juan que habla de Cristo como “el unigénito”.

Por último, la expresión “el primogénito de toda creación” debe ser entendida a partir del panorama cultural judío del primer siglo. Desde esta perspectiva podemos ver que el término *primogénito* se refiere a la posición exaltada de Cristo como el heredero del Padre. De la misma manera que el hijo primogénito solía recibir la herencia patriarcal, Jesús como el Hijo divino recibe el reino del Padre como su herencia.

Resumen

1. Ha habido mucha controversia en la historia de la iglesia sobre la deidad de Cristo por el hecho de que Jesús es llamado “el unigénito del Padre” y “el primogénito de toda creación”.
2. Los Testigos de Jehová y los Mormones utilizan estos pasajes para negar la deidad de Cristo.
3. El Credo Niceno declaró que Jesús fue “engendrado, no hecho”. Esta aclaración se hizo para reflejar la afirmación sobre la deidad de Cristo contenida en el Nuevo Testamento.
4. Jesús es llamado “el *unigénito*” del Padre. Jesús ha sido engendrado por el Padre de una manera *única* en su género, no como una criatura, sino como el Hijo eterno de Dios, como la Segunda Persona de la Trinidad.
5. El término *primogénito* debe ser entendido en el contexto judío del primer siglo. Jesús es “el primogénito de toda creación” en el sentido de que Él es el heredero de todo lo que le pertenece al Padre.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Juan 1:1-18

Colosenses 1:15-19

Hebreos 1:1-14

El rito del bautismo con agua efectuado por Juan el Bautista está ligado estrechamente al sacramento del bautismo instituido por Jesús como señal del nuevo pacto. Si bien hay una continuidad entre los dos bautismos, no deben ser considerados como idénticos.

El bautismo de Juan, considerado de manera apropiada, corresponde al Antiguo Testamento. Aunque leemos sobre Él en el Nuevo Testamento, el Nuevo Pacto no comenzó hasta que el ministerio de Juan hubo terminado. Fue un requisito que Dios le dio a su pueblo, Israel. Fue un bautismo de *preparación*. Juan predicó que el reino de Dios se acercaba. Era el heraldo del Mesías. La cercanía del reino venidero de Dios estaba presente en la inminente aparición de Cristo. El Mesías Rey estaba a punto de ser conocido, pero el pueblo de Israel no estaba pronto para recibirlo. No estaban preparados. Estaban sucios.

El bautismo de Juan constituyó una innovación radical. Antes de Juan, los gentiles que se convertían al judaísmo debían cumplir con un rito de purificación de lavamiento. Cuando aparece Juan el Bautista, Dios le ordena también a los judíos que se arrepientan y sean lavados. El clero judío entendía que el requisito de Juan era herético e insultante. Significaba que Juan estaba tratando a los judíos como si fueran tan sucios como los gentiles.

Jesús se sometió voluntariamente al bautismo de Juan, e incluso insistió (frente a las protestas de Juan) porque en su papel como Mesías era necesario que él se sometiera a todos los requisitos de la ley de Dios para Israel. En su identificación con su pueblo, Jesús fue bautizado para cumplir con la justicia.

Cuando Jesús entró en el río Jordán para ser bautizado por Juan, este acontecimiento marcó el comienzo del ministerio terrenal de Jesús. En ese momento Jesús no solo se identificó con el pecado de su pueblo, sino que fue ungido por el Espíritu Santo para su ministerio. En un sentido se trató de la ordenación de Jesús. Fue aquí cuando comenzó su vocación como el Cristo.

El término *Cristo* significa “el ungido”. Jesús fue ungido por el Espíritu Santo en ocasión de su bautismo y comenzó a cumplir

con el papel del Mesías descrito por Isaías. “El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos” (Isaías 61:1).

Resumen

1. El bautismo de Juan fue una preparación para la venida del Mesías.
2. El bautismo de Juan era un insulto para la oficialidad judía porque implicaba que estaban “sucios”.
3. Jesús fue bautizado no por sus pecados sino para identificarse con los pecadores a quienes había venido a salvar.
4. Jesús fue ordenado o ungido en su bautismo.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Isaías 40:3

Mateo 3:13-17

Marcos 1:1-5

2 Corintios 5:21

32

LA GLORIA DE CRISTO

Solemos pensar en la gloria como algo que es alcanzado por victorias atléticas extraordinarias, por logros comerciales, por la fama personal. En la Biblia, sin embargo, está relacionada con el fulgor radiante que emana de la majestad trascendente de Dios. En algunos momentos cruciales el esplendor de la deidad de Jesús se filtró a través del manto de su humanidad.

El posible que la gloria de Cristo no haya sido más evidente que lo que fue durante su transfiguración. La palabra griega para transfiguración es *metamorphoomai*, de donde proviene también nuestra palabra *metamorfosis*. Está denotando un cambio de forma; por ejemplo, la transformación que ocurre cuando una oruga se convierte en una mariposa. El prefijo *trans-* significa literalmente “a través”. En ocasión de la transfiguración hubo un límite o barrera que fue traspuesto. Podríamos decir que fue el cruce de una línea entre lo natural y lo sobrenatural, entre lo humano y lo divino. El cruce de una dimensión a otra para ingresar al dominio exclusivo de Dios.

En la transfiguración una luz resplandeciente emanaba de Jesús. Esta luz era la manifestación visible de la frontera que había sido traspuesta. Existen algunas similitudes entre esta manifestación de la gloria y la cara resplandeciente de Moisés cuando descendió del monte Sinaí con los Diez Mandamientos. Las diferencias, sin embargo, son significantes. El rostro de Moisés resplandecía con la gloria *reflejada*. Cristo no estaba simplemente reflejando el esplendor de la gloria divina, sino que su gloria *era* el esplendor de la gloria divina. A este respecto, y con toda claridad, su gloria trascendía la gloria reflejada en el rostro de Moisés.

Cristo, entonces, no reflejaba la luz sino que era la fuente de la luz. La transfiguración se asemeja a lo que los cristianos hemos de experimentar en la Nueva Jerusalén. En Apocalipsis 21:23, Juan nos explica que la ciudad celestial no tendrá necesidad ni de sol ni de luna para iluminarla. Será iluminada por la gloria de Dios. El Cordero será su luz. Juan escribe: “Y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen

necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará” (Apocalipsis 22:4-5).

No debe sorprendernos que la gloria de Cristo resplandeciera durante la transfiguración. Lo que debe sorprendernos es que voluntariamente cubrió su gloria con un velo por amor de sus hijos.

Resumen

1. La gloria de Cristo fue revelada en ocasión de su transfiguración.
2. La transfiguración de Cristo fue un cambio de forma, el paso desde lo natural a lo sobrenatural.
3. La gloria de Cristo no es simplemente el reflejo de la gloria de Dios, sino que es la propia gloria de Dios mismo.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 17:1-9
Marcos 13:24-27
Hebreos 1:1-3
Apocalipsis 22:4-5

33

LA ASCENSIÓN DE CRISTO

La iglesia moderna suele pasar por alto la importancia de la ascensión. Tenemos celebraciones especiales y feriados (días santos) para recordar el nacimiento (la Navidad), la muerte (el Viernes Santo) y la resurrección (Domingo de Resurrección) de Cristo. La mayoría de las iglesias, sin embargo, apenas si hacen alguna mención a la ascensión. Sin embargo, la ascensión es un acontecimiento de profunda importancia en la redención. Señala el momento cumbre de la exaltación de Cristo antes de su segunda venida. Fue en la ascensión cuando Cristo entró en su gloria.

Jesús describió su partida de esta tierra como siendo mejor para nosotros que su presencia permanente. La primera vez que Jesús les anunció su pronta partida a sus discípulos, estos se entristecieron. Sin embargo, más adelante pudieron reconocer la importancia de este gran acontecimiento. Lucas nos registra la ascensión:

Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Hechos 1:9-11).

Observamos que Jesús partió en una nube. Esta es probablemente una referencia a la Shekinah, la nube de la gloria de Dios. La Shekinah supera en resplandor a cualquier otra nube. Es la manifestación visible de la gloria esplendorosa de Dios. Por lo tanto, la manera de la partida de Jesús no fue para nada ordinaria. Fue un momento de asombroso esplendor.

Ascender significa “subir” o “elevarse”. Sin embargo, la expresión *ascensión* es utilizada con respecto a Cristo con un significado más profundo, más rico y más específico. La ascensión de Jesús fue un acontecimiento singular. Tiene un carácter distinto al hecho de que Enoc haya sido llevado directamente al cielo o a la partida de Elías en un carro de fuego.

La ascensión de Jesús se refiere al hecho de la ida de Jesús a un lugar especial con un propósito especial. Va al Padre, a la diestra del Padre. Asciende a la sede de la autoridad cósmica. Jesús se dirige al cielo para su coronación, su confirmación como el Rey de Reyes.

Jesús también ascendió para entrar al Lugar Santísimo celestial, para continuar su obra como nuestro Sumo Sacerdote. En el cielo Jesús reina como el Rey e intercede por nosotros como nuestro Sumo Sacerdote. Desde esa posición de autoridad elevada, Él derramó su Espíritu sobre la iglesia. Juan Calvino señaló:

Y así, aunque habiendo subido al cielo, haya sido quitada de nuestra vida su presencia corporal, no ha dejado de estar con los fieles su auxilio y su potencia, ni ha dejado de manifestar la virtud de su presencia¹.

Cuando Jesús ascendió al cielo para su coronación como el Rey de Reyes, se sentó a la diestra de Dios. La diestra de Dios es la sede de la autoridad. Desde esta posición Jesús gobierna, administra su reino, y preside como el juez del cielo y de la tierra.

A la diestra del Padre, Jesús ocupa la posición como Cabeza de su cuerpo, la iglesia. Pero en esta posición, la autoridad, y la jurisdicción y administración de su gobierno se extienden más allá de la esfera de su iglesia y alcanzan a todo el mundo. Aunque es posible distinguir a la iglesia y el estado dentro del dominio de Jesús, estas nunca están separadas o divorciadas. Su autoridad se extiende a ambas. Todos los gobernantes de este mundo deberán rendirle cuentas a Él y serán juzgados por Él en su función como el Rey de Reyes y el Señor de Señores.

Todas las personas en el cielo y la tierra han sido llamadas por Dios para reverenciar la majestad de Jesús, para ser gobernadas por su mano, para rendirle el homenaje debido, y para someterse a su poder. Todas las personas finalmente deberán pararse delante de Jesús cuando se siente en el juicio final.

Jesús tiene la autoridad para derramar su Espíritu Santo sobre la iglesia. Pero Jesús derramó su Espíritu recién después que se hubo sentado a la diestra de Dios. El Espíritu ejerce su ministerio en subordinación al Padre y al Hijo, que juntos lo enviaron para aplicar la obra de Cristo para salvación a los creyentes.

Mientras está sentado a la diestra de Dios, Jesús ejerce su papel como el Rey de Reyes y, asimismo, cumple su papel como

juez cósmico. Es el juez sobre todas las naciones y sobre todos los pueblos. Aunque Jesús es nuestro juez, el Padre también lo ha nombrado nuestro abogado. Es nuestro defensor. En el juicio final nuestro defensor de oficio será el mismo juez que presida. Podemos atisbar la intercesión de Jesús por sus santos en el martirio de Esteban:

Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios (Hechos 7:55-56).

Resumen

1. La ascensión no recibe mucha atención en la iglesia moderna.
2. La ascensión representa un punto crítico en la exaltación de Cristo en la historia de la redención.
3. Cristo partió en una nube de gloria.
4. Cristo ascendió a un lugar específico para un propósito específico: su coronación como el Rey de Reyes.
5. En su ascensión, Cristo entró a desempeñar su papel como nuestro Sumo Sacerdote celestial y se sentó a la diestra de Dios, la sede de autoridad cósmica.
6. Desde esa posición a la diestra de Dios, Jesús autorizó el derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés.
7. En su posición de autoridad, Jesús es el Juez sobre todo.
8. Jesús también es el abogado o defensor de su pueblo.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Lucas 24:50-53

Romanos 8:34

Romanos 14:9-10

Efesios 4:7-8

Hebreos 9:23-28

Un mediador es un intermediario. Es alguien que hace de intermediario entre dos o más personas o grupos en disputa e intenta reconciliarlos. En términos bíblicos, los seres humanos son considerados en enemistad contra Dios. Nos hemos rebelado, revolucionado y rehusado a obedecer la ley de Dios. Como resultado, la ira de Dios está sobre nosotros. Para modificar o redimir esta situación catastrófica, es necesario que seamos reconciliados con Dios.

Para efectuar nuestra reconciliación, Dios el Padre nombró y envió a su Hijo como nuestro Mediador. Cristo nos trae nada más y nada menos que la majestad divina de Dios mismo —Él es Dios encarnado. Sin embargo, tomó sobre sí mismo una naturaleza humana y se sometió voluntariamente a las demandas de la ley de Dios.

Cristo no comenzó la reconciliación en un intento para persuadir al Padre a dejar de lado su ira. Por el contrario, en el eterno consejo de la Divinidad había un acuerdo total entre el Padre y el Hijo para que el Hijo viniera como nuestro Mediador. Ningún ángel podía venir como representante de Dios; únicamente Dios mismo podía hacer eso.

En la Encarnación, el Hijo tomó sobre sí mismo la naturaleza humana para obtener la redención de la simiente caída de Adán. Por su perfecta obediencia, Cristo satisfizo las demandas de la ley de Dios y logró la vida eterna para nosotros. Por su sumisión a la muerte expiatoria en la cruz, satisfizo las demandas de la ira de Dios contra nosotros. Tanto desde una perspectiva positiva como negativa, Cristo satisfizo las condiciones divinas para la reconciliación. Nos hizo un nuevo pacto con Dios por su sangre y continúa diariamente intercediendo por nosotros como nuestro Sumo Sacerdote.

Un mediador efectivo es alguien que es capaz de lograr que dos partes que están en conflicto, o alejadas entre sí, logren la paz. Este es el papel que desempeñó Jesús como nuestro Mediador perfecto. Pablo declaró que tenemos paz con Dios mediante la obra de reconciliación de Cristo: “Justificados, pues, por la fe,

tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1).

La obra mediadora de Cristo es superior a la obra ejercida por cualquier otro mediador. Moisés fue el mediador del Antiguo Pacto. Fue el intermediario de Dios, entregándole a los israelitas la ley. Pero Jesús es superior a Moisés. El autor del libro a los Hebreos declara:

Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste, cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo... Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo... pero Cristo (fue fiel) como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros (Hebreos 3:3-6).

Resumen

1. Un mediador trabaja para lograr la reconciliación entre dos partes alejadas.
2. Cristo como el Dios-hombre nos reconcilia con el Padre.
3. Cristo y el Padre estaban de acuerdo desde la eternidad de que Cristo debería ser nuestro Mediador.
4. La obra de mediación de Cristo es superior a la de los profetas, la de los ángeles, y la de Moisés.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Romanos 8:33-34

1 Timoteo 2:5

Hebreos 7:20-25

Hebreos 9:11-22

35

EL OFICIO TRIPLE DE CRISTO

Una de las grandes contribuciones para un entendimiento cristiano de la obra de Cristo es la exposición de Juan Calvino sobre el oficio triple de Cristo como Profeta, Sacerdote y Rey¹. Como el profeta de Dios por excelencia, Jesús fue el objeto y el sujeto de la profecía. Su persona y su obra son el punto focal de las profecías del Antiguo Testamento, pero Él mismo también fue un profeta. El reino de Dios y el papel que Jesús desempeñaría dentro de dicho reino venidero son temas principales en las afirmaciones proféticas de Jesús. La función principal de un profeta era transmitir la Palabra de Dios. Jesús transmitió la Palabra de Dios, pero además, Él mismo es la Palabra de Dios. Jesús fue el Profeta de Dios supremo, siendo la Palabra de Dios en la carne.

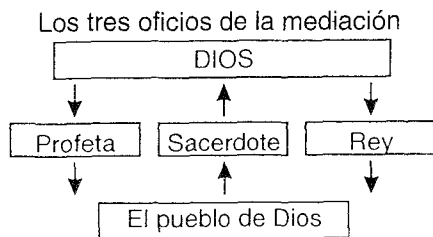
El profeta del Antiguo Testamento era una clase de mediador entre Dios y el pueblo de Israel. Hablaba al pueblo como representante de Dios. El sacerdote hablaba a Dios como representante del pueblo. Jesús también cumplió el papel del Sumo Sacerdote. Los sacerdotes del Antiguo Testamento ofrecían sacrificios regularmente, pero Jesús ofreció un sacrificio de valor eterno, una vez y para siempre. La ofrenda de Jesús al Padre consistió en el sacrificio de sí mismo. Él era la ofrenda y el que ofrendaba.

Mientras que en el Antiguo Testamento los oficios mediadores de profeta, sacerdote y rey eran ejercidos por individuos distintos, estos oficios son ejercidos de manera suprema en la persona de Jesús. Jesús cumplió la profecía mesiánica del Salmo 110. Él es descendiente de David y el Señor de David. Él es el sacerdote que también es Rey. El Cordero que es sacrificado es también el León de Judá. Para entender la obra de Cristo en su totalidad, no debemos considerarlo simplemente como un profeta, o un sacerdote, o un rey. Todas estos tres oficios fueron perfectamente cumplidos por Él.

Resumen

1. Jesús fue el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento y Él mismo fue un profeta.

2. Jesús fue el Sacerdote y el sacrificio. Como el Sacerdote, Él se ofreció a sí mismo como el sacrificio perfecto por el pecado.
3. Jesús es el ungido Rey de Reyes y el Señor de Señores.



Pasajes bíblicos para la reflexión

Salmo 110
Isaías 42:1-4
Lucas 1:26-38
Hechos 3:17-26
Hebreos 5:5-6

36

LOS TÍTULOS DE JESÚS

Jesús de Nazaret tuvo más títulos que ninguna otra persona de la historia. Una muestra breve incluiría a los siguientes:

Cristo
Señor
Hijo del Hombre
Salvador
Hijo de David
Gran Sumo Sacerdote
Hijo de Dios
Alfa y Omega
Maestro
Rabí
Justicia
Profeta
Rosa de Sarón
Lirio del Valle
Abogado
León de Judá
Cordero de Dios
Segundo Adán

Los principales títulos conferidos a Jesús son:

1. *Cristo*. El título de *Cristo* es utilizado con respecto a Jesús con tanta frecuencia que la gente suele confundirlo con su apellido. No se trata de un nombre, sin embargo, sino de un título que hace referencia a su posición y a su obra como el Mesías. El término *Cristo* proviene del griego *Christos*, utilizado para traducir la palabra hebrea *Mesías*. *Cristo* y *Mesías* significan “el Ungido”.

En el Antiguo Testamento el concepto del Mesías prometido, que sería ungido por el Espíritu Santo, era una idea compleja y de varias aristas. No todos los judíos compartían la misma idea sobre el Mesías.

Un concepto sobre el Mesías era que sería un rey. Sería el ungido Hijo de David, el León de Judá, que restauraría el reino

caído de David. (Este aspecto excitaba a los judíos y avivaba las llamas de su esperanza en un gobernador político que los liberaría del yugo de Roma.)

Pero el Mesías también era conocido como el Siervo de Dios, como el Siervo Sufriente mencionado en la profecía de Isaías. Parece ser imposible unir estas dos vertientes en una persona, aunque obviamente lo fueron en Jesús.

El Mesías sería también un ser celestial (el Hijo del Hombre) y estaría relacionado con Dios el Padre de una manera singular (el Hijo de Dios). Sería, además, el sacerdote y el profeta. Cuanto más reconocemos la complejidad que encierra el concepto del Mesías, más nos asombra la manera intrincada en que todas estas vertientes se fusionaron en la persona y la obra de Jesús.

2. *Señor*. El segundo título utilizado con mayor frecuencia para referirse a Jesús en el Nuevo Testamento es el título de *Señor*. Este título es de suprema importancia para entender el retrato que nos hace el Nuevo Testamento sobre Jesús. El término *Señor* es utilizado de tres maneras distintas en el Nuevo Testamento. La primera de ellas es una costumbre cordial y amable de dirigirse a alguien, la que usamos cuando anteponeamos la palabra “señor” al apellido de alguien. El segundo uso se refiere al dueño de un esclavo o “señor”. En este caso se aplica a Jesús en un sentido figurativo. Él es nuestro señor y nosotros sus esclavos. El tercer uso es de carácter imperial. Se refiere a aquel que tiene la soberanía.

En el primer siglo, los emperadores romanos exigían un juramento de lealtad de parte de sus sujetos, quienes debían confesar según la fórmula de que “César es el Señor”. Los cristianos sufrieron el martirio por negarse a cumplir esta orden. En su lugar, proclamaban el primero de los credos cristianos, “Jesús es el Señor”. Llamar a Jesús “Señor” era una postura radical desde el punto de vista de los romanos, pero también lo era desde una perspectiva judía, ya que es el título dado a Dios mismo en el Antiguo Testamento.

El título *Señor* le fue dado a Jesús por Dios el Padre. Es “el nombre que es sobre todo nombre” al que Pablo hace referencia en Filipenses 2:9.

3. *El Hijo del Hombre*. Este título es uno de los títulos más fascinantes que se le haya dado a Jesús y, probablemente, uno de los más mal entendidos. Debido a que la iglesia confiesa la

naturaleza dual de Jesús, que es verdaderamente hombre y verdaderamente Dios, y a que la Biblia describe a Jesús como el Hijo del Hombre y como el Hijo de Dios, puede resultar una tentación suponer que el Hijo del Hombre se refiere a la humanidad de Jesús y que el Hijo de Dios se refiere a su deidad. Esto, sin embargo, no es exactamente así. Si bien el título *el Hijo del Hombre* incluye un elemento de humanidad, su referencia primaria es la naturaleza divina de Jesús. El título *Hijo de Dios* también incluye una referencia a su deidad, pero nos está señalando principalmente la *obediencia* de Jesús como el hijo.

Este título, el *Hijo del Hombre*, toma una importancia adicional cuando observamos que si bien ocupa el tercer lugar en cuanto a su *frecuencia de utilización* en el Nuevo Testamento (bastante bajo), ocupa el *primer* lugar (por un amplio margen) entre los títulos que Jesús utiliza para referirse a sí mismo. El *Hijo del Hombre* es por lejos la designación favorita de Jesús para sí mismo.

La importancia de este título surge de su vinculación con el uso que hace Daniel en el Antiguo Testamento (véase Daniel 7). En dicho caso el *Hijo del Hombre* se refiere claramente a un ser celestial que oficia en el papel de Juez cósmico. En labios de Jesús el título no es un ejercicio de falsa humildad, sino una reivindicación de su autoridad divina. Jesús reivindicó, por ejemplo, que el Hijo del Hombre tenía autoridad para perdonar pecados (Marcos 2:10), una prerrogativa divina, y que era el Señor del Día de Reposo (Marcos 2:28).

4. *El Logos*. No hay otro título para Jesús que haya engendrado tanto interés teológico y filosófico en los primeros tres siglos que el título de *Logos*. El *Logos* fue central para el desarrollo temprano de la cristología de la iglesia. El prólogo del evangelio de Juan es crucial para el entendimiento cristológico del *Logos*. Juan escribe “En el principio era el Verbo (*Logos*), y el Verbo (*Logos*) era con Dios, y el Verbo (*Logos*) era Dios” (Juan 1:1).

En este pasaje asombroso el *Logos* es distinguido de Dios (“era con Dios”) y al mismo tiempo es identificado con Dios (“era Dios”). Esta paradoja tuvo gran influencia sobre el desarrollo de la doctrina de la Trinidad, en la que el *Logos* es considerado la Segunda Persona de la Trinidad. Difiere en persona del Padre, pero es uno en esencia con el Padre.

Es fácil comprender por qué las filosofías cristianas fueron atraídas hacia el concepto del *logos* como un título para Jesús. Si

bien el término *logos* puede ser sencillamente traducido como “verbo” o “palabra”, había detrás de *logos* una historia de uso filosófico técnico que enriquecía su significado. Los antiguos griegos habían estado preocupados por encontrarle un sentido al universo y se habían embarcado, entonces, en la búsqueda de la “realidad última” (la metafísica). Sus filósofos procuraban encontrar al factor o el poder unificador que trajera el orden y la armonía a toda la diversidad existente en el reino de lo creado (la cosmología). Procuraban hallar un *nous* (una mente) a la que (o a quien) atribuirle el orden de todas las cosas. A esta realidad suprema, unificadora, los griegos habían denominado *logos*. Proveía a la realidad de coherencia o de “lógica”. Este concepto fue usado por Heráclito y luego por los filósofos estoicos, donde se utilizó como una ley abstracta y cósmica.

Aunque el término está cargado de un bagaje filosófico griego pre-cristiano, el uso bíblico de *logos* abarca más que el uso griego. En Génesis 1:3ss. se nos dice que “dijo Dios... y fue”. Entonces, fue por la palabra de Dios que se hizo la creación. Lo que diferencia al concepto de *logos* de la filosofía griega, sin embargo, es que el “logos” del Nuevo Testamento es *personal* -la Palabra, o el Verbo, se hizo hombre y como tal vivió y murió en nuestro mundo.

Resumen

1. El *Mesías* significa “el Ungido” y es utilizado como un título de Jesús para demostrar su papel como Rey y como Siervo Sufriente. El Mesías es el título utilizado con mayor frecuencia para referirse a Jesús.
2. El *Señor* es el título asignado a Jesús que le sigue en frecuencia de uso, y se refiere a su autoridad suprema como Soberano del universo.
3. El *Hijo del Hombre* es el título que Jesús utilizó con mayor frecuencia para referirse a sí mismo. Este título se refiere principalmente al papel desempeñado por Jesús como Juez de todo el cosmos.
4. El título de *Logos* tiene una rica herencia de la cultura hebrea y griega. Jesús es el *Logos* —el Creador del universo, la realidad suprema detrás del universo, y Aquel que está constantemente sosteniendo al universo.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Génesis 1:1-2:3

Mateo 9:1-8

Mateo 16:13-21

Juan 1:1-18

Apocalipsis 19:11-16

Parte
V

El Espíritu Santo

En la liturgia de la iglesia solemos escuchar la palabras “En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”. Esta expresión es una fórmula trinitaria que le asigna la deidad a las tres personas de la Divinidad.

De manera similar entonamos el *Gloria*:

Gloria sea al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como fue en el principio, y es ahora, y siempre será, por siempre. Amén.

Esta himno le asigna la gloria eterna a las tres personas de la Trinidad. Se le asigna la gloria eterna al Espíritu Santo, junto con el Padre y el Hijo.

Mientras que la deidad de Cristo ha sido tema de debate por siglos, y este debate todavía continúa en la actualidad, la deidad del Espíritu Santo es generalmente aceptada en la iglesia. Posiblemente la razón por la cual la deidad del Espíritu Santo no ha sido tan controvertida es porque el Espíritu nunca tomó forma humana.

La Biblia claramente representa al Espíritu Santo como poseyendo los atributos divinos y ejerciendo la autoridad divina. Desde el siglo cuarto, casi todos los que concuerdan con el hecho de que el Espíritu es una persona también concuerdan con que es divino.

En el Antiguo Testamento lo que se nos dice de Dios también es dicho sobre el Espíritu de Dios. Las expresiones “Dios dijo” y “el Espíritu dijo” son utilizadas indistintamente repetidas veces. En el Nuevo Testamento este esquema continúa, y posiblemente el pasaje con más fuerza en este sentido sea el que encontramos en Hechos 5:3-4, donde Pedro dice: “Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeseis del precio de la heredad?... No has mentido a los hombres, sino a Dios”. Para decirlo lisa y llanamente, mentir al Espíritu Santo es mentirle a Dios mismo.

La Escritura también le asigna atributos divinos al Espíritu Santo. Pablo escribe sobre la omnisciencia del Espíritu

en 1 Corintios 2:10-11, “El Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”. El salmista atestigua sobre la omnipresencia del Espíritu en el Salmo 139:7-8: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás”. El Espíritu también trabaja en la creación, moviéndose sobre la faz de las aguas (Génesis 1:1-2).

Como conclusión final sobre la deidad del Espíritu Santo tenemos la bendición de Pablo en su segunda carta a los Corintios, “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén” (2 Corintios 13:14).

Resumen

1. La liturgia de la iglesia le atribuye la deidad al Espíritu Santo.
2. El Antiguo Testamento le asigna los atributos y la autoridad divina al Espíritu Santo.
3. El Nuevo Testamento le asigna los atributos divinos al Espíritu Santo.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Génesis 1:1-2
Hechos 5:3-4
Romanos 8:9-17
1 Corintios 6:19-20
Efesios 2:19-22

38

LA PERSONALIDAD DEL ESPÍRITU SANTO

La noche que mi esposa se convirtió a Cristo exclamó: “Ahora sé quién es el Espíritu Santo”. Hasta ese momento ella había pensado en el Espíritu Santo como “algo” y no como “alguien”.

Cuando hablamos sobre la personalidad del Espíritu Santo, queremos decir que el Tercer Miembro de la Trinidad es una persona y no una fuerza. Esto resulta claro de la Escritura, donde se utilizan solo pronombres personales para referirse al Espíritu. En Juan 16:13, Jesús dijo: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir”.

Como el Espíritu Santo se trata de una persona real y precisa y no de una fuerza impersonal, nosotros tenemos la posibilidad de disfrutar una relación personal con Él. Pablo le dio su bendición a la iglesia de Corinto resaltando este hecho, “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén” (2 Corintios 13:14). Tener comunión con alguien es entrar en una relación personal con ese alguien. Además, se nos llama a no pecar contra el Espíritu Santo, a no resistirle y a no afligirlo. Las fuerzas impersonales no pueden ser “afligidas”. La aflicción únicamente puede ser experimentada por un ser personal.

Como el Espíritu Santo es una persona, es posible que le oremos. Su papel en la oración es ayudarnos a expresarnos de manera adecuada al Padre. Del mismo modo que Jesús intercede por nosotros como nuestro Sumo Sacerdote, así el Espíritu Santo intercede por nosotros en la oración.

Por último, la Biblia también nos habla del Espíritu Santo realizando tareas que solo pueden ser llevadas a cabo por personas. El Espíritu *consuela*, *guía*, y *enseña* a los elegidos (véase Juan 16). Estas actividades son desarrolladas de manera tal que involucran la inteligencia, la voluntad, el sentimiento y el poder. Él busca, selecciona, revela, consuela, convence, y amonesta. Solo una persona puede hacer tales cosas. La respuesta del cristiano, entonces, no es la mera afirmación de que tal ser existe, sino obedecer,

amar y adorar al Espíritu Santo, la Tercera Persona de la Trinidad.

Resumen

1. El Espíritu Santo es una persona, no una fuerza impersonal.
2. La Escritura utiliza pronombres personales cuando se refiere al Espíritu Santo.
3. La obra del Espíritu Santo requiere de una personalidad y refleja una personalidad.
4. El cristiano disfruta de una relación personal con el Espíritu Santo.
5. El Espíritu Santo debe ser adorado y obedecido.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Juan 16:13
2 Corintios 13:14
1 Timoteo 4:1
Santiago 4:5
1 Juan 5:6

39

EL TESTIMONIO INTERNO DEL ESPÍRITU SANTO

En cualquier obra teatral que involucre un juicio, incluyendo a testigos, el testimonio que se brinde será crucial para el caso. El testimonio es importante porque su función es ayudarnos a llegar a la verdad del asunto. En algunos juicios, el testimonio de los testigos es puesto en tela de juicio porque el carácter de los testigos es sospechoso. El testimonio de un mentiroso psicópata es de poco valor. Para que un testimonio sea creíble, el testigo debe ser creíble.

Cuando Dios testimonia la verdad sobre algo, su testimonio es cierto. Su testimonio no puede ser recusado. El testimonio que tiene a Dios como su autor no puede fallar. Se trata, de hecho, de un testimonio infalible. Procede del carácter más elevado posible, de la fuente más profunda de conocimiento, y de la autoridad más suprema. La confiabilidad en el testimonio de Dios fue lo que impulsó a Lutero a declarar que “el Espíritu Santo no es escéptico”¹. Las verdades reveladas por el Espíritu son más ciertas que la propia vida.

Juan Calvino enseñó que aunque las Escrituras manifiestan signos claros y razonables de autoridad divina y exhiben la suficiente evidencia de su procedencia divina, estas evidencias recién nos convencen plenamente cuando han sido selladas en nuestros corazones por el testimonio interior del Espíritu Santo². Calvino reconoció la diferencia que existe entre las pruebas y el convencimiento. Aunque seamos capaces de ofrecer evidencias objetivas y precisas sobre la veracidad de la Escritura, esto no constituye ninguna garantía de que las personas creerán en ella, se rendirán a ella o la abrazarán. Para estar persuadidos de su verdad necesitamos la ayuda del testimonio interno del Espíritu. El Espíritu es quien nos hace someternos y rendirnos ante la evidencia precisa de la verdad de las Escrituras.

En su testimonio interior, el Espíritu Santo no nos ofrece ninguna información nueva y secreta o ningún argumento inteligente que no estuviera de otro modo a nuestra disposición. Lo que hace, en realidad, es operar sobre nuestros espíritus para quebrarlos y vencer nuestra resistencia a la verdad de Dios. Nos mueve a

rendimos ante las enseñanzas claras de la Palabra de Dios y a abrazarlas con total seguridad.

El testimonio interno del Espíritu no es una huida al misticismo o un escape al subjetivismo, donde los sentimientos personales son ascendidos a un rango de absoluta autoridad. Existe una diferencia crucial entre el testimonio del Espíritu Santo *a* nuestros espíritus y el testimonio humano *de* nuestros espíritus. El testimonio del Espíritu Santo es a la Palabra de Dios. Nos viene *con* la Palabra y *a través de* la Palabra. No nos viene por fuera de la Palabra o sin la Palabra.

Del mismo modo que el Espíritu Santo da testimonio a nuestros espíritus de que somos hijos de Dios, confirmando su palabra a nosotros (Romanos 8:16), el Espíritu Santo también nos asegura interiormente que la Biblia es la Palabra de Dios.

Resumen

1. El testimonio de Dios es completamente confiable.
2. La Biblia nos ofrece evidencia objetiva de que es la Palabra de Dios.
3. No estamos plenamente convencidos de la verdad de la Escritura sin el testimonio del Espíritu Santo.
4. El testimonio interno del Espíritu no ofrece ningún argumento nuevo a la mente, sino que obra sobre nuestros corazones y espíritus para rendirlos a la evidencia ya presente.
5. La doctrina del testimonio interno del Espíritu Santo no es una licencia para creer que cualquier cosa que sintamos ser verdadera sea verdadera.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Juan 15:13
Hechos 5:32
Hechos 15:28
Romanos 8:16
Gálatas 5:16-18

40

LA ILUMINACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Una de las invenciones modernas más útiles ha sido la linterna a pilas. Cuando hay un corte de electricidad y la casa se sumerge en la oscuridad, la linterna es un salvavidas. Su función es hacer brillar la luz en la oscuridad para que podamos ver lo que hay allí. Sirve para *iluminar* la escena.

La Biblia no es un libro de oscuridad. Por el contrario, es la fuente de luz tan necesaria. El salmista dice sobre la Palabra de Dios “lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Salmo 119:105).

No todas las partes de la Escritura son igualmente claras para nuestro entendimiento. Algunos pasajes son difíciles de entender. En algunos pasajes debemos hacer un gran esfuerzo para discernir el significado del texto. La consecuencia del pecado sobre nosotros ha sido la de envolver nuestras mentes en la oscuridad. Debido a nuestra naturaleza caída, somos criaturas en la oscuridad, desesperadas por la luz.

Aunque las Escrituras en sí mismas son nuestra luz, todavía tenemos necesidad de iluminación adicional para que podamos percibir la luz con claridad. El mismo Espíritu Santo que inspira la Escritura, trabaja para iluminar las Escrituras para nuestro beneficio. Él hará que la luz original ilumine todavía más. La iluminación es el trabajo del Espíritu Santo. Él nos ayuda a escuchar, a recibir y a entender adecuadamente el mensaje de la Palabra de Dios. Como lo expresa el apóstol Pablo:

Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios (1 Corintios 2:9-11).

Pablo está haciendo una analogía extraída de la experiencia humana. Es posible aprender muchas cosas nuevas sobre mí observándome o escuchando lo que se dice de mí, pero no es

posible saber lo que está ocurriendo en realidad en mi mente ni en mi espíritu a no ser que yo mismo opte por revelarlo. Solamente yo sé lo que estoy pensando. (Aunque a veces, ¡estoy seguro que mi esposa puede leer mi pensamiento!)

De la misma manera, es el Espíritu Santo quien conoce los pensamientos más secretos de Dios. Pablo nos dice que el Espíritu “escudriña” lo profundo de Dios. Esto no significa que el Espíritu Santo deba investigar o estudiar la mente de Dios para ser instruido. No está buscando información que Él no tenga. “Escudriña” del mismo modo que lo hace una linterna en la noche para traer a la luz lo que de otro modo quedaría oculto.

La iluminación no debe ser confundida con la revelación. Hoy en día se ha vuelto un lugar común oír hablar a las personas sobre revelaciones privadas que dicen haber recibido del Espíritu Santo. La obra de iluminación del Espíritu Santo no es la de proveer nueva información o nuevas revelaciones aparte de las que encontramos en la sagrada Escritura.

El cristianismo reformado niega enfáticamente que Dios esté dando hoy día nuevas revelaciones normativas. El Espíritu todavía está trabajando para iluminar lo que ha sido revelado en la Escritura. El Espíritu nos ayuda a entender la Biblia, nos convence de la verdad de la Biblia, y aplica esta verdad en nuestras vidas. Trabaja con la Palabra y a través de la Palabra. Su tarea nunca consiste en enseñar algo contrario a la Palabra. Por lo tanto, resulta siempre necesario comparar lo que escuchamos con la enseñanza de la Escritura. La Escritura es el libro del Espíritu.

Resumen

1. La iluminación se refiere a la ayuda que el Espíritu Santo nos brinda para entender y aplicar la Escritura.
2. La iluminación no debe ser confundida con la revelación.



Pasajes bíblicos para la reflexión

Juan 16:13-15

2 Pedro 1:21

1 Corintios 2:9-16

41

EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO

“¿Has recibido el bautismo del Espíritu Santo?” A cualquier persona hoy en día que se convierta en cristiano tarde o temprano se le hará esta pregunta. Esta pregunta la suelen formular los cristianos carismáticos, muy entusiastas de sus experiencias con el Espíritu Santo.

Una doctrina que en un tiempo estaba confinada a las Iglesias Pentecostales y a las Asambleas de Dios, se ha convertido ahora de vital importancia para un número muy extendido de creyentes. El movimiento neo-Pentecostal ha alcanzado a casi todas las denominaciones cristianas. Un sentimiento de excitación y de renovación espiritual suele acompañar este descubrimiento fresco de la presencia y el poder del Espíritu Santo en la iglesia.

El neo-Pentecostalismo ha buscado definir la doctrina del bautismo del Espíritu Santo basándose en las experiencias de las personas. Esta doctrina ha sido motivo de mucha controversia.

Por lo general, si bien no siempre, el cristiano carismático considera que el bautismo del Espíritu Santo es una segunda obra de gracia, distinta y subsiguiente a la regeneración y la conversión. Es una obra del Espíritu Santo que esta disponible para todos los cristianos, pero que no todos los cristianos toman posesión de ella. Los carismáticos están divididos entre sí sobre el tema de si el hablar en lenguas es una señal o manifestación necesaria del “bautismo”.

Los Pentecostales señalan que en el libro de Hechos los creyentes (que obviamente ya habían experimentado la obra de regeneración del Espíritu con anterioridad a Pentecostés) fueron llenos del Espíritu Santo y hablaron en lenguas. Este modelo bíblico, que incluye el transcurso del tiempo entre la conversión y el bautismo del Espíritu, es visto como normativo para todas las edades.

Los Pentecostales están en lo cierto cuando distinguen entre la regeneración del Espíritu Santo y el bautismo del Espíritu Santo. La regeneración se refiere al Espíritu Santo otorgándole al creyente una nueva vida —resucitando a la vida a alguien que estaba muerto en el pecado. El bautismo del Espíritu Santo se refiere a Dios dotando a su pueblo del poder para el ministerio.

Si bien la diferencia entre la regeneración y el bautismo del Espíritu Santo es legítima, el hacer que el transcurso del tiempo entre ambos sea normativo para todas las edades no es válido. El modelo normal, desde el tiempo de los apóstoles, ha sido que los cristianos recibieran el poder del Espíritu Santo de manera concomitante con la regeneración. No es necesario que los creyentes busquen un bautismo específico a una segunda obra del Espíritu, subsiguiente a su conversión. Todos los cristianos están, en mayor o menor grado, llenos del Espíritu —dependiendo de cuanto de sí han rendido al Espíritu.

Otro problema relacionado con la doctrina pentecostal es que nos brinda una visión inadecuada de Pentecostés. Pentecostés representa la divisoria de las aguas en la historia del Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento, solo un grupo muy selecto de creyentes habían recibido los dones de Dios para el ministerio (véase Números 11). Este modelo se modificó en Pentecostés. En Pentecostés todos los creyentes presentes (quienes eran todos judíos) recibieron el bautismo. De manera similar, recibieron el bautismo del Espíritu cuando el Espíritu también se derramó en los convertidos en Samaria (Hechos 8), los creyentes en la casa de Cornelio (Hechos 10), y los discípulos gentiles de Juan en Éfeso (Hechos 19).

Los primeros creyentes no pensaban que los samaritanos, los temerosos de Dios, y los discípulos gentiles de Juan podían ser cristianos. Por eso, el bautismo del Espíritu Santo sirvió como confirmación de su calidad de miembros dentro de la iglesia. Como cada uno de estos grupos había experimentado el bautismo del Espíritu Santo de la misma manera que lo habían experimentado los judíos en Pentecostés, no había forma de rechazar su inclusión en la iglesia. Pedro mismo tuvo esta experiencia personalmente. Cuando Pedro vio que el Espíritu Santo había venido sobre los gentiles temerosos de Dios que estaban en la casa de Cornelio, concluyó que no había ningún motivo para mantenerlos alejados de la plena comunión en la iglesia. Pedro dijo: “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?” (Hechos 10:47).

Los episodios del bautismo del Espíritu Santo subsiguientes a Pentecostés deben ser entendidos como una prolongación de Pentecostés por medio de la cual todo el cuerpo de Cristo tiene el

don del ministerio. En la iglesia del Nuevo Testamento no todos los creyentes hablaban en lenguas, pero todos los cristianos tenían el don del Espíritu Santo. Se había cumplido así con la profecía de Joel (Hechos 2:16-21).

Resumen

1. El bautismo del Espíritu Santo es una obra específica en la cual el Espíritu dota a los creyentes con los dones para el ministerio.
2. En Hechos, el Espíritu Santo es derramado en cuatro grupos (los judíos, los samaritanos, los temerosos de Dios, y los gentiles), indicando así que todos están incluidos en la iglesia del Nuevo Pacto.
3. Pentecostés cumple la profecía del Antiguo Testamento que dice que el Espíritu sería derramado sobre todos los creyentes y no estaría restringido a unos pocos.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Joel 2:28-29

Juan 7:37-39

Hechos 2:1-11

1 Corintios 12

1 Corintios 14:26-33

Al enseñar en vísperas de su muerte en el aposento alto, Jesús se explayó sobre el Espíritu Santo. Dijo: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador” (Juan 14:16). La palabra *Consolador* a veces es traducida como “Ayudador” o “Consejero” y proviene de la palabra griega *paracleto*.

Lo primero que nos llama la atención en este pasaje es que Jesús nos promete *otro* “Paracleto” o “Ayudador”. Para que Jesús haya dicho que el Espíritu Santo sería otro Ayudador es necesario que haya habido un Ayudador antes del Espíritu. El Nuevo Testamento identifica claramente al Primer Ayudador, o Paracleto, con Jesús mismo. Juan escribe: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1).

El título de Abogado que se le da a Jesús en esta oportunidad es otra traducción posible de la palabra griega *paracleto*. Vemos entonces que Jesús es el primer Paracleto, y Jesús oró para que posteriormente a su partida de este mundo el Padre proveyera de otro Paracleto en su ausencia. El Espíritu fue enviado para ser el sustituto de Cristo, Él es el vicario supremo de Cristo sobre la tierra.

En el mundo de la antigüedad, un paracleto era alguien que había sido llamado para brindar su asistencia en una corte legal. El Espíritu Santo, al desempeñar este papel, cumple con más de una tarea. Uno de sus trabajos es la ayuda que el Espíritu brinda al creyente que se dirige al Padre. Pablo le escribe a la iglesia en Roma:

Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos (Romanos 8:26-27).

El Espíritu Santo también ayuda al creyente a dirigirse al mundo. Habla por nuestro intermedio cuando nos enfrentamos al

conflicto, como lo prometió Jesús en Marcos 13:11. El Espíritu nos defiende frente al mundo procesándolo por el pecado. El Espíritu Santo trabaja para reivindicar la justicia frente a los ataques de los impíos.

El concepto del Paracleto también incluye el papel del Consolador. Esto está vinculado a dos aspectos. Es una fuente de solaz para los heridos, los derrotados, y los afligidos. El segundo aspecto es de igual importancia. La palabra *Consolador* en su derivado latino significa “con fuerza”. El Espíritu viene a nosotros cuando tenemos necesidad de fuerza. Nos dota de coraje y de valentía. En su papel como el Consolador, nos consuela y nos da el coraje para que en Cristo seamos más que vencedores (Romanos 8:37).

Resumen

1. Jesús es nuestro primer Consolador en su papel como Abogado delante del Padre.
2. El Espíritu Santo es otro Consolador, el sustituto de Jesús después de su ascensión.
3. El Espíritu actúa como nuestro Ayudador actual.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Juan 14:16-18
Hechos 19:1-7
Romanos 8:26-27
Gálatas 4:6

43

EL ESPÍRITU COMO SANTIFICADOR

Dios llama a todas las personas a reflejar su carácter santo: “Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:15-16). Nuestro problema radica en que nosotros mismos no somos santos. Sin embargo, la Biblia se refiere a nosotros como “santos”. El término *santo* significa “uno que es santo”. Como no podemos encontrar la santidad en nosotros mismos, debemos ser hechos santos. Es el Espíritu Santo el que actúa en nosotros para hacernos santos, para hacernos conforme a la imagen de Cristo. Como la Tercera Persona de la Trinidad, el Espíritu Santo no es más santo que el Padre ni que el Hijo. Sin embargo, no hablamos del Padre Santo, del Hijo Santo y del Espíritu Santo. Al Espíritu de Dios se lo llama el Espíritu Santo no tanto por su persona (que sin duda es santa) sino por su obra, que nos hace santos.

Es la tarea especial del Espíritu Santo hacernos santos. Él nos consagra. El Espíritu Santo cumple el papel de santificador. Ser santificado es ser hecho santo, o justo. La santificación es un proceso que comienza en el instante en que nos convertimos en cristianos. El proceso continúa hasta nuestra muerte cuando el creyente es hecho justo por última vez, completamente y para siempre.

La fe de la Reforma es muy precisa en cuanto a su énfasis sobre la obra del Espíritu Santo *por sí solo* en la regeneración. No lo ayudamos al Espíritu Santo en nuestro nuevo nacimiento. Rechazamos de plano cualquier noción de esfuerzo cooperativo en el nuevo nacimiento del creyente. La santificación, sin embargo, es otro asunto. Nuestra santificación es un emprendimiento cooperativo. Debemos trabajar junto con el Espíritu Santo para crecer en la santificación. El apóstol Pablo expresó esta idea en su carta a la iglesia de Filipo:

Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios

es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filipenses 2:12-13).

El llamado a la cooperación implica trabajo. Debemos trabajar en serio. Trabajar con temor y temblor no sugiere un espíritu de terror sino de reverencia unida al esfuerzo. Somos consolados por el conocimiento de saber que no estamos solos para hacer este trabajo ni librados a nuestros propios esfuerzos. Dios está trabajando dentro nuestro para lograr nuestra santificación.

El Espíritu Santo mora dentro del creyente, obrando para producir una vida más justa y un corazón más recto. Debemos ser cuidadosos, sin embargo, y no confundir la morada interior del Espíritu Santo con ninguna deificación del individuo. El Espíritu está dentro del creyente y obra con el creyente, pero no se convierte en el creyente. El Espíritu obra para producir la santificación de los seres humanos, no la deificación de las criaturas. Cuando el Espíritu mora en nosotros, Él no se convierte en humano ni nosotros nos convertimos en dioses. El Espíritu Santo no destruye nuestras identidades personales como seres humanos. Por medio de nuestra santificación nos hemos de convertir en semejantes a Dios en nuestro carácter, pero no en nuestro ser.

Resumen

1. Dios nos llama a reflejar su santidad.
2. Para ser santos es necesario que recibamos la santidad desde fuera de nosotros mismos.
3. El Espíritu Santo es llamado santo por su obra como nuestro santificador.
4. La santificación es un proceso que dura toda la vida.
5. La santificación es un trabajo cooperativo, que involucra al creyente y al Espíritu Santo.
6. El Espíritu Santo que mora en nosotros no nos deifica.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Juan 15:26

2 Corintios 3:17-18

Gálatas 4:6

Filipenses 2:12-13

1 Pedro 1:15-16

Parte VII

Los seres humanos y la caída

Una palmada en las nalgas suele acompañar la llegada de un bebé a este mundo. La respuesta del niño es prorrumpir en una protesta estridente. ¿Por qué llora el bebé? ¿Es el llanto una respuesta al dolor? ¿O al miedo? ¿O acaso llora de rabia?

Posiblemente el llanto sea provocado por todos estos factores. Nuestra entrada a este mundo está marcada por ruido y furia. Esta protesta inicial es considerada por algunos como la expresión no solo del significado del nacimiento sino del significado de la vida en su totalidad.

Macbeth murmuraba:

La vida no es más que una sombra que pasa,
un histrión que se ensobérbese y se impacienta
el tiempo que le toca estar en el tablado,
y de quien luego nada se sabe: es un cuento
que dice un idiota, lleno de miedo y de arrebato,
pero falto de toda significación¹.

No tener ningún significado es ser completamente insignificante. Ser insignificante es no tener ningún sentido. Y no tener ningún sentido es no tener ningún valor.

El sentido de mi vida y el de la de todos está vinculado a las preguntas *¿Quiénes somos?* y *¿Qué somos?* Es una cuestión de identidad. Mi identidad está en última instancia vinculada a mi relación con Dios. No puedo entender quién o qué soy si no entiendo quién o qué es Dios.

Existe una dependencia mutua entre nuestro conocimiento de nosotros mismos y nuestro conocimiento de Dios. Tan pronto como adquiero conocimiento de mí con yo, tomo conciencia de que no soy Dios; soy una criatura. Tengo una fecha de nacimiento, un instante en que mi vida comenzó sobre esta tierra. Mi punto de partida tallado en mi lápida no será la eternidad. No puedo saber cuál ha de ser la fecha final sobre mi lápida, pero la primera fecha fue 1939.

Mi sentido de criatura hace que mi pensamiento se vuelque hacia el pasado, o “hacia arriba”, a mi Creador. No puedo con-

templar a Dios ni a ninguna otra cosa externa a mí mismo hasta no tomar conciencia de mí. Sin embargo, no puedo entender todo mi significado hasta que no me entienda en relación con Dios. En última instancia, entonces, la antropología, el estudio del hombre, es una subdivisión de la teología, el estudio de Dios.

La crisis de la humanidad moderna la encontramos en la ruptura entre la antropología y la teología, entre el estudio de los seres humanos y el estudio de Dios. Cuando nuestra historia es narrada en forma aislada o divorciada de la historia de Dios, entonces sí se convierte en falta “de toda significación”. Si nos consideramos sin referencia a Dios, nos convertimos en “una pasión inútil” como lo afirmó el filósofo Jean-Paul Sartre.

¿En qué consiste “una pasión inútil”? Una pasión es un sentimiento intenso. La vida humana está signada por sentimientos intensos. Entre ellos hay pasiones tales como el amor, el odio, el temor, la culpa, la ambición, la lujuria, la envidia, los celos, y muchísimos más. Como criaturas tenemos sentimientos muy profundos sobre nuestras vidas. La pregunta nos angustia: ¿Acaso todos estos sentimientos son inútiles? ¿Acaso todo nuestro esfuerzo y nuestro amor es un simple ejercicio en la futilidad, una excursión de vanidad?

Está en juego el significado de nuestras vidas. Nos estamos jugando nuestra dignidad. Si se considera a los seres humanos aislados, no relacionados con Dios, entonces permanecen solos e insignificantes. Si no somos criaturas hechas por Dios y relacionadas con Dios, entonces somos un mero accidente cósmico. Nuestro origen es insignificante y nuestro destino es igualmente insignificante. Si surgimos del barro por accidente y hemos de desintegrarnos en el vacío o en el abismo de la nada, entonces estamos viviendo nuestras vidas entre los dos polos del más absoluto sin sentido. Somos ceros a la izquierda, desnudos de dignidad o de valor.

El dotar temporalmente de dignidad a un ser humano que se encuentra entre los polos de un origen sin sentido y un destino sin sentido, es acceder meramente a los caprichos de un sentimiento. Nos ilusionamos con nuestro propio engaño.

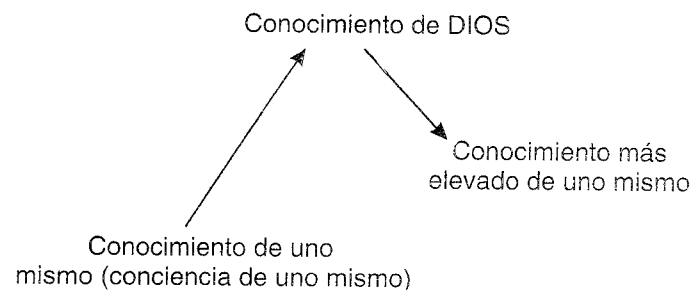
Nuestro origen y nuestro destino están unidos a Dios. El único significado final que podemos tener debe ser teológico. Esta misma pregunta que nos hacemos ya fue formulada por el salmista:

Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra (Salmo 8:3-5).

Haber sido *creados por* Dios es estar *relacionados con* Dios. Esta relación ineludible nos brinda la seguridad de que no somos ruido o sentimientos inútiles. En la creación recibimos una corona de gloria. Una corona de gloria es una tiara de dignidad. Con Dios, tenemos dignidad; sin Dios, no somos nada.

Resumen

1. No podemos conocer a Dios sin antes tomar conciencia de nosotros mismos.
2. No nos podemos conocer a nosotros mismos con precisión si no conocemos antes a Dios.



El conocimiento de uno mismo nos conduce al conocimiento de Dios, el cual a su vez nos brinda un entendimiento más elevado y más completo de nosotros mismos.

3. Los seres humanos en relación con Dios: Un origen con un propósito + Un destino con un propósito = Una vida con sentido.
4. Los seres humanos sin relación con Dios: Un origen sin sentido + Un destino sin sentido = Una vida sin sentido.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Génesis 1:27

Hechos 17:22-31

Salmo 51

Romanos 1:18-23

Hechos 14:8-18

En el arte, el hacer imágenes es un ejercicio de belleza. La pintura, la escultura, y otras artes suelen ser imitativas. Mediante nuestra creación imitamos a los objetos de la vida real.

El artista principal es Dios. Cuando Dios diseñó el universo, dejó su sello sobre él de manera tal que los cielos declaran su gloria y el firmamento nos muestra su obra.

Cuando Dios hizo a las criaturas que habitan la tierra y el mar, creó una criatura singular, hecha a su propia imagen. Génesis 1:26-27 nos dice:

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.

Como la Biblia dice que fuimos creados a la imagen y semejanza de Dios, algunos (en especial los católicos) han llegado a la conclusión de que existe una diferencia entre ser *a imagen* y ser *a semejanza* de Dios. Pero la estructura del lenguaje bíblico nos indica que la imagen y la semejanza se refieren a una misma cosa. Somos los iconos de Dios, criaturas hechas con la capacidad única de reflejar el carácter de Dios, como si fuésemos un espejo.

El haber sido hechos a imagen de Dios suele entenderse como señalando el sentido de que somos como Dios. Aunque Él es el Creador y nosotros sus criaturas, y aunque Dios nos trasciende en esencia, en poder y en gloria, sin embargo en cierto sentido somos como Él. Hay algún tipo de analogía entre Dios y nosotros. Dios es un ser moral e inteligente. Nosotros también somos agentes morales equipados con una mente, un corazón y una voluntad. Estas facultades hacen posible que podamos reflejar la santidad de Dios, santidad que fue nuestra vocación original.

La palabra *hombre*, cuando es utilizada en los pasajes de la Escritura como “creó Dios al hombre a su imagen” (Génesis 1:27), significa “la humanidad”. Tanto el varón como la hembra de la especie humana han sido creados a imagen de Dios. Parte de esta

imagen comprende el llamado de la humanidad a gobernar la tierra, a tener dominio sobre ella. Hemos sido llamados a cultivar, a llenar, y a guardar esta tierra como los regentes de Dios. Hemos sido llamados a reflejar el carácter del gobierno justo de Dios sobre el universo. Él nunca saquea o explota lo que domina, sino que reina con justicia y bondad.

En ocasión de la caída de la humanidad, algo terrible ocurrió. La imagen de Dios perdió su lustre. Nuestra capacidad para reflejar su santidad se vio tan afectada que ahora este espejo está opaco.

La caída, sin embargo, no destruyó nuestra humanidad. Aunque nuestra capacidad para reflejar la santidad de Dios se perdió en la caída, todavía somos humanos. Todavía tenemos una mente, un corazón y una voluntad. Todavía llevamos la marca de nuestro Creador sobre nosotros. Cristo es quien restaura la plenitud de la imagen de Dios en los seres humanos. Él es, como lo declara el autor de Hebreos, “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” (Hebreos 1:3).

Resumen

1. Dios creó a los seres humanos —al varón y a la hembra— a su imagen y semejanza.
2. Existe cierta analogía entre Dios y los seres humanos que hace posible la comunicación entre ambos.
3. Los seres humanos, como Dios, son agentes morales con las facultades de pensamiento y voluntad.
4. Los seres humanos han sido llamados a ejercer el dominio sobre la tierra.
5. En la caída, la imagen de Dios en los seres humanos se opacó.
6. Cristo es la imagen perfecta de Dios. Él nos está restaurando a la plenitud de la imagen de Dios.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Génesis 9:6

Romanos 8:29

1 Corintios 15:42-57

Colosenses 1:15

46

LOS SERES HUMANOS COMO CUERPO Y ALMA

Tres veces a la semana me someto a la tortura de mi entrenador en el Gimnasio de Gold. Él es mi Faraón privado, mi Simon Legree. El ejercicio cardiovascular, la bomba de hierro, y las rutinas de contorsiones son parte de mi dieta. Todo esto a pesar del conocimiento de la Escritura que dice que ¡“el ejercicio corporal para poco es provechoso” (1 Timoteo 4:8)!

Mientras me preocupo por mi cuerpo, por su peso, su apariencia y su salud, vienen a mi mente las palabras de Jesús: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28).

Los seres humanos, creados a imagen y semejanza de Dios, son criaturas hechas de un cuerpo material y de un alma no material. Esta alma también es llamada espíritu.

Tanto el cuerpo como el alma fueron creados por Dios y constituyen dos aspectos distintos de nuestra personalidad. El punto de vista bíblico sobre los seres humanos difiere marcadamente del punto de vista de los antiguos griegos. Nuestro cuerpo y alma forman una *dualidad*, no un *dualismo*. En las teorías dualísticas, el cuerpo y el alma son vistos como dos sustancias incompatibles que coexisten en constante tensión. Son fundamentalmente incompatibles. El dualismo suele afirmar que hay algo inherentemente malvado o imperfecto en cualquier cosa física y, por lo tanto, considera que el cuerpo es un recipiente malvado para contener al alma pura. Para los griegos, la salvación significaba en última instancia ser redimidos *del* cuerpo, cuando el alma finalmente fuera liberada de la prisión de la carne.

El punto de vista bíblico es que el cuerpo fue creado bueno y no hay ningún mal inherente a su sustancia física. Sin embargo, padece la corrupción moral de la misma manera que el alma. Los seres humanos son pecaminosos tanto en su cuerpo como en su alma. El cristianismo no enseña la redención *independiente del* cuerpo, sino la redención *del* cuerpo.

Al ser una dualidad, los seres humanos son una entidad con dos partes distintas unidas por el acto creativo de Dios. No hay

ninguna necesidad, ni filosófica ni exegética, para agregar otra tercer parte o sustancia (como un espíritu) para sortear la tensión dualística. La teología ortodoxa rechaza la visión tricotómica de los seres humanos, que concibe a los seres humanos como integrados por tres partes: el cuerpo, el alma y el espíritu.

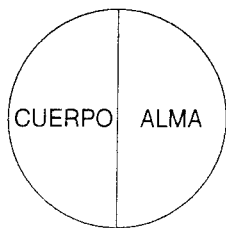
Aunque hay muchos teólogos que han argumentado en favor de la inmortalidad natural o esencial del alma humana, es importante recordar que el alma humana : (1) ha sido creada por Dios y no es inherentemente eterna; (2) aunque no está compuesta por materia y como tal sujeta a las fuerzas físicas, de todos modos es factible de ser destruida por Dios. El alma no puede existir en ningún momento separada del poder sustentador de Dios. “En él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:28).

En el momento de la muerte, aunque el cuerpo muere, el alma del creyente y del no creyente continúan viviendo. Los creyentes aguardan la consumación de su redención con la resurrección y la glorificación de sus cuerpos, mientras que los impenitentes aguardan el juicio final de Dios. Como Dios preserva al alma de la muerte, los seres humanos tienen una continuidad de su existencia personal conciente más allá de la muerte. Toda la persona ha caído; tanto el cuerpo como el alma son los objetos de la gracia salvífica de Dios.

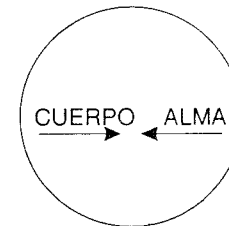
Resumen

1. Los seres humanos tienen un cuerpo material y un alma inmaterial.
2. Los seres humanos son una unidad-en-la-dualidad. El cristianismo rechaza la noción griega de dualismo.

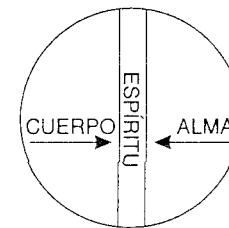
Los seres humanos=Unidad en la dualidad



Concepto griego=Dualismo unificado



Tricotomía=La tensión entre el cuerpo y el alma aliviada por el espíritu



3. El cuerpo humano forma parte de la buena creación de Dios. Aunque cayó, junto con el alma, ninguno de los dos son inherentemente malvados.
4. El alma humana no es naturalmente eterna. Debió ser creada y sustentada por Dios.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Génesis 1:1-2:25
 Eclesiastés 12:7
 Mateo 10:28
 Romanos 8:18-23
 1 Corintios 15:35-55

En la iglesia moderna hay mucha confusión con respecto al significado bíblico de la carne y el espíritu. Por un lado, la iglesia todavía está luchando contra la idea griega de que todo lo que sea físico debe ser malo en cierto grado. Algunos, por lo tanto, suponen que la vida cristiana es algo que debe ser completamente espiritual y que no puede tener nada que ver con nuestra existencia corporal. Algunos llevan este requisito al extremo de considerar necesariamente malas todas las funciones corporales, como comer, beber y la satisfacción sexual. Otros, creyendo que el cuerpo carece de importancia, se engañan creyendo que no importa como sea utilizado el cuerpo siempre y cuando su alma esté saludable. Ambas perspectivas reflejan una grave distorsión de la enseñanza bíblica sobre el cuerpo y el espíritu, según la cual ambos son importantes y deben ser alimentados y cuidados.

Surge un segundo problema cuando se hace una diferencia demasiado marcada entre los cristianos “carnales” y los cristianos “espirituales”. En este caso debemos considerar tres tipos de personas: (1) los que no son cristianos y son carnales, (2) los cristianos carnales, y (3) los cristianos llenos del Espíritu. Si pensamos en un cristiano carnal como en una persona totalmente vacía del Espíritu Santo, entregada a un estilo de vida completamente carnal, no estamos hablando de un cristiano carnal, estamos hablando de alguien que ni siquiera es cristiano. Una persona puede profesar ser cristiano y seguir siendo completamente carnal, haciendo de su profesión una mentira. Un cristiano completamente carnal es una contradicción.

Todos los cristianos han sido llenos por el Espíritu. La “plenitud” del Espíritu puede ser de menor a mayor grado; porque los cristianos varían entre sí, se han entregado al Espíritu en distinto grado. Pero el Espíritu habita dentro de todos los cristianos.

El apóstol Pablo habla sobre una lucha o conflicto que el creyente experimenta entre la carne y el espíritu. Al hacerlo, Pablo no está enseñando un dualismo o una falta de armonía entre el cuerpo y el alma. El conflicto descrito por Pablo no puede ser

reducido a una lucha entre los deseos o apetitos físicos y las virtudes espirituales. El conflicto es más profundo que eso.

La palabra *carne* (*sarx*) es a veces utilizada en el Nuevo Testamento como un sinónimo virtual de *cuerpo* (*soma*). Sin embargo, cuando esta palabra es usada en claro contraste con *espíritu* (*pneuma*), suele referirse a algo diferente del cuerpo físico. La *carne* en dicho caso suele referirse a la naturaleza corrupta de los seres humanos caídos. Cuando el Espíritu Santo nos regenera y nos convertimos en nuevas criaturas en Cristo, el poder de nuestra naturaleza caída (la carne) es conquistado pero no destruido. Como la santificación consiste en un proceso que dura toda la vida, los cristianos están inmersos en una lucha diaria con su vieja naturaleza mientras buscan crecer en el Espíritu y en la gracia. La vieja persona muere día a día mientras que la nueva persona en Cristo se fortalece por el Espíritu Santo que mora en ella. El Espíritu, que nos ha dado su palabra y nos ha sellado, será quien finalmente prevalezca en esta lucha. Mientras tanto, sin embargo, la lucha puede ser muy intensa. Los cristianos deben seguir luchando contra el pecado y la tentación. La conversión nos libera del control total de la carne, pero no nos perfecciona.

Esta lucha entre la vieja persona (la carne) y el Espíritu continúa hasta nuestra muerte. Después de la muerte hemos de ser glorificados: la carne será completamente aniquilada, y la nueva persona será completamente purificada.

Resumen

1. La Biblia rechaza la noción griega que considera al cuerpo intrínsecamente malo.
2. Los cristianos no deben ni despreciar ni exaltar al cuerpo. El cuerpo y el alma tienen necesidad de santificación.
3. Ningún cristiano puede ser completamente carnal ni completamente libre de carnalidad.
4. El Espíritu Santo habita en todos los cristianos.
5. La lucha entre la carne y el espíritu no es un conflicto entre el cuerpo y el alma sino un conflicto entre nuestra naturaleza de pecado caída (la vieja persona) y nuestra naturaleza regenerada (la nueva persona).
6. La lucha entre la carne y el Espíritu continúa durante toda la vida del cristiano hasta su glorificación.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 26:36-41

Juan 3:6

Romanos 7:13-8:17

Efesios 2:1-3

1 Pedro 2:11

La figura de Satanás suele ser concebida como un fugitivo de una fiesta de “Halloween”. Se lo retrata vistiendo un ridículo traje rojo. Tiene espuelas, cuernos, una cola, y lleva consigo un tridente. Esta figura es motivo de ridículo entre quienes niegan el cristianismo bíblico. En determinada ocasión le pregunté a mi clase de unos treinta estudiantes: “¿Cuántos creen en Dios?” La mayoría de los estudiantes levantó su mano. Luego pregunté: “¿Cuántos creen en el diablo?” Solamente se alzaron un par de manos.

Un estudiante espetó, “¿Cómo puede una persona inteligente creer en el diablo en los días que corren? El diablo pertenece a la superstición, junto con los fantasmas, los duendes y todo el resto de la parafernalia nocturna”.

Yo le respondí: “Hay un origen muchísimo más fiable para creer en Satanás que para creer en los duendes. Es posible que no estén convencidos de la veracidad de la Biblia, pero sin duda que es un origen más fiable que los cuentos de hadas”.

Amontonar a Satanás junto con las brujas y los duendes implica violar las reglas de un pensamiento serio y grave. Continué mi discusión con el estudiante realizándole otra pregunta: “Si creemos que Dios es un ser invisible, y personal, que tiene la capacidad de influenciar a las personas hacia el bien, ¿por qué resulta tan increíble y tan difícil imaginar que existe un ser invisible, y personal, que tiene la capacidad de influenciar a las personas al mal?”

Es posible que nuestro problema con respecto a Satanás radique en el hecho de que estamos reaccionando a una caricatura y no al punto de vista bíblico sobre él. En la Escritura, la palabra *Satanás* significa “adversario”. Lo conocemos como el diablo. Es una criatura angelical que, antes de la creación de la raza humana, se rebeló contra Dios y que desde entonces ha luchado contra la raza humana y contra Dios. Se lo llama el príncipe de las tinieblas, el padre de la mentira, el acusador, y la serpiente. Este retrato no tiene nada que ver con el adversario cómico, con cuernos, y un tridente, al que nos hemos acostumbrado. Esa imagen, por lo

menos en parte, surgió en la iglesia medioeval. Esta caricatura de Satanás fue creada intencionalmente en la iglesia para poder burlarse de él. La iglesia estaba convencida que era una estrategia efectiva contra Satanás el insultarlo. Se consideraba que su parte más vulnerable era su orgullo. El atacar su orgullo era visto como una manera efectiva para repeler su ataque.

La noción bíblica, sin embargo, es mucho más sofisticada. Él se aparece como un “ángel de luz”. Esta imagen subraya la habilidad inteligente de Satanás para manifestarse bajo la apariencia del bien. Satanás es muy sutil, seductor y astuto. Sabe hablar con elocuencia; su apariencia es deslumbrante. El príncipe de las tinieblas se viste con un ropaje de luz. La Escritura también nos habla de Satanás como un león rugiente, buscando a quien devorar. Cristo también es llamado un león, el León de Judá. Él es el redentor, el anti-león y devorador. Ambas imágenes nos hablan de la fuerza.

¿Cómo deberá reaccionar, entonces, el creyente frente a Satanás? Por un lado, Satanás es realmente temible. En 1 Pedro 5:8 se nos dice que “vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”. La respuesta del creyente no debe ser, sin embargo, la del miedo. Satanás puede ser más fuerte que nosotros, pero Cristo es más fuerte que Satanás. La Biblia afirma que “mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Juan 4:4). Satanás es después de todo una criatura. Es finito y limitado. Está limitado en el tiempo y el espacio. No puede estar en más de un lugar al mismo tiempo. Nunca debe ser considerado igual a Dios. Satanás es de un orden superior a los humanos, es un ángel caído. Pero no es divino. Tiene más poder que las criaturas de este mundo pero su poder es infinitamente menor que el poder del Dios todopoderoso.

Resumen

1. Satanás no debe ser comparado a las criaturas mitológicas.
2. Satanás es un ángel caído con poderes sofisticados para engañar, tentar y acusar a las personas.
3. Satanás es una criatura finita sin los poderes y los atributos divinos.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Job 1:6-12

Mateo 4:1-11

Lucas 22:31

2 Tesalonicenses 2:5-10

1 Pedro 5:8-11

Los demonios son seres sobrenaturales que sirven a Satanás. Como Satanás, también fueron ángeles. Se unieron con Satanás en su rebelión y fueron echados del cielo junto con él. Cuando se los menciona en la Escritura, es principalmente con respecto a la posesión demoníaca de los seres humanos.

El apóstol Pablo señala que mientras los dioses idolátricos adorados por los paganos no existen en realidad, los demonios sí existen, instigando y propagando dicha adoración pagana. Quienes participan de dichos ritos paganos en realidad están ofreciendo su adoración a los demonios y están operando bajo las directivas demoníacas.

El Nuevo Testamento nos revela varias características de los demonios. Suelen estar asociados con algún tipo de deficiencia física o mental, como la ceguera o el infligirse daño a sí mismos. Los demonios con frecuencia reconocieron a Cristo como el Santo de Dios. Le temieron y se sujetaron a la autoridad de Jesús. Además, los demonios tenían un conocimiento superior o sobrenatural, una fuerza superior, y la capacidad de predecir el futuro.

La Reforma reaccionó con firmeza contra el exceso de prácticas y supersticiones que rodeaban a los demonios en la Edad Media. Hacia fines del siglo dieciséis, la práctica de exorcizar demonios había sido abolida dentro de la Iglesia Luterana.

Si bien los demonios todavía continúan actuando, el nivel y la severidad de su actividad como están expresadas en el Nuevo Testamento son propias de ese tiempo. Era la “plenitud del tiempo”, la última gran defensa de este mundo contra el Redentor de la humanidad. Satanás, por decirlo de algún modo, tiró la casa por la ventana. Con la resurrección y la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, el reino de Satanás, y sus camaradas los demonios, se vio severamente restringido. Sin embargo, tanto Pablo como Juan le advierten a los creyentes que en los tiempos postreros las actividades de Satanás y sus demonios se habrían de incrementar.

Si tomamos lo que nos dice la Biblia en serio, debemos tomar en serio también al mundo de los demonios. No puede haber una teología bíblica sin su correspondiente demonología.

Aunque los demonios son reales y poderosos, no hay ningún motivo para creer que pudieran llegar a poseer a un cristiano. Podremos ser acosados, tentados, o acusados por los demonios, pero nunca nos podrán controlar. Todos los cristianos tienen al Espíritu Santo morando dentro de sí. Su presencia les garantiza el estar libre de la posesión de los demonios. El Espíritu Santo es más poderoso que cualquier demonio que pueda atacarnos.

Resumen

1. Los demonios son ángeles caídos que están bajo el dominio de Satanás.
2. Los demonios aparecieron con fuerza inusitada cuando Jesús estuvo sobre esta tierra.
3. Los cristianos no pueden ser poseídos por los demonios.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Marcos 1:21-28

Lucas 10:17-20

Lucas 11:14-26

1 Corintios 10:14-24

1 Juan 4:1-6

50

EL PECADO

El pecado puede ser ilustrado como un arquero que dispara una flecha y no da en el blanco. No se trata, por supuesto, de inferir que es un asunto moral el no dar en el blanco en las competencias de tiro al blanco. Lo que ocurre es que la definición bíblica más sencilla para el pecado es “errar el blanco”. En términos bíblicos, el blanco que no se consigue no es un blanco relleno de paja; es el blanco o la “norma” de la ley de Dios. La ley de Dios expresa su propia justicia y es el estándar supremo para nuestro comportamiento. Cuando no damos en el blanco de este estándar, pecamos.

La Biblia nos habla de la universalidad del pecado en términos de no dar en el blanco de la gloria de Dios. “Por cuantos todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Decir que “nadie es perfecto” o que “errar es humano” es reconocer la universalidad del pecado. Todos somos pecadores y todos tenemos necesidad de la redención.

El pecado puede definirse como “el no conformarse o el transgredir cualquier ley de Dios, otorgada como la norma para las criaturas racionales”¹. Hay tres dimensiones cruciales en esta definición. En primer lugar, el pecado es la no conformidad o el no poder cumplir plenamente algo. Constituye el no cumplimiento de la ley de Dios. Un pecado de *omisión* es el fracaso de hacer lo que Dios ordena. Si nos ordena amar al prójimo y no lo amamos, eso es pecado.

En segundo lugar, el pecado es definido como una transgresión a la ley. Transgredir una ley es pasar por alto sus barreras, traspasar sus límites. Por eso es que podemos describir al pecado como “una invasión al derecho de propiedad”. Caminamos por donde no se nos permite caminar. En este caso hablamos de pecados por *comisión*, cuando cometemos acciones prohibidas por Dios. Cuando la ley de Dios se pronuncia en términos negativos, “No harás tal o cual cosa”, y nosotros hacemos lo que no está permitido, pecamos.

En tercer lugar, el pecado es una acción realizada por criaturas que tienen uso de razón. Por ser criaturas creadas a la imagen de Dios, somos agentes morales libres. Porque tenemos una mente y

una voluntad, somos capaces de realizar acciones morales. Pecamos siempre que hacemos algo que sabemos que está mal, y elegimos desobedecer la ley de Dios.

El protestantismo rechaza la diferencia clásica establecida en la teología católica entre los pecados veniales y los pecados mortales. La teología católica clásica define un pecado mortal como un pecado que “mata” la gracia en el alma y requiere renovar la justificación mediante el sacramento de la penitencia. Un pecado venial es un pecado de menor gravedad. No destruye la gracia salvífica.

Juan Calvino declaró que todo pecado contra Dios es un pecado mortal en cuanto *merece* la muerte, pero ningún pecado es mortal en el sentido que destruye nuestra justificación por la fe². El protestantismo afirma que cualquier pecado es grave. Hasta el pecado más pequeño es un acto de rebeldía contra Dios. Todos los pecados constituyen un acto de traición cósmica, un intento fútil por destronar a Dios en su autoridad soberana.

Sin embargo, la Biblia considera a algunos pecados más atroces que otros. Hay grados de maldad del mismo modo que habrá grados de castigo en el tribunal de la justicia de Dios. Jesús reprendió a los Fariseos por haber omitido cumplir con las cuestiones más importantes de la ley, y reconvino a las ciudades de Betsaida y Corazín diciéndoles que su pecado era peor que el de Sodoma y Gomorra (Mateo 11:20-24).

La Biblia también nos advierte sobre la culpa incurrida al pecar múltiples veces. Aunque Santiago nos enseña que pecar contra una parte de la ley es pecar contra toda la ley (Santiago 2:10), cada transgresión particular añade más culpa. Pablo nos previene de no atesorar ira para el día de la ira (Romanos 2:1-11). Cada vez que cometemos un pecado estamos agrandando nuestra culpa y nuestra exposición a la ira de Dios. Sin embargo, la gracia de Dios es mayor que toda nuestra culpa junta.

La Biblia toma al pecado muy en serio porque toma a Dios muy en serio, y también toma en serio a los seres humanos. Cuando pecamos contra Dios, estamos violando su santidad. Cuando pecamos contra nuestro prójimo, estamos violando su humanidad.

Resumen

1. El significado bíblico del pecado es errar el blanco de la justicia de Dios.
2. Todos los seres humanos son pecadores.
3. El pecado comprende el fracaso de no conformarse a algo (de omisión) y la transgresión (de comisión) de la ley de Dios.
4. Solo los agentes morales pueden ser culpables de pecado.
5. El protestantismo rechaza la diferencia entre pecados mortales y veniales, pero afirma que hay pecados más graves que otros.
6. Con cada pecado que se comete se incurre en mayor culpa.
7. El pecado viola a Dios y a las personas.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Romanos 2:1-11
 Romanos 3:10-26
 Romanos 5:12-19
 Santiago 1:12-15
 1 Juan 1:8-10

Es un lugar bastante común escuchar la aseveración de que “la gente es básicamente buena”. Aunque se admite que nadie es perfecto, se minimiza la malicia humana. Sin embargo, si las personas son básicamente buenas, ¿por qué el pecado es tan universal?

Suele decirse que todo el mundo peca debido a la influencia negativa de la sociedad. El problema es encuadrado dentro del entorno social y no dentro de nuestra propia naturaleza. Pero esta explicación sobre la universalidad del pecado no contesta esta pregunta: “¿Cómo fue que la sociedad se tornó corrupta en primer lugar?” Si las personas son buenas e inocentes cuando nacen, cabría esperar que al menos un porcentaje de ellas permaneciesen buenas y sin pecado. Debería ser posible encontrar sociedades no corruptas, donde el entorno haya sido condicionado por la no pecaminosidad en lugar de haber sido condicionado por la pecaminosidad. Y sin embargo, hasta las comunidades más comprometidas-con-la-justicia han tenido que tomar provisiones para tratar con la culpa del pecado.

Como la fruta está universalmente corrupta, buscamos la raíz del problema en el árbol. Jesús nos enseñó que un árbol bueno no puede producir fruta corrupta. La Biblia enseña con total claridad que nuestros padres originales, Adán y Eva, cayeron en el pecado. De ahí en más, todos los seres humanos han nacido con una naturaleza pecaminosa y corrupta. Si la Biblia no enseñara esto explícitamente, de todos modos tendríamos que deducirlo racionalmente debido a la universalidad del pecado.

Sin embargo la caída no es meramente una cuestión de deducción racional. Es un punto en la revelación divina. Se refiere a lo que conocemos como el *pecado original*. El pecado original no se refiere principalmente al *primer* pecado o el pecado original cometido por Adán y Eva. El pecado original se refiere al *resultado* del primer pecado —la corrupción de la raza humana. El pecado original se refiere a la condición caída en la que estamos ya cuando nacemos.

De la Escritura surge claramente que la caída tuvo lugar. La caída fue devastadora. Cómo fue que sucedió es un tema abierto

a la disputa aun entre los pensadores de la Reforma. La Confesión de Westminster, de manera muy similar a la explicación de la Escritura, explica este acontecimiento con sencillez:

Nuestros primeros padres, habiendo sido seducidos por la sutileza y la tentación de Satanás, pecaron, al comer de la fruta prohibida. Dios, de acuerdo con su sabio y santo consejo, permitió este su pecado, habiendo decidido ordenarlo para su propia gloria¹.

Por consiguiente, la caída ocurrió. Los resultados, sin embargo, alcanzaron mucho más que a Adán y Eva. No solo alcanzaron a toda la humanidad, sino que diezmaron a la humanidad. Somos pecadores en Adán. No corresponde preguntarnos: ¿Cuándo se *convierte* una persona en un pecador? Porque la verdad es que los seres humanos nacen en un estado de pecaminosidad. Son vistos por Dios como pecadores, por su solidaridad con Adán.

La Confesión de Westminster nuevamente expresa elegantemente los resultados de la caída, en particular en su relación con los seres humanos:

Por este pecado cayeron de su estado original de justicia y comunión con Dios, y murieron al pecado, completamente corruptos en todas las partes y facultades del alma y del cuerpo. Como eran la raíz de toda la humanidad, la culpa de este pecado, y la misma muerte al pecado, y la naturaleza corrupta se imputó y se transmitió a toda su descendencia postrera por generación ordinaria. A partir de esta corrupción original, por la cual estamos completamente indispuestos, inhabilitados, y contrarios hacia el bien, y completamente inclinados hacia el mal, es que proceden todas las transgresiones presentes².

Esta última frase es crucial. Somos pecadores no porque pequemos, sino que pecamos porque somos pecadores. Por eso es que David se lamenta: “En verdad, soy malo desde que nací; soy pecador desde el seno de mi madre” (Salmo 51:5, La Biblia, Versión Popular).

Resumen

1. La universalidad del pecado no puede ser explicada por factores sociales o del entorno.
2. La universalidad del pecado es explicada por la caída de la humanidad.

3. El *pecado original* no se refiere principalmente al primer pecado, sino al resultado de dicho pecado.
4. Todas las personas nacen con una naturaleza pecaminosa o con un “pecado original”.
5. Todos pecamos porque somos pecadores por naturaleza.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Génesis 3:1-24

Jeremías 17:9

Romanos 3:10-26

Romanos 5:12-19

Tito 1:15

Como mencionamos en el capítulo anterior, un tema común de debate entre los teólogos radica en la cuestión de si los seres humanos son básicamente buenos o básicamente malos. Esta cuestión gira en torno a la palabra *básicamente*. Existe un consenso prácticamente universal de que nadie es perfecto. Todos aceptamos la máxima de que “errar es humano”.

La Biblia nos dice que “todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). A pesar de este veredicto sobre las limitaciones de los humanos, nuestra cultura, dominada por el humanismo, persiste en creer que el pecado es algo periférico o *tangencial a nuestra naturaleza*. No obstante, tenemos fallas por causa del pecado. Nuestros registros morales exhiben manchas. Pero de algún modo pensamos que nuestra maldad reside en la periferia de nuestro carácter, apenas lo roza, y nunca puede penetrar a nuestro centro interior. Se supone, básicamente, que las personas son inherentemente buenas.

Después de haber sido liberado de su cautiverio en Iraq y haber experimentado de primera mano la corrupción de los métodos de Saddam Hussein, uno de los rehenes declaró: “A pesar de todo lo que padecí, nunca perdí mi confianza en la bondad básica de las personas”. Es posible que este punto de vista descansa en parte en una escala variable de relativa bondad o maldad de la gente. Es obvio que algunas personas son más malvadas que otras. Al lado de Saddam Hussein o Adolfo Hitler, cualquier pecador del montón se parece a un santo. Pero si elevamos nuestra mirada hacia el estándar supremo de bondad —el carácter santo de Dios— nos damos cuenta de que lo que se presenta como una bondad en un nivel terrenal es corrupto hasta la cabeza.

La Biblia nos enseña la total depravación de la raza humana. La depravación total significa la corrupción radical. Debemos tener cuidado de observar la diferencia que existe entre la depravación *total* y la depravación *completa*. Ser completamente depravados es ser tan malos como es posible ser. Hitler era extremadamente depravado, pero podría haber sido todavía peor. Yo soy un pecador. Pero podría pecar más a menudo y mis pecados

podrían ser más graves que los que peco en realidad. No hago cosas completamente depravadas, pero sí soy totalmente depravado. La depravación total significa que yo y todos los demás somos depravados o corruptos en todo nuestro ser. No hay ninguna parte de nosotros que no haya sido alcanzada por el pecado. Nuestras mentes, nuestras voluntades, y nuestros cuerpos se han visto afectados por el mal. Hablamos palabras pecaminosas, desarrollamos acciones pecaminosas, tenemos pensamientos impuros. Nuestros propios cuerpos padecen los estragos del pecado.

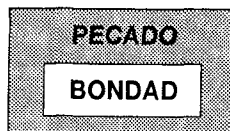
Posiblemente la expresión *corrupción radical* sea más feliz que la expresión “depravación total” para describir nuestra condición caída. Utilizo la palabra *radical* no tanto como sinónimo de “extremo” sino en el sentido de su significado original. La palabra *radical* proviene de la palabra latina que significa “raíz”. Nuestro problema con el pecado es que está radicado en el centro de nuestro ser. Cala en lo profundo de nuestros corazones. Debido a que el pecado está en lo más profundo de nuestro ser y no simplemente en el exterior de nuestras vidas es que la Biblia dice:

No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno (Romanos 3:10-12).

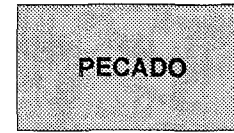
Por causa de esta condición se escucha el veredicto de la Escritura: estamos “muertos en delitos y pecados” (Efesios 2:1); hemos sido “vendidos al pecado” (Romanos 7:14); hemos sido llevados “cautivos a la ley del pecado” (Romanos 7:23) y somos “por naturaleza hijos de ira” (Efesios 2:3). Solamente el poder vivificador del Espíritu Santo puede sacarnos de este estado de muerte espiritual. Es Dios quien nos vuelve a la vida mientras nos convierte en hechura suya (Efesios 2:1-10).

Resumen

1. El humanismo considera que el pecado se encuentra en el borde o la periferia de la vida humana. Considera que los seres humanos son básicamente buenos.



2. El cristianismo bíblico enseña que el pecado cala hasta lo más profundo de nuestras vidas.



3. La depravación total no significa la depravación completa. No somos tan malos como podríamos ser.
4. La corrupción radical subraya la pecaminosidad que alcanza hasta lo más profundo de nuestros corazones.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Jeremías 17:9
 Romanos 8:1-11
 Efesios 2:1-3
 Efesios 4:17-19
 1 Juan 1:8-10

Fue Jimmy Cricket quien dijo: "Deja que tu conciencia sea siempre tu guía". Este es un buen consejo si nuestra conciencia ha sido instruida por la Palabra de Dios y dirigida por ella. Sin embargo, si nuestra conciencia es ignorante de la Escritura o ha sido cauterizada o endurecida por repetidos pecados, la teología de Jimmy Cricket puede ser desastrosa.

La conciencia juega un papel importante en la vida cristiana. Resulta vital, sin embargo, que la comprendamos correctamente.

La conciencia ha sido descrita como una voz interior de Dios que nuestra mente utiliza para acusarnos o excusarnos de los pecados. Incluye dos elementos básicos: (1) una conciencia o realización interna del bien y del mal, y (2) una habilidad mental para aplicar leyes, normas, y preceptos a situaciones concretas.

En Romanos 2:15, Pablo nos enseña que Dios ha escrito su ley sobre el corazón humano. La conciencia humana ha sido instruida por la revelación de la ley de Dios, que Él ha implantado en el corazón humano.

Las personas tienen una responsabilidad moral de seguir lo que su conciencia les dicte. Es pecado actuar en contra de la conciencia de uno. En la Dieta de Worms, Lutero declaró: "Mi conciencia está cautiva de la Palabra de Dios. ... porque hacer algo contra la conciencia no tranquiliza ni estaría bien"¹.

La respuesta de Lutero demuestra dos principios bíblicos importantes. En primer lugar, que la conciencia debe ser instruida o "hecha cautiva" por la Palabra de Dios. La conciencia puede ser mal enseñada o cauterizarse, o apagarse, por los pecados repetidos una vez tras otra. El pecado habitual o la aceptación de la sociedad del pecado nos pueden endurecer tanto que acallemos la voz de la conciencia y pequemos sin ningún remordimiento.

Por otro lado, si nuestra conciencia nos convence de que algo es ilegal o pecaminoso, aunque en realidad no sea pecaminoso, igualmente estaría mal que lo hiciésemos. Hacer lo que consideramos mal, aunque no sea en realidad mal, es pecar. Pablo nos enseña que cualquier cosa que no provenga de fe, es pecado

(Romanos 14:23). En dicha instancia, actuar en contra de la conciencia no nos tranquilizaría ni estaría bien.

Resumen

1. La conciencia es una buena guía únicamente cuando ha sido instruida y dirigida por Dios.
2. La conciencia es una voz moral dentro nuestro que nos acusa o nos excusa de nuestras acciones.
3. Es un pecado actuar en contra de la conciencia.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Lucas 11:39-44

Romanos 2:12-16

Romanos 14:23

Tito 1:15

54

EL PECADO IMPERDONABLE

Muchas personas temen y se preocupan porque en la Biblia hay un pecado que se describe como “imperdonable”. Aunque el evangelio ofrece gratuitamente el perdón a todos los que se arrepienten de sus pecados, hay un límite colocado en el umbral de este crimen. El pecado imperdonable sobre el que advirtió Jesús se identifica con la blasfemia contra el Espíritu Santo. Jesús declaró que este pecado no puede ser perdonado ni en el presente ni en el futuro:

Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero (Mateo 12:31-32).

Ha habido varios intentos por identificar este crimen específico que es imperdonable. Se lo ha asignado a crímenes tan horribles como el homicidio o el adulterio. Sin embargo, si bien estos dos crímenes son pecados horribles contra Dios, la Escritura deja muy en claro que pueden ser perdonados si la persona que los cometió se arrepiente. David, por ejemplo, era culpable de ambos, pero fue restaurado a la gracia.

El pecado imperdonable con frecuencia suele ser identificado con la resistencia total y persistente a creer en Cristo. Como la muerte trae consigo el final de la oportunidad que una persona tiene para arrepentirse de su pecado y confiar en Cristo, la consecuencia de rehusarse a creer trae consigo el fin de la esperanza del perdón.

Si bien la resistencia total y persistente a creer tiene estas consecuencias no explica de manera adecuada la advertencia de Jesús relacionada con la blasfemia contra el Espíritu Santo. La blasfemia es algo que se hace con los labios o con la pluma. Involucra palabras.

Aunque cualquier forma de blasfemia es un ataque grave al carácter de Dios, se la suele considerar perdonable. Cuando Jesús

hace esta advertencia sobre el pecado imperdonable debemos considerarla en el contexto de sus acusadores que estaban afirmando que Él estaba en liga con Satanás. Su advertencia es seria y aterradora. No obstante, sobre la cruz, Jesús oró para que los que habían blasfemado contra Él fuesen perdonados por causa de su ignorancia. “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34).

Pero, sin embargo, si las personas han sido *iluminadas* por el Espíritu Santo hasta el grado de saber que Jesús es verdaderamente el Cristo, y luego lo acusan de ser satánico, han cometido un pecado que no tiene perdón. Los cristianos librados a sus propios recursos son capaces de cometer el pecado imperdonable, pero confiamos en que Dios en su gracia protectora guardará a sus escogidos de cometer dicho pecado. Cuando los cristianos fieles temen haber cometido dicho pecado, esta señal posiblemente ya nos esté indicando que no lo cometieron. Quienes cometan dicho pecado tendrán su corazón tan endurecido y se habrán abandonado tanto a su pecado que no sentirán ningún remordimiento.

Incluso en una cultura pagana y secular como la nuestra, las personas son reacias a blasfemar abiertamente contra Dios y contra Cristo. Aunque el nombre de Cristo es arrastrado por el barro cuando se echan ternos y el evangelio es ridiculizado con chanzas y comentarios irreverentes, la gente evita relacionar a Jesús con Satanás.

Si bien el ocultismo y el satanismo proveen un contexto de peligro inminente para cometer el pecado imperdonable, aunque la blasfemia radical ocurriera ahí, todavía podría ser perdonada porque habría sido cometida en ignorancia por aquellos que todavía no fueron iluminados por el Espíritu Santo.

Resumen

1. La blasfemia contra el Espíritu Santo no debe ser equiparada al homicidio o el adulterio.
2. La blasfemia es un pecado contra Dios que involucra palabras.
3. La advertencia original de Cristo era en contra de atribuirle las obras de Dios el Espíritu Santo a Satanás.
4. Jesús oró pidiendo el perdón de los blasfemos que ignoraban su verdadera identidad.

5. Los cristianos nunca cometerán este pecado por la gracia protectora de Dios.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 12:22-32

Lucas 23:34

1 Juan 5:16

El sincretismo es el proceso por el cual algunos aspectos de una religión son asimilados, o incorporados, a otra religión. Esto lleva a cambios fundamentales en ambas religiones.

En el Antiguo Testamento, Dios estaba profundamente preocupado con las presiones y las tentaciones hacia el sincretismo. Cuando el pueblo de Dios entró en la Tierra Prometida fueron confrontados con religiones paganas. Los dioses cananeos, Baal y Asera, se convirtieron en objetos de la devoción israelita. Más adelante, el pueblo de Dios adoró a los dioses nacionales de Asiria y Babilonia. La ley de Dios le advertía a Israel con claridad que no debía abandonar a Jehová en pos de otros dioses, y que tampoco debía adorar a otros dioses además del verdadero Dios. Los profetas predijeron los juicios venideros que caerían si la gente modificaba su fe para acomodarla a las doctrinas y prácticas extranjeras.

El período del Nuevo Testamento fue típico de un extenso sincretismo. Con la expansión del Imperio Griego, sus dioses se mezclaron con los dioses nativos de las naciones conquistadas. El Imperio Romano también abrigó en su seno a todo tipo de culto y religiones de misterio. El cristianismo no pudo escapar a esto. Los padres de la iglesia no solo propagaron el evangelio sino que lucharon por proteger su integridad. El maniqueísmo (una filosofía dualística que identificaba lo físico con el mal) se introdujo en algunas doctrinas. El docetismo (una enseñanza que negaba que Jesús hubiese tenido un cuerpo físico) ya constituía un problema mientras el Nuevo Testamento estaba en proceso de composición. Muchas formas de neoplatonismo hacían un esfuerzo conciente por combinar elementos de la religión cristiana con la filosofía platónica y con el dualismo oriental. La historia de los credos cristianos es la historia del pueblo de Dios buscando separarse de las artimañas de las religiones y filosofías foráneas.

Este problema todavía existe hoy en día en la iglesia. Las filosofías no cristianas como el marxismo o el existencialismo buscan el poder del cristianismo mientras dejan de lado lo que es singularmente cristiano. El sincretismo continúa siendo una herramienta poderosa para separar a Dios de su pueblo.

Cada generación de cristianos tiene que enfrentarse con la tentación del sincretismo. Si nuestro deseo es “estar al día” o ser contemporáneo en nuestras prácticas y creencias, caeremos en la tentación de ser conformados por los modelos de este mundo. Aceptaremos las prácticas y las ideas paganas e intentaremos “bautizarlas”. Hasta cuando combatimos y nos enfrentamos con las religiones y filosofías extrañas corremos el riesgo de ser influenciados por ellas. Cualquier elemento extraño que se filtre en la fe y la práctica cristiana constituye un elemento que debilita la pureza de la fe.

Resumen

1. El sincretismo es la incorporación o la combinación de religiones o filosofías extrañas.
2. Uno de los problemas constantes de la religión israelita en el Antiguo Testamento fue la intromisión de las religiones paganas.
3. La iglesia del Nuevo Testamento luchó contra la influencia de la religión y la cultura griega y romana.
4. El cristianismo moderno está amenazado por los intentos de combinar el pensamiento cristiano con la religión pagana y la filosofía secular.

Pasajes bíblicos para la reflexión

1 Reyes 16:29-34
1 Corintios 10:14-23
2 Corintios 6:14-18
Gálatas 3:1-14
Colosenses 2:8
1 Juan 5:19-21

Parte VIII

La salvación

En cierta ocasión un hombre joven en Filadelfia me detuvo y me preguntó: “¿Sois salvo?” Mi respuesta fue: “¿Salvo de qué?” Mi respuesta lo tomó por sorpresa. Obviamente no había pensado mucho sobre la pregunta que le estaba formulando a la gente. De lo que no me había salvado era de las personas que me detienen en la calle para acribillarme con la pregunta: “¿Sois salvo?”

La cuestión de ser salvo es la cuestión más importante de la Biblia. El tema de las Sagradas Escrituras es el tema de la salvación. En su concepción en el seno de María, Jesús es anunciado como el Salvador. El Salvador y la salvación van unidos. El papel del Salvador es salvar.

Pero volvemos a preguntarnos: ¿Salvarse de qué? El significado bíblico de la salvación es amplio y diverso. En su forma más sencilla el verbo *salvar* significa “ser rescatado de una situación peligrosa o amenazante”. Cuando Israel se escapó de la derrota de manos de sus enemigos en la batalla, se nos dice que fue salvado. Cuando una persona se recupera de una enfermedad que puso su vida en peligro de muerte, experimenta la salvación. Cuando se evita que una cosecha se pierda por una plaga o una sequía, el resultado es la salvación.

Utilizamos la palabra *salvación* de una manera similar. Decimos que a un boxeador lo “salvó la campana” si el asalto termina antes de que el árbitro acabe de contar. La *salvación* significa el haber sido rescatado de alguna calamidad. Sin embargo, la Biblia también utiliza la palabra *salvación* en un sentido específico para referirse a nuestra redención final del pecado y nuestra reconciliación con Dios. En este sentido, la salvación es la salvación de la mayor calamidad —el juicio de Dios. La salvación suprema ha sido lograda por Cristo que “nos libra de la ira venidera” (1 Tesalonicenses 1:10).

La Biblia anuncia con total claridad que habrá un día de juicio en el que todos los seres humanos deberán rendir cuentas delante del tribunal de Dios. Para muchos este “día del Señor” será un día de oscuridad sin ninguna luz. Será el día en que Dios derrame su ira contra los malvados y los impenitentes. Será el holocausto

final, la hora más oscura, la peor calamidad que haya ocurrido en la historia humana. Ser libre de la ira de Dios, que sin duda se derramará sobre el mundo, es la salvación suprema. Es la operación de rescate que Cristo como el Salvador realiza para su pueblo.

La Biblia utiliza la palabra *salvación* en pocos sentidos, pero en muchos tiempos verbales. El verbo *salvar* aparece prácticamente en todos los tiempos verbales griegos. En un sentido *fuimos* salvados (desde la fundación del mundo); *fuimos siendo* salvados (por la obra de Dios en la historia); *estamos* salvados (por estar en un estado de justificación); *estamos siendo* salvados (al ser santificados o ser hechos santos); y *seremos* salvados (cuando experimentemos la consumación de nuestra redención en el cielo). La Biblia nos habla de la salvación en términos del pasado, del presente y del futuro.

A veces, equiparamos la salvación presente con nuestra justificación, que es presente. Otras veces, consideramos a la justificación como un paso específico dentro del orden o plan de la salvación.

Por último, es importante señalar otro aspecto central del concepto bíblico de la salvación. La salvación es del Señor. La salvación no es un emprendimiento humano. Los seres humanos no se pueden salvar a sí mismos. La salvación es una obra divina; Dios es quien la logra y la aplica. La salvación es *del* Señor y *proviene del* Señor. Es el Señor el que nos libra de la ira del Señor.

Resumen

1. El significado más amplio de *salvación* es “ser rescatados de una situación amenazadora”.
2. La salvación suprema significa ser librados de la peor calamidad, de la ira de Dios.
3. La Biblia utiliza la palabra *salvación* en varios tiempos verbales, para referirse a la obra redentora de Dios en el pasado, en el presente y en el futuro.
4. La *justificación* es a veces utilizada como sinónimo de *salvación*; otras veces, es considerada como un aspecto dentro del esquema de la redención.
5. La salvación es *del* Señor y *proviene del* Señor.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Ezequiel 36:26-27

Sofonías 1

Juan 3:16-17

Romanos 1:16-17

1 Corintios 1:26-31

1 Tesalonicenses 1:6-10

Hay muy pocas doctrinas que despiertan tanta controversia o provocan tanta consternación como la doctrina de la predestinación. Es una doctrina muy difícil que requiere ser tratada con mucho cuidado y esmero. Sin embargo, es una doctrina bíblica y por lo tanto es necesario considerarla. No nos atrevemos a ignorarla.

Prácticamente todas las iglesias cristianas tienen algún tipo de doctrina sobre la predestinación. Es inevitable, porque el concepto aparece claramente en la Sagrada Escritura. Estas iglesias sin embargo están en desacuerdo, a veces en franco desacuerdo sobre su significado. El punto de vista metodista difiere del punto de vista luterano, el que difiere del punto de vista presbiteriano. Aunque todos estos puntos de vista difieren, cada uno está intentando entender este tema difícil.

En su forma más elemental, la predestinación significa que nuestro destino final, el cielo o el infierno, ha sido decidido por Dios no solamente antes de que lleguemos allí, sino antes incluso de haber nacido. Nos enseña que nuestro destino está en las manos de Dios. Para expresar esto de otro modo: desde la eternidad pasada, antes de que existiésemos, Dios decidió salvar a algunos miembros de la raza humana y dejar que el resto de la raza humana perezca. Dios hizo una elección —eligió a algunos individuos para que fuesen salvos y disfrutaran la eterna bendición del cielo y eligió a otros para que sufrieran las consecuencias de sus pecados hasta el tormento eterno en el infierno.

Esta definición es común para muchas iglesias. Pero para llegar al centro de la contienda corresponde preguntarse: ¿Cómo elige Dios? El punto de vista de las iglesias que no provienen de la Reforma, sostenido por la mayoría de los cristianos, es que Dios realiza esta elección en base a su previo conocimiento. Dios elige para la vida eterna a las personas que Él sabe han de elegirlo a Él. Es la noción *presciente* de la predestinación porque descansa sobre el previo conocimiento de Dios sobre las decisiones o actos humanos.

El punto de vista de las Iglesias Reformadas difiere en tanto que considera que la decisión final para la salvación depende de

Dios y no de nosotros. Según esta noción, la elección de Dios es soberana. No descansa sobre las decisiones o las respuestas previstas por Dios. Considera que estas decisiones emanan de la soberana gracia de Dios.

El punto de vista sostenido por las Iglesias Reformadas es que, librada a sí misma, ninguna persona escogería a Dios. Las personas caídas todavía tienen una voluntad libre y son capaces de elegir lo que desean. Pero el problema radica en que no tenemos ningún deseo por Dios y no elegiremos a Cristo hasta que no seamos regenerados. La fe es el don que surge del nuevo nacimiento. Solo los escogidos pueden responder en la fe al evangelio.

Los escogidos se deciden por Cristo, pero solo porque fueron elegidos por Dios en primer lugar. Como en el caso de Jacob y de Esaú, los escogidos son elegidos únicamente en base a la soberana buena voluntad de Dios y no sobre la base de nada que hayan hecho o que hayan de realizar. Pablo nos dice:

Y no sólo esto, sino también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre (pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor... Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. (Romanos 9:10-12, 16)

Un problema polémico con respecto a la predestinación es que Dios no escoge o elige salvar a todos. Se reserva el derecho de tener misericordia sobre quien Él decida tener misericordia. Algunas personas de la caída humanidad reciben la gracia y la misericordia de la elección. Al resto, Dios las pasa por alto dejándolas en su pecado. Los que no han sido escogidos reciben la justicia. Los escogidos reciben la misericordia. Nadie recibe la injusticia. No hay nada que obligue a Dios a ser misericordioso hacia algunos o hacia todos por igual. Es su entera decisión definir cuán misericordioso desea ser. Sin embargo, nunca será culpable de no ser justo con alguien (véase Romanos 9:14-15).

Resumen

1. La predestinación es una doctrina difícil que debe ser tratada con delicadeza.

2. La Biblia nos enseña la doctrina de la predestinación.
3. Muchos cristianos definen la predestinación en función del previo conocimiento de Dios.
4. El punto de vista de la Reforma no considera al previo conocimiento como una explicación de la predestinación bíblica.
5. La predestinación se basa en la elección de Dios, no en la elección de los seres humanos.
6. Las personas no regeneradas no tienen ningún deseo de escoger a Cristo.
7. Dios no escoge a todos. Se reserva el derecho de tener misericordia sobre quien quiera.
8. Dios no trata a nadie injustamente.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Proverbios 16:4

Juan 13:18

Romanos 8:30

Efesios 1:3-14

2 Tesalonicenses 2:13-15

Toda moneda tiene dos caras. También hay otra cara a la doctrina de la elección. La elección se refiere tan solo a uno de los aspectos de la doctrina más amplia de la predestinación. El otro lado de la moneda es la cuestión de la condenación. Dios declaró que amó a Jacob pero que odió a Esaú. ¿Cómo debemos entender esta referencia al odio divino?

La predestinación es doble. La única manera de evitar la doctrina de la doble predestinación sería el afirmar que Dios predestina a todos a ser escogidos o que no predestina a nadie ni a ser escogido ni a ser condenado. Como la Biblia enseña la predestinación con claridad en cuanto a la elección y niega la salvación universal, debemos concluir que la predestinación es doble. Incluye tanto la elección como la condenación. La doble predestinación es inevitable si tomamos a la Escritura en serio. El punto crucial, sin embargo, es ¿cómo debe ser entendida la doble predestinación?

Algunos han entendido a la doble predestinación como una relación de causa y efecto, en la cual Dios es igualmente responsable de que el malvado no crea y de que los escogidos crean. Esta posición sobre la predestinación se conoce como la *positiva-positiva*.

La posición positiva-positiva sobre la predestinación nos enseña que Dios positiva y activamente interviene en las vidas de los escogidos para obrar su gracia en sus corazones y para traerlos a la fe. Del mismo modo, en el caso de los malvados, obra el mal en los corazones de los malvados y activamente les impide que se lleguen a la fe. Esta posición ha sido llamada con frecuencia el “hipercalvinismo” porque va más allá de las posiciones que a este respecto tenían Calvino, Lutero y otros pensadores de la Reforma.

La posición de la Iglesia Reformada sobre la doble predestinación sigue un patrón *positivo-negativo*. En el caso de los escogidos, Dios interviene positiva y activamente para obrar la gracia en sus almas y traerlos a la fe salvadora. Unilateralmente regenera a los escogidos y les asegura su salvación. En el caso de los malvados, no obra el mal en ellos o impide que se acerquen a la

fe. En lugar de hacer esto, los pasa por alto, dejándolos librados a sus propios pecados. Según esta posición la acción divina no es simétrica. La actividad de Dios es asimétrica con respecto a los escogidos y a los malvados. Existe, sin embargo, un plano de igualdad. El malvado, que ha sido pasado por alto por Dios, está finalmente condenado, y su maldición es tan real y cierta como la salvación final de los escogidos.

El problema se vincula a las afirmaciones bíblicas como en el caso de Dios endureciendo el corazón de Faraón. Nadie discute que la Biblia dice que Dios endureció el corazón de Faraón. Pero la pregunta sigue en pie: ¿Cómo endureció Dios el corazón de Faraón? Lutero argumentaba que se trataba de un endurecimiento pasivo y no activo. En otras palabras, Dios no creó ninguna nueva maldad en el corazón de Faraón. Ya existía suficiente maldad en el corazón de Faraón para que este se inclinara a resistir la voluntad de Dios siempre que pudiera. Todo lo que Dios tiene que hacer para que alguien se endurezca es retirar su gracia de dicha persona y dejarla librada a sus propios impulsos hacia el mal. Esto es precisamente lo que Dios hace a quienes están condenados en el infierno. Los abandona a su propia maldad.

¿En que sentido “odió” Dios a Esaú? Hay dos explicaciones propuestas para resolver este problema. La primera de ellas lo explica definiendo al odio no como una pasión negativa dirigida hacia Esaú sino simplemente como la ausencia de amor redentor. Que Dios “amó” a Jacob significa sencillamente que hizo de Jacob el objeto de su gracia inmerecida. Le dio a Jacob un beneficio que Jacob no merecía. Esaú no recibió el mismo beneficio y en dicho sentido fue odiado por Dios.

Esta primera explicación suena un poco rebuscada, parece querer evitar que se pueda decir que Dios puede odiar a alguien. La segunda explicación le da más fuerza a la palabra *odio*. Según esta segunda explicación Dios efectivamente odió a Esaú. Esaú era odioso a la vista de Dios. No había nada en Esaú que Dios pudiera amar. Esaú era un vaso solo digno de ser destruido y merecedor de la ira y el odio santo de Dios. Que el lector decida con cuál explicación se queda.

Resumen

1. La predestinación es doble; tiene dos facetas.

2. Algunos enseñan que Dios es igualmente responsable de la elección y de la condenación. Esto es característico del hiper-calvinismo.
3. La posición sostenida por la Reforma es que la doble predestinación refleja un esquema positivo-negativo.
4. Dios endureció el corazón de Faraón en forma pasiva, no activa.
5. Dios odió a Esaú en el sentido de que no le dio la bendición de la gracia, o en el sentido de aborrecerlo, de considerarlo un objeto digno de ser destruido.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Éxodo 7:1-5

Proverbios 16:4

Romanos 9

Efesios 1:3-6

Judas 1:4

Cuando era un niño mi madre me solía llamar desde la ventana para que viniera a cenar. Por lo general iba la primera vez que me llamaba, pero no siempre. Si me demoraba, me volvía a llamar una segunda vez, por lo general con un tono de voz más elevado. Su primer llamado no siempre era efectivo; no lograba el efecto buscado. Su segundo llamado solía ser efectivo; corría hacia adentro de la casa.

Hay un llamado de Dios que es efectivo. Cuando Dios ordenó la creación del mundo, el universo no titubeó antes de cumplir con dicha orden. El efecto deseado por Dios en la creación se hizo realidad. De mismo modo, cuando Dios llamó a Lázaro de su tumba, Lázaro respondió viniendo a la vida.

Hay también un llamado eficaz de Dios en la vida del creyente. Es un llamado que produce el efecto buscado. Teólogos de la Reforma enseñan que el llamado eficaz está relacionado con el poder de Dios para regenerar al pecador de su muerte espiritual. También suele ser conocido como la “gracia irresistible”.

El llamado eficaz se refiere a un llamado de Dios que por su poder y autoridad soberana produce el efecto, o el resultado, buscado u ordenado. Cuando Pablo nos enseña que aquellos a quienes predestina, los llamó, y aquellos a quienes llamó, justificó, se está refiriendo al llamado eficaz de Dios.

El llamado eficaz de Dios es un llamado interior. Es el trabajo secreto de avivamiento o regeneración logrado en las almas de los escogidos por la obra sobrenatural inmediata del Espíritu Santo. Efectúa u obra el cambio interior en la predisposición, la inclinación, y el deseo del alma. Ninguna persona siente la inclinación de venir a Dios antes de recibir el llamado de Dios eficaz e interior. Y todos los que son eficazmente llamados tienen una predisposición hacia Dios y le responden en la fe. Vemos, entonces, que la fe en sí misma es un regalo de Dios, habiendo sido entregada en el llamado eficaz del Espíritu Santo.

La predicación del evangelio representa el llamado externo de Dios. Este llamado es audible tanto para los escogidos como para los que no han sido escogidos. Los seres humanos tienen la

capacidad de resistir y de rechazar este llamado externo. No responderán en la fe al llamado externo hasta que este llamado externo venga acompañado del llamado interno eficaz del Espíritu Santo. El llamado eficaz es irresistible en el sentido que Dios en su soberanía producirá el efecto deseado. Esta obra soberana de la gracia es resistible en el sentido de que podemos resistirla por causa de nuestra naturaleza caída, y de hecho la resistimos; pero es irresistible en el sentido de que la gracia de Dios prevalece sobre nuestra resistencia natural.

El llamado eficaz se refiere al poder creativo de Dios por medio del cual somos traídos a la vida espiritual. El apóstol Pablo escribe:

Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás (Efesios 2:1-3).

Nosotros que en otro tiempo fuimos hijos de ira, y estábamos espiritualmente muertos nos hemos convertidos en “los llamados” por virtud del poder y la eficacia del llamado interior de Dios. En su gracia, el Espíritu Santo nos ha dado la vista para ver lo que no queríamos ver y el oído para escuchar lo que no queríamos escuchar.

Resumen

1. Los llamados humanos pueden ser eficaces o ineficaces.
2. Dios tiene el poder de llamar eficazmente para que los mundos existan, los muertos resuciten, y las personas pasen de la muerte espiritual a la vida espiritual.
3. Las personas pueden escuchar el llamado externo de Dios en el evangelio y rechazarlo. Pero el llamado interno de Dios es siempre efectivo. Siempre produce el resultado deseado.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Ezequiel 36:26-27 Romanos 8:30 Efesios 1:7-12
2 Tesalonicenses 2:13-14 2 Timoteo 1:8-12

60

EL NUEVO NACIMIENTO

Cuando Jimmy Carter fue elegido presidente de los Estados Unidos de América se definió como “un cristiano nacido de nuevo”. Luego Charles Colson, el hombre que hacía el trabajo sucio para la Casa Blanca de Nixon, escribió un libro que se convirtió en un éxito de librería y que se llamó *Born Again* (“Nacido de nuevo”)¹. En dicho libro, narra su propia experiencia de conversión al cristianismo. Desde que estas dos personalidades popularizaran la expresión *nacido de nuevo*, esta se ha convertido en moneda corriente en el lenguaje moderno.

Describir a alguien como un cristiano nacido de nuevo es, técnicamente, una redundancia. No existe tal cosa como un cristiano no-nacido-de-nuevo. Un cristiano no regenerado (que no ha nacido de nuevo) es una contradicción de términos. Del mismo modo, un no-cristiano nacido-de-nuevo también es una contradicción.

Fue Jesús el primero en declarar que era una necesidad absoluta el nacer de nuevo espiritualmente para entrar en el reino de Dios. Le dijo a Nicodemo: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). Esta oración *condicional* en la enseñanza de Jesús nos está señalando la condición universalmente necesaria para ver y entrar en el reino de Dios. El nuevo nacimiento constituye, por lo tanto, una parte esencial del cristianismo; sin él, la entrada en el reino de Dios es imposible.

La *regeneración* es el término teológico utilizado para describir el nuevo nacimiento. Se refiere a una nueva generación, una nueva génesis, un nuevo comienzo. Es más que “dar vuelta la hoja”; señala el comienzo de una nueva vida en una persona radicalmente renovada. Pedro nos expresa con respecto a los creyentes que “siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23).

La regeneración es la obra del Espíritu Santo sobre aquellas personas que están espiritualmente muertas (véase Efesios 2:1-10). El Espíritu vuelve a crear al corazón humano, resucitándolo de la muerte espiritual a la vida espiritual. Las personas regene-

radas son nuevas creaciones. Donde antes no existía ningún tipo de predisposición, ninguna inclinación o deseo para las cosas de Dios, ahora hay una predisposición y una atracción hacia Dios. En la regeneración, Dios siembra en el corazón humano el deseo hacia Él, deseo que de otro modo no estaría presente.

La regeneración no debe ser confundida con la plena experiencia de la conversión. De la misma manera que el nacimiento es nuestro principio, nuestra primera entrada a la vida fuera del vientre de nuestra madre, así también nuestro nuevo nacimiento espiritual es el punto de partida de nuestra vida espiritual. Tiene lugar por la iniciativa divina de Dios y es un acto soberano, inmediato, e instantáneo. El tomar conciencia de nuestra conversión puede ser un proceso gradual; sin embargo, el nuevo nacimiento es instantáneo. Nadie puede ser parcialmente renacido, como ninguna mujer puede estar parcialmente embarazada.

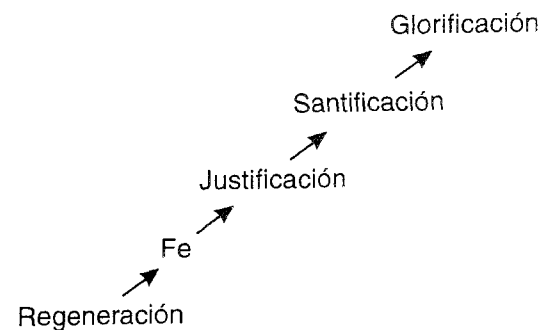
Teólogos de la Reforma enseñan que la regeneración no es el fruto ni el resultado de la fe, sino que la *regeneración precede a la fe* como la condición necesaria para la fe. Tampoco de ningún modo nos predisponemos hacia la regeneración o cooperamos como colaboradores con el Espíritu Santo para que acontezca. No decidimos ni elegimos ser regenerados. Dios elige regenerarnos antes de que nosotros confiemos en Él. Para ser más precisos, *después* de que hemos sido regenerados por la gracia soberana de Dios, entonces sí elegimos a Cristo, actuamos y cooperamos con Él, y creemos en Él. Dios no tiene fe por nosotros. Es nuestra propia fe la que nos justifica. Lo que Dios hace es despertarnos para la vida espiritual, rescatándonos de la oscuridad, el sometimiento y la muerte espiritual. Dios hace que la fe sea posible y actual, despierta la fe dentro nuestro.

Resumen

1. Todos los que son verdaderamente cristianos han nacido de nuevo.
2. Todos los que verdaderamente han nacido de nuevo son cristianos.
3. El nuevo nacimiento es la condición previa necesaria para entrar en el reino de Dios.
4. La regeneración es la obra soberana de gracia del Espíritu Santo.

5. La posición de los teólogos de la Reforma es que la regeneración precede a la fe. Es la iniciativa divina de Dios en la salvación.

EL ORDEN DE LA SALVACIÓN



Pasajes bíblicos para la reflexión

Deuteronomio 30:6
 Ezequiel 36:26-27
 Romanos 8:30
 Tito 3:4-7

El apóstol Pablo declaró que él se había propuesto no saber nada excepto a Cristo y a Cristo crucificado. Esta era la forma que el apóstol tenía para resaltar la importancia extrema que tiene la Cruz en el cristianismo. La doctrina de la expiación es central para cualquier doctrina cristiana. Lutero dijo que el cristianismo era una teología de la Cruz. La figura de la cruz es el símbolo universal del cristianismo. El concepto de expiación se remonta al Antiguo Testamento cuando Dios construyó un sistema por el cual el pueblo de Israel podía expiar sus pecados. Expiar significa reparar, corregir lo que está mal.

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento dejan bien en claro que todos los seres humanos son pecadores. Como nuestros pecados han sido contra un Dios santo e infinito que ni siquiera puede contemplar el pecado, la expiación es necesaria para poder restablecer la comunión con Dios. Como el pecado alcanza hasta nuestras mejores obras, somos incapaces de realizar un sacrificio suficientemente bueno. Incluso nuestros sacrificios estarían manchados y requerirían otro sacrificio adicional para cubrir dicha mancha, *ad infinitum*. No tenemos ningún don que sea lo suficientemente valioso, ninguna obra que sea lo suficientemente justa, para poder expiar nuestros propios pecados. Somos deudores que no podemos pagar nuestras deudas.

Al recibir la ira del Padre sobre la cruz, Cristo fue capaz de realizar la expiación por su pueblo. Cristo llevó, o cargó, el castigo por el pecado de los seres humanos. Él los expió al aceptar el castigo justo que dichos pecados merecían. El pacto del Antiguo Testamento pronunciaba una maldición sobre cualquier persona que quebrantara la ley de Dios. Sobre la cruz, Jesús no solo tomó esa maldición sobre sí mismo, sino que fue “hecho por nosotros maldición” (Gálatas 3:13). Fue desamparado por el Padre y experimentó toda la fuerza del infierno sobre la cruz.

El cristianismo ortodoxo ha insistido en que la expiación conlleva la *sustitución* y la *satisfacción*. Al llevar la maldición de Dios sobre sí mismo, Jesús satisfizo las demandas de la santa

justicia de Dios. Recibió la ira de Dios por nosotros, salvándonos así de la ira venidera (1 Tesalonicenses 1:10).

Hay una frase en la Biblia que resulta clave con relación a la expiación: “en nuestro lugar”. Jesús no murió por sí mismo, sino que murió por nosotros. Fue un sufrimiento vicario; Él fue nuestro sustituto. Tomó nuestro lugar al desempeñar el papel del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Conviene notar que aunque la ira de Dios es real, la expiación que Cristo hizo no significa que el Hijo estuviese obrando en contra de la voluntad del Padre. No implica que Cristo estuviese arrebatando a su pueblo de las manos del Padre. El Hijo no convenció al Padre para que salvara a las personas que el Padre no deseaba salvar. Por el contrario, la salvación de los escogidos era la voluntad del Padre y del Hijo, y juntos trabajaron para que se cumpliese. Como escribió el apóstol Pablo: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Corintios 5:19).

Resumen

1. La expiación implica un pago para reparar una deuda.
2. Los seres humanos no son capaces de expiar sus propios pecados.
3. La perfección de Jesús lo calificó para realizar la expiación.
4. Cristo llevó la maldición del Antiguo Pacto.
5. La expiación de Cristo fue una obra de sustitución y una obra de satisfacción.
6. El Padre y el Hijo trabajaron en armonía para lograr nuestra reconciliación.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Romanos 3:21-28

Romanos 5:17-19

Efesios 1:7

Filipenses 3:8-9

Tito 3:1-7

62

LA EXPIACIÓN DETERMINADA

Las doctrinas que identifican la teología de la Reforma suelen resumirse en un acróstico inglés T-U-L-I-P. Cada una de estas letras significa lo siguiente:

T=Total depravación

U=Elección incondicional

L=Expiación limitada

I=Gracia irresistible

P=Perseverancia de los santos

Si bien este acróstico sirve para aprender de memoria estas doctrinas, también puede crear confusión sobre las mismas doctrinas por la manera en que el acróstico determina su definición. Esto es particularmente cierto en el tercer punto, la expiación limitada. Muchos calvinistas, que se llaman a sí mismo “de los cuatro puntos”, están dispuestos a aceptar todos los puntos excepto el de la expiación limitada. Sacan la *L* del acróstico TULIP.

Yo personalmente prefiero utilizar la expresión expiación *determinada* en lugar de expiación *limitada* (si bien también estaría modificando el acróstico, convirtiéndolo en *tudip*). La doctrina sobre la expiación determinada se centra en la cuestión del *designio* de la expiación de Cristo. Está relacionada con la intención de Dios al enviar a Jesús a la cruz.

Con excepción de un universalista, todos están dispuestos a aceptar que el efecto de la obra de Cristo sobre la cruz está limitado a los que creen. Es decir, la expiación de Cristo no está disponible para los no creyentes. Su muerte no salva a todo el mundo. También todos están de acuerdo con que el mérito de la muerte de Cristo es suficiente para pagar por los pecados de todos los seres humanos. Algunos lo expresan de este modo: la expiación de Cristo es suficiente para todos, pero eficiente solamente para algunos.

Esto, sin embargo, no llega a la raíz de la cuestión sobre la expiación determinada. Quienes niegan la expiación determinada insisten en que el designio de Dios en la obra de expiación de Cristo fue que sirviera para expiar los pecados de todo el mundo. Hizo que la salvación fuese *posible* para todos, pero *no aseguró*

la salvación para nadie. El designio sería por lo tanto ilimitado e indeterminado.

El punto de vista de la Reforma sostiene que el designio y la intención de la expiación de Cristo eran determinados únicamente para los escogidos. Cristo entregó su vida por sus corderos y únicamente por sus corderos. Además, la expiación aseguró la salvación para todos los escogidos. La expiación era una obra de redención *real*, no meramente *potencial*. Según este punto de vista no hay ninguna posibilidad de que el designio y la intención de Dios para la expiación fuesen frustrados. El propósito de Dios en la salvación es seguro.

Los teólogos de la Reforma no concuerdan con respecto a la cuestión del *ofrecimiento* de la expiación a la raza humana. Algunos insisten en que este ofrecimiento del evangelio es universal. La Cruz y sus beneficios son ofrecidos a todos los que creen. Otros insisten en que este concepto de un ofrecimiento universal es confuso y que implica un juego de palabras. Como únicamente los escogidos serán quienes crean, en realidad el ofrecimiento es hecho solo a ellos. Dios nunca ofrece el beneficio de la expiación de Cristo a los impenitentes o a los que no creen. Como el creer y el arrepentimiento son condiciones cumplidas únicamente por los escogidos, en último término la expiación es ofrecida únicamente a ellos.

Juan escribe: “Y él es propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). Este pasaje, más que ningún otro, es la cita utilizada como la prueba de la Escritura en contra de la expiación determinada. A primera vista parece apoyar la idea de que la muerte de Cristo fue intencionada para todos (para todo el mundo). Sin embargo, si la tomamos en este sentido, el texto prueba aun más que los pensadores no vinculados a la Reforma quieren que pruebe. Se convierte en la prueba del universalismo. Si Cristo propició o satisfizo las demandas de Dios para el castigo de los pecados de todos, entonces todos habrían de ser salvados. Si Dios hubiese castigado los pecados que ya habían sido propiciados, entonces Él sería injusto. Si entendemos este texto como queriendo decir que los pecados de todos han sido propiciados condicionalmente (en base a la fe y el arrepentimiento), volvemos al punto de partida original en el que únicamente los escogidos satisfacen estas condiciones.

Otra posibilidad de entender este texto es ver el contraste que existe entre *nuestros* pecados y los de *todo el mundo*. ¿Qué personas están incluidas en la palabra *nuestros*? Si Juan está hablando solo de los creyentes como él, entonces la interpretación previa al texto sería la que correspondería. ¿Pero es este el único significado posible de *nuestros*?

En el Nuevo Testamento se suele hacer un contraste entre la salvación que disfrutaban los judíos y la que disfrutaban los no judíos. Un punto crucial del evangelio es que no está limitado a los judíos sino que ha sido extendido a los pueblos de todo el mundo, a los pueblos de toda tribu y nación. Dios ama a todo el mundo, pero no salva a todo el mundo; salva a personas de todas partes del mundo. De acuerdo a los teólogos de la Reforma, en este texto, Juan simplemente está diciendo que Cristo no es solamente una propiciación por nuestros pecados (ios de los creyentes judíos) sino por los de los escogidos que aparezcan en todo el mundo.

De cualquier modo, el plan de Dios se definió antes de que hubiese nadie en el mundo. La expiación de Cristo no fue algo que se le ocurrió más tarde. El propósito de Dios en la muerte de Cristo fue determinado en la fundación del mundo. El designio no fue mera conjetura, sino que fue de acuerdo a un plan y a un propósito específico, que Dios en su soberanía llevó a cabo. Todos por quienes murió Cristo han sido redimidos por su acto de sacrificio.

Resumen

1. La expiación determinada reemplaza el término *expiación limitada* en el acróstico inglés TULIP.
2. La expiación determinada se refiere al alcance del designio de Dios para la redención y la intención de la Cruz.
3. Todos, con excepción de los universalistas, están de acuerdo con que la expiación de Cristo es suficiente para todos, pero efectiva únicamente para los que creen.
4. La expiación de Cristo fue una propiciación real por el pecado, no una propiciación potencial o condicional.
5. La expiación en un sentido amplio es ofrecida a todos; en un sentido restricto, es solamente ofrecida a los escogidos.

6. La enseñanza de Juan con respecto a que Cristo murió por los pecados de todo el mundo significa que los escogidos no se limitan a Israel sino que pueden encontrarse en todo el mundo.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 1:21

Juan 3:16

Juan 10:27-30

Juan 17:9-12

Hechos 20:28

Romanos 8:30

63

EL LIBRE ALBEDRÍO

En este mismo momento usted está leyendo estas palabras porque ha elegido por su propia y libre voluntad leerlas. Es posible protestar: “¡No! Yo no elegí leerlas. Me obligaron a leerlas. En realidad no quisiera leerlas”. Es posible que ese fuera el caso. Sin embargo, las está leyendo. Es posible que haya otras cosas que prefiriera estar haciendo en este momento, pero ha optado por leer este libro a pesar de ello. Ha decidido leerlo en lugar de no leerlo.

Yo no puedo saber por qué lo está leyendo. Pero sí sé que debe tener sus motivos para leerlo. Si no tuviese ningún motivo para leerlo, simplemente no habría decidido leerlo.

Toda elección que hacemos en la vida, la hacemos por alguna razón. Nuestras decisiones se basan en lo que en determinado momento, y considerando todos los factores, nos parece bien. Algunas cosas las hacemos porque tenemos un deseo muy intenso de realizarlas. Otras cosas las hacemos sin tener ni siquiera la conciencia de desearlas. Sin embargo, el deseo está allí presente; de otro modo, no habríamos elegido realizarlas. En esto consiste la esencia misma de la libre voluntad, o el libre albedrío -el elegir de acuerdo a nuestros deseos.

Jonathan Edwards, en su obra *The Freedom of the Will* (“La Libertad de la Voluntad”), define a la voluntad, o el albedrío, como “aquello con lo que la mente elige”¹. No cabe ninguna duda de que los seres humanos realmente hacen elecciones. Yo elegí escribir, usted eligió leer. Es mi voluntad escribir, y la escritura se pone en acción. Cuando le agregó la idea de libertad, sin embargo, el tema se torna terriblemente complicado. Debemos preguntarnos: ¿Libertad para hacer qué? Hasta el calvinista más ardiente no negaría que la voluntad es libre de elegir *cualquier cosa que desee*. Hasta el arminiano más ardiente estaría de acuerdo con que la voluntad no es libre de elegir lo que no desea.

Con respecto a la salvación, la pregunta entonces se transforma en: ¿Qué es lo que los seres humanos desean? Los arminianos creen que algunas personas desean arrepentirse y ser salvas. Otras desean huir de Dios y cosechar entonces la maldición eterna. Los arminianos nunca dejan en claro por qué las distintas personas

tienen deseos distintos. Los calvinistas sostienen que todos los seres humanos desean huir de Dios hasta el momento en que el Espíritu Santo realiza una obra de regeneración. Dicha regeneración cambia nuestros deseos para que libremente nos arrepintamos y seamos salvos.

Es importante señalar que hasta los no regenerados nunca son forzados a ir en contra de su voluntad. Sus voluntades cambian sin su permiso, pero siempre están libres para elegir según su voluntad. Entonces, somos realmente libres para actuar según nuestra voluntad. No somos libres, sin embargo, para elegir o seleccionar nuestra naturaleza. Uno no puede declarar: “De ahora en más desearé solamente el bien” del mismo modo que Cristo no podría haber declarado: “De ahora en más desearé solamente el mal”. Aquí termina nuestra libertad.

La teología de la Reforma afirma que la caída dejó a la voluntad humana intacta en cuanto todavía tenemos la facultad de elegir. Nuestras mentes han sido oscurecidas por el pecado y nuestros deseos han sido atados por impulsos malvados. Pero todavía podemos pensar, elegir, y actuar. Pero algo terrible nos ha sucedido. Hemos perdido cualquier deseo que pudiésemos tener por Dios. Los pensamientos y los deseos de nuestro corazón son continuamente hacia el mal. Nuestro libre albedrío es una maldición. Como todavía podemos elegir según nuestros deseos, elegimos el pecado y quedamos sujetos al juicio de Dios.

Agustín dijo que aunque todavía tenemos una voluntad libre, hemos perdido nuestra libertad. La libertad real de la que habla la Biblia es la libertad o el poder de elegir a Cristo como nuestro. Pero hasta que el Espíritu Santo no transforme nuestros corazones, no tendremos ningún deseo por Cristo. Sin ese deseo nunca lo elegiremos a Él. Dios debe despertar nuestras almas y darnos el deseo por Cristo antes de que nos sintamos inclinados a elegirlo.

Edwards dijo que como seres humanos caídos retenemos nuestra *libertad natural* (el poder de actuar de acuerdo con nuestros deseos) pero perdemos la *libertad moral*². La libertad moral incluye la predisposición, la inclinación y el deseo del alma hacia la justicia. Esta tendencia hacia la justicia fue lo que se perdió en la caída.

Todas las decisiones que tomo están determinadas por algo. Hay una razón para ellas, un deseo detrás de ellas. Esto puede sonar a determinismo. ¡De ningún modo! El determinismo nos

enseña que nuestras acciones están completamente controladas por algo que nos es externo, que nos hace hacer lo que no queremos hacer. Esto es coerción y es lo opuesto a la libertad.

¿Como es posible que nuestras decisiones sean determinadas pero que no hayan sido coaccionadas? Porque han sido determinadas por algo desde dentro —por lo que somos y por lo que deseamos. Han sido determinadas por *nosotros mismos*. Esto es la *autodeterminación*, que es la esencia propia de la libertad.

Para ser más precisos, para que podamos elegir a Cristo, Dios debe cambiar nuestros corazones. Y eso es precisamente lo que hace. Cambia nuestro corazón. Nos da un deseo por Él, deseo que de otro modo no tendríamos. Luego lo elegimos a raíz del deseo que está dentro nuestro. Lo elegimos libremente a Él porque deseamos elegirlo a Él. En esto consiste la maravilla de su gracia.

Resumen

1. Cualquier elección que hagamos, la hacemos por alguna razón.
2. Siempre elegimos de acuerdo con nuestra inclinación más fuerte en el momento de la decisión.
3. La voluntad es la facultad electiva.
4. Los seres humanos caídos tienen una voluntad libre pero carecen de libertad. Tenemos libertad natural pero no tenemos libertad moral.
5. La libertad consiste en la autodeterminación.
6. En la regeneración, Dios cambia la predisposición de nuestros corazones y siembra en nosotros un deseo hacia Él.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Deuteronomio 30:19-20

Juan 6:44, 65

Juan 8:34-36

Juan 15:5

Romanos 8:5-8

Santiago 1:13-15

Al cristianismo se lo suele llamar una religión. Más apropiado sería llamarlo una “fe”. Solemos hablar de la *fe* cristiana. Se la llama una fe porque consiste en un conjunto de conocimientos que es afirmado o creído por sus adherentes. También se la llama una fe porque la virtud de la fe es central a su entendimiento de la redención.

¿Qué significa la fe? En nuestra cultura suele confundirse con una creencia ciega en algo irrazonable. Llamar a la fe cristiana una “fe ciega”, sin embargo, no es solo rebajar a los cristianos sino que es una afrenta a Dios. Cuando la Biblia habla de ceguera está utilizando esta imagen para las personas que, por su pecado, caminan en la oscuridad. El cristianismo llama a las personas a abandonar la oscuridad, no a venir a la oscuridad. La fe es el antídoto a la ceguera, no la causa de la ceguera.

En su raíz, la palabra *fe* significa “confianza”. Confiar en Dios no es un acto de creencia irracional. Dios nos ha demostrado que es eminentemente digno de confianza. Nos ha dado razones más que suficientes para confiar en Él. Él nos ha probado que es fiel y que es digno de nuestra confianza.

Existe una enorme diferencia entre la fe y la credulidad. Ser crédulo es creer en algo por ninguna razón valedera. La superstición está hecha y prospera en base a la credulidad. La fe, en cambio, se establece sobre un razonamiento coherente y consistente y sobre evidencias empíricamente valederas. Pedro escribe: “Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad” (2 Pedro 1:16).

El cristianismo no descansa sobre mitos y fábulas sino sobre el testimonio de quienes vieron con sus propios ojos y oyeron con sus propios oídos. La verdad del evangelio se basa sobre acontecimientos históricos. Si el relato de estos acontecimientos no es digno de confianza, entonces sin duda que nuestra fe es en vano. Pero Dios no nos pide que creamos en cualquier cosa en base al mito.

El libro de Hebreos nos proporciona una definición de la fe: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). La fe comprende la esencia de nuestra esperanza para el futuro. En términos sencillos, esto significa que confiamos en Dios para el futuro en base a nuestra fe en lo que Él ha logrado en el pasado. Creer que Dios seguirá siendo digno de confianza no es una fe gratuita. Existen múltiples razones para creer que Dios seguirá siendo tan fiel a sus promesas en el futuro como ha sido en el pasado. Existe una razón, una razón sustancial, para la esperanza que tenemos dentro nuestro.

La fe que es la evidencia de las cosas ocultas tiene una referencia primaria, pero no exclusiva, hacia el futuro. Nadie tiene una bola de cristal que funcione. Todos nos encaminamos hacia el futuro por la fe y no por la vista. Podemos hacer planes y proyectos, pero hasta nuestras mejores previsiones estarán basadas sobre conjeturas inteligentes. Nadie de nosotros cuenta con el conocimiento de la experiencia del mañana. Contemplamos el presente y recordamos el pasado. Somos expertos en la percepción tardía de lo sucedido. La única evidencia sólida que tenemos para nuestro futuro surge de las promesas de Dios. Es aquí donde la fe nos ofrece la evidencia para las cosas no vistas. Confiamos en Dios para el mañana.

También confiamos o creemos que Dios existe. Y si bien Dios mismo no puede ser visto, las Escrituras dejan en claro que el Dios invisible se ha hecho manifiesto por las cosas visibles (Romanos 1:20). Aunque Dios no es visible para nosotros, creemos que Él está ahí porque se ha manifestado en la creación y en la historia.

La fe incluye el creer *en* Dios. Sin embargo este tipo de fe no es particularmente loable. Santiago escribe: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan” (Santiago 2:19). El sarcasmo emana de la pluma de Santiago. Creer en la existencia de Dios solo nos califica para ser demonios. Una cosa es creer *en* Dios, y otra cosa es creerle a Dios. Creerle a Dios, confiar en Él para nuestra propia vida, en eso consiste la esencia de la fe cristiana.

Resumen

1. El cristianismo es una fe porque está basado en un conjunto de conocimientos revelados por Dios.

2. La fe no es un salto ciego en la oscuridad, sino una confianza en Dios que nos transfiere de la oscuridad a la luz.
3. La fe es simple, pero no es simplista.
4. La fe no es credulidad. Está basada sobre razones valederas y evidencias históricas.
5. La fe nos proporciona la sustancia para nuestra esperanza futura.
6. La fe implica confiar en lo que no se ve.
7. La fe implica más que creer *en* Dios; significa creerle a Dios.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Romanos 1:16-32

Romanos 5:1-11

Romanos 10:14-17

Gálatas 3:1-14

Efesios 2:8-9

Santiago 2:14-26

Jesús en una ocasión señaló que si no tenemos la fe de un niño no podemos entrar en el reino de los cielos. Una fe como la de un niño es un requisito previo para ser miembro del reino de Dios. Existe una diferencia, sin embargo, entre una fe como la de un niño y una fe infantil. La Biblia nos llama a ser niños en la malicia, pero maduros en nuestro entendimiento. La fe salvífica es simple, pero no es simplista.

Como la Biblia nos enseña que la justificación es por la fe sola, y que la fe es condición necesaria para la salvación, resulta imperativo que entendamos en qué consiste esta fe salvífica. Santiago nos explica claramente en qué no consiste esta fe: “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?” (Santiago 2:14). Santiago está distinguiendo entre la profesión de fe y la realidad de la fe. Cualquiera puede decir que tiene fe. Si bien hemos sido llamados a profesar nuestra fe, la profesión por sí sola no salva a nadie. La Biblia deja bien en claro que las personas son capaces de honrar a Cristo de labios mientras sus corazones están lejos de Él. La fe de los labios para fuera, sin ninguna manifestación del fruto de la fe, no es fe salvífica.

Santiago continúa diciendo: “Así también, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Santiago 2:17). Santiago describe la fe muerta en sí misma como una fe sin ningún provecho. Es fútil y vana y no justifica a nadie.

Cuando Lutero y los demás de la Reforma declararon la justificación solo por la fe, se dieron cuenta que era necesario dar una definición detallada sobre la fe salvífica. Definieron la fe salvífica en función de determinados elementos constituyentes. La fe salvífica está compuesta de la información, el consentimiento intelectual, y la confianza personal.

La fe salvífica implica el contenido. No somos justificados por creer en cualquier cosa. Algunos han dicho: “No importa lo que uno cree, siempre y cuando sea sincero”. Este sentimiento es radicalmente opuesto a la enseñanza de la Biblia. La Biblia nos enseña que lo que creemos es muy importante. La sinceridad por

sí sola no es suficiente para la justificación. Podemos estar sinceramente equivocados. La sana doctrina, al menos en lo que concierne a las verdades fundamentales del evangelio, es un ingrediente necesario de la fe salvífica. Creemos en el evangelio, en la persona y la obra de Cristo. Esto es una parte integral de la fe salvífica. Si nuestra doctrina es herética en los fundamentos, no seremos salvos. Si, por ejemplo, decimos que creemos en Cristo pero negamos su deidad, no poseemos la fe que justifica.

Aunque es necesario tener un correcto entendimiento de las verdades fundamentales del evangelio para poder ser salvos, un entendimiento correcto de ellas no es suficiente para ser salvos. Un estudiante puede sacar las notas máximas en un examen de teología cristiana, entendiendo todas las verdades del cristianismo, sin afirmar personalmente que son verdad. La fe salvífica incluye la afirmación de la mente a la verdad del evangelio.

Pero aun si las personas entienden el evangelio y afirman o confirman su verdad, todavía pueden llegar a no alcanzar la fe salvífica. El diablo sabe que el evangelio es verdad, pero lo odia con todas las fibras de su ser. Hay un elemento de confianza en la fe salvífica. Implica una confianza y una dependencia personal sobre el evangelio. Podemos creer que una silla va a soportar nuestro peso, pero no exhibimos una confianza personal en la silla hasta el momento en que nos sentamos sobre ella.

La confianza comprende la voluntad además de la mente. Tener la fe salvífica requiere que amemos la verdad del evangelio y que deseemos vivirla. Confiamos de corazón en la dulzura y el amor de Cristo.

Considerada técnicamente, la confianza personal podría ser un corolario o una proyección del consentimiento intelectual. El diablo puede aceptar la verdad de ciertos hechos relacionados con Jesús, pero no los acepta a todos. No acepta el amor de Cristo, ni lo anhela. Pero ya sea que diferenciamos o que combinemos la aceptación intelectual y la confianza personal, el hecho sigue en pie de que la fe salvífica requiere lo que Lutero llamó una fe viviente —una confianza vital y personal en Cristo como el Salvador y el Señor.

Resumen

1. La fe salvífica es como la de un niño pero no es infantil.

2. La mera profesión de fe no es suficiente para justificar a una persona.
3. La fe salvífica requiere la aceptación intelectual de la verdad del evangelio.
4. La fe salvífica implica una confianza personal en Cristo y el amor a Cristo.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 18:3

Romanos 10:5-13

Efesios 2:4-10

1 Tesalonicenses 2:13

Santiago 2:14-26

Martín Lutero declaró que la justificación solo por la fe es el artículo sobre el cual la iglesia se apoya o cae. Esta doctrina cardinal de la Reforma Protestante fue vista como el campo de batalla para nada menos que el propio evangelio.

La justificación puede ser definida como el acto por el cual los pecadores injustos son hechos justos a la vista de un Dios justo y santo. La necesidad suprema de las personas injustas es la justicia. Cristo provee esta falta de justicia en lugar del pecador creyente. La justificación solo por la fe significa la justificación únicamente por la justicia o el mérito de Cristo, no por nuestra *bondad o por nuestras buenas obras*.

La cuestión de la justificación se centra en el tema del mérito y la gracia. La justificación por la fe significa que las obras que hacemos no son lo suficientemente buenas para merecer la justificación. Como lo expresó Pablo, “ya que por las obras de la ley, ningún ser humano será justificado delante de él” (Romanos 3:20). La justificación es contable. Es decir, somos declarados, contabilizados o considerados justos cuando Dios nos acredita la justicia de Cristo en nuestra cuenta. La condición necesaria para esto es la fe.

La teología protestante afirma que la fe es la causa instrumental para la justificación porque la fe es el medio por el cual nos apropiamos de los méritos de Cristo. La teología católica enseña que el bautismo es la causa instrumental primaria para la justificación y que el sacramento de la penitencia es la causa secundaria, o restauradora. (La teología católica considera a la penitencia como la segunda tabla salvavidas para la justificación de aquellas personas cuyas almas han encallado —aquellas que han perdido la gracia de la justificación por cometer un pecado mortal.) El sacramento de la penitencia precisa de obras de satisfacción por las cuales los seres humanos logran el mérito apropiado para la justificación. El punto de vista católico afirma que la justificación es por la fe, pero niega que sea únicamente por la fe, agregando las buenas obras como una condición necesaria.

La fe que justifica es una fe viviente, no una profesión hueca de fe. La fe es una confianza personal que acepta únicamente a Cristo para su salvación. La fe salvífica es también una fe que acepta a Cristo como su Salvador y Señor.

La Biblia dice que no podemos ser justificados por nuestras propias buenas obras, sino por lo que la fe nos agrega; vale decir, la justicia de Cristo. En síntesis, algo nuevo es agregado a algo básico. Nuestra justificación es una síntesis porque la justicia de Cristo nos ha sido agregada. Nuestra justificación es por imputación. Dios nos transfiere, por la fe, la justicia de Cristo. Esto no se trata de una “ficción legal” porque Dios nos atribuye el mérito real de Cristo, a quien ahora pertenecemos. Se trata de una imputación real.

Resumen

1. La justificación es un acto de Dios por el cual Él declara justos a los pecadores injustos, después de haberles imputado la justicia de Cristo.
2. Nadie puede acceder a la justificación por sus buenas obras.
3. La fe es la condición necesaria para recibir la imputación de los méritos de Cristo.
4. La justificación requiere una fe viva y real, no la mera profesión de fe.



Pasajes bíblicos para la reflexión

Romanos 3:21-28
Romanos 5:12-19
2 Corintios 5:16-21
Gálatas 2:11-21
Efesios 2:1-10
Filipenses 3:7-11

67

LA FE Y LAS OBRAS

Hay muchas personas que suponen que si tratan de llevar una vida de bien, ya han hecho todo lo que es necesario para entrar en el cielo. Depositán su confianza para satisfacer las demandas de la justicia de Dios sobre las buenas obras que han realizado.

Se trata de una esperanza fútil. La ley de Dios requiere perfección. Como no somos perfectos, carecemos del bien necesario para ingresar al cielo. Por eso es que es imposible alcanzar el bien viviendo una vida de bien. La única manera de alcanzar el bien es confiando en la justicia de Cristo. Su mérito es perfecto y está a disposición nuestra por la fe.

Creer que seamos justificados por nuestras buenas obras independientemente de la fe es aceptar la herejía del legalismo. Creer que seamos justificados por un tipo de fe que no produce obras es aceptar la herejía del antinomianismo.

La relación entre la fe y las buenas obras implica que estas deben ser diferenciadas pero no separadas. Aunque nuestras buenas obras no agregan ningún mérito a nuestra fe delante de Dios, y si bien la condición exclusiva para nuestra justificación es nuestra fe en Cristo; si nuestra profesión de fe no es seguida de buenas obras, esta es una indicación clara de que no poseemos la fe que justifica. La fórmula de la Reforma es que “somos justificados solamente por la fe, pero no por una fe por sí sola”. La verdadera justificación siempre tiene como resultado el proceso de santificación. Si hay justificación, la santificación sucederá inevitablemente. Si la justificación no es sucedida por la santificación, es seguro que la justificación nunca estuvo realmente presente. Esto no significa que la justificación dependa o se apoye en la santificación. La justificación depende de la fe verdadera, la cual a su vez conducirá inevitablemente a obras de obediencia.

Cuando Santiago declara que la fe sin obras es muerta, está afirmando que dicha “fe” no puede justificar a nadie porque no es una fe viva. La fe viviente produce buenas obras, pero estas buenas obras no son la base para nuestra justificación. Únicamente el mérito logrado por Jesucristo puede justificar al pecador.

Se trata de un error muy grave, una forma moderna de la herejía del antinomianismo, el sugerir que una persona puede ser justificada por aceptar a Jesús como el Salvador pero no como el Señor. La fe verdadera acepta a Cristo como Salvador y como Señor. Depender solo de Cristo para la salvación es el reconocer la más completa dependencia de nuestra persona en Él y el arrepentirse de nuestros pecados. Arrepentirse de los pecados es someterse a la autoridad de Cristo. Negar su señorío es buscar la justificación con una fe impenitente, que no representa ninguna fe.

Aunque nuestras buenas obras no nos hacen merecedores de la salvación, son la base sobre la cual Dios nos promete distribuir las recompensas en el cielo. Nuestra entrada al reino de Dios es únicamente por la fe. Nuestra recompensa en el reino será *según* nuestras buenas obras, lo que representa un caso de la coronación gratuita de Dios sobre sus propios dones, como lo observó Agustín.

Resumen

1. Nadie puede ser justificado por buenas obras. Solo podemos ser justificados por la fe en Cristo.
2. La fe y las buenas obras deben ser diferenciadas pero nunca separadas. La verdadera fe siempre producirá obras de obediencia.
3. La justificación es solo por la fe, pero no por una fe por sí sola.
4. La fe que es muerta no puede justificar.
5. Tener fe en Cristo significa confiar en Él como el Salvador y someterse a Él como el Señor.
6. Seremos recompensados en el cielo según nuestras buenas obras, aunque esta recompensa es por la gracia.

Obras ⇒ Justificación.	Falso
Fe+Obras ⇒ Justificación.	Falso
Fe ⇒ Justificación-Obras.	Falso
Fe ⇒ Justificación+Obras.	Verdadero

Pasajes bíblicos para la reflexión

Romanos 3:9-4:8	Filipenses 2:12-13
Santiago 2:18-24	2 Pedro 1:5-11
1 Juan 2:3-6	1 Juan 4:7-11

68

EL ARREPENTIMIENTO

El mensaje principal de Juan el Bautista, que fue el heraldo de Jesús, era “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”. Este llamado al arrepentimiento era una apelación urgente a los pecadores. Nadie que se niegue a arrepentirse puede entrar en el reino de Dios. El arrepentimiento es un requisito previo, una condición necesaria para la salvación.

En la Escritura, el *arrepentimiento* significa “sufrir un cambio de mentalidad”. Este cambio de mentalidad no es un simple cambio de opiniones menores, sino un cambio completo en la dirección de nuestras vidas. Implica un giro radical *del* pecado *a* Cristo.

El arrepentimiento no es la causa de un nuevo nacimiento o regeneración; es el resultado del fruto de la regeneración. Aunque el arrepentimiento comienza con la regeneración, constituye una actitud y una acción que debe ser repetida a lo largo de la vida cristiana. Como continuaremos pecando, se nos llama a arrepentirnos al ser convencidos de pecado por el Espíritu Santo.

Los teólogos distinguen dos tipos de arrepentimiento. El primero es llamado *atrición*. La atrición es un arrepentimiento falso o espurio. Comprende el remordimiento causado por un temor al castigo o la pérdida de una bendición. Cualquier padre ha comprobado la atrición en un hijo cuando lo descubre con las manos en la masa. El niño, temiendo la paliza, grita: “Lo siento, ¡por favor no me pegues!” Estas plegarias junto con algunas lágrimas de cocodrilo no suelen ser signos de un remordimiento genuino por haber actuado mal. Fue el tipo de arrepentimiento que exhibió Esaú (Génesis 27:30-46). Se lamentaba no por haber pecado sino por haber perdido su primogenitura. La atrición, entonces, es el arrepentimiento motivado por un intento de obtener un boleto que nos saque del infierno o de evitar el castigo.

La *contrición*, en cambio, es el arrepentimiento verdadero y piadoso. Es genuino. Comprende un remordimiento profundo por haber ofendido a Dios. La persona contrita confiesa su pecado de manera abierta y completa, sin intentar buscar excusas o justificarlo. Este reconocimiento del pecado viene acompañado de una voluntad por hacer una restitución siempre que sea posible y una

resolución de abandonar el pecado. Este es el espíritu que exhibió David en el Salmo 51. “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí... Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Salmo 51:10, 17).

Cuando le ofrecemos a Dios nuestro arrepentimiento en un espíritu de verdadera contrición, Él nos promete perdonarnos y restaurarnos a la comunión con Él. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

Resumen

1. El arrepentimiento es una condición necesaria para la salvación.
2. El arrepentimiento es el fruto de la regeneración.
3. La atrición es un arrepentimiento falso motivado por el temor.
4. La contrición es un arrepentimiento verdadero motivado por el remordimiento piadoso.
5. El arrepentimiento verdadero conlleva la plena confesión, la restitución, y la resolución de abandonar el pecado.
6. Dios promete el perdón y la restauración a todos los que se arrepienten en verdad.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Ezequiel 18:30-32
Lucas 24:46-47
Hechos 20:17-21
Romanos 2:4
2 Corintios 7:8-12

69

EL MÉRITO Y LA GRACIA

La cuestión del mérito y la gracia está en el corazón del debate histórico entre la teología romana católica y el protestantismo. La declaración principal de la Reforma fue *sola gratia* —la salvación es únicamente por la gracia de Dios. Los creyentes no traen ningún mérito propio delante del juicio de Dios, sino que descansan exclusivamente sobre la misericordia y la gracia de Dios.

El mérito se define como aquello que se gana o se merece. La justicia requiere que el mérito sea otorgado allí donde es merecido. El mérito es algo que una persona merece por su actuación. Si no se recibe el mérito debido, se comete una injusticia.

La teología romana católica habla del mérito de tres maneras. Se refiere al mérito *merecido*, algo que es tan meritorio que impone la obligación de ser recompensado. También habla sobre un mérito *congruente*, en el que si bien no es tan elevado como el mérito merecido, la recompensa de Dios sería “congruente o apropiada”. El mérito congruente se logra al realizar buenas obras en conjunto con el sacramento de la penitencia. Un tercer tipo de mérito es el mérito *supererogatorio*, que es el mérito que trasciende el llamado al deber. Es el mérito en exceso logrado por los santos. Este mérito es depositado en la tesorería del mérito de donde la iglesia puede retirarlo para suplir las cuentas de aquellos que carecen del mérito suficiente para progresar del purgatorio al cielo.

La teología protestante niega y “protesta” contra todos estos tipos de mérito, declarando que el único mérito que tenemos a nuestra disposición es el mérito de Cristo. El mérito de Cristo nos llega por medio de la gracia por la fe. La gracia es el favor *inmerecido* de Dios. Es una acción o disposición de Dios hacia nosotros. La gracia no es una sustancia que puede morar en nuestras almas. Creemos en la gracia, no por una medida cuantitativa de alguna sustancia dentro nuestro, sino por la ayuda misericordiosa del Espíritu Santo que mora en nosotros, actuando en su gracia a favor nuestro y en nosotros. Los medios de la gracia de Dios que nos ayudan en la vida cristiana incluyen la Escritura, los sacramentos, la oración, la comunión, y las enseñanzas de la iglesia.

Resumen

1. Nuestra salvación es *sola gratia*, solo por la gracia.
2. No tenemos ningún mérito propio que obligue a Dios a salvarnos.
3. La teología romana católica distingue entre el mérito *merecido*, el *congruente* y el *supererogatorio*. Estos tres tipos de méritos son rechazados por el protestantismo.
4. La gracia es el favor inmerecido o la misericordia de Dios hacia nosotros.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Juan 15:1-8

Romanos 4:1-8

Romanos 5:1-5

2 Corintios 5:17-19

Efesios 2:8-9

Tito 3:4-7

70

LA PERSEVERANCIA DE LOS SANTOS

La mayoría de nosotros conocemos a personas que han hecho una profesión de fe en Cristo y que hasta posiblemente han realizado un potente despliegue de fe, involucrándose activamente en la vida y el ministerio de la iglesia, para luego repudiar esa fe y abandonarla. Este tipo de experiencia siempre hace que surja la pregunta: ¿Acaso puede una persona que experimentó la salvación perderla? ¿Constituye la apostasía un peligro claro y actual para el creyente?

La Iglesia Romana Católica nos enseña que las personas pueden y de hecho pierden la salvación. Si una persona comete un pecado mortal, dicho pecado mata la gracia de la justificación que habita en su alma. Si muere antes de ser restaurada a un estado de gracia por medio del sacramento de la penitencia, irá al infierno.

Existen muchos protestantes que también creen que es posible perder la salvación. Las advertencias del capítulo 6 de Hebreos y la preocupación de Pablo con respecto a ser “eliminados” (1 Corintios 9:27), así como los ejemplos del Rey Saúl y de otros, han conducido a muchas personas a concluir que las personas pueden caer completa e irreparablemente de la gracia. Por otro lado, la teología de la Reforma enseña la doctrina de la perseverancia de los santos. Esta doctrina también es conocida como “la de la seguridad eterna”. En esencia esta doctrina enseña que si uno tiene la fe salvífica nunca la podrá perder, y si se pierde es que nunca se tuvo. Como escribe Juan: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros (1 Juan 2:19).

Sabemos que es posible para algunas personas enamorarse de determinados elementos del cristianismo sin aceptar a Cristo mismo. Es posible que un joven se sienta atraído por la diversión y el estímulo de un grupo juvenil que tiene un programa interesante. La persona puede “convertirse” al programa sin convertirse a Cristo. Dicha persona puede ser como la ilustrada en la parábola del sembrador:

El sembrador salió a sembrar su semilla; y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, y fue hollada, y las aves del cielo la comieron. Otra parte cayó sobre la piedra; y nacida, se secó, porque no tenía humedad. Otra parte cayó entre espinos, y los espinos que nacieron juntamente con ella, la ahogaron. Y otra parte cayó en buena tierra, y nació y llevó fruto a ciento por uno (Lucas 8:5-8).

Esta parábola puede ser que se refiera a quienes en un principio creyeron, pero luego se apartaron, o puede significar que quienes “creyeron” tenían una fe falsa o espuria, como sostiene la teología de la Reforma. Solamente la semilla que cae en la buena tierra puede dar el fruto de la obediencia. Jesús nos dice que estas personas que escuchan su palabra “son las de corazón bueno y recto” (Lucas 8:15). Su fe procede de un corazón verdaderamente regenerado.

La doctrina de la perseverancia no se basa en nuestra capacidad para perseverar, ni siquiera si somos regenerados, sino que se apoya en la promesa que Dios ha hecho de preservarnos. Pablo, escribiendo a los Filipenses, dice: “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6). Es por gracia y únicamente por gracia que los cristianos perseveran. Dios acabará la obra que comenzó. Se asegurará que sus propósitos en la elección no se vean frustrados.

La cadena de oro de Romanos 8 nos da un testimonio adicional sobre esta esperanza: “Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó” (Romanos 8:30). Y luego continúa para declarar que “ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:39).

Tenemos esta seguridad porque la salvación es del Señor y somos hechura suya. Él le da el Espíritu Santo a todos los creyentes como una promesa que ha de completar lo que comenzó. También ha sellado a cada creyente con el Espíritu Santo. Nos ha marcado con una marca indeleble y nos ha dado su persona como primer depósito, lo que garantiza que cumplirá con la transacción.

La base principal de esta confianza la encontramos en la obra de Cristo como Sumo Sacerdote, que intercede por nosotros. De

la misma manera que Jesús oró por la restauración de Pedro (pero no por la de Judas), así ora por nuestra restauración cuando tropezamos y caemos. Podemos caer durante un período, pero nunca caeremos del todo e irreparablemente. Jesús oró en el aposento alto: “Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera” (Juan 17:12). Solo Judas se perdió, porque era el hijo de perdición desde el principio, y su profesión de fe había sido espuria. Aquellos que verdaderamente son creyentes no pueden ser arrebatados de la mano de Dios (Juan 10:27-30).

Resumen

1. Muchas personas realizan una profesión de fe en Cristo y luego lo repudian.
2. La perseverancia de los santos se basa en las promesas de Dios para preservar a los santos.
3. Dios completará la salvación de los escogidos.
4. La teología de la Reforma enseña que las personas que se apartan de la fe nunca fueron realmente creyentes.
5. Tenemos confianza en nuestra salvación porque hemos sido sellados con el Espíritu Santo. Dios nos ha dado su palabra en el Espíritu Santo para que nuestra salvación se complete.
6. *La intercesión de Cristo es para nuestra preservación.*

Pasajes bíblicos para la reflexión

Juan 6:35-40

Romanos 8:31-39

Filipenses 1:6

2 Timoteo 2:14-19

Hebreos 9:11-15

¿Puede alguien saber con plena certeza si es salvo? Que alguien declare que está seguro de su salvación parece ser un acto de extrema arrogancia. Sin embargo la Biblia nos llama a hacer de nuestra salvación un asunto de certeza. Pedro nos ordena: “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección” (2 Pedro 1:10).

Es nuestro deber buscar con diligencia la certeza de nuestra salvación. No la debemos buscar por vana curiosidad para saber cuál es el estado de nuestra alma, sino para mejorar nuestro crecimiento en la santificación. Los cristianos que permanecen inseguros sobre el estado de su salvación están sujetos a todo tipo de preguntas que paralizan su caminar con Cristo. Tropezan con las dudas y son vulnerables a los ataques de Satanás. Es por eso que debemos buscar tener la certeza de nuestra salvación. Hay cuatro posiciones posibles con respecto a la certeza de la salvación.

Primera posición: Hay personas que no son salvas y que saben que no son salvas. Estas personas saben de la enemistad hacia Dios que tienen en su corazón y no quieren tener nada que ver con Cristo como su Salvador. Son audaces en proclamar que no tienen necesidad de Cristo. Estas personas son por lo general públicamente hostiles al evangelio.

Segunda posición: Hay personas que son salvas pero que no saben que son salvas. Estas personas están en realidad en un estado de gracia pero no tienen la seguridad de la salvación. Es posible que estén luchando con el pecado en sus vidas y que duden de su propia salvación porque les remuerde la conciencia. En este grupo están quienes todavía no tienen la certeza de que están entre los escogidos.

Tercera posición: Hay personas que son salvas y saben que son salvas. Este es el grupo constituido por los que tienen la certeza de su elección y llamado. Tienen un entendimiento claro y cierto de qué es lo que la salvación requiere y han llenado los requisitos. Han creído en el testimonio del Espíritu Santo cuando Él les dio testimonio a sus espíritus de que eran los hijos de Dios (Romanos 8:16).

Cuarta posición: Hay personas que no son salvas pero que creen que son salvas. Estas personas tienen la certeza de la salvación pero no tienen la salvación. Su certeza es una falsa certeza.

Como es posible tener una certeza falsa de la salvación, ¿cómo podemos saber si estamos en la tercera posición o en la cuarta posición? Para responder esta pregunta debemos analizar con más detalle a este cuarto grupo y preguntarnos cómo es posible tener un falso sentido de certeza.

La manera más fácil de tener una falsa certeza de la salvación es tener una falsa doctrina de la salvación. Por ejemplo, si una persona sostiene un punto de vista universalista sobre la salvación pueden seguir el siguiente razonamiento:

Todas las personas son salvas.

Yo soy una persona.

Por lo tanto, yo soy salvo.

Como esta doctrina está en el error, su certeza no tiene ninguna base firme.

Otra manera en que las personas pueden tener una falsa certeza de su salvación es creer que pueden alcanzar el cielo si viven una vida de bien. Quienes piensan que están viviendo una vida suficientemente buena para satisfacer las demandas de un Dios santo se engañan a sí mismas pensando que están salvas.

¿Pero qué sucede si una persona tiene una doctrina cierta de la salvación? ¿Acaso todavía es posible que tenga una certeza falsa? Debemos responder que sí. Una persona puede creer que tiene la fe salvífica cuando en realidad no la tiene. La prueba para la certeza auténtica tiene dos vertientes. Por un lado, debemos examinar nuestros propios corazones y ver si tenemos una fe verdadera en Cristo. Debemos ver si tenemos o no un amor genuino hacia el Cristo bíblico. Porque sabemos que dicho amor sería imposible sin la regeneración.

En segundo lugar, debemos examinar el fruto de nuestra fe. No necesitamos que el fruto sea perfecto para tener esta certeza, pero debe haber algún tipo de evidencia del fruto de la obediencia para que nuestra profesión de fe sea creíble. Si no hay ningún fruto presente, entonces no hay ninguna fe presente. Donde se encuentre la fe salvífica, allí también se encontrará el fruto de dicha fe.

Por último, debemos buscar nuestra certeza en la Palabra de Dios, a través de la cual el Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu de que somos sus hijos.

Resumen

1. Es nuestro deber buscar diligentemente la certeza de la salvación.
2. La certeza de la salvación mejorará nuestra santificación.
3. Hay cuatro grupos o posiciones posibles con respecto a la certeza:
 - (a) Quienes no son salvos y saben que no son salvos.
 - (b) Quienes son salvos pero no tienen la certeza de que son salvos.
 - (c) Quienes son salvos y saben que son salvos.
 - (d) Quienes no son salvos pero creen que son salvos.
4. La falsa certeza se basa principalmente sobre una falsa doctrina de la salvación.
5. Para obtener una certeza auténtica debemos analizar nuestros propios corazones y examinar el fruto de nuestra fe.
6. La plena certeza proviene de la Palabra de Dios unida al testimonio del Espíritu Santo.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 7:21-23

Juan 3:1-21

Romanos 8:15-17

2 Corintios 1:12

1 Juan 2:3-6

1 Juan 5:13

“No está muerta, sino que duerme” (Lucas 8:52). Jesús hizo este comentario hablando sobre la hija de Jairo cuando Él la estaba por levantar de los muertos. Con frecuencia la Biblia se refiere a la muerte a través de la figura del “sueño”. Debido a esta imagen, algunos han llegado a la conclusión de que el Nuevo Testamento enseña la doctrina del sueño del alma.

El sueño del alma suele ser descrito como un tipo de animación suspendida del alma por un tiempo, entre el momento de la muerte personal y el momento en que nuestros cuerpos sean resucitados. Cuando nuestros cuerpos sean resucitados de los muertos, el alma despertará para continuar su conciencia personal en el cielo. Aunque pasen siglos entre la muerte y la resurrección final, el alma “durmiente” no tendrá ninguna conciencia del paso del tiempo. Nuestra transición de la muerte al cielo nos parecerá instantánea.

El sueño del alma representa un alejamiento del cristianismo ortodoxo. Permanece, de todos modos, firmemente enclavado entre una minoría de cristianos. Al punto de vista tradicional se lo conoce como el estado intermedio.

Según este punto de vista, en el momento de la muerte, el alma del creyente se dirige inmediatamente a estar con Cristo para gozar de una existencia personal, conciente y continua, mientras aguarda la resurrección final del cuerpo. Cuando el Credo Apostólico habla de “la resurrección del cuerpo” no se está refiriendo a la resurrección del cuerpo humano de Cristo (la cual también está afirmada en el Credo) sino a la resurrección de nuestros cuerpos en el día final.

¿Pero qué sucede mientras tanto? El punto de vista clásico es que en el momento de la muerte las almas de los creyentes son inmediatamente glorificadas. Son hechas perfectas en santidad y entran inmediatamente en la gloria. Los cuerpos de los creyentes, sin embargo, permanecen en la tumba, aguardando la resurrección final.

Jesús le prometió al ladrón sobre la cruz: “De cierto te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). Quienes res-

paldan el concepto del sueño del alma argumentan que Jesús no pudo haber querido decir que se encontraría con el ladrón en el paraíso ese mismo día porque Jesús permanecería muerto durante tres días, y que además todavía no había ascendido. Aunque la ascensión de Cristo, por supuesto, todavía no había tenido lugar y su cuerpo ciertamente estaba en la tumba, Él le había encomendado su espíritu al Padre. Se nos asegura que en el momento de su muerte, el alma de Jesús fue al paraíso como declaró. Los defensores del sueño del alma arguyen que la mayoría de las ediciones de la Biblia en inglés han colocado la coma en el lugar equivocado. Leen este texto del siguiente modo: “De cierto te digo hoy, estarás conmigo en el paraíso”.

Al realizar este cambio en la posición del signo ortográfico, “hoy” se refiere al momento en que Jesús está hablando y no al momento en que Jesús se encontrará con el ladrón en el paraíso. Esta posición de la coma, sin embargo, es poco probable. Al ladrón le resultaba perfectamente obvio en qué día Jesús estaba conversando con él. No había ninguna necesidad de que Jesús dijera que estaba hablando “hoy”. El que un hombre que se está asfixiando sobre el madero de la cruz malgaste las palabras de este modo resulta poco probable. En cambio, y de acuerdo con el resto de la evidencia bíblica que respalda el estado intermedio (véase en especial Filipenses 1:19-26 y 2 Corintios 5:1-10), la promesa al ladrón es que este se reuniría con Cristo en el paraíso ese mismo día.

El estado del creyente después de la muerte es diferente y mejor al que experimentamos en esta vida, aunque no es tan diferente ni tan bendito como lo será en la resurrección final. En el estado intermedio disfrutamos de la continuidad de la existencia personal en la presencia de Cristo.

El tiempo de prueba de la humanidad culmina con la muerte. Nuestro destino está decidido una vez que morimos. No hay ninguna esperanza de una segunda oportunidad para el arrepentimiento después de la muerte, y no hay ningún purgatorio, un lugar para purgar nuestros pecados, de manera de mejorar nuestra condición futura. La muerte constituye para el creyente la inmediata emancipación del conflicto y las tormentas de esta vida, cuando pasamos a un estado de bendición.

Aunque la muerte trae el descanso al alma y la Biblia frecuentemente se refiere a la muerte utilizando el eufemismo del sueño,

no corresponde suponer que durante el estado intermedio el alma duerma o que permanezcamos inconcientes o en un estado de animación suspendida hasta la resurrección final.

Resumen

1. El sueño del alma corresponde a un período, entre la muerte y la resurrección final, en que el alma se encuentra en un estado de “animación suspendida” inconciente. Es un alejamiento del cristianismo ortodoxo.
2. El estado intermedio se refiere a nuestra presencia conciente con Cristo en el cielo, como almas sin un cuerpo, durante el período entre nuestra muerte y la resurrección de nuestros cuerpos.
3. El estado intermedio es *mejor* que nuestro estado actual pero no tan maravilloso como nuestro estado final.
4. No hay una segunda oportunidad de arrepentimiento después de la muerte.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Lucas 8:49-56

Lucas 23:43

2 Corintios 5:1-10

Filipenses 1:19-26

1 Tesalonicenses 4:13-18

Hay una pregunta que todos los creyentes se hacen y es la pregunta de a qué nos asemejaremos en el cielo. ¿Seremos capaces de reconocer a nuestros seres queridos? ¿Nuestros cuerpos resucitados tendrán las características correspondientes a nuestra edad o las que teníamos en nuestra juventud?

Muchos de estos temas son un misterio para nosotros. La Biblia solamente nos brinda algunas pistas a las respuestas. Sabemos que cualquier forma que asuma nuestro estado resucitado, este será mejor que cualquier idea que tengamos ahora. La Biblia nos dice: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Corintios 2:9). Pablo nos dice que “ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Corintios 13:12).

La Biblia enseña claramente acerca de una resurrección final de los cuerpos de los santos. Se nos dice que la resurrección de Jesús es el primer fruto de aquellos que también han de participar en esta resurrección.

Existe una continuidad entre el cuerpo terrenal que muere y el cuerpo resucitado que se nos dará. Nuestros cuerpos presentes son corruptibles y sin duda que entrarán en descomposición, o de alguna manera serán rotos o fragmentados en la muerte. Sin embargo, del mismo modo que Jesús regresó de la tumba con su cuerpo también transformado, así también nuestros cuerpos presentes serán resucitados y transformados. Un cuerpo puede cambiar de estado sin que su identidad sea destruida.

Cada cuerpo resucitado será completo en cantidad y calidad. No les faltará nada, aunque habrán ganado mucho. Nuestros cuerpos resucitados serán reconocibles. No sabemos todavía cómo Dios en su poder logrará esto, pero sí sabemos que así será.

Nuestros nuevos cuerpos estarán especialmente equipados para la vida eterna en el reino de Dios. Nuestros cuerpos presentes no se adaptan a ella. Cualquier cambio que sea necesario será realizado por el poder de Dios. Sabemos que nuestros cuerpos

resucitados todavía seguirán siendo humanos y finitos. No seremos deificados. Nuestros cuerpos nuevos serán incorruptibles -no podrán sufrir la descomposición, la enfermedad, el dolor ni la muerte. Nuestros cuerpos presentes gozarán de un poder adicional al haber sido elevados en honor, poder y gloria. Nuestros cuerpos serán diseñados para ser como el cuerpo glorificado de Jesús.

El cuerpo nuevo del santo será un cuerpo espiritual y celestial. Estará adaptado para vivir en un orden superior, posiblemente radiante y brillante, como Cristo en ocasión de su transfiguración.

Resumen

1. Nuestro estado futuro en la resurrección del cuerpo está envuelto en el misterio.
2. Habrá una continuidad entre nuestros cuerpos presentes y nuestros cuerpos resucitados.
3. Seremos capaces de reconocernos entre nosotros en el cielo.
4. Nuestros nuevos cuerpos serán adaptados y equipados para la vida en el cielo.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Romanos 8:11

1 Corintios 2:9

1 Corintios 15:1-58

Filipenses 3:20-21

1 Tesalonicenses 4:13-18

LA GLORIFICACIÓN

Recuerdo un momento crucial antes de un partido final por un campeonato de baloncesto en la escuela secundaria, cuando nos abrazamos con mis compañeros de equipo para escuchar las instrucciones de último minuto de nuestro entrenador. Nuestro entrenador, tratando de inspirarnos hacia la victoria, nos dijo: "Muchachos, hemos trabajado mucho para este momento. Ahora salid y ¡cubríos de gloria!" Lo hicimos. Ganamos el campeonato que tanto habíamos ansiado y nos cubrimos de gloria. Pero este tipo de gloria es pasajera. La búsqueda de este tipo de gloria comienza otra vez con la iniciación de cada nueva temporada o cada nuevo campeonato.

Hay una gloria mayor, una gloria permanente y que nos satisface mucho más, que le espera a todos los santos al final de su peregrinación espiritual. En la Biblia se la conoce como la "glorificación". La glorificación es el término utilizado por Pablo en su "cadena de oro" de la redención:

Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó (Romanos 8:29-30).

La doctrina de la glorificación se refiere al momento cuando, en la segunda venida de Cristo, los verdaderos creyentes, tanto los vivos como los muertos, tendrán la redención completa y final de sus cuerpos y alcanzarán su estado final. La salvación de los escogidos se completará. "Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (1 Corintios 15:53). Al final, la muerte, el último enemigo, será sorbida en victoria. El proceso de la santificación habrá llegado a la meta.

La glorificación, entonces, es la gran esperanza del creyente para el futuro. Dios hará que todo esté bien y lo mantendrá de ese modo por toda la eternidad. Pero la glorificación también es un consuelo en el presente. En este mundo caído donde sufrimos el

pecado tanto dentro como fuera de nosotros, es un consuelo saber que Dios está ahora mismo trabajando para purificar a sus santos y preparándolos para su gloria futura. El creyente en cierto sentido ya ha sido glorificado, sellado para la eternidad, para siempre un hijo de Dios.

Resumen

1. La glorificación constituye el punto final de nuestra salvación.
2. La glorificación completará nuestra santificación.
3. La promesa de la glorificación futura nos da consuelo e inspiración para el presente.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Juan 17:13-23

Romanos 8:29-30

1 Corintios 15:50-54

2 Corintios 3:18

Parte VIII

La Iglesia y los sacramentos

Como doce de las personas que fueron discípulos de Cristo posteriormente se convirtieron en sus apóstoles, estas dos palabras, *discípulo* y *apóstol* suelen ser confundidas entre sí. Aunque los términos suelen utilizarse indistintamente, no son exactamente sinónimos. La Biblia define a un discípulo como un “alumno”, alguien que ha entrado a la comunión de la instrucción rabínica de Jesús. Aunque los apóstoles fueron discípulos, no todos los discípulos se convirtieron en apóstoles.

Un apóstol disfrutaba de una función especial en la iglesia del Nuevo Testamento. La palabra *apóstol* significa “alguien que es enviado”. Técnicamente, sin embargo, un apóstol era más que un mensajero. Había sido comisionado con la autoridad para hablar en nombre de Aquel que lo había enviado y para representarlo. El Apóstol principal en el Nuevo Testamento es el mismo Jesús. Él había sido enviado por el Padre y hablaba con la autoridad que le había sido investida por el Padre. Rechazar a Jesús era rechazar al Padre que lo había enviado.

De manera similar, los apóstoles habían sido llamados y comisionados por Cristo y hablaban con su autoridad. Rechazar la autoridad apostólica era rechazar la autoridad de Cristo, que los había enviado.

En el Nuevo Testamento, doce discípulos fueron comisionados como apóstoles. Después de la muerte de Judas, la iglesia llenó esa vacante eligiendo a Matías, como lo registra el libro de los Hechos. A este número Jesús agregó al apóstol Pablo como el apóstol especial para los gentiles. El apostolado de Pablo era un tema algo debatido porque no reunía todos los requisitos para el apostolado, establecidos en los Hechos. El criterio para el apostolado incluía (1) haber sido un discípulo de Jesús durante su ministerio sobre esta tierra, (2) haber sido testigo de su resurrección, y (3) haber sido llamado y comisionado directamente por Cristo. Pablo no había sido discípulo de Cristo, y su visión del Cristo resucitado tuvo lugar después de la ascensión de Jesús. Pablo no había sido un testigo directo de la resurrección de la misma manera que lo habían sido los otros apóstoles. Sin embar-

go, Pablo fue llamado directamente para ejercer esta función por Cristo. Su llamado fue confirmado por los demás apóstoles, sobre cuyo apostolado no cabía la menor duda, y fue autenticado por los milagros que Dios realizó por intermedio de Pablo, dando testimonio de su autoridad como agente apostólico de la revelación.

A fines del primer siglo, los padres postapostólicos reconocieron que su autoridad estaba subordinada a la de los apóstoles originales. En la actualidad, no hay apóstoles oficiales en vida ya que nadie reúne los requisitos bíblicos para esta función ni puede ser confirmado por los apóstoles originales, como lo fue Pablo. La Biblia es la única autoridad apostólica que tenemos en la actualidad.

Resumen

1. Las palabras *discípulo* y *apóstol* no son sinónimos.
Discípulo=alumno
Apóstol=alguien que ha sido enviado con autoridad para hablar en nombre del que lo comisionó
2. Jesús fue “el Apóstol del Padre”.
3. Los requisitos bíblicos para el apostolado consistían en haber sido:
 - (a) un discípulo de Jesús.
 - (b) un testigo de la resurrección de Jesús.
 - (c) llamado directamente por Cristo.
4. El apostolado de Pablo fue singular, y fue necesario que él fuera confirmado por los otros apóstoles.
5. En la actualidad no existen apóstoles en el sentido bíblico.
6. La autoridad apostólica en la actualidad la encontramos en la Biblia.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Romanos 1:1-6
Romanos 11:13
1 Corintios 9:2
1 Corintios 15:9
Hebreos 3:1

76

LA IGLESIA

La iglesia se refiere a todas las personas que pertenecen al Señor, que han sido compradas por la sangre de Cristo. Hay diversas imágenes y expresiones que son también utilizadas para definir o describir a la iglesia. La iglesia es llamada, entre otras cosas, el cuerpo de Cristo, la familia de Dios, el pueblo de Dios, los escogidos, la esposa de Cristo, la compañía de los redimidos, la nueva Israel.

La palabra que utiliza el Nuevo Testamento para iglesia, de donde proviene nuestra palabra *eclesiástico*, significa “aquellos que han sido llamados”. La iglesia puede ser concebida como una asamblea o reunión de los escogidos, aquellos que Dios ha llamado a apartarse de este mundo, del pecado, y los ha llamado a un estado de gracia.

Como la iglesia sobre esta tierra es siempre lo que San Agustín llamó “un cuerpo mezclado”, se hace necesario que diferenciemos entre la iglesia visible y la iglesia invisible. En la iglesia visible (conformada por aquellas personas que han hecho una profesión de fe, han sido bautizadas, y se han hecho miembros de la iglesia institucional), Jesús nos dice que los abrojos van a crecer junto con el trigo. Aunque la iglesia es “santa”, tiene siempre en la actualidad mezclado en su seno elementos no santos. No todos los que honran a Cristo con sus labios lo honran también con su corazón. Como solamente Dios puede leer el corazón humano, los verdaderos escogidos son visibles para Dios, pero en cierta medida nos son invisibles a nosotros. La iglesia invisible es transparente pero completamente visible para Dios. La tarea de los escogidos es hacer que esta iglesia invisible se torne visible.

La iglesia es una, santa, católica, y apostólica. La iglesia es una. Aunque está dividida en denominaciones, los escogidos están unidos por un Señor, una fe, y un bautismo. La iglesia es santa porque ha sido santificada por Dios y el Espíritu Santo mora dentro de ella. La iglesia es católica (la palabra *católica* significa “universal”) porque sus miembros se extienden alrededor de todo el mundo, e incluye en su seno a pueblos de todas las naciones. La iglesia es apostólica porque las enseñanzas de los apóstoles,

como están contenidas en las Sagradas Escrituras, son el fundamento de la iglesia y la autoridad que gobierna la iglesia.

Es el deber y el privilegio de todos los cristianos permanecer unidos a la iglesia de Cristo. Es nuestra solemne responsabilidad no olvidarnos de reunirnos con los santos en la adoración comunitaria, permanecer bajo el cuidado y la disciplina de la iglesia, y trabajar activamente como testigos en la misión de la iglesia.

La iglesia no es tanto una organización como un organismo. Está conformada por partes vivas. Se la llama el cuerpo de Cristo. Del mismo modo que el cuerpo humano está configurado para funcionar como una unidad a través del trabajo cooperativo e interdependiente de sus muchas partes, así también la iglesia es un cuerpo que muestra su unidad y su diversidad. Aunque está gobernada por una “cabeza” —Cristo— el cuerpo tiene muchos miembros, cada uno con los dones y las riquezas que Dios les ha dado para contribuir a la obra de todo el cuerpo.

Resumen

1. La iglesia está compuesta por aquellas personas que pertenecen al Señor.
2. La palabra bíblica para iglesia significa “aquellos que han sido llamados”.
3. La iglesia sobre la tierra es siempre un cuerpo donde están mezclados los cristianos con los no cristianos.
4. La iglesia invisible es visible únicamente a Dios.
5. La iglesia es una, santa, católica y apostólica.
6. La iglesia es un organismo, similar al cuerpo humano.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 13:24-43

1 Corintios 12:12-14

Efesios 2:19-22

Efesios 4:1-6

Colosenses 1:18

Apocalipsis 7:9-10

77

LAS MARCAS DE LA IGLESIA VERDADERA

Como el mundo está lleno de miles de instituciones distintas llamadas iglesias, y como es posible que tanto las instituciones como los individuos se conviertan en apóstatas, es importante que podamos discernir las marcas esenciales de la iglesia visible legítima y verdadera. Ninguna iglesia está libre del error o del pecado. Solo en el cielo la iglesia será perfecta. Pero existe una diferencia significativa entre la corrupción, que afecta a todas las instituciones, y la apostasía. Por lo tanto, para proteger el desarrollo y el cuidado del pueblo de Dios, es importante que definamos las marcas de una iglesia verdadera.

Las marcas de una iglesia verdadera han sido definidas históricamente como: (1) la predicación verdadera de la Palabra de Dios, (2) el uso de los sacramentos de acuerdo con su institución, y (3) la práctica de la disciplina de la iglesia.

(1) *La predicación de la Palabra de Dios.* Aunque las iglesias difieren sobre detalles de teología y en grados de pureza de la doctrina, la iglesia verdadera afirma todo lo que es esencial para la fe cristiana. Del mismo modo, una iglesia es falsa o apóstata cuando oficialmente niega una de las premisas esenciales de la fe cristiana, como la deidad de Cristo, la Trinidad, la justificación por la fe, la expiación, u otras doctrinas esenciales para la salvación. La Reforma, por ejemplo, no fue una simple lucha por menudencias, sino por la doctrina cardinal de la salvación.

(2) *La administración de los sacramentos.* Negar o difamar los sacramentos instituidos por Cristo es falsificar la iglesia. La profanación de la Cena del Señor o el ofrecimiento voluntario de los sacramentos a no cristianos profesantes descalificaría a una iglesia de ser reconocida como una iglesia verdadera.

(3) *La disciplina de la iglesia.* Aunque el ejercicio de la disciplina de la iglesia en ocasiones puede ser equivocado en la dirección de ser demasiado severo o demasiado laxo, puede convertirse en algo tan pervertido que ya deje de ser reconocido como legítimo. Por ejemplo, si una iglesia de manera abierta e impenitente suscribe, practica, o se niega a disciplinar los pecados graves y perversos, no está exhibiendo esta marca de una iglesia verdadera.

Aunque los cristianos deberían estar solemnemente precavidos de no convertirse en cismáticos en su espíritu, o tener espíritu de división o discusión, también deberían estar advertidos de su obligación de apartarse de comuniones falsas o apóstatas. Todas las iglesias verdaderas, en mayor o menor grado, deberán exhibir las verdaderas marcas de una iglesia. La reforma de la iglesia es una tarea que no tiene fin. Cada vez más y más buscamos ser fieles al llamado bíblico de la predicación, los sacramentos y la disciplina de la iglesia.

Resumen

1. Una iglesia verdadera tiene marcas visibles que la diferencian de una iglesia falsa o apóstata.
2. La predicación del evangelio es necesaria para que una iglesia sea legítima.
3. La administración correcta de los sacramentos, sin profanación, es una marca de la iglesia.
4. La disciplina contra la herejía y los pecados graves es una tarea necesaria dentro de la iglesia.
5. La iglesia siempre necesita ser reformada de acuerdo con la Palabra de Dios.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 18:15-17

Romanos 11:13-24

1 Corintios 1:10-31

Efesios 1:22-23

1 Pedro 2:9-10

78

LA EXCOMULGACIÓN

Ser excomulgado de la iglesia de Cristo es algo terrible. Sin embargo hay un solo pecado tan serio que merezca el alejamiento del cuerpo de Cristo. Este pecado es el de la *impenitencia*. Hay múltiples pecados graves que requieren de la disciplina de la iglesia. Sin embargo, como la disciplina de la iglesia es un proceso con varios pasos en donde la excomulgación constituye el último paso, el único pecado que nos puede hacer llegar a dicho extremo es el negarse a arrepentirse del pecado que inició el proceso en primer lugar.

La excomulgación es la medida disciplinaria más extrema de la iglesia. Implica excluir al pecador impenitente de la comunión con los fieles. La doctrina proviene de la enseñanza de Jesús sobre el atar y el desatar (Mateo 16:19; 18:15-20; Juan 20:23). La responsabilidad de disciplinar recayó sobre la iglesia. El pasaje en Mateo 18, sin embargo, enumera tres pasos que deben ser dados antes de la excomulgación. El pecador debe ser corregido en primer lugar en privado. Si dicha instancia fracasara, entonces deberá ser corregido delante de testigos. Esto asegura que el acusador no haya estado equivocado en la primera instancia y evita que se hagan acusaciones difamatorias. En tercer lugar, el pecador deberá ser traído frente a toda la congregación de creyentes. Si esta última instancia fracasara, la iglesia deberá dejar de tener comunión con el ofensor.

Debe notarse que la excomulgación nunca debe ser realizada con un sentido de venganza. Todo el proceso, hasta la excomulgación e incluyéndola, es una forma de disciplina diseñada para que la persona impenitente regrese al redil. Llegado el extremo de la excomulgación, la parte culpable será librada al diablo. La intención no es castigar sino buscar que la parte culpable tome conciencia de su pecado. Juan Calvino sostenía que la disciplina de la iglesia es “la mejor ayuda” para la sana doctrina, el orden y la unidad¹.

La Confesión de Westminster enumera cinco propósitos para la excomulgación:

Las censuras de la iglesia son necesarias, para reclamar y ganar los hermanos que han ofendido, para evitar que otros cometan

ofensas similares, para purgar la levadura que podría infectar toda la masa, para reivindicar el honor de Cristo, y la santa profesión del Evangelio, y para evitar la ira de Dios, que con justicia podría caer sobre la Iglesia, si esta permitiera que su pacto, y los sellos del pacto, fuesen profanados por los ofensores notorios y obstinados².

Esta lista podría posiblemente ser reducida a dos razones principales: la preocupación por el alma del pecador y la preocupación por la salud de la iglesia.

La disciplina de la iglesia ha sido encomendada por Cristo, y es un asunto que requiere de gran prudencia. La iglesia puede equivocarse de dos maneras. Puede convertirse en una iglesia demasiado laxa y no disciplinar adecuadamente a los que hacen de la fe un motivo de escándalo, o puede convertirse en demasiado severa y faltarle la caridad que Dios ordena.

No se debería invocar la disciplina de la iglesia cuando se trata de temas triviales o menores. Las nimiedades pueden convertirse en la ruina del pueblo de Dios. Hemos sido llamados a tener un espíritu de paciencia y de tolerancia unos con otros, del mismo modo que Dios es paciente con nosotros. La Escritura nos llama a tener la clase de amor que “cubre multitud de pecados”.

Resumen

1. La excomunión es el paso final en la disciplina de la iglesia.
2. La impenitencia es el único pecado que resulta en la excomunión.
3. Cristo instituyó el proceso de la disciplina de la iglesia.
4. El propósito de la excomunión es la restauración del ofensor y la protección de la iglesia.
5. La disciplina de la iglesia no debe ser ni laxa ni severa.
6. Los cristianos deben ejercer un amor que es paciente y tolerante.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 7:1-5

1 Corintios 5

1 Corintios 11:27-32

1 Timoteo 1:18-20

1 Timoteo 5:19-20

1 Pedro 4:8

79

LOS SACRAMENTOS

La palabra *sacramento* se utilizó históricamente para referirse a algo que era sagrado. La palabra latina *sacramentum* se utilizó para traducir la palabra del Nuevo Testamento misterio. En un sentido amplio todos los ritos y ceremonias religiosas pueden ser llamados sacramentos. Con el tiempo, la palabra *sacramento* tomó un significado más restricto y preciso, definidos como un *signo visible* por el que Dios ofrece su promesa de gracia de una manera externa. Los signos externos sellan y confirman las promesas del pacto de Dios. Los sacramentos consisten en algún elemento visible como el agua, el pan o el vino; una acción determinada ordenada por Dios en asociación con el signo; y un beneficio redentor brindado al creyente. La Iglesia Romana Católica fijó en siete el número de los sacramentos (en un sentido especial). Son el Bautismo, la Confirmación, la Eucaristía (la Cena del Señor), la Penitencia, el Matrimonio, la Ordenación Sacerdotal, y la Extremaunción.

El protestantismo histórico limita el número de los sacramentos a dos: el Bautismo y la Cena del Señor. Aunque los protestantes reconocen otros ritos como el matrimonio y la ordenación para funciones especiales, no consideran que estos ritos alcancen el nivel de los sacramentos. Los sacramentos se limitan a: (1) las ordenanzas instituidas directamente por Cristo, (2) las ordenanzas que por su propia naturaleza son importantes, (3) las ordenanzas diseñadas para ser perpetuas, y (4) las ordenanzas diseñadas para significar, instruir y sellar a los creyentes que las reciben en la fe.

Los sacramentos son los medios verdaderos de gracia que transmiten las promesas de Dios. Su poder no reside en los propios elementos, sino en Dios, del que son signos. Su poder no depende tampoco del carácter o de la fe de quienes los administran, sino de la integridad de Dios.

Los sacramentos son formas no verbales de comunicación. Nunca fue la intención que se sostuvieran por sí solos sin referencia a la Palabra de Dios. Los sacramentos confirman la Palabra de Dios, de modo que la administración de los sacramentos y la predicación de la Palabra van siempre juntos.

La salvación no proviene por medio de los sacramentos. La salvación es por la fe en Cristo. Sin embargo, ahí donde la fe esté presente, los sacramentos no serán ignorados ni dejados de lado. Forman una parte vital de la adoración a Dios y del desarrollo de la vida cristiana.

Aunque los sacramentos implican el uso de formas externas, no deben ser despreciados como formalismos o rituales vacíos. Si bien pueden corromperse y convertirse en rituales vacíos, no deben ser rechazados. Sin duda que constituyen rituales, pero han sido rituales instituidos por Dios y por lo tanto debemos participar de ellos con gozo y solemnemente.

Resumen

1. Un sacramento es un signo visible de la promesa de gracia de Dios a los creyentes.
2. La Iglesia Católica reconoce siete sacramentos, mientras que los protestantes reconocen dos: el Bautismo y la Cena del Señor.
3. Los sacramentos no transmiten automáticamente las cosas que representan. El contenido de los sacramentos se recibe por la fe.
4. Los sacramentos no son rituales vacíos, sino que fueron instituidos por Cristo.
5. Los sacramentos deben ser vinculados con la predicación de la Palabra.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 28:19-20

Hechos 2:40-47

Romanos 6:1-4

1 Corintios 11:23-34

Gálatas 3:26-29

80

EL BAUTISMO

El bautismo es el signo sacramental de el Nuevo Pacto. Es el símbolo que Dios utiliza para sellar su palabra en los escogidos de que están incluidos en el pacto de la gracia.

El bautismo significa varias cosas. En primera instancia, es un signo del lavamiento y la remisión de los pecados. También significa que hemos sido regenerados por el Espíritu Santo, sepultados y resucitados juntamente con Cristo, que el Espíritu Santo ha venido a morar dentro nuestro, que hemos sido adoptados por la familia de Dios y que hemos sido santificados por el Espíritu Santo.

El bautismo fue instituido por Cristo y debe ser administrado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El signo externo no transmite automáticamente o por medio de magia las realidades que significa. Por ejemplo, aunque el bautismo significa la regeneración, o el nuevo nacimiento, no transmite automáticamente este nuevo nacimiento. El poder del bautismo no está en el agua sino en el poder de Dios.

La realidad a la que este sacramento apunta puede estar presente antes o después de que el signo del bautismo ha sido dado. En el Antiguo Testamento el signo de la alianza era la circuncisión. La circuncisión era, entre otras cosas, un signo de fe. En el caso de los adultos, como fue el caso de Abraham, la fe fue previa al signo de la circuncisión. Con los hijos de los creyentes, sin embargo, el signo de la circuncisión les era dado antes que su posesión de la fe, como fue el caso de Isaac. Del mismo modo, en el Nuevo Pacto, la teología de la Reforma requiere que los adultos convertidos deban ser bautizados después de haber hecho su profesión de fe, mientras que sus hijos reciben el bautismo antes de profesar la fe.

El bautismo significa el lavamiento con agua. El mandamiento a bautizar puede ser cumplido por inmersión, por aspersion o por ablución. La palabra griega *bautizar* incluye cualquiera de estas tres posibilidades.

La validez del bautismo no depende del carácter del ministro que lo administra o del carácter de la persona que lo recibe. El

bautismo es un signo de la promesa de Dios de salvar a todos quienes creen en Cristo. Como es una promesa de Dios, la validez de esta promesa depende del carácter fiel de Dios.

Como el bautismo es el signo de la promesa de Dios, no debe ser administrado a una persona más de una vez. Ser bautizado más de una vez es poner una sombra de duda sobre la integridad y la sinceridad de la promesa de Dios. Sin duda que quienes han sido bautizados dos o más veces no intentan poner en duda la integridad de Dios, pero su acción, si la entendemos correctamente, comunicaría dicha duda. Es el deber de cada uno de los cristianos, sin embargo, ser bautizado. No se trata de un ritual sin ningún contenido, sino de un sacramento instituido por nuestro Señor.

Resumen

1. El bautismo es el signo sacramental del Nuevo Pacto.
2. El bautismo tiene múltiples significados.
3. El bautismo fue instituido por Cristo y debe ser administrado con agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
4. El bautismo no transmite automáticamente el nuevo nacimiento.
5. El bautismo puede ser administrado por inmersión, por aspersión o por ablución.
6. La validez del bautismo depende de la integridad de la promesa de Dios y debería ser administrado a una persona una única vez.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Romanos 4:11-12

Romanos 6:3-4

1 Corintios 12:12-14

Colosenses 2:11-15

Tito 3:3-7

LA CENA DEL SEÑOR

Martín Lutero rechazó la doctrina de la transustanciación sostenida por la Iglesia Romana Católica, según la cual el pan y el vino de la Eucaristía son convertidos realmente en el cuerpo y la sangre de Cristo. Lutero no veía ninguna necesidad para esta doctrina. La posición de Lutero era que la presencia de Cristo no *sustituía* la presencia del pan y el vino sino que era *agregada* al pan y al vino. Lutero sostenía que el cuerpo y la sangre de Cristo de algún modo estaban presentes con, en, y bajo los elementos del pan y el vino. Es costumbre llamar a la posición luterana la *consustanciación* porque la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo está presente *con* (por eso el uso del prefijo *con*) la sustancia del pan y el vino. Los teólogos luteranos, sin embargo, no están satisfechos con la palabra *consustanciación* y protestan que se la entienden en términos muy estrechamente asociados a la doctrina católica de la transustanciación.

Pero resulta claro que Lutero insistió sobre la presencia sustancial y físicamente real de Cristo en la Cena del Señor. Repetidas veces citó las palabras de Jesús cuando instituyó la Cena, “Este es mi cuerpo”, como prueba. Lutero no quería permitir que el verbo *es* fuese tomado en un sentido figurado o representativo. Lutero también adoptó la doctrina de la comunicación de los atributos por la cual los atributos divinos de la omnipresencia eran comunicados a la naturaleza humana de Jesús, haciendo posible que su cuerpo y su sangre estuviesen presentes en más de un lugar al mismo tiempo.

Zuinglio y otros argumentaron que las palabras de Jesús, “Este es mi cuerpo” realmente significaban “Esto *representa* mi cuerpo”. Jesús con frecuencia utilizó el verbo *ser* con este sentido figurado. Dijo: “Yo soy la puerta”, “Yo soy la vid verdadera”, etc. Zuinglio y otros argumentaron que el cuerpo de Cristo no está presente en su sustancia real en la Cena del Señor. La cena es solo una conmemoración, y la presencia de Cristo no es distinta a su presencia normal por medio del Espíritu Santo.

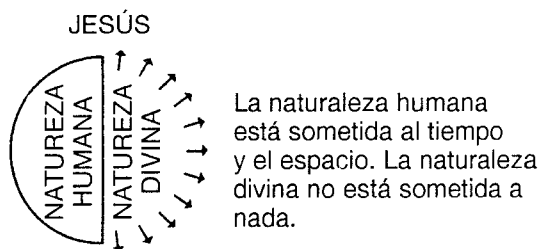
Juan Calvino, por otro lado, cuando debatía con Roma y con Lutero, negaba la presencia “sustancial” de Cristo en la Cena del

Señor. Sin embargo, cuando debatía con los anabaptistas, que reducían la Cena del Señor a una mera conmemoración, insistía en la presencia “sustancial” de Cristo.

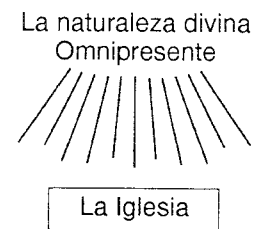
Superficialmente parecería ser que Calvino estaba atrapado en una contradicción flagrante. Sin embargo, si nos detenemos en los detalles, vemos que Calvino utilizó el término *sustancial* de dos maneras diferentes. Cuando se dirigía a los católicos y a los luteranos, utilizaba el término *sustancial* para significar “físico”. Negaba la presencia física de Cristo en la Cena del Señor. Cuando se dirigía a los anabaptistas, insistía en el término *sustancial* en el sentido de “real”. Calvino de ese modo estaba argumentando que Cristo estaba presente de manera *verdadera y real* en la Cena del Señor, aunque no en un sentido físico.

Como Calvino rechazó la idea de la comunicación de atributos de la naturaleza divina a la naturaleza humana, fue acusado de *separar o dividir* las dos naturalezas de Cristo y de cometer la herejía nestoriana, que había sido condenada por el Concilio de Calcedonia en el año 451 d.C. Calvino respondió que él no estaba separando ambas naturalezas sino que las estaba *distinguiendo* entre sí.

La naturaleza de Jesús está localizada en el presente en el cielo. Permanece en perfecta unión con su naturaleza divina. Aunque la naturaleza humana está contenida en un lugar, la *persona* de Cristo no está contenida del mismo modo porque su naturaleza humana todavía tiene el poder de la omnipresencia. Jesús dijo: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20). A pesar de sus limitaciones, y del riesgo de ser malentendidos, a continuación damos una ilustración de lo que estamos diciendo.



La naturaleza humana en el cielo



Calvino enseñó que aunque el cuerpo y la sangre de Cristo permanecen en el cielo, espiritualmente nos son “hechos presentes” por la naturaleza divina y omnipresente de Jesús¹. Dondequiera que esté presente la naturaleza divina de Cristo, Él está verdaderamente presente. Esto es consistente con la propia enseñanza de Jesús que “se iba” pero que sin embargo nos continuaría acompañando. Cuando nos encontramos con Él en la Cena del Señor, tenemos comunión con Él. Al encontrarnos en su presencia divina, somos traídos a su presencia humana místicamente, porque su naturaleza divina nunca se separa de su naturaleza humana. La naturaleza divina nos guía al Cristo ascendido, y en la Cena del Señor tenemos un atisbo de lo que es el cielo.

Resumen

1. Lutero enseñó que el cuerpo y la sangre de Cristo eran agregados con, en, y debajo de los elementos del pan y del vino.
2. Zuinglio enseñó que la Cena del Señor era una conmemoración.
3. Calvino negó la presencia física de Cristo en la Cena del Señor, pero afirmó la presencia real de Cristo.
4. La naturaleza humana de Cristo está localizada en el cielo; su naturaleza divina es omnipresente.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 26:26-29

1 Corintios 10:13-17

1 Corintios 11:23-34

No hay un momento más solemne o sagrado en la vida de la iglesia que la celebración de la Cena del Señor. Se la llama también la Eucaristía porque durante esta comida tiene lugar un encuentro especial entre Jesús y su pueblo. En ese momento Jesús está presente con nosotros de una manera singular.

La pregunta es: ¿Cómo puede Cristo estar presente con nosotros en la Cena del Señor? Esta pregunta ha sido motivo de controversia sin fin entre los cristianos. No solo ha sido una cuestión de contienda entre el protestantismo y el catolicismo romano, sino que también ha sido una arena de conflicto que los líderes de la Reforma —Lutero, Calvino, y Zuinglio— no pudieron resolver entre ellos.

La Iglesia Romana Católica enseña la doctrina de la transustanciación. La *transustanciación* significa que durante la misa tiene lugar un milagro por el cual la sustancia de los elementos ordinarios del pan y del vino se convierte en la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo. Para los sentidos humanos, el pan y el vino no exhiben ningún cambio perceptible. Pero los católicos creen que aunque los elementos todavía se asemejan al pan y al vino, que saben como el pan y el vino, que huelen como el pan y el vino, etc., se convierten realmente en la carne y la sangre de Cristo.

Para entender este milagro se requiere que conozcamos algo sobre la filosofía de Aristóteles. Aristóteles enseñó, para expresarlo en términos sencillos, que cada objeto (entidad) se compone de *sustancia* y *accidentes*. La *sustancia* es la esencia más profunda, “la materia prima” de algo. Los *accidentes* se refieren a la *apariencia* exterior, externa, o superficial de un objeto. Se refieren a las cualidades de un objeto que vemos, sentimos, olemos y saboreamos.

Para Aristóteles había siempre una relación inseparable entre un objeto y sus accidentes. Un olmo, por ejemplo, tiene siempre la sustancia y los accidentes de ser un olmo. Para que algo tuviera la sustancia de una cosa y los accidentes de otra cosa sería necesario un milagro.



Sustancia = Esencia
 Accidentes = Cualidades
 externas
 perceptibles

Este es el milagro de la transustanciación. Los elementos del pan y del vino se convierten en la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo. Mientras tanto, los accidentes del pan y del vino permanecen. Por lo tanto, en la misa tenemos la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo sin los accidentes del cuerpo y la sangre, y los accidentes del pan y del vino sin la sustancia del pan y del vino.

Antes que el milagro tenga lugar, tenemos la sustancia y los accidentes del pan y del vino.



Pan y Vino = Sustancia y
 accidentes

Después que el milagro tuvo lugar, tenemos la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo sin los accidentes del pan y del vino.

De mayor importancia que la controversia que rodea la transustanciación está la cuestión sobre la naturaleza humana de Jesús. El cuerpo y la sangre pertenecen a la humanidad de Jesús y no a su deidad. Como la misa se celebra en distintas partes del mundo al mismo tiempo, la cuestión es, ¿Cómo puede la naturaleza humana de Jesús (el cuerpo y la sangre) estar en más de un lugar al mismo tiempo? La potestad de ser omnipresente, de estar igualmente presente en todos lados, es un atributo de la deidad, no de la humanidad. Para que fuera posible que la naturaleza hu-



Sustancia = Cuerpo y
 Sangre de
 Cristo
 Accidentes = Pano y
 vino

mana de Jesús se extendiese por todo el mundo se requeriría la deificación de la naturaleza humana. Tanto Lutero como la Iglesia Romana Católica enseñaron que la naturaleza divina de Cristo (que tiene los atributos de la omnipresencia) comunica este poder a la naturaleza humana para que la naturaleza humana, aunque normalmente localizada, pueda estar presente en más de un lugar al mismo tiempo.

Pero para Calvino y para otros, esta idea de la comunicación de los atributos divinos a la naturaleza humana era considerada una violación del Concilio de Calcedonia (451 d.C), que había afirmado que las dos naturalezas de Cristo, su humanidad y su divinidad, estaban unidas de manera de ser sin confusión, sin mutación, sin división y sin separación, *cada naturaleza conservando sus propios atributos*. Entonces, para Calvino como para la mayoría de los pensadores de la Reforma, la transustanciación manifestaba una forma de herejía.

Resumen

1. La *transustanciación* significa que, durante la misa, el pan y el vino se transforman milagrosamente en el cuerpo y la sangre de Cristo, mientras que se aparecen a los sentidos como pan y vino.
2. La *sustancia* se refiere a la esencia de una cosa, mientras que los *accidentes* se refieren a las cualidades externas perceptibles.
3. La transustanciación requiere que se faculte a la naturaleza humana de Cristo con el poder de los atributos divinos, para que su cuerpo y su sangre puedan estar en más de un lugar al mismo tiempo.

4. Calvino rechazó la transustanciación como una violación del Concilio de Calcedonia.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Marcos 14:22-25

1 Corintios 11:23-26

83

EL DÍA DE REPOSO

La santidad del día de reposo fue instituida en la creación. Después de su obra creativa de seis días, Dios descansó en el séptimo día y lo sacralizó. Al sacralizarlo, Dios estaba apartando al séptimo día. Lo consagró como santo. El guardar correctamente el día de reposo fue uno de los Diez Mandamientos dados en el monte Sinaí. Es importante recordar que su institución constituía una parte integral del pacto de la creación. En el Antiguo Testamento, la violación del día de reposo representaba una ofensa capital.

La palabra traducida como el *día de reposo* significa “séptimo”. Por eso es que algunas personas insisten en que el sábado es el único día apropiado para celebrar el día de reposo, y que es ilegítimo observarlo en domingo. Sin embargo, el cristianismo histórico siempre ha observado el día domingo como el día de reposo porque en el Nuevo Testamento es “el día del Señor”, el día en que Cristo resucitó. El principio del día de reposo, uno en siete, permanece intacto. El día de reposo semanal tiene un efecto perpetuo desde la creación y fue guardado por los apóstoles.

La pregunta sobre la manera adecuada de guardar el día de reposo continúa siendo tema de debate entre los teólogos. La mayoría está de acuerdo con que el día de reposo incluye un mandato a descansar de todo lo que no sea el comercio o las tareas imprescindibles. El día de reposo es también el tiempo para la adoración comunitaria y para la dedicación especial al estudio de la Palabra de Dios. Es un momento especial para regocijarnos en la resurrección de Cristo y en la esperanza de nuestro reposo sabático en el cielo.

El desacuerdo se centra alrededor del papel de la función de recreación y las obras de misericordia. Algunos consideran a la función de recreación como una violación terrenal del día de reposo, mientras que otros insisten en que es una parte importante en el descanso y la renovación del cuerpo. La Biblia en ningún lugar explícitamente promueve o prohíbe la función de recreación en el día de reposo, aunque el significado implícito de *placer* en Isaías 58:13 podría sugerir que está prohibido.

Un debate menos estridente se centra en la cuestión de las

obras de misericordia. Muchos apelan al ejemplo de Jesús del ministerio especial en el día de reposo como un mandamiento implícito para los cristianos para que en el día de reposo se comprometan activamente en obras de misericordia, como el visitar a los enfermos. Otros contienden que el ejemplo de Jesús prueba que es legítimo y bueno comprometerse de esa manera, pero que lo que está permitido no necesariamente está requerido. (Que dichas obras de misericordia no están limitadas al día de reposo es obvio).

Resumen

1. El día de reposo fue instituido en la creación y todavía está vigente.
2. El *día de reposo* significa “séptimo”. Se refiere a un ciclo de un día en siete días.
3. La iglesia primitiva celebró el día de reposo en el día del Señor, trasladando el día de reposo del sábado al domingo (el primer día de la semana).
4. El día de reposo requiere el cese del trabajo regular (excepto los trabajos imprescindibles) y la asamblea de los santos en la adoración comunitaria.
5. Hay desacuerdo en cuanto a si está bien realizar la función de recreación y sobre la necesidad de obras de misericordia en el día de reposo.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Génesis 2:1-3
Éxodo 20:8-11
Isaías 58:13-14
Mateo 12:1-14
Hechos 20:7
1 Corintios 16:1-2
Apocalipsis 1:10

84

LOS JURAMENTOS Y LOS VOTOS

Siendo niño recuerdo haber oído la fábula sobre George Washington y el cerezo. Cuando el pequeño George se enfrentó a su padre angustiado por la destrucción antojadiza de un cerezo, el pequeño dijo: “No sé decir una mentira; yo corté al árbol”.

Me llevó años darme cuenta que la confesión de Washington era en realidad una mentira. Decir “no sé decir una mentira” ya es mentir sobre la capacidad que uno tiene para mentir. Hay muchas cosas que George Washington no podía hacer: no podía volar; no podía estar en más de un lugar al mismo tiempo, etc. Pero sin duda que George Washington podía decir una mentira. Era un hombre. Todos los seres humanos son capaces de mentir. La Escritura nos dice que “todo hombre es mentiroso” (Salmo 116:11). Esto no significa que todos mientan todo el tiempo. También tenemos la capacidad de decir la verdad. El problema surge cuando se nos pide que confiemos en la palabra de alguien, y no podemos saber con certeza si nos está diciendo la verdad.

Para resaltar la importancia de la verdad al hacer promesas y dar testimonios importantes, recurrimos a los juramentos y los votos. Antes de testificar en un juicio, el testigo debe prestar juramento. Él o ella prometen “decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad. Que así me ayude Dios”.

En el juramento, se apela a Dios y solo a Dios como el testigo supremo de la aseveración. Dios es el guardián de los votos, los juramentos y las promesas. Él es la fuente de toda verdad y es incapaz de mentir. Lo que era falso en el caso de George Washington, es verdadero en el caso de Dios. Dios no puede mentir (Tito 1:2; Hebreos 6:17-18). Dios tampoco soporta a los mentirosos. Nos advierte sobre el riesgo de prometer con ligereza o con falsedad: “Cumple lo que prometes. Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas” (Eclesiastés 5:4-5). Los Diez Mandamientos incluyen una ley contra el dar falso testimonio (Éxodo 20:16).

Como nuestra entera relación con Dios se basa en las promesas de la alianza, Dios consagra el tema de los votos, los juramentos y las promesas. Para el bienestar de la sociedad es necesario

que se establezca la confianza en cualquier relación humana (como el matrimonio y los acuerdos comerciales). Un juramento legítimo es parte de la adoración por la cual las personas, buscando asegurar la veracidad de lo que dicen, buscan el respaldo de Dios como testigo de lo que afirman y prometen. Lo que esto implica es que si quienes prestan juramento luego mienten, Dios los castigará de manera rápida y severa.

La iglesia cristiana siempre ha afirmado el valor de los juramentos y los votos. Los ministros de Westminster enumeraron las siguientes limitaciones y estipulaciones escriturales:

Los hombres solo deben jurar por el nombre de Dios, y por lo tanto deben hacerlo con todo santo temor y reverencia. Por lo tanto, el jurar en vano o con ligereza, por ese nombre glorioso y tremendo, o el jurar por cualquier otra cosa, es pecado y debe ser aborrecido. Sin embargo, como en materia de peso y oportunidad, el juramento está respaldado por la Palabra de Dios, tanto en el Nuevo Testamento como en el Antiguo; un juramento legal, impuesto por una autoridad legal, en dicha materia, debe ser prestado¹.

Una estipulación adicional es que un juramento no debería ser hecho con reservas mentales o equívocas. Dios no acepta los dedos cruzados, sino que espera la honestidad. Un juramento no puede prestarse con ligereza. Debería ser reservado para las ocasiones más solemnes, para las promesas solemnes. Hasta los gobiernos reconocen esto al insistir en la prestación de juramentos para el caso del matrimonio y antes de prestar testimonio frente a un tribunal. Pero además, aun en ocasiones menos solemnes, el creyente es llamado a la honestidad —para que su sí, sea sí; y su no, sea no. Esta es la responsabilidad de un fiel discípulo de Cristo.

Resumen

1. Los seres humanos tienen la capacidad de mentir.
2. Dios, la fuente de la verdad, no puede mentir y es el guardián de la verdad.
3. Los juramentos y los votos son parte legítima de la adoración.
4. Los juramentos deberían ser prestados únicamente por el nombre de Dios. Ninguna criatura puede ser el último testigo de la verdad.

5. Los juramentos no deberían ser hechos con ligereza o con reservas.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Deuteronomio 10:20

2 Crónicas 6:22-23

Esdras 10:5

Mateo 5:33-37

Santiago 5:12

Parte
IX

La espiritualidad
y la vida
contemporánea

El fruto del Espíritu Santo es uno de los aspectos más dejados de lado en lo que respecta a la enseñanza bíblica sobre la santificación. Hay varios motivos para esta situación:

1. *La preocupación por lo externo.* Aunque los estudiantes varias veces murmuran y se quejan cuando tienen que rendir pruebas en el salón de clase, en cierto sentido sabemos que realmente las queremos rendir. Las pruebas que miden la destreza, los logros, y el conocimiento son hasta moneda corriente en las revistas. Las personas quieren saber en qué nivel se encuentran. ¿He alcanzado la excelencia en una empresa determinada, o acaso estoy sumido en la mediocridad?

Los cristianos no son distintos. Tendemos a medir nuestro progreso en la santificación examinando nuestro desempeño con estándares externos. ¿Decimos malas palabras? ¿Tomamos alcohol? ¿Vamos al teatro a ver películas? Estos estándares con frecuencia se utilizan para medir la espiritualidad. La prueba verdadera —la evidencia del fruto del Espíritu— muchas veces es ignorada o minimizada. Esta es la trampa en la que cayeron los fariseos.

Le escurrimos el bulto a la verdadera prueba porque el fruto del Espíritu es más nebuloso. Las demandas que hace a la personalidad son mayores que lo demandado por los estándares superficiales. Es mucho más fácil reprimirse y no decir malas palabras que adquirir el hábito de la paciencia piadosa.

2. *La preocupación por los dones.* El mismo Espíritu Santo que nos guía a la santidad y da su fruto en nosotros también le da los dones espirituales a los creyentes. Parece ser que estamos mucho más interesados en los dones del Espíritu que en su fruto, a pesar de la clara enseñanza bíblica de que uno puede poseer los dones y ser inmaduro en el progreso espiritual. La cartas de Pablo a los Corintios dejan esto bien en claro.

3. *El problema de los no creyentes justos.* Resulta frustrante medir nuestro progreso en la santidad por el fruto del Espíritu cuando algunos no cristianos exhiben las virtudes contenidas en el fruto, y hasta lo hacen en mayor grado. Todos conocemos a

personas que no son creyentes pero que exhiben más mansedumbre o paciencia que muchos cristianos. Si las personas pueden tener “el fruto del Espíritu” independientemente del Espíritu, ¿cómo es posible que podamos determinar nuestro crecimiento espiritual de esta manera?

Hay una diferencia *cualitativa* entre las virtudes del amor, el gozo, la paz, la paciencia, etc., engendradas en nosotros por el Espíritu Santo, y las virtudes exhibidas por los no cristianos. Los no cristianos operan en base a motivos que son en última instancia egoístas. Pero cuando los creyentes exhiben el fruto del Espíritu, están exhibiendo las características que en último término se dirigen hacia Dios y hacia los demás. Ser llenos del Espíritu significa que la vida de una persona está controlada por el Espíritu Santo; los no cristianos solamente pueden exhibir estas virtudes espirituales en la medida de su habilidad humana.

Pablo enumera el fruto del Espíritu en su epístola a los Gálatas: “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22-23). Estas virtudes deben caracterizar la vida de un cristiano. Si somos llenos del Espíritu, exhibiremos el fruto del Espíritu. Pero, por supuesto, esto lleva su tiempo. No se trata de una adaptación superficial de nuestra personalidad que tiene lugar de un día para otro. Este cambio involucra dar una nueva forma a las inclinaciones más profundas de nuestro corazón, se trata del proceso de santificación del Espíritu Santo que dura toda la vida.

Resumen

1. Tendemos a dejar de lado el estudio del fruto del Espíritu porque: (1) estamos preocupados por lo externo; (2) estamos preocupados por los dones espirituales; y (3) reconocemos que muchos no cristianos exhiben las virtudes espirituales mejor que los cristianos.
2. Es más fácil medir la espiritualidad por lo externo que por el fruto del Espíritu.
3. Podemos tener los dones espirituales y ser todavía inmaduros.
4. Existe una diferencia cualitativa entre la presencia de las virtudes espirituales en los no cristianos y en los cristianos. En el caso de los no cristianos, es simplemente fruto del esfuerzo humano. En el caso de los cristianos, es Dios el

Espíritu Santo produciendo el fruto espiritual en una medida superior a cualquier habilidad humana.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Romanos 12:1-21

1 Corintios 12:1-14:40

Gálatas 5:19-26

Efesios 4:1-6:20

En nuestra sociedad, por lo general hablamos del amor en términos pasivos. Es decir, el amor es algo que *nos* sucede y sobre el que tenemos escaso o ningún control. Quedamos “perdidamente” enamorados. Hablamos de esta manera principalmente porque asociamos el amor con un sentimiento o una emoción particular. Dicha emoción no es el resultado de apretar un botón o el producto de un acto consciente de voluntad. No “decidimos” enamorarnos de alguien.

La Biblia, sin embargo, habla del amor en términos más activos. El concepto del amor funciona más como un verbo que como un sustantivo. El amor es un deber —una acción que es nuestra obligación cumplir. Dios nos manda amar a nuestro prójimo, amar a nuestras esposas, y hasta amar a nuestros enemigos. Una cosa es tener sentimientos de amor o afecto hacia nuestros enemigos; otra cosa es actuar con amor hacia ellos.

La Biblia tiene un concepto complejo del amor que lo expresa en relativamente pocas palabras. En el Antiguo Testamento predomina el uso de la palabra hebrea *ahab*, para expresar “amor”. El Nuevo Testamento usa principalmente dos palabras griegas para “amor” —*phileo* y *agape*. *Phileo*, de donde proviene el nombre de la ciudad Filadelfia (que significa “la ciudad del amor filial”) es la palabra griega utilizada para denotar el afecto compartido entre amigos. En oposición, el término *eros*, que no es utilizado en la Biblia, se refiere más al amor sexual o erótico. Este es el tipo de amor que asociamos con el romance. Estos dos tipos de amor son comunes a todos los seres humanos. Ambos tipos de amor tienen la tendencia a ser motivados por el interés propio, la gratificación personal y la protección de uno mismo.

El Nuevo Testamento, sin embargo, describe un tercer tipo de amor. *Agape* se usa en contraposición a estos afectos más básicos. Su característica más distintiva es la falta de interés propio. Procede de un corazón que protege y se preocupa por los demás. Sus características están enumeradas por Pablo en el capítulo 13 de 1 Corintios. El amor *agape* es paciente y bueno. No se vanagloria ni tiene envidia. No es orgulloso, ni rudo, ni busca su propio

bien, ni se enoja fácilmente. Es rápido en perdonar; busca el bien y la verdad. Protege, confía, tiene esperanza, y es siempre perseverante. Nunca falla.

El amor bíblico es por lo tanto mucho más que una simple emoción. Es activo. El llamado del cristiano no es principalmente a desarrollar sentimientos de amor por los demás. En muchas instancias estos sentimientos escapan al control del cristiano. Sin embargo, podemos controlar cómo respondemos y actuamos con respecto a una persona en particular. El cristiano debe ser *amante*, debe reflejar el amor desinteresado de Dios.

El amor *agape*, entonces, es el fruto principal del Espíritu. Como escribió Pablo: “Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor” (1 Corintios 13:13).

Siempre y cuando el amor *agape* refleje como en un espejo las características del amor de Dios por nosotros, podemos llamarlo un amor inmutable, un amor leal. Está caracterizado por la fidelidad -la fidelidad construida sobre la confianza. Un amor así es incapaz de no ser constante; es el amor del compromiso permanente.

Resumen

1. El amor bíblico es un amor activo.
2. El amor bíblico es un deber demandado por Dios.
3. De las varias palabras griegas usadas para el amor, es necesario distinguir tres significados importantes:
 - (a) *phileo* = afecto filial.
 - (b) *eros* = amor romántico o sexual.
 - (c) *agape* = amor divino o espiritual.
4. El amor *agape* refleja el amor inmutable de Dios y está dirigido hacia *los demás*.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Deuteronomio 6:4-5

Mateo 5:43-48

1 Corintios 13:1-13

Efesios 5:25-33

1 Juan 4:7-21

87

LA ESPERANZA

“Tenemos la esperanza” de que sucedan muchas cosas en este mundo. Tenemos la esperanza de que nos den un aumento de salario. Tenemos la esperanza de que nuestro equipo favorito salga campeón. Este tipo de esperanza está expresando nuestros deseos personales para el futuro. Tenemos esperanza con respecto a las cosas que son inciertas. No sabemos si nuestros deseos se cumplirán, pero tenemos la esperanza de que sí se realizarán.

Cuando la Biblia nos habla de esperanza, sin embargo, tiene algo diferente en mente. La esperanza bíblica es una convicción firme de que las promesas de Dios sobre el futuro se cumplirán. La esperanza no es una mera proyección, sino una *certeza* de lo que *sucedirá*. “...la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo” (Hebreos 6:19).

La esperanza, juntamente con la fe y el amor, es una de las virtudes cristianas que el apóstol Pablo presenta en 1 Corintios 13:13. La esperanza es la fe dirigida hacia el futuro.

La Biblia utiliza la esperanza de dos maneras. El uso menos frecuente apunta hacia el objeto de nuestra esperanza. Cristo es nuestra esperanza de vida eterna. El uso más común es como una actitud de certeza con respecto al cumplimiento de las promesas de Dios. Al cristiano se lo llama a tener esperanza, es decir, a tener la plena certeza de la resurrección del pueblo de Dios y de la venida del reino de Dios. La esperanza está inextricablemente unida a la escatología.

Pablo le recuerda a los cristianos que hasta que el reino llegue a su plenitud, los creyentes solo pueden tener la certeza de su esperanza; “porque por fe andamos, no por vista” (2 Corintios 5:7). Esta esperanza tiene un fundamento y una base. Aunque la vida del cristiano está marcada más por el sufrimiento que por el triunfo (1 Corintios 4:8-13; 2 Corintios 4:7-18), el fundamento de la esperanza está en la Deidad.

En primer lugar, el creyente tiene la vista puesta sobre la muerte y la resurrección de Cristo. Su muerte fue la hora más oscura para sus discípulos. El Mesías prometido había muerto, su

reino aparentemente había fracasado. Con la resurrección, esta desesperación se convirtió en esperanza. Junto con el sufrimiento, grande o pequeño, la esperanza del cristiano debe prevalecer. Dios es fiel y siempre nos bastará.

En segundo lugar, el creyente ha recibido al Espíritu Santo como una primera entrega del reino. Su presencia nos asegura que el reino se consumará plenamente. El Espíritu no es solamente un signo de la esperanza, sino el sustentador de la esperanza. Cumple con el papel de Consolador, revistiendo al creyente con fuerza y esperanza. Es el Espíritu quien le da al creyente el ánimo para orar al Padre: “Venga tu reino”.

Resumen

1. La esperanza bíblica es un asunto relacionado con la certeza no con el deseo.
2. La esperanza es una virtud, no una debilidad.
3. La fe es la confianza en lo que Dios ya ha realizado. La esperanza es la confianza en las promesas de Dios para el futuro.
4. La resurrección de Cristo nos da la esperanza en medio del sufrimiento.
5. El Espíritu Santo, el Consolador, nos da esperanza. Su presencia es nuestra garantía de la venida del reino de Dios.



Pasajes bíblicos para la reflexión

Job 13:15
Romanos 5:1-5
Romanos 8:18-25
Tito 2:11-14
1 Juan 3:1-3

LA ORACIÓN

Podemos hablar con Dios. Él nos habla verbalmente en su Palabra y de manera no verbal a través de su providencia. Nos comunicamos con él por medio de la oración. Charles Hodge declaró que “la oración es la conversación del alma con Dios”. En la oración y por medio de la oración expresamos nuestra reverencia y adoración a Dios; desnudamos nuestras almas en confesión contrita ante Él; derramamos nuestro agradecimiento de corazón; y le ofrecemos nuestras peticiones y nuestras súplicas.

En la oración experimentamos a Dios como un ser personal y poderoso. Él nos escucha y actúa en respuesta a nuestra oración. La Escritura nos enseña la previa disposición soberana de Dios y la eficacia de la oración. Estas dos cosas no son inconsistentes entre sí, porque Dios ordena los medios así como los fines de sus propósitos divinos. La oración es el medio que Dios utiliza para hacer que su soberana voluntad se cumpla.

La oración debe ser dirigida a Dios, y únicamente a Dios, ya sea a Dios como la Trinidad o a las personas que conforman la Divinidad. Orar a cualquier criatura es idolatría.

La oración para ser apropiada tiene varios requisitos. El primer requisito es que debemos acercarnos a Dios con sinceridad. Las frases huecas y falsas son una burla. Dichas oraciones, en lugar de ser un ejercicio de religión piadosa, son una ofensa delante de Dios.

El segundo requisito es que debemos acercarnos a Dios con reverencia. Al orar debemos tener siempre presente a quién le estamos hablando. Hablar con Dios de manera desenvuelta, casual, o petulante, como podríamos hablar con nuestros amigos terrenales, es tratarlo con la impertinencia de lo familiar. De la misma manera que las personas rinden homenaje a un rey entrando en su presencia con el debido respeto y deferencia, así también debemos presentarnos delante de Dios, reconociendo plenamente su suprema majestad.

El tercer requisito, un corolario de los anteriores, es que debemos acercarnos a Dios en humildad. No alcanza con recordar quién es Él, sino que también debemos recordar quiénes y qué somos nosotros. Somos sus hijos adoptivos.

Somos también criaturas pecaminosas. Él nos invita a venir a su presencia sin temor, pero también sin arrogancia.

Dios nos instruye a ser diligentes y fervientes en nuestras peticiones. Al mismo tiempo, debemos venir en sumisión voluntaria. Decir “Hágase tu voluntad” no es una indicación de falta de fe. La fe que traemos cuando oramos debe incluir nuestra confianza en que Dios nos puede escuchar y que Él está dispuesto a respondernos. Sin embargo, cuando Dios se niega a cumplir nuestra peticiones, esta fe también debe confiar en su sabiduría. Quienes se acercan a Él con alguna petición deben dar por sentado la sabiduría y la benevolencia de Dios, siempre y en todo lugar.

Oramos en el nombre de Jesús porque así estamos reconociendo su oficio como Mediador. Al ser nuestro Sumo Sacerdote, Cristo es nuestro intercesor, así como el Espíritu Santo es nuestro ayudador en la oración.

Una herramienta muy útil para aprender a orar es el acróstico C-A-S-A. Cada una de las letras indica un elemento vital de la oración.

C=Confesión

A=Adoración

S=Súplica

A=Agradecimiento

Si seguimos este acróstico bien sencillo estaremos seguros de haber incluido todos los elementos apropiados a la oración.

Resumen

1. La oración es estar en comunión con Dios.
2. La oración debe estar dirigida únicamente a Dios.
3. La oración debe ser sincera, con reverencia y en humildad.
4. Se nos manda a ser fervientes y perseverantes en la oración.
5. La oración con fe es una oración que confía en la sabiduría y la bondad de Dios.
6. El acróstico C-A-S-A es una ayuda para la oración.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Salmo 5:1-3

Juan 14:13-14

Romanos 8:26-27

Filipenses 4:6-7

1 Juan 5:14-15

EL ANTINOMIANISMO

En inglés hay un pequeño poema que se constituye en el canto temático del antinomianismo. Dice: “Libre de la ley, bendita condición; pecar puedo todo lo que quiero, igual tengo la remisión”.

El *antinomianismo* significa literalmente “antilegalismo”. Niega y le otorga un papel inferior a la importancia de la ley de Dios en la vida del creyente. Es la contraparte de su herejía gemela, el legalismo.

Los antinomianos adquieren este fastidio por la ley de diversas maneras. Algunos creen que ya no están obligados a guardar la ley moral de Dios porque Jesús los ha librado de esta obligación. Insisten en que la gracia no solamente nos libra de la maldición de la ley de Dios sino que nos libra de cualquier obligación a obedecer la ley de Dios. La gracia se convierte así en una licencia para desobedecer.

Lo sorprendente es que estas personas sostienen este punto de vista a pesar de la enseñanza vigorosa de Pablo contra ella. Pablo, más que ningún otro escritor del Nuevo Testamento, subrayó las diferencias entre la ley y la gracia. Se glorió en el Nuevo Pacto. Sin embargo, fue también el más explícito con respecto a su condena al antinomianismo. En Romanos 3:31 escribe: “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley”.

Martín Lutero, al expresar la doctrina de la justificación solo por la fe, fue acusado de antinomianismo. Sin embargo, afirmó junto con Santiago que “la fe sin obras es muerta”. Lutero discutió con su estudiante Juan Agrícola sobre este punto. Agrícola negaba que la ley tuviera algún propósito en la vida del creyente. Hasta negó que la ley sirviera para preparar al pecador para la gracia. Lutero le respondió a Agrícola con su obra *Contra el Antinomianismo* en 1539. Agrícola luego se retractó de sus enseñanzas antinomianas, pero el debate continuó.

Subsiguientes teólogos luteranos confirmaron el punto de vista de Lutero sobre la ley. En la *Fórmula de la Concordia* (1577), la última de las afirmaciones de fe luterana clásicas,

determinaron tres usos para la ley: (1) el revelar el pecado; (2) el establecer reglas de decencia generales para la sociedad en su conjunto; y (3) el proveer una regla de vida para quienes han sido regenerados por la fe en Cristo.

El error principal del antinomianismo es el confundir la justificación con la santificación. Somos justificados solo por la fe, sin intervención de las obras. Sin embargo, todos los creyentes deben crecer en la fe guardando los santos mandamientos de Dios, no para ganar el favor de Dios, sino en gratitud por la gracia que les ha sido dada por la obra de Cristo.

Es un error grave el suponer que el Antiguo Testamento fue un pacto de la ley y que el Nuevo Testamento es un pacto de la gracia. El Antiguo Testamento es un testimonio monumental de la asombrosa gracia de Dios hacia su pueblo. Del mismo modo, el Nuevo Testamento está literalmente repleto de mandamientos. No somos salvados por la ley, pero debemos mostrar nuestro amor a Cristo obedeciendo sus mandamientos. “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15) dijo Jesús.

Con frecuencia oímos esta afirmación: “El cristianismo no es un montón de reglas, hay que hacer esto, esto y aquello y no hay que hacer esto, esto y aquello”. Hay algo de verdad en esta conclusión, ya que el cristianismo es mucho más que una mera recolección de reglas. Es una relación personal con Cristo mismo. Sin embargo, el cristianismo también no es nada menos que reglas. El Nuevo Testamento incluye varias cosas que hay que hacer y otras que no hay que hacer. El cristianismo no es una religión que sanciona la idea que cualquiera tiene el derecho a hacer lo que le parezca bien. Por el contrario, el cristianismo nunca le da a nadie el “derecho” a hacer lo que está mal.

Resumen

1. El antinomianismo es la herejía que dice que los cristianos no tienen ninguna obligación de obedecer las leyes de Dios.
2. La ley nos revela el pecado, es un fundamento para la decencia en la sociedad, y es una guía para la vida cristiana.
3. El antinomianismo confunde la justificación con la santificación.
4. La ley y la gracia se encuentran tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

5. Aunque el obedecer la ley de Dios no es una causa meritoria para nuestra justificación, se espera que una persona justificada busque ardientemente obedecer los mandamientos de Dios.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Juan 14:15

Romanos 3:27-31

Romanos 6:1-2

1 Juan 2:3-6

1 Juan 5:1-3

El legalismo es la herejía opuesta del antinomianismo. Mientras que el antinomianismo niega la importancia de la ley, el legalismo exalta la ley por encima de la gracia. Los legalistas en los días de Jesús eran los fariseos, y Jesús se reservó su crítica más severa para ellos. La distorsión fundamental del legalismo es la creencia en que una persona puede ganarse su lugar en el reino de los cielos. Los fariseos creían que debido a su posición como hijos de Abraham, y a su cumplimiento estricto de la ley, eran hijos de Dios. En realidad, esto constituía una negación del evangelio.

Un artículo corolario del legalismo es el adherirse a la letra de la ley y no al espíritu de la ley. Para que los fariseos pudiesen creer que podían cumplir la ley, primero tenían que reducirla a su interpretación más estrecha y grosera. El relato del joven rico es una ilustración de este punto. El joven rico le preguntó a Jesús cómo podía hacer para heredar la vida eterna. Jesús le dijo que debía “guardar los mandamientos”. El joven rico creía que los había guardado todos. Pero entonces Jesús le reveló cuál era el “dios” que había servido antes de servir al verdadero Dios -su “dios” eran sus riquezas. “Anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo” (Mateo 19:21). El joven rico se fue, entristecido.

Los fariseos eran culpables de otra forma de legalismo. Le habían agregado sus propias leyes a la ley de Dios. Sus “tradiciones” habían sido elevadas al mismo nivel que la ley de Dios. Le habían robado a la gente su libertad y la habían encadenado, allí donde Dios las había liberado. Este tipo de legalismo no acabó con los fariseos. También ha plagado a la iglesia durante todas sus generaciones.

El legalismo suele surgir como reacción desmedida al antinomianismo. Para asegurarnos de no deslizarnos en la laxitud moral del antinomianismo, tendemos a hacer reglas más estrictas que las que Dios mismo nos ha impuesto. Cuando esto tiene lugar, el legalismo introduce una tiranía sobre el pueblo de Dios.

De la misma manera, las diversas formas de antinomianismo suelen surgir como reacción desmedida al legalismo. Su grito de

batalla suele ser el de la libertad de toda opresión. Es la búsqueda por la libertad moral que se ha desbocado. Los cristianos, cuando defiendan su libertad, deberán cuidarse de no confundir la libertad con el libertinaje.

Otra forma de legalismo es el hacer hincapié sobre lo menos importante. Jesús reprendió a los fariseos por haber descuidado los asuntos más importantes de la ley mientras que escrupulosamente obedecían los asuntos menos importantes (Mateo 23:23-24). Esta tendencia continúa siendo una amenaza constante para la iglesia. Tenemos la tendencia a exaltar a un nivel supremo de piedad cualquier virtud que tengamos y restarle importancia a cualquiera de nuestros vicios. Por ejemplo, puedo considerar que es de mucha espiritualidad el no bailar, mientras que considero mi lascivia un asunto menor.

El único antídoto para el legalismo y el antinomianismo es el estudio diligente de la Palabra de Dios. Solo entonces podremos instruirnos adecuadamente sobre lo que le agrada y lo que le desagrada a Dios.

Resumen

1. El legalismo distorsiona la ley de Dios en dirección opuesta al antinomianismo.

Antinomianismo ← LA LEY DE DIOS → Legalismo

2. El legalismo eleva las tradiciones humanas al mismo nivel que la ley divina.
3. El legalismo compromete al pueblo de Dios allí donde Dios le ha dado libertad.
4. El legalismo le da valor a lo menos importante, y le resta valor a lo más importante.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 15:1-20
Mateo 23:22-29
Hechos 15:1-29
Romanos 3:19-26
Gálatas 3:10-14

91

LA FUNCIÓN TRIPLE DE LA LEY

Todo cristiano debe debatirse con la pregunta: ¿Cómo se aplica la ley del Antiguo Testamento a mi vida? ¿La ley del Antiguo Testamento es irrelevante para el cristiano o en algún sentido todavía hay porciones de ella que me obligan? La necesidad de responder a esta pregunta se vuelve más apremiante y urgente en la medida que la herejía del antinomianismo se extiende en nuestra cultura.

La Reforma se fundó sobre la gracia y no sobre la ley. Sin embargo, los reformadores no repudiaron la ley de Dios. Juan Calvino, por ejemplo, escribió lo que se conoce como “La triple función de la ley” para mostrar la importancia de la ley en la vida del cristiano¹.

El primer propósito de la ley es ser un espejo. Por un lado, la ley de Dios refleja la perfecta justicia de Dios. La ley nos dice mucho sobre quién es Dios. Pero, incluso más importante que esto, además la ley ilumina la pecaminosidad humana. Agustín escribió: “La ley nos ordena que luego de intentar hacer lo que ha sido ordenado, y sintiendo así nuestra debilidad bajo la ley, podamos aprender a implorar la ayuda de la gracia”². La ley resalta nuestra debilidad para que busquemos la fuerza en Cristo. La ley actúa como un profesor severo que nos conduce a Cristo.

El segundo propósito de la ley es guardarnos del mal. La ley, por sí misma, no puede cambiar los corazones humanos. Puede, sin embargo, servir para proteger a los justos de los injustos. Calvino dijo que este propósito es conveniente “para que aquellos que no aprecian para nada lo recto y lo justo, a no ser que sean obligados, sean obligados al menos por las acusaciones de la ley y el temor de las penas”³. La ley permite que haya en cierta medida un grado de justicia sobre esta tierra, hasta que el juicio final sea llevado a cabo.

El tercer propósito de la ley es revelar lo que le agrada a Dios. Como hijos renacidos de Dios, la ley ilumina nuestras mentes sobre lo que le agrada a nuestro Padre, a quien buscamos servir. El cristiano se deleita en la ley del mismo modo que Dios se deleita en ella. Jesús dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos”

(Juan 14:15). Esta es la función más elevada de la ley, servir como un instrumento para que el pueblo de Dios lo pueda honrar y glorificar.

Al estudiar la ley de Dios y meditar en ella, estamos asistiendo a la escuela de la justicia. Aprendemos qué es lo que le agrada a Dios y qué es lo que le ofende. La ley moral que Dios revela en la Escritura nos compromete. Hemos sido redimidos de la maldición de la ley de Dios, pero no de nuestro deber de obedecerla. Hemos sido justificados, no porque hayamos obedecido la ley, sino para que podamos ser obedientes a la ley de Dios. Amar a Cristo es guardar sus mandamientos. Amar a Dios es obedecer su ley.

Resumen

1. La iglesia de la actualidad ha sido invadida por el antinomianismo, que debilita, rechaza y distorsiona la ley de Dios.
2. La ley de Dios es un espejo de la santidad de Dios y de nuestra injusticia. Sirve para revelarnos nuestra necesidad de un Salvador.
3. La ley de Dios es un freno contra el pecado.
4. La ley de Dios nos revela lo que le agrada a Dios y lo que le resulta ofensivo.
5. El cristiano debe amar la ley de Dios y obedecer la ley moral de Dios.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Salmo 19:7-11
Salmo 119:9-16
Romanos 7:7-25
Romanos 8:3-4
1 Corintios 7:19
Gálatas 3:24

EL PERFECCIONISMO

La doctrina del perfeccionismo sostiene que la santidad, o el amor perfecto, producido por la gracia de Dios, puede ser alcanzada por todos los cristianos en esta vida y libera a los creyentes del pecado voluntario. Esta doctrina surgió con las enseñanzas de Juan Wesley y continuó con el movimiento pentecostal primitivo. El logro de la perfección es considerado como la segunda obra de gracia que es obrada instantáneamente en el corazón del creyente.

Una posición modificada sostiene que después de esta segunda bendición el creyente es más y más victorioso sobre el “pecado voluntario”. Cualquier pecado que permanezca en esa persona será un pecado accidental o un pecado cometido por ignorancia. La dificultad que entraña este punto de vista es que parte de dos errores primarios. Primero, reduce las demandas rigurosas de la ley de Dios. Cualquier entendimiento real de la anchura y la profundidad de la ley de Dios ya estaría excluyendo la doctrina perfeccionista. Segundo, tiene una visión inflada sobre los logros espirituales propios. Para sostener esta posición resulta necesario sobrestimar la justicia propia.

La gran mayoría de las iglesias evangélicas a lo largo de toda la historia, y las Iglesias Reformadas en particular, encuentran esta doctrina aborrecible. Incluso hasta el movimiento neo-pentecostal ya casi ha abandonado esta doctrina. Martín Lutero enseñó que los seres humanos regenerados son al mismo tiempo justificados y pecadores. Los creyentes son considerados justos a los ojos de Dios en virtud de la expiación y la justicia de Cristo imputada a ellos. Dios considera a los creyentes justos “en Cristo”. Dejados librados a sí mismos, sin consideración de la obra de Cristo, los creyentes siguen siendo pecadores. Si bien el proceso de santificación implica que el creyente se está convirtiendo cada vez más en menos pecador, este proceso no se completa hasta la muerte, cuando el creyente es glorificado.

La perfección es sin duda la meta de la vida cristiana. Que no la alcancemos no debe ser una excusa para pecar. Como cristianos debemos seguir adelante a la meta de nuestro llamamiento en Cristo.

Resumen

1. El perfeccionismo enseña que hay una segunda obra de gracia en la que los creyentes experimentan la santidad o el amor perfecto en esta vida.
2. El perfeccionismo modificado enseña que los cristianos pueden vencer al pecado voluntario.
3. El perfeccionismo se basa sobre una baja estima de la ley de Dios y una alta estima del desempeño de los seres humanos.
4. Dios nos justifica aunque somos todavía pecadores.
5. El proceso de santificación, que dura toda la vida, comienza en el instante mismo de la justificación.
6. Los cristianos serán hechos perfectos en glorificación solo después de la muerte.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Romanos 5:8

1 Corintios 15:42-57

2 Corintios 7:1

Filipenses 3:7-14

1 Juan 1:5-10

93

EL GOBIERNO CIVIL

En los Estados Unidos de América se habla y se escribe mucho sobre la separación de la iglesia y el estado. En sus orígenes, esta idea llamaba la atención sobre dos instituciones diferenciadas, ambas creadas por Dios, ordenadas por Dios, que debían rendirle cuenta a Dios, o que estaban “bajo” las órdenes de Dios. Cada institución tenía que desarrollar tareas distintas y ninguna debía usurpar la esfera de autoridad de la otra. La tarea de la iglesia es predicar el evangelio, administrar los sacramentos, proteger las almas de sus miembros, etc. Estas tareas no le corresponden al estado. La responsabilidad del estado es ordenar la sociedad, cobrar impuestos, regir el comercio y la sociedad, mantener las fuerzas armadas, proteger la vida y la propiedad, etc. Estas no constituyen parte de las tareas de la iglesia. Al estado se le da el poder de la espada; a la iglesia, no. El apóstol Pablo nos declara:

Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos. Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo (Romanos 13:1-4).

Según el punto de vista de Pablo, el gobierno civil ha sido autorizado por Dios. Cuando un gobernador civil es investido de poder, en un sentido, se lo “ordena” como un ministro de Dios. Su gobierno no es independiente de Dios. Los ministros de Westminster escribieron:

Dios, el supremo Señor y Rey de todo el mundo, ha ordenado a los magistrados civiles para que, bajo su égida, estén por sobre el pueblo, para su propia gloria, y para el bien público; a este fin, los ha armado con el poder de la espada para la defensa y el aliento

de quienes hacen el bien, y para el castigo de quienes practican el mal... Los magistrados civiles no pueden asumir para sí la administración de la Palabra o de los sacramentos; o el poder de las llaves del reino o el cielo; ni siquiera interferir sobre los temas de la fe¹.

En nuestros días, el concepto de separación de la iglesia y el estado ha sido ampliamente reinterpretado (y mal interpretado) para significar la separación del estado y Dios. Cada vez más, el gobierno busca evitar quedar “bajo” Dios. Procura un poder y una autoridad autónoma. Cuando la iglesia le grita “Falta”, se critica a la iglesia por entrometerse en los asuntos del estado. La iglesia, sin embargo, no está tratando de usurpar las funciones del estado. La iglesia, al ofrecer su crítica profética, está llamando al estado a ser el estado como Dios lo ordenó y lo gobierna.

Hay un sentido en el cual el evangelio es sin ningún rubor político. Declara que Jesús es el Rey de Reyes y el Señor de Señores. Jesús ocupa el sitio de máxima autoridad. Todos los magistrados inferiores son responsables ante Él sobre cómo han ejercido su gobierno.

El magistrado civil tiene el poder de la espada. El estado está autorizado para usar la fuerza para asegurar la justicia y proteger sus fronteras. Los gobiernos no gobiernan por medio de solicitudes o sugerencias. Gobiernan por la ley, aplicada por medios legales coercitivos. Aunque los gobiernos con el poder de la espada tienen la autoridad de ejercer la pena de muerte y participar en guerras justas, serán responsables delante de Dios por el uso que hagan de la espada.

La Biblia alienta a los cristianos a ser modelos de obediencia civil siempre que sea posible. Honramos a Cristo orando por aquellos que están en autoridad sobre nosotros y siendo sumisos y obedientes a sus leyes. Debemos hacer todo lo posible para cumplir con nuestra obediencia civil. Debemos obedecer a los magistrados siempre y cuando no nos ordenen hacer algo que Dios prohíbe, o nos prohiban hacer algo que Dios ordena. En estos dos casos no solamente podemos desobedecer a las autoridades, sino que debemos desobedecerlas.

Resumen

1. La iglesia y el estado son dos instituciones diferenciadas, ordenadas por Dios y responsables ante Él por sus respectivas tareas.
2. La autoridad civil fue ordenada por Dios y tiene el poder de la espada.
3. Ningún gobierno es autónomo. Ningún gobierno puede ser independiente de Dios.
4. Cuando los gobiernos buscan ser autónomos, el deber de la iglesia es criticarlos.
5. La obediencia a la autoridad de gobierno es un deber sagrado para todos los cristianos. La ley civil debe ser cumplida escrupulosamente siempre que no sea contraria a la Palabra de Dios.

Pasajes bíblicos para la reflexión

2 Crónicas 26:16-20

Salmo 2:10-12

Romanos 13:1-7

1 Timoteo 2:1-4

1 Pedro 2:13-17

La institución del matrimonio fue ordenada e instituida por Dios en la creación. Cristo la santificó con su presencia en las bodas de Canaán y por medio de las instrucciones dadas por los apóstoles en el Nuevo Testamento. La mayoría de las ceremonias de casamiento reflejan esto y reconocen el origen divino del matrimonio. Lo que se suele ignorar o pasar por alto en los contratos modernos es que el matrimonio ha sido regulado por los mandamientos de Dios. La ley de Dios circunscribe el significado y la legitimidad del matrimonio.

El matrimonio debe ser una relación exclusiva entre un hombre y una mujer en la que ambos se convierten en “una carne”, siendo unidos física, emocional, intelectual y espiritualmente. La intención es que dure por toda la vida. La unión está asegurada por un voto sagrado y una alianza, y consumada con la unión física. La Escritura señala solo dos motivos por el cual esta unión puede ser disuelta —la infidelidad y el abandono.

La infidelidad está prohibida en la relación matrimonial. La institución del matrimonio fue creada por Dios para que los hombres y las mujeres pudiesen complementarse mutuamente y participar en su obra creativa de procreación. La unión física necesaria para la procreación tiene también un significado espiritual. Está señalando e ilustrando la unión espiritual entre el esposo y su esposa. Pablo utiliza esta unión para simbolizar la unión entre Cristo y su iglesia de la misma manera que el Antiguo Testamento describía a la relación de la alianza entre Dios e Israel con la figura del matrimonio. La fidelidad, el cariño y el apoyo mutuo, deben estar en el fundamento del matrimonio. Los actos de infidelidad quiebran este pacto y, en consecuencia, le permiten a la parte lastimada la posibilidad de pedir el divorcio.

Además, Pablo en 1 Corintios 7:12-16 nos dice que si alguien de la pareja es abandonado o abandonada, él o ella no tienen la obligación de mantener la alianza matrimonial. El abandono, como la infidelidad, es una violación fundamental de la intención de Dios para el matrimonio.

El matrimonio es una ordenanza de la creación. No es necesario ser un cristiano para recibir la gracia común de esta institu-

ción. Mientras que todos los hombres y las mujeres pueden casarse, el cristiano debe casarse solamente “en el Señor”. La Escritura es clara a este respecto y prohíbe que los cristianos se casen con los no cristianos.

En la institución del matrimonio, el marido debe ser “la cabeza” de la mujer. La mujer debe sujetarse a su marido como se sujeta al Señor. El marido debe amar a su mujer y entregarse a ella con sacrificio de la misma manera que Cristo amó a su esposa, la iglesia, y entregó su vida por ella.

Resumen

1. El matrimonio ha sido instituido por Dios y está regulado por Dios.
2. El matrimonio debe ser monogámico.
3. La unión física permitida y ordenada en el matrimonio refleja la unión espiritual entre el esposo y su esposa.
4. El estado matrimonial es utilizado en sentido figurado en la Escritura para ilustrar la relación entre Cristo y su iglesia.
5. El matrimonio, siendo una ordenanza de la creación, es posible para todos los seres humanos. La iglesia reconoce los matrimonios civiles. Los cristianos, sin embargo, deben casarse “en el Señor”.
6. Dios ha ordenado la estructura de la unión matrimonial. Cada miembro de la pareja tiene mandatos específicos de Dios que debe obedecer.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Génesis 2:24
Mateo 19:1-9
1 Corintios 7
Efesios 5:21-33
1 Tesalonicenses 4:3-8
Hebreos 13:4

95

EL DIVORCIO

La cuestión del divorcio se ha convertido en un tema urgente en una sociedad donde la incidencia de los divorcios ha alcanzado proporciones epidémicas. Debido a la proliferación radical de los divorcios y a los problemas legales y familiares que provoca, la ley se ha movido en la dirección de facilitar el proceso permitiendo el divorcio sin ninguna causal. Al convertirse el divorcio cada vez más fácil de obtener, el problema de su aceleración se exacerbaba.

La Biblia no es tan superficial al tratar el divorcio. La enseñanza de Jesús sobre el tema está planteada en el contexto de un debate del primer siglo entre las escuelas rabínicas. Los liberales y los conservadores mantenían un largo desacuerdo sobre las bases legítimas para el divorcio. Jesús fue confrontado con el siguiente planteo:

Entonces vinieron a él los fariseos, tentándole y diciéndole: ¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? Él, respondiendo, le dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre (Mateo 19:3-6).

Observamos que cuando los fariseos le preguntaron a Jesús sobre la ley de divorcio liberal, Jesús inmediatamente los remitió a la Escritura y a la institución originaria de Dios para el matrimonio. Subrayó que el matrimonio está intencionado para durar toda la vida. Resaltó la unión entre el hombre y la mujer en una sola carne, unión que no puede ser disuelta por decretos humanos. Solo Dios está autorizado para determinar los fundamentos para disolver el matrimonio.

El debate continuó:

Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla? Él les dijo: Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio

no fue así. Y yo os digo que cualquiera que repudia su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera (Mateo 19:7-9).

Si analizamos en detalle la respuesta de Jesús, vemos que cuestionó la manera que los fariseos tenían de entender la ley del Antiguo Testamento. Moisés no había “ordenado” el divorcio sino que lo había *permitido* para casos especiales. (Moisés, por supuesto, era el vocero de Dios. Fue Dios quien permitió este desvío de su intención original por la presencia del pecado que violaba el matrimonio.) Jesús les recordó que hasta este permiso había sido dado solo por causa del pecado (la dureza de su corazón) y que por sí no anulaba la intención original del matrimonio.

Jesús luego dio su pronunciamiento sobre el tema -prohibiendo el divorcio excepto por causa de inmoralidad sexual. Sus palabras enigmáticas sobre un segundo matrimonio y el adulterio deben ser entendidas en relación con los divorcios inválidos e ilegítimos. Si se permite el divorcio en los casos que Dios no lo permite, entonces la pareja sigue casada a los ojos de Dios. Por lo tanto, un segundo matrimonio entre dos personas ilegítimamente divorciadas constituiría una relación de adulterio.

Más adelante, como lo expresamos en el capítulo anterior, Pablo extendió el permiso del divorcio para el caso del creyente que había sido abandonado por el no cristiano (1 Corintios 7:10-15). La Confesión de Westminster resume este tema. Expresa lo siguiente:

En el caso del adulterio después del matrimonio, es legítimo que la parte inocente solicite el divorcio; y que después del divorcio pueda contraer nuevo matrimonio, como si la parte ofensora se hubiese muerto... Aunque la corrupción del hombre puede ser tal que proponga otros argumentos indebidos para romper los lazos que Dios ha unido en el matrimonio; sin embargo, nada excepto el adulterio, o el abandono voluntario que de ningún modo pueden ser remediados por la iglesia, o el magistrado civil, es motivo suficiente para disolver los lazos del matrimonio; por lo cual, deberá cumplirse con un procedimiento público y ordenado; y las personas involucradas no deberán ser dejadas libres a su voluntad, y su discreción, para su propio caso¹.

Resumen

1. La Biblia no suscribe el divorcio “sin ninguna causal”.
2. Jesús repudió la posición liberal sostenida por los fariseos con respecto al divorcio.
3. Moisés permitió, pero no ordenó, el divorcio.
4. Jesús permitió el divorcio para los casos de inmoralidad sexual.
5. Jesús enseñó que el matrimonio entre dos personas ilegítimamente divorciadas constituye adulterio.
6. Pablo agregó la deserción por parte del no creyente como otra causal para el divorcio.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 5:31-32

Mateo 19:3-9

Romanos 7:1-3

1 Corintios 7:10-16

Parte
X

Los tiempos
postreros

El retrato bíblico del Anticristo ha despertado mucho interés no solamente en los círculos cristianos sino en la cultura secular, siendo caldo de cultivo para películas de Hollywood y novelas fantásticas. El Anticristo es el último villano, la suprema corporalización de todo el mal, elevado a la mayor potencia.

El Nuevo Testamento nos pinta al Anticristo de manera algo enigmática. Hay mucha confusión y debate sobre su papel y su naturaleza. El término *anti-* que se utiliza para describirle (o describirlo) puede significar tanto “contra” como “en lugar de”. El Anticristo es alguien que no solo se opone a Cristo, sino que procura usurpar el lugar que por derecho le corresponde a Cristo. Busca sustituir a Cristo. El Anticristo, por lo tanto, es un falso Cristo, que procura engañar a la gente haciéndole creer que él es el verdadero Cristo.

La identidad del Anticristo ha sido motivo de mucho debate. ¿El Anticristo es una persona, un poder o una institución? ¿El Anticristo es una figura religiosa o política, o ambas? ¿Hay un solo Anticristo, o varios? El Anticristo ha sido identificado con el tiempo por los cristianos como una persona particular en la historia, como Nerón, Hitler, Mussolini, para nombrar algunos pocos. Muchos protestantes han identificado al papado de Roma como la institución del anticristo, mientras que otros piensan que el Anticristo se trata de una figura o poder que todavía no ha sido revelado.

Juan nos habla de “muchos anticristos” (1 Juan 2:18) y del “espíritu del Anticristo” que “ya está en el mundo” (1 Juan 4:3). A partir de esto podemos concluir que durante el período comprendido entre la época apostólica y el regreso de Cristo habrán varias manifestaciones del anticristo, al menos en espíritu y en poder.

El apóstol Pablo nos señala que una manifestación especial del anticristo aparecerá antes de la segunda venida de Cristo. Este “hombre de pecado” vendrá de acuerdo con la obra de Satanás y tendrá su sello de poder en “el templo de Dios” (2 Tesalonicenses 2:1-12). Algunos creen que esto solo puede ocurrir si se restaura

la adoración en el templo en la nación de Israel, otros lo interpretan como una referencia a una aparición dentro del “templo” del Nuevo Testamento, la iglesia cristiana.

La venida del Anticristo está relacionada con una gran apostasía de la iglesia. Posiblemente se considere una alianza entre el gobierno secular y las instituciones religiosas. La meta del Anticristo es luchar contra el pueblo de Dios y buscar la destrucción de Cristo y de su reino. La Biblia nos asegura que, sin embargo, a pesar del tremendo poder e influencia del Anticristo, su derrota, su juicio, y su perdición están aseguradas. En última instancia, no es un contendiente para el Cristo vivo y verdadero.

Resumen

1. El Anticristo trabaja “contra” y “en lugar de” Cristo.
2. El Anticristo se ha manifestado a lo largo de la historia de la iglesia en distintas personas e instituciones.
3. La Biblia predice una manifestación especial del Anticristo con un poder e influencia extraordinarios en los postreros tiempos.
4. El Anticristo será derrotado por Cristo.

Pasajes bíblicos para la reflexión

- 2 Tesalonicenses 2:1-12
- 1 Juan 2:18-23
- 1 Juan 4:1-6
- 2 Juan 1:7

LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

La iglesia de todas las épocas ha anticipado con gozo la segunda venida prometida de Cristo. Así como su primera venida aseguró nuestra redención, su segunda venida es la esperanza bendita de la iglesia para la consumación de su reino.

La palabra del Nuevo Testamento más utilizada para señalar la segunda venida de Cristo es *Parusía*. La *Parusía* se refiere a la “aparición”, la “manifestación”, o la “venida” de Jesús en gloria al cumplirse el tiempo. Se refiere a la expectativa de la iglesia sobre la segunda venida o el segundo advenimiento de Cristo.

La Biblia nos enseña que la venida de Jesús será personal y visible. Aunque su venida será con poder, incluirá más que una visitación de su poder. Incluirá su propia persona. Su venida no será ni secreta ni invisible. Su aparición será acompañada de nubes de gloria así como su partida en la ascensión. Habrá un despliegue celestial de aclamación, acompañado por la voz de un arcángel.

En la venida de Cristo, la iglesia experimentará un arrebatamiento —será arrebatada en el aire para encontrarse con Cristo cuando venga. La teología de la Reforma enseña que el arrebatamiento no será secreto sino público y manifiesto. Su propósito no es llevarse a los escogidos por un tiempo mientras que Cristo regresa para una segunda “Segunda Venida”. El propósito del arrebatamiento es permitirle a los santos encontrarse con Jesús en el aire cuando vuelva y ser incluidos como su séquito durante su descenso triunfal desde el cielo. Su venida de esta manera será asistida por la resurrección general, el juicio final, y el fin del mundo.

Los cristianos de cada generación son llamados a ser vigilantes mientras permanecen en vela esperando la *Parusía*, para que su venida no los tome por sorpresa, como un ladrón en la noche. También se nos anima a recordar esta manifestación futura maravillosa para alentarnos en nuestro trabajo presente.

Nadie sabe ni el día ni la hora de la venida de Cristo. Muchas personas han tratado de calcular la hora, solo para avergonzarse del fracaso de sus predicciones específicas. El llamado de la

Escritura es a permanecer vigilantes. Debemos velar por los signos de su proximidad. Aunque Cristo se ha demorado por siglos, haciendo que la esperanza de muchos se desvaneciera, cada día que pasa nos acerca a su venida tan esperada.

Resumen

1. La iglesia tiene la certeza de la venida prometida de Cristo.
2. La Parusía de Cristo será personal y visible.
3. Cristo vendrá como partió en su ascensión —en una nube de gloria.
4. La iglesia se encontrará con Cristo para acompañarlo en su reentrada triunfal a la tierra.
5. La iglesia debe estar vigilante, velando por la venida de Cristo, pero evitando caer en la tontería de predicciones dogmáticas sobre el día y la hora de su venida.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 24:1-25:46

Mateo 26:64

Lucas 21:5-36

Hechos 1:4-11

1 Tesalonicenses 4:13-5:11

Tito 2:11-14

EL REINO DE DIOS

La historia mundial ha sido testigo de múltiples formas divergentes de gobierno. Las formas más comunes han sido las dictaduras basadas en el poderío militar, las repúblicas gobernadas por la ley, las democracias gobernadas por el voto de la mayoría, y dos tipos de monarquía —las monarquías constitucionales (en las que el poder del monarca tiene límites) y las monarquías absolutas (en las que la palabra del monarca es la ley).

El reino de Dios es una monarquía absoluta. Dios no tiene ninguna constitución externa que lo limite. No busca el consentimiento de los gobernados para ejercer su dominio sobre ellos. No está limitado por referendos ni por el voto de la mayoría. Su palabra es la ley; su gobierno es absolutamente soberano.

En cualquier monarquía, las virtudes del honor y la lealtad al trono son extremadamente importantes. No hay ninguna monarquía donde estos elementos sean más vitales que en el reino de Dios. No obstante esto, el pecado principal de la raza humana se funda en nuestra negación a honrar a Dios como Dios (Romanos 1:21) y en nuestra deslealtad hacia el Rey de Reyes.

El tema del reino de Dios es un motivo central que como un hilo atraviesa el Antiguo y el Nuevo Testamento. El tema pone el acento sobre el reinado de Dios sobre su pueblo. El Mesías que viene es anunciado como el Rey ungido de Dios que ocupará el trono en el cielo como el Rey de Reyes y el Señor de Señores.

El Antiguo Testamento apunta al reino como aconteciendo en el futuro. El Nuevo Testamento comienza con el anuncio de Juan el Bautista diciendo que “el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:2). La situación histórica es descrita con imágenes como que “el hacha está puesta a la raíz de los árboles” (Mateo 3:10) y que “su aventador está en su mano, y limpiará su era” (Mateo 3:12), lo que está indicando una proximidad radical. Fue la entrada a la historia del reino de Dios lo que el evangelio del Nuevo Testamento estaba anunciando. El mensaje de Juan de que “el Rey ya viene” estaba señalando la urgencia de los tiempos.

El acento de la propia predicación de Jesús también está puesto sobre el anuncio del evangelio del reino. Declara que el

reino ha venido con poder y que está en medio de su pueblo. En su ascensión, Jesús le ordenó a sus discípulos que fuesen sus testigos en el mundo. Deben testificar el reino de Jesús como el Rey de Reyes. La posición presente de Jesús como Rey cósmico es invisible. El mundo ignora su soberanía o la niega. La tarea de la iglesia es dar testimonio visible de este reino invisible.

Jesús inauguró el reino de Dios. Ya ha ocupado su trono en el cielo. Pero es como si fuera un rey en el exilio, con unos pocos sujetos leales. Cuando regrese, consumará plenamente su reinado.

El Nuevo Testamento nos está indicando que el reino de Dios es tanto presente como futuro. Existe un “ya” y un “todavía no” en este reino. Ambos aspectos deben ser entendidos y aceptados por los cristianos. Considerar al reino como totalmente realizado o como un acontecimiento completamente futuro es violar el mensaje del Nuevo Testamento. Servimos a un Rey que ya ha ocupado su trono. Sin embargo, aguardamos su regreso triunfal en gloria, cuando toda rodilla se doblará delante de Él.

Resumen

1. El reino de Dios es un gobierno absoluto.
2. El tema del reino de Dios vincula el Antiguo con el Nuevo Testamento.
3. El Nuevo Testamento anuncia la inauguración del reino de Dios con la aparición de Jesús y su subsiguiente ocupación del trono.
4. El reino de Dios ya existe en la actualidad pero se consumará plenamente con su gloriosa venida.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Salmo 10:16-18

Salmo 22:27-31

Daniel 2:44

Juan 18:36

Hebreos 1:8-14

99

EL CIELO

Una canción popular dice: “Esto es el cielo... cuando estoy contigo”. Sin duda que es una bendición estar en comunión próxima con un ser amado. Pero de la misma manera que no hay ninguna situación sobre esta tierra que pueda ser comparada con la miseria del infierno, tampoco hay ningún gozo terrenal que pueda servir para hacer una analogía adecuada de las maravillas del cielo.

De la misma manera que nos encontramos con imágenes bíblicas espantosas para el infierno, así nos encontramos con imágenes bíblicas ricas y prometedoras para el cielo. Se lo asemeja a un paraíso, al seno de Abraham, a una ciudad gloriosa descendiendo desde el cielo. Se describe la Nueva Jerusalén como teniendo calles de oro, un lugar donde las paredes están cubiertas de piedras preciosas, y es el lugar del gozo perpetuo que no tendrá fin.

Lo que más llama la atención sobre el cielo es además lo que está ausente de él. No habrá: (1) lágrimas, (2) tristeza, (3) muerte, (4) dolor, (5) oscuridad, (6) impíos, (7) pecado, (8) templos, (9) el sol o la luna, (10) la maldición por el pecado de Adán (véase Génesis 3:14-19).

Entre las cosas que estarán presentes se incluyen: (1) los santos, (2) el río del agua de la vida, (3) la fruta que sana, (4) el Cordero de Dios, (5) la adoración, (6) el banquete de bodas entre el Cordero y su esposa, (7) la cara descubierta de Dios, y (8) el sol de la justicia.

El cielo es allí donde está Cristo. Es el estado de eterna felicidad de la comunión con el Dios-hombre. Jonathan Edwards, al tratar de expresar el gozo que los creyentes encontrarán en el cielo escribe que los santos

nadarán en el océano del amor, estarán inmersos por los rayos del amor divino, infinitamente brillantes, y infinitamente tiernos y dulces; eternamente recibiendo la luz, eternamente llenos de la luz, y eternamente rodeados por ella, y por siempre reflejándola hacia la fuente de la luz¹.

Si bien los santos se han de regocijar en la comunión con su Dios y Salvador, no hay ningún motivo para creer que no se

reconocerán entre sí ni tendrán comunión con los santos que conocieron sobre esta tierra. El cielo es la morada de todo lo bueno.

Habrà grados de bendición en el cielo. Pablo utiliza una metáfora de estrellas de distinto brillo iluminando el mismo cielo para describir esto. No obstante, es necesario aclarar algunos puntos a este respecto. En primer lugar, todas las estrellas brillarán. Es decir, no habrá tristeza en el cielo. Todos los que estén allí serán bendecidos mucho más que lo que nos podemos imaginar. En segundo lugar, la obra expiatoria de Cristo tiene la misma eficacia salvífica para todos los santos. Por último, las “obras” del creyente, que le “merecerán” mayor o menor bendición, no son buenas en sí mismas. Más bien es la complacencia soberana de Dios considerar estas obras como meritorias. Lo hace solamente por amor a Cristo. Mientras que el horror más grande del infierno es la eternidad, uno de nuestros gozos más grandes en el cielo es la seguridad de que no terminará jamás. El último enemigo, la muerte, no será más. Lucas 20:34-38 le asegura al creyente que el premio del cielo es sempiterno.

El gozo más elevado del cielo será la visión beatífica, ver el rostro de Dios. Este gozo inefable, sin embargo, nos llegará a través de los ojos del alma. Dios es espíritu, y los escogidos lo han de ver en espíritu. Este es el premio, ganado por Cristo, disfrutado por sus hijos.

Resumen

1. El cielo incluirá la ausencia de todo lo que trae dolor y muerte.
2. El cielo será un lugar sin pecado y sin las consecuencias del pecado.
3. El cielo será un lugar donde los creyentes disfrutarán la presencia inmediata de Cristo.
4. El cielo incluirá la visión beatífica, la gloriosa experiencia de contemplar el rostro de Dios, algo que no es posible en esta vida.
5. El cielo será un lugar para disfrutar las recompensas de Dios para siempre.
6. Ningún conocimiento o experiencia sobre esta tierra podrá empañar la plenitud del gozo que experimentaremos en el cielo.

Pasajes bíblicos para la reflexión

1 Corintios 15:50-57

2 Corintios 5:1-8

1 Pedro 1:3-9

Apocalipsis 21-22

Hay un cuento sobre un pequeño niño que luchaba con la idea de Dios que estaba aprendiendo de sus padres. Lo que le molestaba más era que se le decía que Dios era invisible. ¿Cómo podía adorar y servir a un Dios que no podía ver? Ya era conciente de la máxima “Ojo que no ve, corazón que no siente”. Frustrado por la teología de un Dios invisible, exclamó: “¡Quiero un Dios que tenga piel!”

Es probable que el deseo de un Dios que tenga piel sea uno de los factores que impulsa a la humanidad a adorar a los ídolos. Los ídolos de piedra o de madera, aunque son sordos y mudos y sin ningún poder para ayudarnos, al menos son visibles. Son un sustituto diseñado para satisfacer el anhelo de nuestros ojos por la majestad de Dios.

Pablo escribió que la humanidad es culpable de cambiar “la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible” (Romanos 1:23), y de cambiar “la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén” (Romanos 1:25).

Hasta los discípulos expresaron un deseo de ver el rostro de Dios directamente. También ellos estaban sufriendo por la invisibilidad elusiva de Dios. Cuando Jesús se encontró con sus discípulos para la Última Cena en el aposento alto, Felipe le dijo: “Señor, muéstranos al Padre, y nos basta” (Juan 14:8). Felipe habló por cada creyente. Podríamos lograr nuestra satisfacción con un atisbo del rostro descubierto de Dios. Verlo en su esplendor santo ya sería suficiente. Satisfacería nuestra alma y calmaría nuestro espíritu atribulado.

Si Jesús alguna vez expresó fastidio o ansiedad con las preguntas de sus discípulos, fue con respecto a este pedido. Contestó: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre?” (Juan 14:9).

Al comienzo de su ministerio sobre esta tierra, Jesús había predicado el Sermón del Monte, comenzando por las Bienaventuranzas. Allí había pronunciado su bendición sobre los puros de corazón, y les había prometido que ellos verían a Dios. Sin duda

que para aquellos que ansían ver a aquel que es el objeto supremo de nuestra adoración y amor, representa una carga que Dios no pueda ser visto hoy en su gloria y que permanezca invisible a los ojos. Desde el momento en que Dios cerró el acceso al Paraíso con un ángel blandiendo una espada de fuego, ha sido el mandato de Dios que ningún ser humano podría verlo al descubierto. Dios le respondió incluso a Moisés, que le pidió ver la gloria descubierta de Dios: “Mas no se verá mi rostro” (Éxodo 33:23).

Sin embargo, los redimidos esperan ansiosos el momento cuando podrán ver a través del velo y contemplar directamente la pureza del esplendor de Dios. El motivo por el cual ahora no la podemos ver no se debe a ninguna deficiencia de nuestros ojos, sino a la falta de pureza de nuestros corazones. Cuando seamos glorificados en el cielo y nuestros corazones hayan sido purificados podremos disfrutar el gozo inefable de contemplarlo como Él es gloria.

La visión beatífica lleva este nombre porque es la promesa de la visión de Dios, promesa que constituye la máxima bendición al alma humana. La bendición más importante de Israel era: “Jehová te bendiga, y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz” (Números 6:24-26).

Juan nos promete que si bien el misterio rodea mucho de lo que nos espera en el cielo, de esto podemos estar seguros: que “seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es puro” (1 Juan 3:2).

Esta promesa nos está asegurando que en el cielo Dios se nos manifestará de una forma que es más que una teofanía (una manifestación externa de la gloria de Dios, como en el caso de la zarza ardiendo). La visión trascenderá la visión de la zarza ardiendo o la columna de nube conduciendo al pueblo. Veremos más que una representación externa o una imagen reflejada. Lo veremos “como él es”. Podremos, de algún modo, ojear su misma esencia. No habrá ninguna necesidad de piel.

Resumen

1. La invisibilidad de Dios es con frecuencia causa para los actos humanos de idolatría.
2. Cristo manifestó la imagen perfecta de Dios; verlo a Él es verlo al Padre.

3. La visión de Dios ha sido prometida para los puros de corazón.
4. Ningún mortal puede ver el rostro de Dios hasta que seamos purificados en el cielo.
5. La visión futura de Dios es llamada “beatífica” porque inundará nuestras almas con bendición.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Éxodo 32:1-33:23

Números 6:24-26

Mateo 5:8

Juan 14:1-11

Apocalipsis 22:1-5

Frecuentemente hemos escuchado afirmaciones tales como “La guerra es un infierno” o “Pasé por un infierno”. Estas expresiones, por supuesto, no deben ser tomadas en un sentido literal. Más bien están reflejando nuestra tendencia a utilizar la palabra *infierno* como un término descriptivo de la experiencia humana más espantosa. Sin embargo, no hay ninguna experiencia humana en este mundo que pueda compararse con el infierno. Si tratamos de imaginar el sufrimiento más atroz aquí y ahora, nuestra imaginación todavía no habrá alcanzado la realidad espantosa del infierno.

El infierno es considerado algo trivial cuando se lo utiliza en expresiones soeces. El utilizar esta palabra con ligereza puede ser un tibio intento humano de considerar el concepto con ligereza o de una manera entretenida. Solemos burlarnos de las cosas que más temor nos causan como un esfuerzo fútil para quitarles las garras y los colmillos, reduciendo así su poder amenazador.

No hay ningún concepto bíblico más horrendo ni más aterrador que la idea del infierno. Es tan poco popular que muy pocos creerían en este concepto si no fuera que nos viene de las propias enseñanzas de Cristo.

Casi toda la enseñanza bíblica sobre el infierno nos viene de labios de Jesús. Es en esta doctrina, más que en ninguna otra, donde se pone más a prueba la lealtad del cristiano a la enseñanza de Cristo. Los cristianos modernos han hecho muchos esfuerzos para minimizar el infierno de manera de eludirlo o de suavizar la enseñanza de Jesús. La Biblia nos describe al infierno como un lugar de oscuridad, un lago de fuego, un lugar de llanto y de crujir de dientes, un lugar de eterna separación de las bendiciones de Dios, una prisión, un lugar de tormento donde el gusano no morirá jamás. Estas imágenes tan gráficas del castigo eterno nos llevan a preguntarnos: ¿Debemos tomar estas descripciones literalmente o son solo símbolos?

Yo sospecho que se tratan de símbolos, pero eso no es ningún alivio. No debemos pensar que son *simplemente* símbolos. Es muy probable que el pecador en el infierno prefiera un lago literalmente de fuego como su morada eterna que la realidad del infierno

representada en la imagen del lago de fuego. Si estas imágenes son símbolos, entonces debemos concluir que la realidad es peor que lo que el símbolo sugiere. La función de los símbolos es señalar algo más allá de ellos, hacia un estado más intenso que el contenido del símbolo. No puede servir de ningún consuelo para aquellos que los consideran simplemente como símbolos el que Jesús haya utilizado los símbolos más espantosos que sea posible imaginar.

Un suspiro de alivio parece escucharse cuando alguien declara: “El infierno es el símbolo de la eterna separación de Dios”. Ser separado de Dios por la eternidad no representa una gran amenaza para la persona impenitente. Los impíos no quieren otra cosa que estar separados de Dios. El problema que tendrán en el infierno no será la separación de Dios, será la presencia de Dios lo que los atormentará. En el infierno, Dios estará presente en la plenitud de su ira divina. Estará allí para ejercer su justo castigo sobre los malditos. Lo conocerán entonces como el fuego consumidor.

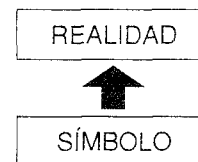
De cualquier modo que analicemos el concepto del infierno siempre termina siendo un lugar de crueldad y de castigo. Sin embargo, si es que hay algún consuelo en el concepto del infierno es la plena seguridad que no habrá crueldad allí. Es imposible que Dios sea cruel. La crueldad implica infligir un castigo que sea más severo o más duro que el crimen. La crueldad está en la esencia misma de la injusticia. Dios es incapaz de infligir un castigo injusto. El Juez de todo el mundo sin duda hará lo que es el bien. Ninguna persona inocente sufrirá bajo su mano.

Posiblemente el aspecto más aterrador del infierno es su eternidad. Las personas pueden soportar la más angustiante de las agonías siempre y cuando sepan que en algún momento ha de terminar. En el infierno esta esperanza no existirá. La Biblia nos enseña con claridad que el castigo ha de ser eterno. Se utiliza la misma palabra para referirse a la vida eterna y la muerte eterna. El castigo implica dolor. La aniquilación, que algunos han postulado, no implica dolor. Jonathan Edwards, al predicar sobre Apocalipsis 6:15-16 dijo: “Los hombres malvados de aquí en más desearán con todas sus fuerzas convertirse en nada y dejar de ser para poder escapar de la ira de Dios”¹.

El infierno, entonces, es una eternidad frente a la ira de Dios, justa y siempre ardiendo; un tormento en el sufrimiento, del cual no hay escapatoria posible ni alivio. Comprender esto es crucial para apreciar la obra de Cristo y para predicar su evangelio.

Resumen

1. El sufrimiento en el infierno no es comparable a ninguna experiencia de miseria que podamos hallar en esta tierra.
2. El infierno fue incluido con claridad en la enseñanza de Jesús.
3. Si las descripciones bíblicas del infierno son símbolos, entonces la realidad será peor que los símbolos.



4. El infierno es la *presencia* de Dios en su ira y en su juicio.
5. No hay crueldad en el infierno. El infierno será un lugar de perfecta justicia.
6. El infierno es eterno. No hay ninguna escapatoria ni por el arrepentimiento ni por la aniquilación.

Pasajes bíblicos para la reflexión

Mateo 8:11-12

Marcos 9:42-48

Lucas 16:19-31

Judas 1:3-13

Apocalipsis 20:11-15

NOTAS

- Introducción
1. J. V. Langmead Casserley, *Apologetics & Evangelism* (Louisville: Westminster, 1970).
 2. John Stott, *Christ the Controversialist* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1970).
 3. John Bunyan, *Pilgrim's Progress* (Wheaton, Ill.: Tyndale House Publishers, 1991), 11-15.
 4. Allan Bloom, *The Closing of the American Mind* (New York: Simon & Schuster, 1987).
 5. C. S. Lewis, "On the Reading of Old Books", in *God in the Dock: Essays on Theology in Ethics* (Grand Rapids: Eerdmans, 1970), 204-205.
- Capítulo 3
1. Juan Calvino, *Institutes of the Christian Religion*, trad. Henry Beveridge, 2 vols., bk I (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1975) 43.
- Capítulo 9
1. Roland H. Bainton, *Here I Stand: A Life of Martin Luther* (Nashville: Abingdon Press, 1978).
- Capítulo 20
1. *Confesión de Fe de Westminster*, cap. 5, sec 1.
- Capítulo 26
1. *Confesión de Westminster*, cap. 8, sec. 1.
- Capítulo 33
1. Calvino, *Institutes*.
- Capítulo 35
1. Calvino, *Institutes*.
- Capítulo 39
1. Martín Lutero, *Bondage of the Will* (Old Tappan, NJ: Revell, 1957), 70.
 2. Calvino, *Institutes*.
- Capítulo 44
1. William Shakespeare, *Obras completas*, trad. M. J. Barroso Bonzón, 5ta. edición, (Madrid), Acto 5, Escena 5.
- Capítulo 50
1. *Catecismo Mayor de Westminster*, pregunta Número 24.
 2. Calvino, *Institutes*.
- Capítulo 51
1. *Confesión de Westminster*, art. 6:1.
 2. *Confesión de Westminster*, art. 6:1-4.
- Capítulo 53
1. Roland H. Bainton, *Here I Stand: A Life of Martin Luther* (Nashville: Abingdon Press, 1978).
- Capítulo 60
1. Charles Colson, *Born Again* (Old Tappan, N.J.: Revell, 1977).
- Capítulo 63
1. Jonathan Edwards, *The Freedom of the Will*, ed. Paul Ramsey (New Haven: Yale University Press, 1973), 137.
 2. Edwards, *The Freedom of the Will*, 156.
- Capítulo 78
1. Calvino, *Institutes*.
- Capítulo 81
1. Calvino, *Institutes*.
- Capítulo 84
1. *Confesión de Westminster*, art. 22:3.

Capítulo 91	1. Calvino, <i>Institutes</i> .
	2. Calvino, <i>Institutes</i> .
	3. Calvino, <i>Institutes</i> .
Capítulo 93	1. <i>Confesión de Westminster</i> , art. 23:1, 3.
Capítulo 95	1. <i>Confesión de Westminster</i> , art. 24:5, 6.
Capítulo 99	1. Jonathan Edwards, <i>The Works of Jonathan Edwards</i> , vol. 2 (Carlisle, Pa.: Banner of Truth, 1979), 29.
Capítulo 101	1. John H. Gerstner, <i>Heaven & Hell</i> (Orlando: Ligonier Ministries, 1991), 75.

ÍNDICE

Génesis 1	66	2 Crónicas 26:16-20	293
Génesis 1:1-2	122	Esdras 10:5	267
Génesis 1:1-2:3	117	Nehemías 8:8	30
Génesis 1:1-2:25	147	Nehemías 9:32-33	59
Génesis 1:3ss.	116	Job 1:6-12	155
Génesis 1:26-27	143	Job 11:7-9	46
Génesis 1:27	141, 143	Job 13:15	278
Génesis 2:1-3	264	Job 38:1-41:34	35, 69
Génesis 2:17	82	Job 42:2	42
Génesis 2:24	296	Salmo 2:10-12	293
Génesis 3:1-24	165	Salmo 5:1-3	280
Génesis 3:14-19	309	Salmo 8:3-5	141
Génesis 9:6	144	Salmo 10:16-18	308
Génesis 15	80	Salmo 14:1	5
Génesis 15:7-21	80	Salmo 19:1-14	6, 13
Génesis 17:1	43	Salmo 19:7-11	288
Génesis 18:25	58, 59	Salmo 22:27-31	308
Génesis 27:30-46	221	Salmo 25:8-10	55
Génesis 50:20	68	Salmo 33:1-19	66
Éxodo 3:1-6	52	Salmo 51	141
Éxodo 4:1-9	73	Salmo 51:5	164
Éxodo 7:1-5	191	Salmo 51:10, 17	222
Éxodo 20	79, 80	Salmo 90:2	40
Éxodo 20:2	79	Salmo 99:1-9	52
Éxodo 20:1-17	18	Salmo 100:1-5	55
Éxodo 20:8-11	264	Salmo 104:24-26	66
Éxodo 20:16	265	Salmo 110	111, 112
Éxodo 32:1-33:23	315	Salmo 115:3	18, 43
Éxodo 33:23	314	Salmo 116:11	265
Éxodo 34:6-7	55, 59	Salmo 119	16
Números 6:24-26	314, 315	Salmo 119:9-16	288
Números 11	130	Salmo 119:105	127
Deuteronomio 6:4	37, 38	Salmo 139:1-18	35
Deuteronomio 6:4-5	276	Salmo 139:7-8	122
Deuteronomio 6:4-9	xxi	Salmo 139:7-10	46
Deuteronomio 10:20	267	Salmo 145:17	59
Deuteronomio 18:15-22	20	Salmo 147:5	49
Deuteronomio 29:29	34	Proverbios 16:4	187, 191
Deuteronomio 30:6	197	Eclesiastés 5:4-5	265
Deuteronomio 30:19-20	207	Eclesiastés 9:10	16
1 Samuel 2:2	52	Eclesiastés 12:7	147
1 Reyes 8:27	46	Isaías 6	20
1 Reyes 16:29-34	178	Isaías 6:1-13	52
1 Reyes 17:21-24	73	Isaías 7:10-16	96
2 Crónicas 6:22-23	267	Isaías 40:3	102

Isaías 42:1-4	112	Mateo 15:1-20	286	Lucas 22:31	155	Juan 17:17	15, 16
Isaías 55:8-9	35	Mateo 16:13-21	117	Lucas 23:34	174, 175	Juan 18:36	308
Isaías 58:13	263	Mateo 16:19	249	Lucas 23:43	233, 235	Juan 19:11	77
Isaías 58:13-14	264	Mateo 16:25	9	Lucas 24:44-45	24	Juan 20:23	249
Isaías 61:1	102	Mateo 17:1-9	104	Lucas 24:46-47	222	Juan 20:28	85, 86
Jeremías 10:1-16	66	Mateo 18:3	215	Lucas 24:50-53	107	Hechos 1:4-11	306
Jeremías 17:9	165, 169	Mateo 18:15-17	248	Lucas 24:50-53	107	Hechos 1:9-11	105
Jeremías 23:23-24	46	Mateo 18:15-20	249	Juan 1:1	115	Hechos 2:1-11	131
Jeremías 31:31-34	80	Mateo 19:1-9	296	Juan 1:1-3	85	Hechos 2:16-21	131
Jeremías 34:18	80	Mateo 19:21	285	Juan 1:1-5	40	Hechos 2:22-24	69
Ezequiel 11:5	49	Mateo 19:3-6	297	Juan 1:1-14	86, 91	Hechos 2:40-47	252
Ezequiel 18:30-32	222	Mateo 19:3-9	299	Juan 1:1-18	99, 117	Hechos 3:17-26	112
Ezequiel 36:26-27	183, 194, 197	Mateo 19:7-9	298	Juan 1:14	97, 98	Hechos 5:3-4	121, 122
Daniel 2:44	308	Mateo 23:22-29	286	Juan 1:18	98	Hechos 5:32	126
Daniel 4:34-35	69	Mateo 23:23-24	286	Juan 2:11	73	Hechos 7:55-56	107
Daniel 7	115	Mateo 24:1-25:46	306	Juan 2:17	87, 93	Hechos 8	130
Joel 2:28-29	131	Mateo 26:26-29	257	Juan 3:1-21	231	Hechos 10	130
Joel 2:28-32	20	Mateo 26:36-41	151	Juan 3:3	195	Hechos 10:47	130
Sofonías 1	183	Mateo 26:64	306	Juan 3:6	151	Hechos 14:8-18	13, 141
Mateo 1:21	204	Mateo 28:19	38	Juan 3:16	204	Hechos 15:1-29	286
Mateo 1:23	96	Mateo 28:19-20	252	Juan 3:16-17	183	Hechos 15:15-16	27
Mateo 3:2	307	Mateo 28:20	256	Juan 4:34	88, 93	Hechos 15:18	49
Mateo 3:10	307	Marcos 1:1-5	102	Juan 5:30	88	Hechos 15:28	126
Mateo 3:12	307	Marcos 1:21-28	158	Juan 6:35-40	227	Hechos 17:16-34	13
Mateo 3:13-17	102	Marcos 2:1-12	85	Juan 6:44, 65	207	Hechos 17:22-31	40, 46, 141
Mateo 3:15	88, 94	Marcos 2:10	115	Juan 7:37-39	131	Hechos 17:28	40, 146
Mateo 3:16-17	38	Marcos 2:28	85, 86	Juan 8:34-36	207	Hechos 19	130
Mateo 4:1-11	26, 155	Marcos 9:42-48	319	Juan 8:58	86	Hechos 19:1-7	134
Mateo 4:4	15	Marcos 10:15	ix	Juan 10:27-30	204, 227	Hechos 19:7	264
Mateo 5:8	315	Marcos 10:15	ix	Juan 10:35	15	Hechos 20:7	222
Mateo 5:17-20	18	Marcos 13:11	134	Juan 13:18	187	Hechos 20:17-21	222
Mateo 5:31-32	299	Marcos 13:24-27	104	Juan 14:1-11	315	Hechos 20:28	204
Mateo 5:33-37	267	Marcos 14:22-25	262	Juan 14:8	313	Romanos 1:1-6	244
Mateo 5:43-48	276	Lucas 1:26-38	112	Juan 14:9	313	Romanos 1:3-4	96
Mateo 7:1-5	250	Lucas 1:34	95	Juan 14:13-14	280	Romanos 1:16-17	183
Mateo 7:15-20	20	Lucas 1:35	95	Juan 14:15	282, 283, 288	Romanos 1:16-32	211
Mateo 7:21-23	231	Lucas 1:37	42, 95	Juan 14:16	133	Romanos 1:18-23	4, 13, 141
Mateo 8:11-12	319	Lucas 8:5-8	226	Juan 14:16-18	134	Romanos 1:20	210
Mateo 9:1-8	117	Lucas 8:15	226	Juan 15:1-8	224	Romanos 1:21	307
Mateo 10:28	145, 147	Lucas 8:49-56	235	Juan 15:5	207	Romanos 1:23	313
Mateo 10:39	8	Lucas 8:52	233	Juan 15:13	126	Romanos 1:25	313
Mateo 11:20-24	160	Lucas 10:17-20	158	Juan 15:26	136	Romanos 2:1-11	160, 161
Mateo 12:1-14	264	Lucas 11:14-26	158	Juan 16	123	Romanos 2:4	222
Mateo 12:22-32	175	Lucas 11:39-44	172	Juan 16:13	124	Romanos 2:12-16	12, 172
Mateo 12:31-32	173	Lucas 16:19-31	319	Juan 16:13-15	128	Romanos 2:14-15	13
Mateo 13:11	9	Lucas 20:34-38	310	Juan 17:9-12	204	Romanos 2:15	171
Mateo 13:24-43	246	Lucas 21:5-36	306	Juan 17:12	227	Romanos 3:9-4:8	220
		Lucas 22:20	80	Juan 17:13-23	240	Romanos 3:10-12	168

Romanos 3:10-26.....	161, 165	Romanos 9:10-12, 16.....	186	1 Corintios 13:11.....	x, xx	Efesios 1:7-12.....	194
Romanos 3:19-26.....	286	Romanos 9:14.....	58	1 Corintios 13:12.....	237	Efesios 1:11.....	43, 77
Romanos 3:20.....	217	Romanos 9:14-15.....	186	1 Corintios 13:13.....	276, 277	Efesios 1:22-23.....	248
Romanos 3:20-26.....	82	Romanos 9:14-18.....	77	1 Corintios 14:20.....	x, xx	Efesios 2:1.....	168
Romanos 3:21-28.....	200, 218	Romanos 9:14-33.....	59	1 Corintios 14:26-33.....	131	Efesios 2:1-3.....	151, 169, 194
Romanos 3:23.....	159, 167	Romanos 9:15.....	58	1 Corintios 14:33.....	9	Efesios 2:1-10.....	168, 195, 218
Romanos 3:27-31.....	283	Romanos 10:5-13.....	82, 215	1 Corintios 15:1-58.....	238	Efesios 2:3.....	168
Romanos 3:31.....	281	Romanos 10:14-17.....	211	1 Corintios 15:3-8.....	24	Efesios 2:4-10.....	215
Romanos 4:1-8.....	224	Romanos 11:13.....	244	1 Corintios 15:9.....	244	Efesios 2:8-9.....	211, 224
Romanos 4:11-12.....	254	Romanos 11:13-24.....	248	1 Corintios 15:35-55.....	147	Efesios 2:19-22.....	122, 246
Romanos 5:1.....	110	Romanos 11:33-36.....	35, 49, 69	1 Corintios 15:42-57.....	144, 290	Efesios 3:1-13.....	6
Romanos 5:1-5.....	224, 278	Romanos 11:36.....	43	1 Corintios 15:45-49.....	96	Efesios 4:1-6.....	246
Romanos 5:1-11.....	211	Romanos 12:1-21.....	273	1 Corintios 15:50-54.....	240	Efesios 4:1-6:20.....	273
Romanos 5:8.....	290	Romanos 13:1-4.....	291	1 Corintios 15:50-57.....	311	Efesios 4:7-8.....	107
Romanos 5:12-19.....	161, 165, 218	Romanos 13:1-7.....	293	1 Corintios 15:53.....	239	Efesios 4:11-162.....	0, 27
Romanos 5:17-19.....	200	Romanos 14:9-10.....	107	1 Corintios 16:1-2.....	264	Efesios 4:17-19.....	169
Romanos 5:18-21.....	94	Romanos 14:23.....	172	2 Corintios 1:12.....	231	Efesios 5:21-33.....	296
Romanos 6:1-2.....	283	Romanos 16:25-27.....	9	2 Corintios 3:17-18.....	136	Efesios 5:25-33.....	276
Romanos 6:1-4.....	252	1 Corintios 1:10-31.....	248	2 Corintios 3:18.....	240	Filipenses 1:6.....	226, 227
Romanos 6:3-4.....	254	1 Corintios 1:26-31.....	183	2 Corintios 4:7-18.....	277	Filipenses 1:19-26.....	234, 235
Romanos 7:1-3.....	299	1 Corintios 2:6-16.....	35	2 Corintios 5:1-8.....	311	Filipenses 2:5-8.....	88
Romanos 7:7-25.....	18, 288	1 Corintios 2:7.....	9	2 Corintios 5:1-10.....	234, 235	Filipenses 2:5-11.....	91
Romanos 7:13-8:17.....	151	1 Corintios 2:9.....	237, 238	2 Corintios 5:7.....	277	Filipenses 2:9.....	114
Romanos 7:14.....	168	1 Corintios 2:9-11.....	127	2 Corintios 5:16-21.....	218	Filipenses 2:9-11.....	85, 86
Romanos 7:23.....	168	1 Corintios 2:9-16.....	128	2 Corintios 5:17-19.....	224	Filipenses 2:12-13.....	xix, 136, 220
Romanos 8.....	226	1 Corintios 2:10-11.....	122	2 Corintios 5:19.....	200	Filipenses 3:7-11.....	218
Romanos 8:1-11.....	169	1 Corintios 4:8-13.....	277	2 Corintios 5:21.....	94, 102	Filipenses 3:7-14.....	290
Romanos 8:11.....	238	1 Corintios 5.....	250	2 Corintios 6:14-18.....	178	Filipenses 3:8-9.....	200
Romanos 8:5-8.....	207	1 Corintios 6:19-20.....	122	2 Corintios 7:1.....	290	Filipenses 3:20-21.....	238
Romanos 8:9-17.....	122	1 Corintios 7.....	296	2 Corintios 7:8-12.....	222	Filipenses 4:6-7.....	280
Romanos 8:15-17.....	231	1 Corintios 7:10-15.....	298	2 Corintios 13:14.....	38, 122, 123, 124	Colosenses 1:9-14.....	77
Romanos 8:16.....	126, 229	1 Corintios 7:10-16.....	299	Gálatas 2:11-21.....	218	Colosenses 1:15.....	97, 144
Romanos 8:18-23.....	147	1 Corintios 7:12-16.....	295	Gálatas 3:1-14.....	178, 211	Colosenses 1:15-19.....	99
Romanos 8:18-25.....	278	1 Corintios 7:19.....	288	Gálatas 3:10-14.....	82, 286	Colosenses 1:15-20.....	40
Romanos 8:26-27.....	133, 134, 280	1 Corintios 9:22.....	44	Gálatas 3:13.....	199	Colosenses 1:18.....	246
Romanos 8:28.....	54	1 Corintios 9:27.....	225	Gálatas 3:23-29.....	18	Colosenses 1:19.....	85, 86
Romanos 8:28-39.....	55	1 Corintios 10:13-17.....	257	Gálatas 3:24.....	288	Colosenses 2:8.....	xiii, 178
Romanos 8:29.....	144	1 Corintios 10:14-23.....	178	Gálatas 3:26-29.....	252	Colosenses 2:11-15.....	254
Romanos 8:29-30.....	240	1 Corintios 10:14-24.....	158	Gálatas 4:4.....	91, 96	1 Tesalonicenses 1:6-10.....	183
Romanos 8:30.....	187, 194, 197, 204, 226	1 Corintios 11:23-26.....	262	Gálatas 4:6.....	134, 136	1 Tesalonicenses 1:10.....	181, 200
Romanos 8:31-39.....	227	1 Corintios 11:23-34.....	252, 257	Gálatas 5:16-18.....	126	1 Tesalonicenses 2:13.....	16, 215
Romanos 8:33-34.....	110	1 Corintios 11:27-32.....	250	Gálatas 5:19-26.....	273	1 Tesalonicenses 4:3-8.....	296
Romanos 8:34.....	107	1 Corintios 12.....	131	Gálatas 5:22-23.....	272	1 Tesalonicenses 4:13-18.....	235, 238
Romanos 8:37.....	134	1 Corintios 12:1-14:40.....	273	Efesios 1:3-6.....	191	1 Tesalonicenses 4:13-5:11.....	306
Romanos 8:39.....	226	1 Corintios 12:12-14.....	246, 254	Efesios 1:3-14.....	187	2 Tesalonicenses 2:1-12.....	303, 304
Romanos 9.....	191	1 Corintios 13.....	275	Efesios 1:7.....	200	2 Tesalonicenses 2:5-10.....	155
		1 Corintios 13:1-13.....	276			2 Tesalonicenses 2:13-14.....	194

2 Tesalonicenses 2:13-15	187	Hebreos 9:23-28	107	1 Juan 2:18-23	304	2 Juan 1:7	304
1 Timoteo 1:18-20	250	Hebreos 10:5-10	88	1 Juan 2:19	225	Judas 1:3-13	319
1 Timoteo 2:1-4	293	Hebreos 11:1	210	1 Juan 3:1-3	278	Judas 1:4	191
1 Timoteo 2:5	110	Hebreos 11:3	66	1 Juan 3:2	314	Apocalipsis 1:8	40
1 Timoteo 4:1	124	Hebreos 13:4	296	1 Juan 4:1-6	158, 304	Apocalipsis 1:10	264
1 Timoteo 4:8	145	Hebreos 13:20-21	80	1 Juan 4:3	303	Apocalipsis 4:1-11	52
1 Timoteo 5:19-20	250	Santiago 1:12-15	161	1 Juan 4:4	154	Apocalipsis 6:15-16	318
2 Timoteo 1:8-12	194	Santiago 1:13-15	207	1 Juan 4:7-11	220	Apocalipsis 7:9-10	246
2 Timoteo 2:14-19	227	Santiago 1:14-15	93	1 Juan 4:7-21	276	Apocalipsis 19:11-16	117
2 Timoteo 2:15	30	Santiago 1:17	53, 55	1 Juan 5:1-3	283	Apocalipsis 20:11-15	319
2 Timoteo 3:14-17	6, 30	Santiago 2:1	85	1 Juan 5:6	124	Apocalipsis 21-22	311
2 Timoteo 3:15-17	16	Santiago 2:10	160	1 Juan 5:13	231	Apocalipsis 21:23	103
2 Timoteo 3:16	15	Santiago 2:14	213	1 Juan 5:14-15	280	Apocalipsis 22:1-5	315
2 Timoteo 3:16-17	24	Santiago 2:14-26	211, 215	1 Juan 5:16	175	Apocalipsis 22:4-5	104
Tito 1:2	265	Santiago 2:17	213	1 Juan 5:19-21	178		
Tito 1:15	165, 172	Santiago 2:18-24	220				
Tito 2:11-14	278, 306	Santiago 2:19	210				
Tito 3:1-7	200	Santiago 4:5	124				
Tito 3:3-7	254	Santiago 5:12	267				
Tito 3:4-7	197, 224	1 Pedro 1:2	38				
Hebreos 1:1-2	4	1 Pedro 1:3-9	311				
Hebreos 1:1-3	104	1 Pedro 1:15-16	135, 136				
Hebreos 1:1-4	6, 30	1 Pedro 1:23	195				
Hebreos 1:1-14	99	1 Pedro 2:9-10	248				
Hebreos 1:3	43, 144	1 Pedro 2:11	151				
Hebreos 1:5	99	1 Pedro 2:13-17	293				
Hebreos 1:8-14	308	1 Pedro 3:18	94				
Hebreos 2:1-4	73	1 Pedro 4:8	250				
Hebreos 2:3-4	72	1 Pedro 5:8	154				
Hebreos 2:14-18	91	1 Pedro 5:8-11	155				
Hebreos 3:1	244	2 Pedro 1:5-11	220				
Hebreos 3:3-6	110	2 Pedro 1:10	229				
Hebreos 4:13	49	2 Pedro 1:16	209				
Hebreos 4:15	91, 93	2 Pedro 1:16-21	27				
Hebreos 5:5-6	112	2 Pedro 1:19-21	24				
Hebreos 5:8-10	88	2 Pedro 1:20-21	16, 30				
Hebreos 5:12-14	x	2 Pedro 1:21	128				
Hebreos 6	225	2 Pedro 3:9	77				
Hebreos 6:13-18	77	2 Pedro 3:14-16	24				
Hebreos 6:17-18	265	2 Pedro 3:14-18	27				
Hebreos 6:18	41	1 Juan 1:5-10	290				
Hebreos 6:19	277	1 Juan 1:8-10	161, 169				
Hebreos 7:20-25	110	1 Juan 1:9	222				
Hebreos 7:26	94	1 Juan 2:1	133				
Hebreos 8	80	1 Juan 2:2	202				
Hebreos 9:11-15	227	1 Juan 2:3-6	220, 231, 283				
Hebreos 9:11-22	110	1 Juan 2:18	303				